



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y
LETRAS**

**EL SIGLO DE JULIANO.
UN ACERCAMIENTO A LA CONSTRUCCIÓN DE LA
REPRESENTACIÓN HISTÓRICO-HISTORIOGRÁFICA
DE JULIANO *EL APOSTATA***

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN HISTORIA

P R E S E N T A

MABEL ALEJANDRA VALLE MUÑOZ

DIRECTOR DE TESIS

DR. JAVIER RICO MORENO



Ciudad Universitaria, febrero 2023.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Este trabajo es un testimonio de la importancia de la fe atribuida a los individuos.
A quienes han puesto su fe en mí, infinitas gracias.

En especial gracias mamá por darme una vida que me ha llenado de certezas para poder
cuestionar lo incierto.
Sin ti, nada sería.

Índice

Introducción

Figura 1. Familia Constantiniana

Primera parte: Construcciones históricas

Capítulo I. La construcción del siglo IV

1. Condiciones del Imperio romano
2. Diocleciano y la Tetrarquía
3. Constantino
 - 3.1. Hacia el poder único. Conflictos con Licinio
 - 3.2. Formando la Dinastía. La conversión al cristianismo y la muerte de Constantino

Capítulo II. La construcción biográfica de Flavio Claudio Juliano

1. Nacimiento e infancia
 - 1.1. Padres de Juliano
 - 1.2. Matanza del año 337
 - 1.3. Mardonio
 - 1.4. Macellum
2. Juventud
 - 2.1. Estudios en Pérgamo y Éfeso. Nuevas relaciones y nuevos maestros
 - 2.2. Religiosidad de Juliano
 - 2.3. Galo César. Juicio y muerte
 - 2.4. Atenas. Intento de Juliano por estudiar en el centro del Helenismo
3. Juliano César
 - 3.1. La Galia. Campañas contra los germanos. Batalla de Estrasburgo
 - 3.2. Proclamación de Juliano
4. Juliano, emperador único
 - 4.1. Leyes y reformas. Impulso pagano
 - 4.2. Conflictos y enemistades. Preparativos para la campaña persa. Muerte de Juliano

Segunda parte: Construcciones historiográficas

Capítulo III. Obra de Juliano

1. Escritos con intención defensiva o de tono justificante

- 1.1. *Elogio del emperador Constancio*
- 1.2. *Elogio de la emperatriz Eusebia*
- 1.3. *Sobre la realeza*
- 1.4. *Carta circular a los atenienses*
- 1.5. *Misopogon*

2. Obras de corte intelectual
 - 2.1. *Consolación a sí mismo por la marcha del ilustrísimo Salustio*
 - 2.2. *Carta a Temistio*
 - 2.3. *Contra los cínicos*
 - 2.4. *A la madre de los dioses y Al rey Helios*
 - 2.4.1. Consideraciones filosóficas: el neoplatonismo
 - 2.5. *Los Césares*
 - 2.6. *Contra los galileos*

Capítulo IV. Interpretaciones historiográficas

1. Interpretaciones historiográficas
 - 1.1. El problema de las fuentes
 - 1.1.1. Libanio
 - 1.1.2. Amiano Marcelino
 - 1.1.3. Zósimo
 - 1.1.4. Gregorio Nacianceno
 - 1.2. Primeros años y retiro en Macellum
 - 1.3. Conversión/apostasía y proyecto de restauración religiosa
 - 1.4. La leyenda de su muerte
2. Gibbon y Bidez, los modelos interpretativos
 - 2.1. “La imaginación histórica de Gibbon”
 - 2.1.1. Cuestiones religiosas
 - 2.2. Joseph Bidez, el cambio hermenéutico en la vida del “apóstata”

A manera de conclusión

Apéndice 1. Cronología

Fuentes de consulta

Contemplamos los mismos astros, el cielo es común a todos, nos rodea el mismo mundo. ¿Qué importancia tiene con qué doctrina indague cada uno la verdad? No se puede llegar por un solo camino a un secreto tan grande.

Símaco, 3, 10¹

Introducción

La motivación primera para la realización del presente trabajo tuvo como punto de origen un profundo cuestionamiento en torno a la fe. La experiencia espiritual en tanto que convicción personal, que implica la integración ética y moral de valores cotidianos desde una perspectiva de pertenencia a un grupo que comparte una verdad, me ha parecido desde que tengo memoria un fenómeno interesante e inasequible. En el proceso de estudiar la Licenciatura en Historia y el desarrollo de mis primeras investigaciones, me encontré con las inminentes dificultades que se presentan al querer estudiar este tipo de temática. Sin embargo, la fascinación no decreció; por el contrario, al acercarme a un estudio más especializado de procesos históricos y al comprender de manera general los grandes movimientos bajo los cuales se categorizan los periodos desde la historiografía, no dejó de asombrarme lo intrínseco de las creencias y la espiritualidad como razón última de los sujetos.

Es decir, desde mi perspectiva, la religión como motor de cambio y transformación social ha sido igual de relevante que los eventos económicos, políticos, sociales, etc. Y en ese sentido, la pregunta que surgió como evidente para mí fue ¿por qué “triunfó” el cristianismo y no otra religión? En la concepción occidental que tenemos del triunfo del cristianismo, es notorio que ese triunfo –en tanto que victoria como religión dominante– implica que hubo otras religiones dejadas atrás, otras religiosidades y sistemas que se perdieron o se sincretizaron para sobrevivir. Pero ante este panorama victorioso cabe preguntar qué ocurrió para que fuera esa religión y no otra la que

¹ Símaco, *Informes y discursos*, introducción, trad. y notas José Antonio Valdés, Madrid, Gredos, 2003, p. 42.

se impuso, cómo vivieron el cambio los sujetos que lo enfrentaron y qué consecuencias siguen siendo relevantes para nosotros. Sobre todo, considerando que la religión cristiana ha servido de justificación y razón para múltiples y diversos procesos históricos, no me pareció una cuestión menor problematizar este “triumfo”.

En el camino de búsqueda de estas respuestas me encontré con algunas cuestiones que me parece relevante comentar: en primer lugar, y como es evidente, no soy la primera en plantear estas preguntas y existe una cantidad incontable de material al respecto. En segundo lugar, proponer una investigación para la realización de una tesis de término de licenciatura con esas características resultaba poco viable. No sólo porque mi experiencia en investigación y recursos son limitados, sino porque la realización de este ejercicio investigativo surge de otras necesidades mucho más inmediatas y reducidas. Todo lo cual no implica que no haya decidido abordar un tema de investigación surgido de la reflexión de todo lo antes mencionado.

El primer paso tuvo que ver con ubicar un momento y lugar en el que estos fenómenos se prestaran al planteamiento de un problema de investigación, de tal suerte que me encontré ante un personaje que desde mi perspectiva reflejó y sigue representando un caso ejemplar de transformación desde lo religioso, pero inmerso en las vicisitudes de su siglo, el emperador Juliano llamado “el apóstata”. La razón de entrecomillar el sobrenombre que se le ha dado a Juliano es meramente una cuestión de perspectiva, hay que considerar que su apostasía fue calificada así desde la óptica cristiana; misma que permea las fuentes y nuestra visión a partir del siglo IV. Precisamente por ser los procesos que vivió de forma personal y la manera en que se ha querido ver su vida como una metáfora de los procesos propios del Imperio del siglo IV, es que este trabajo tomó en primer lugar el título de: El siglo de Juliano.

Juliano vivió poco más de treinta años a mediados del ya señalado siglo IV; nacido en el 331 en Constantinopla, debido a las complejas relaciones políticas de su familia, tuvo una niñez

marcada por la orfandad. La circunstancia política obligó a su primo el emperador Constancio, a darle el cargo de César; llevándolo así, a las Galias, donde no sólo fue descubierto como un genio militar, sino como gobernante capaz, incentivando el recelo de su primo. En medio de los preparativos para la guerra por la proclamación de Juliano como Augusto, Constancio murió repentinamente, dejando a su primo como sucesor. Éste y otros acontecimientos similares dieron a Juliano la seguridad de que las divinidades, —particularmente Helios— tenían grandes cosas preparadas para él, y esperaban ser correspondidos en sus favores. Su inesperada muerte, en medio de una batalla contra los persas, fue tomada como una bendición por los cristianos y como un golpe fatal para el paganismo estatal.

Por este destino inconcluso y debido a la vasta producción escrita que Juliano dejó, sumada a las fuentes documentales a las que los estudiosos del tema han tenido acceso, he podido cuantificar los estudios sobre Juliano mostrándolo como un objeto de estudio atractivo. Pero, sobre todo, dejando ver una gran “explosión” en el interés que generó durante el siglo XX. Con lo cual el siglo de Juliano, tomó una segunda dimensión, refiriendo al interés que despertó al parecer “de la nada”, durante la centuria pasada. A modo de ejemplo, en 1964, el afamado escritor y guionista Gore Vidal publicó una novela sobre la vida de Juliano “el apóstata”;² la obra de corte biográfico pero novelado, es la reconstrucción ficticia de la vida del emperador narrada por medio de cartas entre dos de los filósofos, consejeros y amigos cercanos a Juliano: Prisco y Libanio. Estos personajes, basados en hombres de confianza del emperador, comentan en la novela la personalidad y la vida del emperador —recientemente fallecido para ellos—, así como su época. Si bien, al tratarse de ficción no la consideré una fuente para la investigación, la recupero para señalar lo mencionado respecto al interés sobre el personaje, y como nota aparte, decir que es una obra que genera gran disfrute al lector.

² Gore Vidal, *Julian*, Boston, Little, Brown, 1964.

Dejando de lado la ficción, conviene echar un vistazo al estado de la cuestión del tema, así como hacer precisiones importantes respecto al posicionamiento y las pretensiones de esta investigación en torno a la cuestión historiográfica, misma que cumplió un papel vertebral en este trabajo. Así, debo decir que uno de los objetivos generales fue aportar un estudio de historiografía comparada sobre Juliano; del cual pretendí extraer y seguir los discursos históricos e historiográficos sobre el personaje. Es decir, parto de la idea de que la construcción histórica en tanto que narrativa de la interpretación de los hechos pasados, se apoya de la construcción discursiva historiográfica, siguiendo lo que llamamos líneas discursivas o corrientes.

Debo señalar que la condición historiográfica de esta investigación devino del camino de aprendizaje, lectura y sobre todo reflexión en torno a este concepto y su utilización. Tomando como base una de las definiciones que de “historiografía” nos es presentada: la producción escrita acerca de temas históricos,³ resulta que para quien se da a la tarea de reconstruir y escribir historia, casi cualquier cosa escrita sobre el pasado podría ser considerado como historiográfico. Afortunadamente, en este camino de reflexión en torno al tema, me he encontrado con que estas conceptualizaciones han sido pensadas, y ciertos postulados importantes han sido presentados para poder delimitar de manera analítica esta cuestión. En principio, y este es uno de los ejes que tomé para la investigación, considero un texto como historiográfico siempre que tenga la intención de dejar testimonio. Así, uno de los parámetros importantes al momento de hacer la selección documental y darles tratamiento de obras historiográficas, tuvo que ver con el cumplimiento de esta condición: que la intención de su autor –aún si no fue la de historiar, en tanto que escribir historia o reconstruir los hechos–, fuera dejar testimonio sobre el pasado.

Sobre este mismo camino y dada la naturaleza del tema de este trabajo, también es fundamental inscribir la cuestión historiográfica en torno a la historia de la historiografía latina.

³ Josep Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 9.

Con esto quiero decir que es un lugar común, aunque no por ello falto de verdad, señalar que la historia antigua –en este caso particular, la tardo romana–, es en buena medida resultado del propio desarrollo historiográfico.⁴ Y es que una simple enunciación de cómo se ha estudiado y dividido la historiografía latina puede dar cuenta de cómo entendemos la historia de Roma: época monárquica y principios de la república (principalmente la reconstrucción y rescate de los anales y registros perdidos); la República en su época de esplendor (momento cumbre de los oradores); el Imperio (historia moralizante y biografía); y finalmente el declive de Roma, que a veces se considera ya inserta en la historiografía cristiana, generando un conflicto para la presente investigación.⁵

Este fue sin duda el mayor problema en la investigación, con la necesidad de ubicar límites claros tanto en el tema como en su desarrollo, resultaba casi imposible separar estas cuestiones. En este sentido, me parece que la mejor solución fue optar por un entendimiento de que la figura de Juliano ha sido construida tanto histórica como historiográficamente, comprensión que es aplicable a otros tantos sujetos históricos, sino es que a todos; sin embargo, la clave en la que quiero señalar este punto, es que dichas construcciones se han elaborado una con base en la otra. Por lo tanto, la atención al fenómeno de Juliano como sujeto de estudio difícilmente disocia su construcción histórica de los discursos historiográficos de él y sobre él.

Algo similar ocurre si el recuento se hace sobre autores, géneros y subgéneros; en este caso, al pensar en historiografía/historia latina quienes suelen ser recordados de forma general son Julio César, Tito Livio, Cicerón, Salustio y Catón; de quienes igualmente podríamos decir que la relación entre su carácter histórico e historiográfico es intrínseca. Ya de forma especializada,

⁴ “If the history and historiography of Rome are thus interdependent, it is clearly of great importance to know how the Romans wrote their history.” C.S. Kraus & A. J. Woodman, “Introducción”, en *Latin Historians*, Edinburgh, Cambridge University Press, 1997, p. 2.

⁵ Un recuento atinado sobre la historiografía romana lo encontré en el artículo de Ciriaca Morano, “Historiografía latina”, en *Estudios clásicos*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1979, pp. 71-96.

podemos encontrarnos pensando en Fabio Píctor, en Suetonio e incluso en Amiano Marcelino, sobre quienes su realidad histórica palidece ante su importancia historiográfica.⁶ Lo que me interesa señalar y que de hecho complica más la cuestión, es que en esta reflexión del desarrollo historiográfico, nos enfrentamos asimismo a la transformación del pensamiento histórico de las sociedades estudiadas. En este caso, la historiografía latina no sólo se transformó porque los romanos cambiaron de monarquía a república, de república a imperio y de imperio a provincialización;⁷ sino porque estos movimientos implicaron a su vez una comprensión distinta de la necesidad de dejar testimonio y de explicarse el presente y el pasado.

Esto es por supuesto, en torno a la historia como género, de la cual quiero focalizar tres elementos, ya que no haré un análisis detallado ni de las épocas, ni de los géneros, ni de los autores. En primer lugar, pese a los matices de la aseveración, se puede decir que toda la historia es la historia de Roma. Es decir, para los romanos, siempre que escribieron testimonio de su pasado ya fuera como registro de eventos en los anales, como análisis de esos registros o como historia en sí misma, –contemporánea a los autores–, la historia era la de Roma, y cualquier conexión con otros pueblos era en función de Roma misma y su propio desarrollo. En segundo lugar, la historia tenía primordialmente una función didáctica: se debía escribir historia para enseñar, es decir, el énfasis moralizante, las buenas costumbres, la tradición romana y lo que caracterizaba a los romanos como únicos, debía ser encontrado en su historia. En tercer lugar, y esto es esencial para la época que me ocupa, la historia romana enaltecía el pasado sobre el presente, porque visualizaba un cambio reconocido como decadencia en comparación con la brillantez anterior.

⁶ Sobre la elección de autores a los que tomé como referencia para la historiografía latina y en específico el caso de cómo se enseña en la licenciatura en Historia de la UNAM *vid.* Roberto Fernández Castro, “¿Cómo enseñamos historiografía clásica?”, en *De historiografía y otras pasiones. Homenaje a Rosa Camelo*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/UNAM, 2017, pp. 35-56.

⁷ Aunque estos movimientos correspondieron a procesos complejos, el exceso de simplificación sólo responde a la necesidad de señalar los cortes en los que de manera general se pueden identificar los cambios en la historiografía latina.

Estas cuestiones que no dejan de ser una simplificación con fines explicativos me servirán para situar la utilización de la historiografía antigua en este trabajo. Como ya adelantaba, el primer conflicto al que hay que enfrentarse responde a la categorización de la historiografía de la época, ¿se trata de historiografía tardo romana, historiografía sobre el declive del Imperio o es ya historiografía cristiana? La respuesta rápida y mi postura al respecto en este trabajo, es que, dependiendo del autor, cualquier etiqueta puede ser correcta. Por ejemplo, si tuviera que calificar a Amiano Marcelino lo ubicaría como un historiador tardo romano, a Zósimo como un historiador del declive por su visión fatalista; y a Gregorio Nacianceno como parte de la historiografía cristiana, ya que en su calidad de Padre de la Iglesia buscaba ser parte de la construcción de una tradición específica. Asunto más complicado si se tratara de etiquetar la obra de Juliano.

Pero estas consideraciones, además de dar cuenta de mi postura para la realización de este trabajo, ayudan a contextualizar las preocupaciones historiográficas de la propia época. Para lo cual conviene ahora hablar de las fuentes a las que di tratamiento de obras historiográficas, de manera más puntual. Para empezar, debo mencionar las obra del propio Juliano, quien fue el emperador con el mayor número de obras escritas sobre las que existe registro. De sus *Discursos*, *cartas*, *leyes*, *tratados* y *fragmentos* cabe recordar que mucho de su obra se perdió al ser destruida por los cristianos, quienes sólo conservaron fragmentos de los escritos paganos para censurar y contradecir.⁸

En paralelo, Libanio, retórico y amigo de Juliano que inició la tradición de escritos en torno al emperador pagano, fue su apologista y le dedicó discursos, así como un elogio fúnebre en el que habló de su personalidad y de sus virtudes.⁹ En oposición a Libanio, se encuentra Gregorio Nacianceno,

⁸ Juliano, *Discursos I*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1979; Juliano, *Discursos II*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1987; Juliano, *Contra los galileos, fragmentos y cartas*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1987.

⁹ Libanio, *Discursos I*, trad. y notas Antonio Melero Bellido, Madrid, Gredos, 2001; Libanio, *Discursos II*, trad. y notas Ángel González Gálvez, Madrid, Gredos, 2001.

padre de la Iglesia que conoció a Juliano durante su estancia común en Atenas y que fue un duro crítico del emperador en sus *Invectivas*. Pero sin duda, el más importante, Amiano Marcelino, soldado bajo el mando de Juliano, quien en su obra pretendía continuar con la labor de Tácito contando la historia de Roma.¹⁰ Aunque están perdidos gran número de sus libros, entre los que se conservan, destacan los dedicados a Galo, hermano de Juliano, y a este mismo. Zósimo, autor pagano de finales del siglo V y principios del VI, con su *Nueva historia*, aportó una visión del siglo de Juliano y su actuación como emperador y defensor del paganismo.¹¹

No considero que Juliano haya sido en alguna época un personaje olvidado por la historiografía, sin embargo, en el curso de los siglos subsecuentes a su muerte, fue relegado u olvidado de acuerdo con los cambios más bien de tipo religiosos que se vivían. Lo cual constituyó en el fondo, la pregunta rectora para la investigación: ¿cómo la construcción discursiva de la representación histórico-historiográfica de Juliano “el apóstata” ha resultado de la preocupación religiosa-espiritual de las épocas y corrientes historiográficas? Y es que sin duda, una de las hipótesis que subyacen en este trabajo es que estudiar a Juliano tiene como base esencial un cuestionamiento religioso. Hay que considerar que como parte de la mitificación del emperador se le ha visto como héroe o como anticristo, aunque para las mayorías el común fue haber sido un personaje trágico. Es decir, en la construcción de la hipótesis hay que considerar que Juliano es un personaje religioso sin importar el punto de vista que se tenga de él, por lo cual la historiografía se ha ocupado de su estudio con el matiz religioso de fondo desde su época y hasta ahora.

En el periodo corriente de los siglos VI al XVIII el número de obras historiográficas sobre Juliano, disminuyó en comparación a las de su propio siglo; sin embargo, cobraron relevancia otro tipo de testimonios: esculturas, pinturas, monedas, poemas y literatura de ficción. Para los propósitos

¹⁰ Amiano Marcelino, *Historia*, ed. de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002.

¹¹ Zósimo, *Nueva Historia, Discursos I*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1979.

de esta investigación, estas fuentes no fueron abordadas, pero es necesario señalar la deuda testimonial y la labor que otras investigaciones han hecho al descubrir, analizar e interpretar dichas fuentes. Como nota adyacente, hay señalar que esto fue un fenómeno natural porque la propia historiografía dejó de ser relevante en función de otras formas de historias o dejar testimonio, la comprensión de los sujetos de su pasado y la construcción de la propia disciplina histórica.

Ya en el final del siglo XIX y sobre todo en el XX se destacan las obras de tipo académico que fueron estudiadas para esta investigación: Alice Gardner (1854-1927) historiadora inglesa, realizó un estudio novedoso para su época, *Juliano, filósofo y emperador...*,¹² que fue publicado como parte de una colección dedicada a “rescatar el espíritu” de los héroes de Europa. En la obra, Gardner reconstruyó la vida de Juliano y trató de prestar la misma atención a los aspectos políticos, religiosos y filosóficos que caracterizaron al emperador.

Norman Hepburn Baynes (1877-1961), historiador inglés especializado en el mundo Bizantino, publicó artículos sobre Juliano, que son fuente de consulta obligada para los estudiosos del tema porque se abocó a estudiar momentos muy específicos de la vida del emperador.¹³ De la misma primera mitad del siglo XX, la biografía de Joseph Marie Auguste Bidez (1867-1945), historiador y filólogo belga, sigue siendo paradigmática en el estudio de Juliano, el orden de la obra es cronológico y puso igual atención al personaje que al contexto.¹⁴ Ya en la segunda mitad del siglo XX, Glen Warren Bowersock tuvo la intención de reconstruir la vida del “Juliano histórico” tal y como él lo llamó, a partir de las fuentes a las que tuvo acceso.¹⁵ Al considerar que

¹² Alice Gardner, *Julian. Philosopher and Emperor and the Last struggle of Paganism Against Christianity*, Nueva York-Londres, G. P. Putnam's sons, 1895.

¹³ Norman H. Baynes, “The Early Life of Julian the Apostate”, *The Journal of Hellenic Studies*, 1925. <http://www.jstor.org/stable/625049> (último acceso 05/08/2016); Norman H. Baynes, “The Death of Julian the Apostate in a Christian Legend”, *The Journal of Roman Studies*, 1937, <http://www.jstor.org/stable/297183> (último acceso 05/08/2016)

¹⁴ Joseph Bidez, trad. Roberto Sixto Blanco, *La vida del emperador Juliano*, Colección Biblioteca de Humanidades Salamanticensis, Madrid, Sinderésis, 2018.

¹⁵ G. W. Bowersock, *Julian the Apostate*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1978.

las interpretaciones sobre Juliano se sustentaron en un “abuso” sobre las fuentes, pretendió evitar la sobrevaloración del personaje. También se destaca la obra de Polymnia Athanassiadi, historiadora griega, que pensó su obra como una biografía intelectual, sobre todo basada en el seguimiento del pensamiento de Juliano en función de su vida.¹⁶

En los últimos 30 años –y de cara al siglo XXI– se puede encontrar una gran cantidad de obras dedicadas al emperador, algunas con diferentes perspectivas: Rowland Smith, académico en la universidad de Newcastle, Inglaterra, planteó una interpretación de Juliano ligeramente diferente a lo que se había visto, pues sustentó su hipótesis en la influencia que los “dioses” de Juliano tuvieron sobre él.¹⁷ Esto considerando que la forma en que el joven emperador se relacionó con maestros y filósofos fue más cercana a la idolatría que a la camaradería. Por otro lado, Adrian Murdoch, historiador y periodista, planteó una versión de Juliano más dramatizada, enfocándose en el relato que de la historia de este personaje se puede crear.¹⁸ Fuera del ámbito académico inglés que se ha destacado por las obras dedicadas a Juliano, se encuentra Klaus Bringmann, filólogo e historiador alemán. Su obra es resultado de una exhaustiva investigación, y por lo tanto consignó una gran cantidad de detalles.¹⁹

Al margen de estas obras y del breve recorrido historiográfico de los párrafos anteriores, así como merecedor de consideraciones especiales, debo destacar a Edward Gibbon, historiador inglés del siglo XVIII, que se puede encontrar en la base de los estudios contemporáneos sobre Juliano, aun cuando éste nunca fue su principal objeto de estudio. Gracias a su uso de Amiano Marcelino como

¹⁶ Polymnia Athanassiadi, *Julian an Intellectual Biography*, New York, Routledge Revivals, 2014.

¹⁷ Rowland Smith, *Julian's Gods. Religion and philosophy in the thought and action of Julian the Apostate*, Nueva York, Routledge, 1995.

¹⁸ Adrian Murdoch, *The Last Pagan. Julian the Apostate and the Death of the Ancient World*, Rochester, Vermont, Inner Traditions, 2008.

¹⁹ Klaus Bringmann, *Juliano*, trad. Marciano Villanueva, Barcelona, Herder, 2006.

fuerza principal y su interés por reconstruir “el auge y caída de Roma”,²⁰ este autor resulta indispensable en cualquier trabajo que, como este, tenga la pretensión de estudiar a Juliano.

Con este recorrido historiográfico, cabe destacar la justificación de la investigación, pues de la pregunta ¿cuáles son los dilemas o razones por las que Juliano “el apóstata” sigue llamando la atención de los historiadores al grado de notarse un incremento cuantitativo en los trabajos historiográficos del siglo XX?, se desprenden los cuestionamientos sobre ¿por qué pasados quince siglos de la vida de Juliano se sigue escribiendo sobre él? ¿qué peculiaridades históricas presentó en sus años de vida y en todos los siglos posteriores, para seguir en el foco académico? Así como, ¿qué se puede decir sobre él que no se haya dicho ya? Y es que, pese a la cantidad de trabajos historiográficos que existen sobre Juliano, se le sigue considerando un tema vigente y en el debate académico. Desde mi perspectiva esto se debe a que el uso de fuentes, las explicaciones sobre su vida, obra y proceso histórico, así como las preguntas en torno al tema se han construido de manera parecida.

Es decir, con la hipótesis subyacente de que los estudios historiográficos de Juliano se construyen en torno a la base del cuestionamiento en torno a la representación de la religiosidad de un sujeto histórico visto como una entidad equiparable a los procesos generales, cabe en cada investigador la posibilidad de aproximarse al objeto/sujeto de estudio con preguntas que aunque construidas de forma similar respondan a preocupaciones espirituales distintas, de una persona o época.

Ante los postulados expuestos se desprendió la necesidad de optar por los parámetros metodológicos que me permitieran aproximarme al objeto de estudio: las ya mencionadas obras historiográficas sobre Juliano. Por lo tanto, la metodología para esta investigación se sustentó en la noción de que la historiografía puede entenderse como el estudio crítico de textos que conlleva el

²⁰ Edward Gibbon, *History Of The Decline And Fall Of The Roman Empire*, Vol. 2, Londres, Strahan & Cadell, 1781.

análisis de estos.²¹ En este sentido, la innovación de este trabajo pretendió estar en la “invención” de un sistema comparativo. Como tal no existe una sola metodología para la elaboración historiográfica, ni tampoco existe una sola manera de estudiarla. La base común de los textos historiográficos se sostiene en la intención de historiar, para lo cual se recopilan y utilizan fuentes que permitan crear narración de contenido verosímil y que respondan a una necesidad explicativa. Por estas características, si bien los estudios historiográficos sobre un tema tienden a tener puntos comunes y líneas explicativas similares, también tienen discrepancias que son resultado de la interpretación de las propias fuentes, las preguntas que los historiadores elaboran y las condiciones de posibilidad de la investigación.

Ya en el camino y ante la necesidad de tener una comprensión mayor de la situación en el siglo IV, en principio busqué como uno de los objetivos particulares presentar el panorama que conformó el cambio de siglo entre el III y IV en el Imperio romano. Estos procesos que dieron pie al capítulo uno, tuvieron como propósito la recreación de una visión amplia de un periodo de crisis en el Imperio que llevó a la materialización de los cambios que trastocaron la vida de Juliano. En este respecto, uno de los elementos más importantes en la vida del emperador, fue su pertenencia a la familia de Constantino. Por lo cual retomar algunas cuestiones del propio proceso de Constantino para convertirse en emperador y sobre todo su transitar religioso, fue indispensable en este recuento.

Resaltando que el tema que marca la tónica de esta investigación fundamentalmente responde a la cuestión religiosa, debo consignar la deuda que tengo con E.R. Dodds y Franz Cumont en el planteamiento más profundo de las problemáticas presentes en mi acercamiento al

²¹ Javier Rico Moreno, “Análisis y crítica en la historiografía”, en *La experiencia historiográfica*, Rosa Camelo y Miguel Pastrana eds., México, UNAM, 2009. pp. 199-211.

tema.²² Tal como lo expresó Dodds a consecuencia de la lectura de Rostovtzeff, ante la pregunta monumental de “por qué cayó el Imperio romano”, surge la necesidad de mirar no sólo los factores externos a los sujetos (política, guerras, rebeliones, hambre, etc.) sino mirar con detenimiento los cambios internos que pudieron contribuir a un cambio de pensamiento en los sujetos que en última instancia habría motivado una transformación generalizada, lo que historiográficamente se suele llamar cambio de edad o periodo.

Y es que, un cambio profundo, en tanto que transformación de pensamiento, no puede ser señalado únicamente a través de un hecho. Estos fenómenos que desde distintas perspectivas toman diferentes nombres: procesos de larga duración, historia de las mentalidades, cambio de paradigma, etc. tienden a ser la suma de procesos más pequeños que a veces obvian los cambios personales por preponderar los grupales. Fue durante el siglo XX que estos investigadores se cuestionaron sobre la afectación de los espíritus ante los cambios vividos. Es decir, el planteamiento de Cumont y Dodds surgió de un cuestionamiento curioso sobre el cómo reaccionan los seres humanos de manera interna en función de los cambios externos. En términos más sencillos, ante el derrumbamiento del mundo conocido ¿cómo reaccionamos los seres humanos en la búsqueda de respuestas de tipo espiritual? De este planteamiento se siguió la hipótesis de que ante la adversidad externa la respuesta tiende a buscarse en el mundo interior, lo cual lleva a los sujetos a la búsqueda de consuelo, refugio y respuestas en el fenómeno religioso.

Esas son algunas de las ideas que adeudo a Cumont y Dodds, y que llevaron al planteamiento de lo que busqué ejemplificar con el caso de Juliano; ya que fue el último gobernante abiertamente pagano del Imperio y a partir de su muerte se planteó un parteaguas en el culto religioso imperial. No es casual que las ideas de Dodds y Cumont postuladas en el siglo XX, me resonaran en el

²² E.R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde la época de Marco Aurelio a Constantino*, trad. J. Valiente Malla, Madrid, Cristiandad, 1975; Franz Cumont, *Las religiones orientales y el paganismo romano*, trad. José Carlos Bermejo Barrera, Madrid, Akal, 1987.

tratamiento historiográfico a Juliano; por el contrario, me parece que de cara al siglo XX y en relación con el fenómeno de la religiosidad, la figura de Juliano se vuelve reveladora en lo que respecta al vínculo entre religión y filosofía, así como la discusión en torno a sus límites. Por lo cual me parece innegable que, así como el siglo IV ha querido ser visto históricamente como una metáfora de su vida, de igual modo el siglo XX permitió las condiciones para una nueva valoración del personaje, ahora de manera historiográfica.

Así, una vez expuesta en el capítulo primero la construcción histórica necesaria, la información recopilada y analizada en los estudios sobre Juliano motivaron una reconstrucción biográfica que buscó responder en gran medida la pregunta de ¿por qué atrae tanto Juliano? En este sentido, y como otro de los objetivos particulares del trabajo, cabe insertar unas líneas en torno a la importancia de la biografía como subgénero de la historiografía, pero también como uno de campos más explorados por los propios romanos y sobre todo como una fuente de información histórica esencial para la época Antigua. En este sentido, y como suma de los tres elementos, me parece una maravilla la descripción sobre el subgénero que hizo Susana Quintanilla al decir que “Contamos historias porque finalmente las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas. Con una ganancia: al describir a otros, el autor se interroga a sí mismo sobre su propia existencia y le muestra al lector la complicación y la multiplicidad de ésta.”²³

Como en muchas áreas de la historia romana, difícilmente se podría explicar la biografía latina sin la griega. En este sentido los elementos más importantes responden a los trazos dejados por el *encomion* que con el paso del tiempo desembocó en el panegírico.²⁴ Pero, sobre todo, a la consistente necesidad moralizante de buscar elementos en el pasado que pudieran enseñar en el presente, así, la descripción de las vidas de personajes importantes y famosos servían para extraer

²³ Susana Quintanilla, “El arte de la biografía histórica” en *Biografía. Modelos, métodos y enfoques*, Mílada Bazant, coord., México, El Colegio Mexiquense, p. 262.

²⁴ Ciriaca Morano, *op. cit.*, p. 80.

las características morales más importantes que poseían o que en su defecto le hicieron falta. Como ejemplo, es indispensable mencionar a Cornelio Nepote a quien se le ha calificado como el primer biógrafo romano y que buscó en su obra exaltar las virtudes de los antiguos.²⁵

Finalmente, es necesario resaltar que debido a las características de la literatura latina en general y volviendo a mi consideración fundamental sobre el texto historiográfico, los datos biográficos, memorias, autobiografías, descripciones, etc. que podemos encontrar en el amplio espectro de la “biografía antigua”, son una fuente de información esencial para la reconstrucción histórica de la época Antigua, no sólo por el modo de ver de los autores, su exaltación de virtudes y defectos, sino también la crítica hecha a su época y personajes biografiados.

Con todo esto en mente, la biografía de Juliano correspondiente al capítulo dos, fue posible por las fuentes revisadas en el proceso de investigación. Lo cual llevó al inminente encuentro de lugares comunes y desacuerdos respecto a eventos clave en la vida de Juliano, así como en su trascendencia. Por estos motivos, el capítulo tercero respondió a una lectura comentada con el matiz de análisis historiográfico extrayendo el reflejo del pensamiento del emperador en cuanto a su proceso religioso, sus ideas filosóficas y sus propios objetivos autobiográficos. Como tercer objetivo particular, fue esencial comprender las razones por las que Juliano escribía y para ello busqué desarrollar el capítulo sobre esa base explicativa. Consideré necesario ahondar en algunos aspectos de su pensamiento como su base neoplatónica y el uso de referencias antiguas en sus escritos, y es que Juliano como autor, también siguió modelos de escritura de su época y su lectura debe ser hecha partir de la comprensión de esos parámetros.

²⁵ Cornelio Nepote nació en el año 100 y murió entre el 29 y el 25 a. n. e., aunque no es de ningún modo el mejor biógrafo latino, su importancia en el género es incuestionable. Después de él, podemos considerar como representantes del género a Suetonio como uno de los más excepcionales, los autores de la *Historia Augusta* y las biografías perdidas de Eunapio de Sardis, entre otros. Sin embargo, cabe la consideración de Barrow: “Aunque en la literatura romana hay muchas biografías, entre las que destacan las *Vidas de los Césares*, de Suetonio, y en especial la obra maestra de Tácito, *Vida de Agrícola*, su suegro, no hay ninguna colección de verdaderas ‘memorias’ y ‘recuerdos’.”, *Los romanos*, México, FCE, 1992, p. 121.

A este respecto cabe hacer algunas acotaciones necesarias sobre el uso de las fuentes en el presente trabajo. Particularmente en el caso de las fuentes antiguas, en su mayoría consigné las referencias y las citas de sus versiones en español. Por la naturaleza de estas publicaciones, esto significó que una parte considerable de las obras utilizadas sean de la Editorial Gredos, que tienden a seguir un mismo sistema de edición y publicación. Aunque de manera tradicional se ha optado en el ámbito académico por citar las obras antiguas por número de libro, capítulo y párrafo, bajo el entendido de que este trabajo tuvo la característica de hacer un mayor uso de historiografía reciente, opté por una doble citación, en la que incluí el número de página de acuerdo con la publicación referenciada en el aparato crítico y a la citación tradicional para una localización más precisa de la información. De igual modo, opté por usar los nombres de las publicaciones en el idioma original de las obras que consulté.

Llegados a este punto, debo hacer una anotación en torno a la cuestión ineludible del uso de la traducción para este trabajo. Si bien es un hecho que las obras usadas como fuentes son resultado de un trabajo de interpretación del traductor sobre los textos, –que en sí mismo conlleva una carga específica–,²⁶ lo que busqué en aras de reducir la incomprensión de los procesos que pudiera ocasionarse con la base de esas interpretaciones, fue confrontar las fuentes en la medida de lo posible y mantener un estudio bilingüe recurriendo al uso de obras en español e inglés indistintamente, según el origen de las obras y el acceso que tuve a ellas. Esto no subsana las limitantes de no haber leído las obras en su lengua original, ya sea latín o griego, pero sí coadyuvó al proceso de encontrar puntos en común y discrepancias interpretativas tomando en cuenta la posibilidad de que cupiera una cuestión de traducción.

²⁶ Para esta cuestión me quedo con la idea de que en última instancia el traductor tiene la intención de mantenerse lo más fiel posible al texto original, a decir de Umberto Eco: “cuando compro la traducción de una obra extranjera, ya sea una novela o un tratado de sociología [...], espero que la traducción pueda decirme lo mejor posible lo que estaba en el original.” Umberto Eco, “Introducción”, en *Decir casi lo mismo. La traducción como experiencia*, México, Lumen, 2008, p. 29.

En el caso de la obra de autores como Juliano que se ha reconstruido a través de varias traducciones confrontadas y análisis filológico, se ha llegado a un consenso enumerándolas y nombrándolas con su base latina, aunque yo no he seguido esta enunciación considero relevante mencionarla en caso de que el lector encuentre alguna referencia en otras obras remitiendo los textos de Juliano:

Oration 1= Panegírico en honor a Constancio

Or. 2 = Sobre la realeza

Or. 3 = Panegírico en honor a Eusebia

Or. 4 = Al rey Helios

Or. 5 = A la madre de los dioses

Or. 6 = Contra los cínicos incultos

Or. 7 = Contra el cínico Heraclio

Or. 8 = Consolación a sí mismo por la partida de Salustio

Caes. = El Banquete o Los cesares

Mis. = Misopogon o El enemigo de la barba

Ep. ad SPQ Ath. = Carta circular a los atenienses

Ep. ad Them. = Carta a Temistio,

CG = Contra galileos

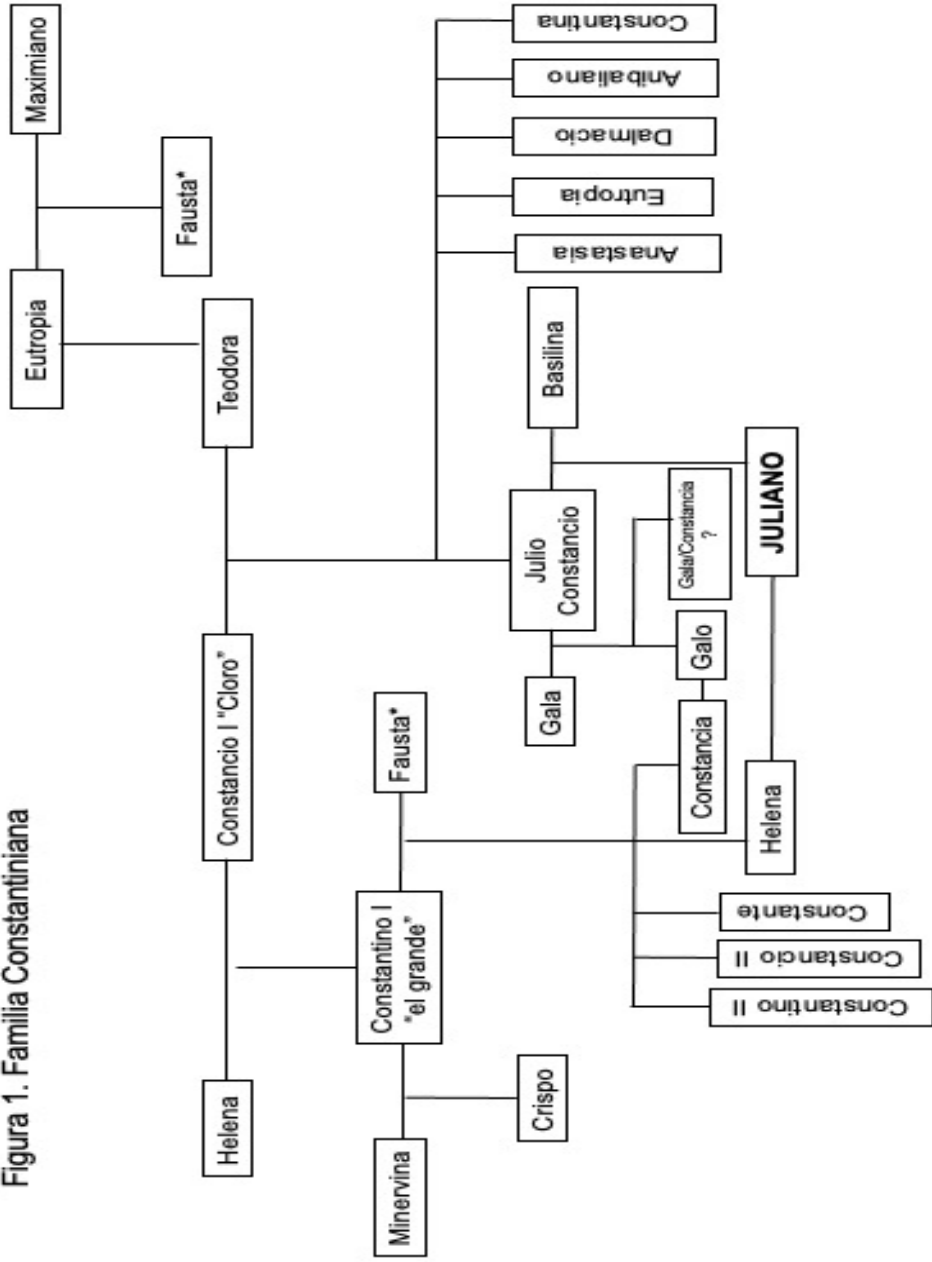
Una vez realizada la lectura y análisis de la obra de Juliano, correspondió llegar al objetivo general, para lo cual planté los dilemas historiográficos o los puntos de desencuentro que ubiqué entre las fuentes revisadas. Este desarrollo, nuevamente en sentido de análisis historiográfico fue el capítulo cuatro. Para el cual necesariamente tuve que enfrentar los paradigmas que significaron en el estudio de Juliano, Edward Gibbon y Joseph Bidez, para insertarlos en el conjunto de lo que la historiografía del siglo XX ha supuesto en el estudio sobre Juliano.

El planteamiento de dilemas historiográficos respondió a la necesidad última de responder a la ya mencionada pregunta de ¿por qué seguir escribiendo sobre Juliano tiene como base subyacente la preocupación por la religiosidad que surge de los sujetos en épocas determinadas?

En ese sentido, busqué redondear la lectura de los autores en cuestión, así como las temáticas desarrolladas apuntando a las respuestas temporales: la naturaleza de las fuentes con óptica y censura cristiana ha sido un factor; Juliano como autor con un número considerable de obras rescatadas ha sido otro; el periodo de gobierno que tuvo, así como toda su carrera imperial; pero sobre todo lo que es fundamental para nosotros desde la historia, las preguntas desde el presente individual que seguimos haciendo sobre los temas de estudio que dan sentido a las interpretaciones del pasado.

Para lo cual quiero aprovechar la oportunidad de invitar al lector a tener en cuenta la fascinación que llegamos a tener como seres humanos a nivel de fenómeno cultural, sobre los sujetos que se nos presentan como proyectos inconclusos. Promesas de brillantez que se extinguen antes de lograr concretar sus planes o de explotar su potencial. Desde un lugar muy personal, Juliano sigue siendo una figura con la que podemos empatizar desde la comprensión del hombre detrás del emperador. No sólo porque en última instancia su vida puede ser considerada como un fracaso –es decir, no logró la restauración de la religión antigua–, sino porque su trascendencia poco o nada tuvo que ver con su derrota, su fuerza está en que Juliano fue un hombre de convicciones profundas y ante la incertidumbre que da vivir, la convicción nos sigue conmoviendo.

Figura 1. Familia Constantiniana



Primera parte: Construcciones históricas

Capítulo I

La construcción del siglo IV

1. Las condiciones del Imperio romano

El siglo III de nuestra era ha sido visto como un periodo de crisis general, de esta manera se ha estudiado e incluso se le conoce historiográficamente. Sin adentrarme demasiado en estudiar esta crisis, es importante resaltar algunos aspectos que transformaron al Imperio de manera generalizada. Tomando en cuenta uno de los ejes de estudio para el presente trabajo, los fenómenos religiosos, procuraré que el análisis no pierda de vista este aspecto. Aunque es necesario mencionar que me he encontrado con dos inconvenientes que no le serán ajenos al lector: por un lado, considerando que este estudio es primordialmente historiográfico se debe notar que la tradición historiográfica en el siglo III poco se interesaba por plasmar las condiciones religiosas de la época. Al tratarse sobre todo de una historiografía militar y política, la información consignada respecto a lo religioso era más limitada;²⁷ por otro lado, y de nuevo no es cosa menor, ante la “limpia medieval” de las obras no cristianas, es quizá inestimable la información que se perdió sobre las religiosidades antiguas.²⁸

Probablemente la característica más importante de este periodo y lo que empezaré por comentar, fue el poder que tuvo el ejército. Como algunos autores han destacado, para ejemplificar esta situación basta poner atención a las últimas palabras que Septimio Severo dedicó a sus hijos

²⁷ Sin perder de vista el hecho de que en la Antigüedad es difícil hablar de fenómenos separados. Hay que enfatizar desde ya, que para el periodo que estoy estudiando es fundamental comprender que lo religioso y lo político estaban intrínsecamente ligados.

²⁸ Con esto me refiero a la lectura que se hizo de las obras antiguas eliminando cualquier elemento que contradijera o no pudiera ser explicado desde una cosmovisión providencialista.

al morir en el 211: "Vivan en armonía, enriquezcan a los soldados, desprecien a los demás".²⁹ El consejo venía de su propia experiencia, pues él había llegado a ocupar el puesto por decisión y apoyo de las fuerzas militares; en los años sucesivos éstas ejercieron la facultad por la fuerza, de poner y quitar emperadores según factores de conveniencia, victoria en batallas e incluso carisma personal.

Ante la incertidumbre y el caos, el sentimiento de lealtad y pertenencia al Imperio –las más de las veces regionalista– y la afección por ciertos líderes, era lo único con lo que se podía contar. El deber de cada emperador puesto en el poder era retribuir a sus soldados el apoyo recibido, otorgando privilegios económicos y políticos que sólo lograban desbalancear más el ya de por sí desequilibrado Imperio. La profundidad de la crisis del siglo III se debió a que no se trató de un fenómeno aislado, por el contrario, la convulsión social que se vivió fue resultado de la conjunción de varias problemáticas que salieron a la luz. De ahí que ahora se cuestione el aglutinar la serie de procesos que se vivieron bajo el mote de “crisis”, argumentando que tal concepto no logra explicar los matices. Sin embargo, por los intereses del presente trabajo me quedaré con la idea consensual, ya que excede los objetivos actuales el ahondar en dicha problemática historiográfica.³⁰ Lo que expondré a modo de ejemplo no deja de ser una simplificación, pero hay que mencionar que entre los años 235 y 285 hubo alrededor de veintiséis emperadores.³¹

²⁹ Dión Casio, *Historia romana*, LXXII, 15, 2.

³⁰ Gonzalo Bravo Castañeda, “¿Otro mito historiográfico? La crisis del siglo III y sus términos en el nuevo debate?”, en *Studia Historica: Historia Antigua*, núm. 30, 2012, pp. 115-140, cuestiona la veracidad de un proceso de crisis. Rostovtzeff es de los autores convencidos sobre la crisis, incluso denominando así el capítulo 21 de la obra *Roma de los orígenes a la última crisis*, Trad. Tula Núñez, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977, 179 p. Averil Cameron también hace una breve problematización al respecto, sin embargo concluye: “The third-century crisis’, ‘the age of transition’, ‘the age of the soldier-emperors’, ‘the age of anarchy’, ‘the military monarchy’ - whatever one likes to call it, historians are agreed that critical period in the third century began with the murder of Alexander Severus in AD 235 and lasted until the accession of Diocletian in AD 284.” *The Later Roman Empire*, Massachusetts, Harvard University Press, 1993, p. 3.

³¹ “[...]hubo veintiséis emperadores y solo uno de ellos murió de muerte natural.” Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 146.

La presión de las fronteras, las constantes incursiones de pillaje y la presencia de los grupos bárbaros, hacían difícil la vida en la periferia, así como el llamado de los hombres del campo a pelear en el ejército contra los invasores. Este fenómeno se unió a los movimientos migratorios del campo a las ciudades, debido a la falta de medios de manutención. Había también escasez generalizada de alimentos, debido a la falta de mano de obra en los campos; y por tanto alza en los precios y carestía. Crisis económica que se agravaba, pues ante los gastos y deudas, pero sobre todo la exigencia de pagos al ejército, los emperadores producían más moneda generando inflación y depreciación en los metales, llegando al punto de perderse su uso en algunas regiones. Sumado a la oleada de enfermedades y pestes que menguaban la población cada tantos años y por encima de todo esto, el ambiente era de descontento generalizado, lo que afectaba el ánimo y hacía a los habitantes del Imperio cuestionar factores de tipo espiritual, deviniendo en crisis religiosas.

Algunos signos de temprana estabilidad aparecieron con el emperador Claudio “el Gótico”, quien gobernó del 268 al 270, y fue llamado así por haber logrado victorias sobre los godos, aliviando la presión de las fronteras.³² Quienes le sucedieron –Aureliano, Probo y Caro– intentaron replicar y continuar con las victorias sobre los bárbaros para así recuperar el poder y la estabilidad. Sin embargo, tanto Probo como Aureliano, fueron asesinados por sus propios soldados, dejando claro que la época en que los militares mandaban no había concluido.

Hay que destacar que, para ese momento, –últimas décadas del siglo III–, y debido a las condiciones en las que se vivía, el origen y procedencia de los nombrados emperadores muchas veces era incierto, las proclamaciones se daban lejos de Roma, eran hombres de características humildes o hasta bárbaras según la visión de algunos patriotas de antaño; y por supuesto de una

³² Claudio derrotó a los godos en Naiso, en el año 269. Aunque parece un detalle menor, Claudio es un personaje importante porque fue señalado como ancestro de Constancio Cloro, relacionándolo con Juliano, quien se orgulleció de esta herencia construida. Roger Remondón, *La crisis del imperio romano: de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, Editorial Labor, 1967, p. 28.

educación limitada. Todo esto, en algunos casos, dificultaba la creación de un proyecto de gobierno. Pese a ello, llegó al poder un emperador que logró crear un conjunto de reformas que transformaron al Imperio y coadyuvaron a salir de la crisis. En el 284 fue proclamado Gayo Valerio Aurelio Diocleciano, quien, tras un periodo breve de lucha, se convirtió en emperador único.³³

1. Diocleciano y la Tetrarquía

La tarea más urgente para Diocleciano fue la recuperación del poder, pues al lograr actualizar la figura del *princeps* y fortalecer al gobierno, se podría reformar al Imperio en general y ordenar al ejército.³⁴ Fortaleciendo al Estado se lograría recomponer el sistema, primero gubernamental y en consecuencia el social. Hay que señalar que ni con Diocleciano ni en lo sucesivo, el ejército perdió el papel que había ganado para ese momento; aunque era necesario establecer un orden que impidiera que dominara en el gobierno y fuera la base de apoyo del emperador, lo cierto es que no perdió su preponderancia. Para lograr esto, una de las principales acciones de Diocleciano fue

³³ Los sucesores legítimos de Caro eran sus hijos Carino y Numeriano. El mejor de ellos era Numeriano, que fue asesinado en una conspiración hecha por su suegro Apro. La historia que relatan Eutropio y Aurelio Víctor recalca el hecho de que Numeriano fue llevado muerto en una litera, alegando que estaba enfermo, hasta que el aroma hizo evidente su asesinato. Diocleciano ejecutó a Apro para desligarse de esta conjura y después se enfrentó a Carino. Eutropio, *Breviario*, pp. 130-131 (IX, 19-20). Aurelio Víctor, *Libro de los césares*, p. 236 (38, 6-8). Ambas obras se encuentran en la edición: *Breviario. Libro de los cesares*, Trad, edición y notas Emma Falque, Madrid, Gredos, núm. 261, 2008.

³⁴ Aunque a este periodo se le ha llamado “Dominato”, debido a que el título del *princeps* cambió por el de *dominus*, esto no era una novedad. Lo importante era el cambio en la visión de los emperadores como figura de poder. “The period from Diocletian onwards is sometimes referred to as the ‘Dominate’, since the emperor was referred to as *dominus* (‘lord’), whereas in the early empire (the so-called ‘Principate’), he had originally been referred to very differently, simply as *princeps* (‘first citizen’). But the term *dominus* was by no means new; moreover, what the fourth-century wanted, and how they wanted to appear, was one thing; what kind of society the empire was as a whole was quite another.” Cameron, *op. cit.*, p. 2.

revestir la figura del emperador de un aura mística y oriental.³⁵ Alejar su figura personal y dotarlo de un poder que emanase de las deidades, haciendo del emperador mismo una figura divina.³⁶

El conjunto de reformas dioclecianas se puede analizar desde diferentes perspectivas, buscando incluso señalar sus intereses principales y agruparlos. Para Rostovtzeff por ejemplo, los objetivos eran claramente tres: “reforzar el poder del gobernante, reformar los métodos de gobierno y renovar el ejército.”³⁷ Finley, por otro lado, opina que sus intereses se enfocaron en función de tres actos que resume así: “reorganizó la administración en forma de una compleja burocracia, trató de fijar los máximos de salarios y precios, e inició la llamada ‘Gran Persecución’ contra los cristianos.”³⁸ Como se puede observar no son acciones que se contrapongan, de hecho responden a una visión de conjunto. Aunque no se debe perder de vista que las políticas y reformas que se realizaban no se entendían a la manera contemporánea, pues eran una serie de leyes o de mandatos que buscaban sobre todo un fin inmediato que solventara los problemas que se veían a la sazón de la urgencia.

Por tanto, la mayoría de los autores coincide en que la verdadera genialidad de Diocleciano consistió, de manera similar a la de Augusto, en aceptar la situación del Imperio como se encontraba y trabajar con lo que tenía al alcance de la mano. De tal suerte, la reestructuración

³⁵ El desarrollo del “culto al emperador” responde en sí mismo a un objeto de estudio. Baste consignar la idea de que el emperador fue “adorado” como deidad paulatinamente notándose las diferencias entre el Oriente y Occidente. En Occidente la tradición se formó en torno a la adoración del emperador tras su muerte, en Oriente la idea era deificar al emperador mientras estuviera vivo. Esta orientalización y misticismo por el uso de una investidura y accesorios ostentosos daba una imagen superior y distante respecto a los demás elementos que se fueron asentando, haciéndose más notorios en la época de los emperadores bizantinos. *Vid.* Carmen Alarcón, “El culto imperial: una reflexión historiográfica”, en *Arys*, 12-2014, 181-212.

³⁶ “[*Diocleciano*] fue el primero que deseó vestidos recamados de oro y el brillo de la seda, de la púrpura y de las piedras preciosas para su calzado. Y aunque estas cosas son propias más bien de un espíritu lleno de orgullo y desmesurado que de un ciudadano, sin embargo son poco en comparación con las demás.” Aurelio Víctor, *Libro de los césares*, p. 237 (39,2-4). La intención era resaltar su poder divino. Ya emperadores anteriores habían tomado el orientalismo como base de poder, baste mencionar el ejemplo de Heliogábalo. Castellanos, *Constantino. Crear un emperador*, Madrid, Sílex ediciones, 2010, p. 104.

³⁷ Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 151.

³⁸ M.I. Finley, *Aspectos de la antigüedad*, Trad. Antonio Pérez Ramos, Barcelona, Ariel, 1975, p. 188.

administrativa se volvió una prioridad y, para lograr esto, necesitaba estabilizar las condiciones políticas y económicas. Con la fijación de los precios de compraventa de productos y una redistribución de poderes, se dieron estos pasos transformadores. Probablemente la reforma más importante por su trascendencia –y la que más me interesa–, fue la creación de la Tetrarquía. Para lograr una repartición equitativa de poder y territorio, Diocleciano “inventó” un sistema que tuvo que ir probando e implantando paulatinamente, sustentado en la base de lo que caracterizó a Diocleciano como gobernante: recurrir a lo tradicional dándole un toque innovador.³⁹

En el 286, apenas dos años después de su proclamación como emperador, Diocleciano nombró César –o colaborador– a Marco Aurelio Valerio Maximiano; hecho no completamente ajeno a la usanza de la época, pues casi todos los emperadores previos a él lo habían hecho. La innovación radicó en que ese mismo año, apenas seis meses después, decidió ir más allá, oficializando la corregencia. Así Maximiano y él mismo, Diocleciano, compartían el poder como augustos.⁴⁰ Un año después, este poder se afianzó con la construcción ideológica de una herencia divina. Diocleciano se convirtió en hijo y heredero de Júpiter, siendo la representación humana del dios principal de los romanos; mientras que Maximiano hizo lo propio con la figura de Hércules. Hay que tener en cuenta que, sin haber un henoteísmo claro, Júpiter sí tenía un rango superior en

³⁹ Sobre las reformas de Diocleciano, *vid.* Castellanos, *op. cit.*, pp. 50-51. Remondon, *op. cit.*, p. 44. Rostovtzeff, *op. cit.*, p. 151. Lactancio hizo una fuerte crítica a las de corte económico: “Se llegó al extremo de que era mayor el número de los que vivían de los impuestos que el de los contribuyentes, hasta el punto de que, al ser consumidos por la enormidad de las contribuciones los recursos de los colonos, las tierras quedaban abandonadas y los campos cultivados se transformaban en selvas”. Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 78 (7,3), Trad y notas Ramón Teja, Madrid, Gredos, 1982.

⁴⁰ “Desde hacía mucho tiempo era habitual que los *Augusti* propusieron un *Caesar* o varios *Caesares* (como acababa de hacer Caro hacía poco tiempo con sus hijos Numeriano y Carino), una especie de colega, aunque en clara situación de inferioridad [...] Lo que sí resultó más innovador fue que Diocleciano decidiera la designación de Maximiano como augusto (286), lo cual situaba a ambos emperadores al mismo nivel.” Castellanos, *op. cit.*, pp. 50-51.

el campo ideológico-religioso, dando a Diocleciano la posición de “un poco más augusto” que Maximiano.⁴¹

Para el año 293, esta diarquía volvió a ser objeto de adaptación: reutilizando la posición de los césares, pero creando uno para cada augusto; quedaban así divididos no sólo el poder, sino también el territorio, en cuatro partes. Es esencial comprender que la Tetrarquía no era en sí una división de poder, la figura imperial no quedaba repartida en cuatro y por tanto debilitada; en realidad, para la teoría y en la proyección de Diocleciano, el poder era multiplicado por cuatro,⁴² cuadruplicando la eficacia y la presencia de la persona gobernante de un vasto y extenso Imperio: cada augusto elegiría a quien considerase mejor capacitado para fungir como su César. Y en un periodo establecido de veinte años, esos césares se prepararían para ocupar la posición de augustos, bajo dos condiciones de posibilidad: el cumplimiento del plazo temporal o la muerte del augusto, eligiendo a su vez a los césares sucesores.

Pensado así, Maximiano Hercúleo como augusto de Occidente, eligió para ser su César a Flavio Valerio Constancio.⁴³ Mientras que Diocleciano Joviano, augusto de Oriente, eligió como César a Cayo Galerio Valerio Maximiano.⁴⁴ No obstante la construcción ideológica del poder compartido y la unidad, los dos césares eran inferiores a los augustos y por tanto debían obedecer a ambos.⁴⁵ Cada uno de ellos, tenía su propia capital imperial –ninguna de ellas Roma– con su propia corte y organización administrativa, pues uno de los fines principales era la organización

⁴¹ “[...]inmediatamente nombra emperador a Maximiano, un amigo leal, aunque poco civilizado, y buen soldado, sin embargo, y de buen carácter. A él, por su devoción a esta divinidad, se le dio el sobrenombre de Herculio, como a Valerio se le había dado el de Jovio.” Aurelio Víctor, *Libro de los cesares*, p. 237 (39, 18); Castellanos, *op. cit.*, p. 51, Cameron, *op. cit.*, p. 31-32.

⁴² Remondon, *op. cit.*, p. 46.

⁴³ Constancio I, una vez convertido en augusto, fue conocido como “Cloro” (*clorus*) probablemente por su palidez, aludida a la enfermedad que padecía y que se desconoce exactamente cuál era.

⁴⁴ En adelante me referiré a él simplemente como Galerio para no confundirlo con el augusto Hercúleo Maximiano.

⁴⁵ La propaganda ideológica presentaba a los tetrarcas como una unidad, que basada en la concordia, compartía el poder. No así en la práctica, pues Diocleciano era la persona ostentando el *imperium*.

burocrática; y lo más importante, su propio ejército. Así como su propio prefecto pretoriano, que servía de segundo al mando, de jefe militar y de algunas otras funciones administrativas.

Un aspecto muy importante de la conformación de la Tetrarquía fue la creación de las redes familiares como causa y consecuencia de la invención de una “familia imperial”. Es interesante señalar que, quizá este mismo aspecto que pudo haber escapado a la previsión de Diocleciano o que simplemente tomó un camino distinto del que pensó, fue el que terminó con el sistema. El primer elemento fue la adopción: cada augusto adoptó de manera simbólica a su César, no sólo como una forma de vincular y estrechar la relación entre ambos, también como una forma de convidarle del lazo con las divinidades y como continuación de la idea antigua del derecho de herencia como hijo, aunque fuese adoptivo. Como se puede adivinar, el problema resultante de esta adopción ficticia fue la existencia de hijos biológicos que crecieron con una idea de derecho dinástico.⁴⁶

El otro componente fue la creación de uniones matrimoniales, de esta manera se estrecharon los lazos por dos vías. Para lograr esto, se recurrió a una “moneda de cambio” común en la Antigüedad romana y en buena parte de la realeza: las mujeres nobles. Así, para 293 con el nombramiento de los Césares, ellos contrajeron matrimonio con las hijas de los Augustos. Galerio, César de Oriente, fue unido en matrimonio con Valeria, hija de Diocleciano y su esposa Prisca. Mientras que Constancio, César de Occidente contrajo matrimonio con Teodora, hijastra de Maximiano.⁴⁷ Para la realización de estos enlaces matrimoniales, el historiador del siglo IV Eutropio, dio noticia de que ambos Césares tuvieron que relegar a sus esposas anteriores.⁴⁸

⁴⁶ “El fallo del sistema estriba en que mezcla dos reglas incompatibles. Una, la de la cooptación, es la elección subjetiva y arbitrada por un hombre. Otra, la del automatismo propio del sistema dinástico” Remondón, *op. cit.*, p. 60.

⁴⁷ Teodora fue la primera hija de Eutropia, esposa de Maximiano, nacida de su primer matrimonio con Anibaliano; mismo del que se separó para casarse con el augusto Hérculeo a petición de éste. *Vid.* Apéndice 1. Familia Constantiniana.

⁴⁸ Eutropio, *Breviario*, pp. 131-132 (IX, 22,1).

Una vez establecido el sistema tetrárquico, impuestas las reformas que modificaban los aspectos económicos, políticos y militares, lo que faltaba era dejar funcionar el sistema y abordar algunos aspectos religiosos. Al menos eran estas las preocupaciones de Diocleciano, pues de otra manera no se explica su repentino interés por las disidencias religiosas.⁴⁹ Como ya apunté, durante el siglo se III promovió una gran efervescencia espiritual y las líneas del tradicional pragmatismo religioso romano se vieron difuminadas por un caos ideológico, del que me atrevo a plantear, el Imperio ya no se recuperó. Es decir, ante la incertidumbre del mundo material y cotidiano no era extraño que las personas padecieran de incertidumbre anímica y se cuestionaran procesos más profundos relacionados con la fe en los dioses.

Lactancio –devoto cristiano– argumentó que la razón del “repentino” interés de Diocleciano por los cristianos y sobre todo por perseguirlos, fue su débil carácter y el dejarse influenciar por su César, Galerio.⁵⁰ Este aspecto en su descripción del carácter del Augusto es importante, porque más adelante señaló que fue por la presión de Galerio que Diocleciano se decidió a abdicar. Me inclino a pensar que más allá de estos detalles del carácter de un enigmático personaje, la principal aspiración del emperador parece haber sido la búsqueda de estabilidad y la vuelta al tradicionalismo romano, tal como apuntó Remondón,⁵¹ pues los restos de una época caótica tan reciente como las décadas previas a su gobierno y la idea misma de que todas sus reformas eran en cierta manera superficiales, explicarían a mi modo de ver, el hecho de que Diocleciano buscara perseguir, condenar y eliminar todo aquello que fuera en contra del orden imperial.

⁴⁹ Cabe mencionar que ya en 297 publicó un edicto contra los maniqueos.

⁵⁰ “Diocleciano, que fue un inventor de crímenes y una maquinaria de maldades, al tiempo que arruinaba todas las demás cosas, tampoco pudo abstenerse de levantar sus manos contra Dios. Con su avaricia y su timidez alteró la faz de la tierra.” Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 77 (7,1). A partir del capítulo 10, Lactancio se dedica a culpar a Galerio de la manipulación hecha a Diocleciano lo que en principio logró que comenzara la gran persecución cristiana y eventualmente lo llevara a abdicar.

⁵¹ “Este retroceso –o este progreso– se debe a la evolución religiosa, tanto cristiana como pagana; en Diocleciano, es debido a la tradición romana (fundamentado sobre la trascendencia de la diosa Roma, el carácter sagrado de los magistrados sólo se asocia a sus personas porque están investidas en las magistraturas).” Remondón, *op. cit.*, p. 61.

Hacia el año 303, acercándose la fecha en que se cumpliría el plazo de los veinte años para el cambio de poder, se puede pensar que había dos grandes interrogantes para los interesados: ¿los augustos dejarían el puesto? y ¿quiénes serían los nuevos césares elegidos?⁵² Es primordial hacer estos cuestionamientos como observadores modernos, acostumbrados a la especulación de sucesores en los cargos de gobierno, principalmente porque es un hecho que dentro de los ámbitos de las cortes, los ejércitos y las aristocracias, había personajes que tenían más apoyo que otros. Cabe mencionar que el criterio de selección no era del todo claro, por lo tanto, sólo se podía esperar a la fecha de nombramiento para tener certeza de quiénes serían los siguientes césares.

Efectivamente Diocleciano abdicó e indujo a un renuente Maximiano a hacer lo mismo, había llegado la hora de probar uno de los puntos más delicados de la Tetrarquía: la transición. Pero tal como ya había adelantado, uno de los principales errores del sistema se hizo evidente,⁵³ existían dos aspirantes a los puestos de los césares que estaban a punto de ser reemplazados. Por un lado, Marco Aurelio Valerio Majencio, hijo de Maximiano, augusto de Occidente y de su esposa Eutropia; mismo que estaba casado, con la hija de Galerio, Valeria Maximila. El otro, era un querido y prominente soldado que había hecho su nombre y su vida en el lado oriental del Imperio,

⁵² Se ha inferido que Diocleciano pensó en un plazo de veinte años para hacer el cambio de césares y el retiro voluntario de los augustos, esta hipótesis se apoyaría en que de hecho fue a los veinte años de gobierno que Diocleciano se decidió a abdicar sin un motivo claro aparente y a que se pondría en práctica su sistema de cambio de gobierno pacífico. Si un César sabía que con la muerte del augusto o su retiro voluntario asumiría él mismo el poder cumplido tal plazo, se promovería la concordia entre los tetrarcas pues no habría ambición ni intentos de derrocamiento. Sin embargo, tal como apunta Martín Gurruchaga en la nota 44 de la edición de Gredos de *Vida de Constantino* de Eusebio de Cesarea: “La abdicación de Diocleciano, que forzó la de su colega Maximiano Hercúleo, aceptada a regañadientes, ha sido un enigma. Ni los antiguos supieron las razones —Eusebio dice abiertamente que no sabe por qué— ni mucho menos que obedeciera a un plan preconcebido...” Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, Intr., Trad. y notas Martín Gurruchaga, Madrid, Gredos, 1994, p. 159.

⁵³ Sobre esta misma línea se encuentra José Fernández Ubiña: “Dado que el sistema [tetrarquía] no era dinástico, el lugar de los antiguos césares no fue ocupado por ningún familiar de los tetrarcas, sino por Maximino Daya en oriente y Valerio Severo en occidente. De este modo, tanto Constantino como Majencio (hijo de Maximiano) quedaron descartados de las altas esferas de poder: fue esto, como veremos, lo que arruinaría el régimen tetrárquico.” José Fernández Ubiña, “Constantino y el triunfo del cristianismo en el imperio romano”, en Manuel Sotomayor y José Fernández Ubiña, (Coords.), *Historia del cristianismo, I. El mundo antiguo*, Granada, Trotta-Universidad de Granada, 2006, p. 331.

pero que era hijo del César –casi augusto– de Occidente, se trataba de Flavio Valerio Aurelio Constantino.

Con la proclamación de Constancio I como augusto de Occidente en el 305, quedó establecido el inicio de la dinastía constantiniana. Durante los siguientes años Constantino luchó por resolver una de sus más grandes preocupaciones: su legitimidad. Esforzándose por hacerse de un lugar en el sistema tetrárquico para posteriormente terminar con él, estableciendo una diarquía temporal y finalmente lograr hacerse del poder único. Aunque el proyecto de Diocleciano estaba por llegar a su fin, las reformas y cambios en el Imperio no habían concluido.

2. Constantino

De la relación entre Constancio I y Helena –sobre quien hay divergencia de opiniones acerca de si fue su esposa o su concubina–⁵⁴ nació Constantino, conocido a la postre como “el grande”. Diferentes autores mencionan que los orígenes de Helena eran humildes, por decir lo menos; otros los tachan de oscuros, y los más amables dicen desconocerlos; las diferencias se deben en parte a que Helena realizó una importante labor como benefactora de los cristianos.⁵⁵ Sobre Constancio, por otro lado, existe cierta tendencia a encontrarle un origen noble: algunos autores lo consideran nieto del emperador Claudio “el Gótico”, hijo de Claudia y de un hombre llamado Eutropio; mismo a quien se ha querido identificar como hermano de Eutropia, esposa de Maximino, para así darle

⁵⁴ Constantino tuvo que abandonar a Helena al ser nombrado César como parte de su estrategia política, la divergencia de opiniones fue resultado de la necesidad posterior de justificar la legitimidad de Constantino. Al respecto sus grandes defensores como Eusebio y Lactancio, fueron benevolentes con su madre. Sus detractores como Zósimo, buscó oscurecer su imagen.

⁵⁵ Zósimo la llama “madre vil”, al hacer referencia a la reacción de Majencio ante el nombramiento como César de Constantino, en *Nueva Historia*, Intr. traducción y notas de José María Candau, Madrid, Gredos, 1992, pp. 181-182 (II, 9,2). Anónimo Valesiano menciona que era “de origen muy común”, en *Origo Constantini Imperatoris*, Comentario, traducción y notas I. Lasala Navarro y M. P. López Hernando, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007. pp. 279-280 (2,1). Eusebio de Cesarea por otro lado, habla de Helena en virtud de sus obras cristianas, particularmente en la reconstrucción de los lugares sagrados en Jerusalén y de la construcción de importantes Iglesias. *Vida de Constantino*, pp. 299-303 (III, 41-47), fragmentos dedicados a ella.

un linaje noble por ambos lados. Sin embargo, en una vida similar a la del propio Diocleciano, Constancio fue un hombre nacido en Dalmacia que hizo su carrera como militar y llegó a ser gobernador de dicha provincia, para convertirse en el prefecto del pretorio del augusto y posteriormente ser nombrado César de Occidente.⁵⁶

Fue precisamente debido a este nombramiento que Constantino, su primer hijo, considerado entonces como natural, tuvo una educación moderada y vivió la primera parte de su vida fuera de los centros de poder, creciendo con su madre en Nasso (la actual ciudad serbia Niš). Sin embargo, su actividad militar y su servicio en la parte oriental del Imperio, lo hizo destacar y por ello no era raro que se le considerase como un fuerte contendiente al puesto de César. Aspiración que se vio defraudada cuando Galerio, el nuevo augusto de Oriente nombró César a Cayo Galerio Valerio Maximino, hijo de una hermana que vivía en el campo y que en adelante será Maximino Daya.

Mientras tanto y probablemente en una ceremonia paralela en tiempo y forma, en la parte occidental del Imperio, Constancio nombraba César de Occidente a Flavio Valerio Severo; un soldado de origen ilirio que había hecho su carrera militar también en Oriente y a quien se ha señalado como colaborador cercano de Galerio, decisión que defraudó al otro aspirante, Majencio. Con dos aspirantes decepcionados y con una Tetrarquía dominada en tres partes por los intereses del augusto Galerio –o al menos eso creía él–, el sistema ideado por Diocleciano empezó a desmoronarse. Y es probablemente la rapidez de su destrucción lo que mejor demostró su fragilidad.

⁵⁶ “[...]se dice que Constancio era nieto de Claudio por su hija [...]” Eutropio, p. 131 (IX, 22-1). Anon. Vales. *Origo Constantini*, p. 279 (I, 1-2). El propio Juliano da por hecho esta relación, asumiéndose como descendiente de Claudio: *Elogio a Constancio*, p. 111 (6, d). *El banquete*, p. 163, (313, c). *Al rey Helios*, p. 196, (131, c). En la *Historia Augusta* también se hacen diversas referencias a este linaje, particularmente en la “Vida del divino Claudio” atribuida a Trebelio Polión, con la diferencia de que Claudia no sería hija de Claudio sino su sobrina: “[...]los hermanos eran Claudio, Quintilo y Crispo. Claudia era hija de Crispo; de ella y de Eutropio, el hombre más noble del pueblo dárdano nació el César Constancio.” *Historia Augusta*, Edición de Vicente Picón y Antonio Cascón, Madrid, Akal, 1989, p. 603, (13, 1-2).

Las peripecias de Constantino, y su lucha por hacerse del poder, comenzaron en el momento en el que no fue proclamado César. Simplemente su salida de la parte oriental del Imperio le costó mucho tiempo y trabajo. En un principio, de manera cordial, Constancio Augusto solicitó a su par Galerio que permitiera y facilitara la reunión de su hijo con él, a lo cual Galerio no se negó, pero tampoco hizo nada por procurarla, reteniendo a Constantino en su corte con diversas encomiendas. Pasando los días y en el entendido del peligro que corría permaneciendo en el territorio de quien cada día evidenciaba que no era amigo, Constantino comenzó a darse cuenta de la necesidad urgente que tenía de huir.⁵⁷

Finalmente, y sin poder encontrar otra razón para retenerlo, Galerio otorgó el permiso a Constantino de partir a reunirse con su padre, recomendándole que se fuera a la mañana siguiente. Constantino aceptó, pero con la sospecha de que había algún plan preparado en su contra, decidió irse esa misma noche. En su huida, para no perder tiempo tomó cada caballo encontrado a su paso en las postas y mató al anterior. De esta manera, se aseguró de que si lo seguían no hubiera caballos de repuesto.⁵⁸ El territorio correspondiente a Severo no era tampoco seguro para Constantino, pero con su prisa y con los problemas que tenía el César occidental –controlar las invasiones en su territorio– logró reunirse con su padre sin mayor percance.

⁵⁷ Este episodio es bastante comentado y discutido por diversas fuentes, principalmente si la reunión con Constancio se dio en su lecho de muerte, antes o incluso si lo encontró muerto. *Vid.* Cameron, *op. cit.*, p. 48; Fernández Ubiña, *op. cit.*, p. 332; Castellanos, *op. cit.*, p. 70-73. Lactancio y Eusebio sostienen que Constantino encontró a su padre a punto de morir, Eusebio llevó el episodio a un punto crítico en emoción: “Tan pronto como Constancio vio a su hijo inesperadamente aparecido, se incorporó del lecho y lo abrazó, diciendo que había echado de su alma lo único que a las puertas de la muerte lo afligía (es decir, la ausencia de su hijo), elevó a Dios la oración de acción de gracias, afirmando que ahora consideraba para sí la muerte mejor que la inmortalidad; dictó las disposiciones que le concernían y despidiéndose de los hijos y las hijas que en su derredor estaban a modo de coro, en el mismo palacio y en su lecho imperial, cesó de vivir, tras dejar, por ley natural, al hijo mayor la herencia del Imperio.” Eusebio, *Vida de Constantino*, pp. 163-164 (I, 21,1-2).

⁵⁸ Anon. Vales., *Origo Constantini*, p. 280 (I, 2,2-4); Zósimo, *Nueva Historia*, pp. 180-181, (II, 8,2-3); Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, pp. 137-139, (24, 5-8); Aurelio Víctor, *Libro de los cesares*, p. 242, (40, 2).

De acuerdo con Lactancio, la urgencia de Constancio de que su hijo se reuniera con él en Britania se debía a que se encontraba moribundo, quería verlo por última vez y nombrarlo su sucesor.⁵⁹ Sin embargo, se sabe que Constantino todavía peleó al lado de su padre la última campaña que éste dirigió contra los pictos; una victoria que permitió la pacificación de la zona y que ganó para Constantino el afecto del ejército de Constancio Cloro. Fue así como cuando este falleció en el año 306, Constantino fue proclamado augusto por su ejército. Aunque es difícil saber si Constancio efectivamente lo nombró su sucesor al morir, lo importante es que eso fue lo que se dijo para legitimarlo.⁶⁰

La respuesta de Galerio ante la noticia fue ambigua y en lo posible calculada: no rechazó de tajo el nombramiento de Constantino, pero tampoco lo aceptó. Lo que hizo fue elevar a Severo a la categoría de augusto y otorgarle a Constantino la calidad de César de Occidente. De esta manera continuaba la Tetrarquía. Para Galerio este escenario dificultaba su planeación estratégica, pues originalmente quería controlar de manera efectiva el Imperio. El problema para Galerio fue mayor de lo que esperaba pues no calculó bien la reacción de su yerno Majencio, esposo de Valeria e hijo de Maximiano (el Augusto occidental retirado), pues era también un aspirante a César que quedó decepcionado con la elección de Severo.

Majencio, además, pensaba que tenía más derecho puesto que era hijo de un augusto, no de un César, situación que lo ponía en una posición superior a la del propio Constantino, considerando la sucesión por herencia filial. Otro elemento que tenía a su favor era el apoyo de su padre, quien no había estado completamente convencido de abdicar. Majencio tenía la ventaja de conocer el territorio que aspiraba a dominar y de contar con la guardia pretoriana y buena parte del ejército

⁵⁹ Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 139, (24, 8)

⁶⁰ Proclamación de Constantino el 25 de julio del 306. Castellanos, *op. cit.*, p. 70; Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 139 (24, 8-9); Eusebio, *Vida de Constantino*, pp. 163-164, (I, 21, 1-2); Zósimo, *Nueva Historia*, p. 181, (II, 9,1).

correspondiente a Severo, aunque hay que señalar que este apoyo se debía sobre todo a su capacidad de soborno.⁶¹ Por todo esto, no fue difícil para Majencio hacerse proclamar augusto. Situó su capital en Roma, hecho que, aunado a lo anterior, le valió la aceptación de la clase senatorial y de los ciudadanos que anhelaban volver a sentirse el centro del Imperio.⁶²

Al enterarse de su proclamación, Galerio envió instrucciones a Severo de que eliminara la usurpación. Sin embargo, Severo se vio imposibilitado para acatar esta instrucción porque al darse cuenta de que sus hombres estaban de lado de Majencio, tuvo que recluirse en Rávena para poder salvar su propia vida. Ante esto, Maximiano le tendió una trampa que lo hizo salir de la protección del emplazamiento, dándole muerte por medio de una emboscada antes de que concluyera el año 307. Galerio pensó que lo mejor sería encargarse él mismo del usurpador y del ex augusto disidente. Pero algo similar a lo que le pasó a Severo –la verdadera afección del ejército–, hizo a Galerio entender que no podría enfrentarlos militarmente. Y, al verse solo, tuvo que huir y regresar a sus territorios.⁶³

Resulta un tanto impreciso saber en qué momento Maximiano se decidió a ir en contra de su propio hijo. Parece que desde un principio pensó en la usurpación de su hijo como un medio para buscar su propia restitución como augusto. Al menos dan cierta pista de esto sus acciones de los meses subsecuentes: Maximiano habría buscado a Diocleciano para pedirle que lo reinstalara en su posición de antes, como una manera de poner en orden al Imperio que se estaba fragmentando

⁶¹ Majencio era particularmente rico y podía pagar por sus soldados.

⁶² “Maximiano tenía un hijo, Majencio, yerno del mismo Galerio. Tenía una mente malvada y perversa y era tan soberbio y terco, que no acostumbraba a rendir culto ni a su padre, ni a su suegro, por lo que ambos le odiaban.” Así describe Lactancio a Majencio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 118, (I,18,9). Otras menciones de Majencio en: Anon. Vales., *Origo Constantini*, p. 280, (I, 3); Eutropio, *Breviario*, p. 136, (X, 2).

⁶³ Hay discrepancias en las fuentes antiguas, Zósimo y Eutropio confirman la emboscada que Maximiano tendió a Severo para asesinarlo sacándolo de su refugio en Rávena. Lactancio y Anónimo Valesiano mencionan que fue Majencio el responsable de la muerte, Lactancio incluso habla de un suicidio obligado. Zósimo, *Nueva Historia*, II, 10, 2; Eutropio, *Breviario*, p. 136, (X, 2, 4); Lactancio, *Sobre a muerte de los perseguidores*, p. 143, (26, 6-9); Anon. Vales., *Origo Contantini*, p. 281, (I, 4); Fernández Ubiña, *op. cit.*, p. 331.

por las divisiones. Sin embargo, la respuesta de Diocleciano fue negativa, pues consideraba que el sistema tetrárquico seguía funcionando pese a sus fallas, además de que, al asumirse como un emperador retirado, no quería intervenir. Esto es importante porque, aunque el poder era compartido, en la realidad la figura de Diocleciano tenía un peso mayor que la de los otros y seguía siendo su persona quien ostentaba el *imperium*.

Maximiano, decepcionado, volcó sus aspiraciones hacia un joven militar que seguía su camino de Britania a los Alpes. Para Maximiano era necesario tener un aliado y la mejor opción era Constantino. La alianza nuevamente se selló a través de un enlace matrimonial: Constantino contrajo matrimonio con Fausta, hija de Maximiano y hermana de Majencio.⁶⁴ Al igual que su padre, Constantino dejó de lado a una concubina o esposa previa, de nombre Minervina, con quien había tenido a un primer hijo de nombre Crispo.

No se debe menospreciar el poder que Majencio tenía en Occidente, un buen ejemplo fue la manera en que enfrentó la usurpación del gobernador del norte de África, Alejandro (308). Este problema –que fue dejado en manos de Majencio por completo– fue una muestra de la presencia, especialmente militar, que tenía el hijo de Maximiano. Su zona de influencia, Italia y el norte de África, resultaba la más afectada por la usurpación de Alejandro, pues Roma se alimentaba del grano que se producía en África. Es muy posible que ésta haya sido la razón por la que los tetrarcas ignoraron el levantamiento. Majencio logró terminar con la usurpación de Alejandro y mantenerse algunos años más. Además, fue un constructor entusiasta que quería modernizar y darle nueva grandeza al corazón del Imperio. El gran problema fue su falta de medios económicos, al no recibir, como los tetrarcas oficiales, parte del tesoro imperial para construcción y pago del ejército,

⁶⁴ Es importante recordar que Constancio Cloro, padre de Constantino había contraído matrimonio con Teodora, hijastra de Maximiano y por tanto media hermana de Fausta. *Vid.* Figura 1. Familia Constantiniana.

comenzó a solventar todos sus gastos de la sobre-fiscalización a los habitantes de Roma, quienes no reaccionaron tan entusiastas como al principio.⁶⁵

Como podemos ver, a partir del 305 y hasta el 313 la situación fue muy complicada, principalmente por la existencia de tantos emperadores. Aunque se tenía la intención de la tetrarquía, la realidad es que entre esos años hubo diez emperadores.⁶⁶ Para la reunión del año 308 en *Carnuntum*, que buscaba solucionar tales problemas, se acordó el funcionamiento de la tetrarquía pese a todo. Majencio nuevamente fue declarado usurpador con medidas punitivas en su contra. Diocleciano ratificó su abdicación, así como la de Maximiano –siempre reticente–, aunque de nueva cuenta hay que destacar su papel como *augustus senior*. Galerio, Maximino Daya y Constantino –quien no estuvo presente– fueron confirmados como tetrarcas en sus respectivos puestos; las aspiraciones de Constantino no fueron satisfechas, pues otra vez fue nombrado César. Pero hacía falta un integrante, un nuevo hombre fuerte del Imperio se hizo presente: Flavio Galerio Valerio Liciniano Licinio.⁶⁷

Maximiano, descontento con la decisión, buscó lograr sus objetivos por otros medios. Con algunos intentos fallidos de hacerse del poder y ejército de su yerno, lo envió a pelear guerras mal informado; planeó revueltas e intentos de asesinato. Finalmente, Maximiano murió fracasando en su intento de volver a ser Augusto. Su muerte, que en principio se notificó como un suicidio,

⁶⁵ Para Santiago Castellanos este episodio del gobierno de Majencio es de gran importancia y no ha sido tratado con el valor adecuado, pues no es costumbre de las fuentes o de los especialistas de la época tratar con justicia a Majencio. Sin embargo, la rápida y efectiva respuesta de Majencio contra Alejandro el usurpador, enviando a Rufio Volusiano fue esencial para la estabilidad de la Ciudad. *Vid.* Castellanos, *op. cit.*, p. 89; Aurelio Víctor, *Libro de los césares*, p. 244, (40, 17); Zósimo, *Nueva Historia*, II, p. 186, (12,2).

⁶⁶ Diocleciano, Maximiano, Galerio, Constancio Cloro, Severo, Maximino Daya, Constantino, Majencio, Alejandro y Licinio.

⁶⁷ La reunión de Carnuntum llevada a cabo el 11 de noviembre en Panonia tenía como principal objetivo la declaración de Majencio como usurpador, da una muestra del poder que tenía y de la amenaza real que representaba, fue promovida por Galerio y representó la mayor reunión de emperadores vivos. También sirvió como un espacio de expresión de las distintas aspiraciones que tenían Maximiano, Constancio y el propio Majencio, mismas que se vieron defraudadas. Castellanos, *op. cit.*, p. 87.

después fue declarado como castigo por una conspiración descubierta por Fausta. Ella, al enterarse de la intención de su padre de matar a su esposo mientras dormía, se lo habría comunicado a éste, quién adelantándose a la trampa, habría podido atrapar a Maximiano y obligarlo a suicidarse para evitar la ejecución.⁶⁸ Como se haya dado la muerte, la cuestión fue que con un enemigo menos, Constantino se concentró en avanzar contra Majencio, quien a su vez tomó la muerte de su padre –que lo había traicionado– como argumento para declarar la guerra a Constantino, a quien culpaba.

Las muertes de Maximiano (310), Galerio (311) y Diocleciano (311/313), en ese orden, aunque debido a causas diferentes, cambiaron el equilibrio de fuerzas.⁶⁹ El poder se disputaba de manera territorial: en occidente, Majencio seguía teniendo una importante presencia y dominio. Constantino más al norte, mantenía pacificadas las Galias por medio de guerras constantes, pero se asumía a sí mismo con más atribuciones que las de un César. En oriente, se encontraba Licinio consolidando una presencia que “en teoría” debía tener en occidente, pero que en la práctica lo enfrentaba a Maximino Daya, quien a su vez trataba de hacerse el hombre fuerte de la tetrarquía intentando ocupar el lugar de Galerio.⁷⁰

Una vez que Constantino comenzó su marcha hacia Roma, la oposición que enfrentó fue limitada, en su camino se fueron anexando hombres de las poblaciones itálicas a su ejército. Sin entrar en más detalles sobre los prolegómenos de la guerra, debo hablar brevemente de la batalla

⁶⁸ Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 155 (I, 30) habla de la conspiración en la cual Maximiano habría intentado incluir a su hija Fausta, quien fiel a su esposo, habría delatado a su padre. Zósimo, *Nueva Historia*, II, 11 también habla de la conspiración pero sitúa la muerte de Maximiano en Tarso por enfermedad, lo que sería una confusión con la muerte de Maximino Daya.

⁶⁹ Galerio murió hacia abril del 311. Hay una discrepancia sobre la muerte de Diocleciano. Para Lactancio, murió por suicidio o mejor, se dejó morir, por lo cual murió de causa natural finalmente. El principal problema es la fecha, 313 o 316. Hay quién señala que debió ser anterior, en el 312 o finales del 311. Para Sócrates habría sido en 313, para Zósimo en 316, ya en autores más contemporáneos Corsara propuso el 312 y Barnes el 312, este debate lo recogió Ramón Teja en la nota 401 en Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 184.

⁷⁰ Al poco tiempo de morir Galerio, Maximino Daya reanudó las persecuciones ignorando el Edicto de Tolerancia. Buscó casarse con la esposa de Galerio e hija de Diocleciano, al no aceptar, madre e hija fueron desterradas, ante esto Lactancio habla de la intervención de Diocleciano pidiendo por su esposa e hija lo que contribuye a la teoría de una muerte más tardía. Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, p. 170, (36,4).

del Puente Milvio, del 28 de octubre del 312. Hay un elemento que se debe destacar: en la víspera de la batalla, Majencio, quien ha sido calificado como un gran creyente de los dioses tradicionales, pidió que se le leyeran augurios y los libros sibilinos. En dicha lectura, los augures declararon que “el enemigo de Roma sería vencido”.⁷¹ Augurio que Majencio interpretó como su victoria y la derrota de Constantino, pues era éste quien pretendía marchar sobre Roma.

Majencio se sentía seguro de su victoria por el augurio, pero también por la cantidad y calidad de su ejército, sumado a que tenía un plan que parecía imposible que pudiera fallar: la premisa era que, teniendo la ventaja de ser los atacados, sería más sencillo impedir el avance enemigo. Al bloquear el puente principal para el paso y usar uno desmontable, quitarían los pestillos cortando el puente y ahogando a las tropas de Constantino. Sin embargo, probablemente en ese momento, algo lejos de ahí, Constantino se decidía por el uso del símbolo de la Ro (P) y la Ji (X), ordenando que fuera pintado en los escudos de sus soldados.⁷² Ante esta preparación psicológica, la batalla tenía un cariz religioso muy interesante: la divinidad que seguía Constantino –que no era el dios cristiano en ese momento– enfrentándose a los dioses tradicionales.

Lo sucedido en la batalla evidentemente no es claro. Las versiones que se mantienen son posteriores y favorecedoras a Constantino. Sin embargo, lo que se rescata es la gran confusión que se dio durante el enfrentamiento, las tropas desconcentradas –ya fuera por el símbolo o por la

⁷¹ Simon Baker, *Roma: auge y caída de un imperio*, prólogo Mary Beard, Trad. María Luz García de la Hoz, Barcelona, Ariel, 2007, p. 325. Baker toma esta afirmación de dos fuentes que no mencionan el augurio como tal, pero que si lo refieren, la primera menos explícita se encuentra en Eusebio de Césarrea, *Vida de Constantino*, I, 37. La otra es de Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, 44,3-9: “En la ciudad estalla un motín y se increpa al emperador como traidor a la salvación nacional. Al aparecer en público, pues estaba dando unos juegos en el circo en conmemoración de su aniversario, el pueblo, al punto, prorrumpió, todos a una, que Constantino no podía ser vencido. Afectados por estos gritos, abandonan el circo llama a algunos senadores y ordena que sean consultados los libros Sibilinos. Se descubre en ellos que aquel día moriría el enemigo de los romanos.”

⁷² Esta decisión resultado de una visión o sueño que habría tenido Constantino, ha sido objeto de grandes discusiones historiográficas. Se cree que un fenómeno astronómico, probablemente un eclipse, fue visto por Constantino así como por sus soldados y acompañantes, fue interpretado como un augurio de una divinidad. Para ese momento Constantino tenía gran filiación por el dios Apolo y empezaba a trazar una línea de favoritismo por el Sol como deidad especial.

sorpresa de ver un ejército capaz— retrocedieron en defensa antes de lo previsto y sin atraer a los enemigos como esperaban. Debido a la urgente necesidad de repliegue, los soldados se habrían tropezado unos con otros generando un caos tal que las vías de escape fueron insuficientes. El problema principal fue que el puente que debía ser desmontado, colapsó con los soldados corriendo sobre él, por lo cual cayeron al río. Gran parte de los soldados murieron ahogados, el cuerpo de Majencio fue hallado entre ellos.

La situación, aunque victoriosa, no era sencilla para Constantino, él sabía que debía gran parte de su triunfo al símbolo que había utilizado, más no podía presentarse abiertamente como cristiano ante el pagano y elitista Senado de Roma.⁷³ Por esta razón, inició su presentación haciendo responsable a Majencio de todos los males que aquejaban a la ciudad y quitándole culpa a los propios senadores que lo habían apoyado. Además, se presentó como el más interesado en restaurar el prestigio y los privilegios tanto del Senado como del ejército romano ahora derrotado —el de Majencio— y de esta manera logró ser proclamado augusto de Occidente, sin necesidad de un César. Los siguientes meses fueron cruciales para Constantino no sólo porque los pasó en Roma, manteniendo el precario equilibrio que logró con su entrada a la ciudad, también porque estaba en pláticas con su séquito cristiano, que se especula lo presionaba para agradecer al dios cristiano su victoria.⁷⁴

Constantino no pasó mucho tiempo en Roma, a pocos meses de iniciado el año 313, marchó a Milán a reunirse con Licinio. Entre las pláticas que tuvieron y por la cual se dio el llamado “Edicto de Milán”, que en realidad fue una serie de acuerdos publicados de manera paulatina. Lo

⁷³ No significa que Constantino fuera cristiano, pero ya tenía en su séquito personajes como Orosio o Lactancio que le enseñaban las doctrinas cristianas achacando su victoria a su dios. Constantino estaba en una situación complicada pues más allá de sus creencias personales, debía responder a los favores de unos y otros tanto en el ámbito religioso como en el militar.

⁷⁴ No se sabe con exactitud si el obispo Orosio o el propio Lactancio lo acompañaban. Al respecto, *vid. Baker op. cit.*, pp. 332-333.

principal, por un lado, fue la estipulación de una alianza entre ellos. Y, por otro lado, la aceptación de la tolerancia para todos los cultos, dando por terminado cualquier resto de persecución. Apenas en el 311, poco antes de morir, Galerio había emitido un edicto marcando el fin oficial de la persecución, pero desde luego la teoría no siempre empata con la práctica. Licinio no era un anticristiano como sus predecesores, pero sí era un convencido practicante de la religión tradicional. Como era costumbre, esta alianza se selló por medio de la unión matrimonial: Licinio se casó con la hermanastra de Constantino, Constancia.

Una vez realizado el enlace matrimonial, y establecidas las condiciones de la alianza, tanto Licinio como Constantino se marcharon y comunicaron lo esencial del pacto, firmado por los dos, en ambas partes del Imperio, dando origen a la leyenda del mencionado “Edicto de Milán”. Es importante destacar el papel de Licinio en la conformación de estos acuerdos, pues puso mucho énfasis en la tolerancia, dando el equilibrio que probablemente Constantino no habría tomado en cuenta de haber estado solo para esa fecha. Tal como apunta Baker, este acuerdo es fundamental porque es el primero en la historia de Occidente, que reconoce el derecho a la libertad de culto, “sea cual fuere la divinidad que more en el cielo”.⁷⁵

Licinio se enfocó en confrontar a Maximino Daya, quien seguía siendo emperador legítimo y augusto de Oriente. Tal como Majencio y Constantino habían disputado el poder occidental ante el interés atento de Licinio y Daya, ahora era el turno de éstos de enfrentarse por el Oriente, con el interés de Constantino. Fue Daya quien declaró la guerra, Licinio reunió a su ejército y respondió al ataque. Con una notable diferencia de efectivos, dificultades en el terreno y cambios de estrategias por ambos bandos, Licinio logró acorralar a Daya, quien huyó a Tarso donde tras algunos últimos intentos desesperados por escapar, se suicidó. Era el fin de la tetrarquía y del plan

⁷⁵ *Ibidem*, p. 334.

de Diocleciano. Licinio se dedicó a limpiar de seguidores de Daya la parte oriental del Imperio, borrando cualquier rastro de la corte. La purga se describe como brutal incluso a los ojos de los entusiastas cristianos que veían con alegría la muerte de quienes hasta hacía poco tiempo habían sido sus perseguidores.⁷⁶

2.1. Hacia el poder único. Conflictos con Licinio

Con el fin definitivo de la tetrarquía y una vez establecido el nuevo orden en el Imperio, para la última parte del 313, el equilibrio de fuerzas parecía estable. Constantino dominaba el Occidente y Licinio el Oriente, la alianza parecía funcionar, pues la armonía era deseada por ambos. Por si fuera poco, el matrimonio entre Licinio y Constancia marchaba bien, aunque en un principio ella era renuente a la unión, parecía entonces encontrarse feliz con su nueva situación y en paz con su esposo. Sin embargo, hay que volver a poner el acento en la cuestión más importante y que fue el detonante de la ruptura de este cuadro armonioso y estable: la religiosidad de Constantino.

Para ello, hay que volver un poco en el tiempo, apenas un año antes, a la Batalla del Puente Milvio. Anteriormente mencioné el uso del símbolo en los escudos de los soldados de Constantino, también señalé el agradecimiento que su séquito cristiano requería de él para con su dios. Lo que no he aclarado es el porqué del uso de este símbolo, ni la problemática de lo que se ha llamado historiográficamente “el sueño de Constantino” o la “visión de Constantino”.⁷⁷ Hay que tener en mente dos puntos importantes: primero, la naturaleza de las fuentes, las favorecedoras a Constantino son todas cristianas. Segundo, el gran problema de Constantino desde que no fue nombrado César en el año 305, su legitimidad como emperador.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 335-336.

⁷⁷ Un brevísimo recuento sobre esto en Arnaldo Momigliano, “Historiografía pagana e historiografía cristiana en el siglo IV D.C.”, *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, trad. Stella Mastrengelo, México, FCE, 2012, p. 95.

La filiación de Constantino por un culto solar está bien constatada, pero como mencioné al considerar las fuentes hay que tener en cuenta que la interpretación cristiana de que esta divinidad era el dios cristiano respondió al interés de los propios autores y del resultado final del proceso. Sin embargo, es un error pensar que para 312 Constantino fuera ya un converso cristiano. Es más plausible pensar la parte política estratégica del asunto, como mencioné, el problema de la legitimidad. No hay que pensar que era novedoso recurrir a la religiosidad para sustentar ideológicamente un proyecto político, Diocleciano lo había hecho con la tetrarquía, pero también muchos otros antes que él, sin duda el más exitoso fue el propio Octavio Augusto. Sin embargo, la progresión del culto que favoreció Constantino es lo que verdaderamente llama la atención.

Debido a la naturaleza del presente trabajo sería un exceso pretender saber la realidad de las creencias de Constantino. Como en el caso que me interesa, el de Juliano, es imposible saber con precisión qué creía una persona, tal como es imposible saberlo en la actualidad de cualquiera de nuestros conocidos. Es decir, el terreno de la creencia a nivel espiritual es tan complejo y privado que difícilmente podemos comprender a cabalidad cómo lo experimenta otra persona. Lo que sí se puede analizar son las acciones que, en función de las creencias o asociaciones, se tomaron; y pretender entender las motivaciones detrás de ello. Para esto hay que tener siempre en mente lo que ya he mencionado, la división entre política y religión, para la época que atañe al presente trabajo, es nula. Por el contrario, la relación entre ambas es tal que en ocasiones no puede distinguirse ninguna línea divisoria.

Hay que decir, entonces, que ante la problemática situación política, Constantino se percató de que una religiosidad fuerte era el medio para sostener su legitimidad. Con la batalla del Puente Milvio y la cercanía de personajes como Lactancio y Osio de Córdoba, además de su apertura y eclecticismo religioso, el cristianismo se le planteó como una posibilidad inexplorada de fuente de

poder. No hay que entender por esto que Constantino usó conscientemente al cristianismo para sus fines políticos; más bien apunto la posibilidad de que tal como los grandes tradicionalistas-innovadores en lo político-religioso, Augusto y Diocleciano, también Constantino quiso establecer una nueva religiosidad que sirviera a un fin para la estabilidad del Imperio: la unidad.

Ahora bien, no por llamarle ecléctico hay que considerarlo un improvisado. Por el contrario, Constantino se rodeó de los más grandes expertos cristianos para entender la estructura y las ideas de este grupo, así como la jerarquía que habían establecido en tres siglos. También buscó darle un mayor respaldo institucional y tomó acciones que contribuyeron a una mejora significativa en la vida de los cristianos de la época: “Una carta del 313 da cuenta de su primera acción: los cristianos, decía, estaban exentos de las obligaciones públicas, como ser jurados, supervisar recaudaciones de impuestos y organizar obras públicas, festividades y juegos.”⁷⁸ Estos favores ponían a los cristianos en la misma categoría cualitativa de la que gozaban médicos y pedagogos. Además, otorgó generosas donaciones y comenzó a contribuir a la construcción de grandes templos, la Basílica de Letrán, por ejemplo. Junto con una importante exención de impuestos, comenzaba a crearse una oligarquía cristiana, bajo el ala de un importante protector.

Pese a todo esto, Constantino no era abiertamente cristiano; asumía que, por la nueva tolerancia reinante, estaba retribuyendo a los cristianos algo de lo que habían sufrido mientras fueron vistos como seguidores de *superstitio*.⁷⁹ No era conveniente favorecer abiertamente a un grupo que en realidad seguía siendo minoría, no se debe perder de vista que pese a la relevancia que a ojos actuales se percibe del cristianismo ya para esa época, lo cierto es que apenas una décima parte del Imperio era cristiana. Lo que sí interesa ahora, es volver al cuadro armonioso que dejé

⁷⁸ Baker, *op. cit.*, p. 336.

⁷⁹ Esta forma despectiva de designar ciertas creencias religiosas como inferiores, contribuyó a la estigmatización de los cristianos en los primeros siglos de su existencia.

sobre el panorama imperial. Ya mencioné que Licinio no era un abierto anticristiano, pero definitivamente no vio con agrado los favores que su par estaba dando a este grupo.

Otro factor de los problemas que comenzaron a esbozarse entre los augustos era la herencia del poder. Por la experiencia de la fallida tetrarquía, tanto Constantino como Licinio sabían que la transición del poder sería un problema entre ambos. Teniendo ambos hijos varones, la herencia era un asunto importante que debían acordar. Por otro lado, Constantino empezó a hacer sus propias diligencias y alianzas sin tomar en cuenta a Licinio. En el 315, se ocupó de casar a otra de sus hermanastras, Anastasia, con el prominente senador romano Basiano. Después, envió a su compañero Licinio, una propuesta para hacer de Basiano, César de Occidente, lo que rompía con el acuerdo de diarquía bajo el que se estaban manejando Constantino y Licinio.

Licinio vio esto como una ofensa y decidió que era momento de eliminar a Constantino. Buscó aliados en la corte occidental y estipuló las causas de la ruptura: el incumplimiento de los acuerdos de Milán, pues la actitud de Constantino era de franco favoritismo a los cristianos, no de tolerancia general. Además, según cuenta Zósimo, Licinio veía una constante intromisión de Constantino en los asuntos de Oriente, mismo que no le correspondía en su papel de Augusto de Occidente.⁸⁰ La búsqueda de aliados no resultó tan difícil, pues los paganos que se sentían vejados por el creciente poder cristiano no eran partidarios de Constantino. Hay que recordar la fuerte visión despectiva y los prejuicios que se tenía contra los cristianos, considerados pobres, esclavos, incultos y con prácticas reprochables; para los educados y ricos senadores romanos, era impensable que un vulgar cristiano estuviera a su altura.

El principal aliado de Licinio fue un funcionario de su propia corte, llamado Senesio, a él le encomendó buscar alguien en Roma que quisiera formar parte de la conspiración. Senesio pensó

⁸⁰ Zósimo, *Nueva historia*, pp. 193-194 (18-1).

en su propio hermano, el prominente senador Basiano: sí, el mismo que Constantino acababa de casar con Anastasia. La idea era sencilla, debido a la confianza entre ambos, Basiano se aproximaría hasta el aposento más íntimo de Constantino con una daga y ahí lo asesinaría. Aunque se desconoce cómo se enteró Constantino de esta conspiración, se ha señalado que él también tenía una importante espía en la corte oriental su hermana Constancia, esposa de Licinio. A decir de Baker:

Lo cierto es que cuando Basiano intentó llevar a cabo el magnicidio, lo cogieron con las manos en la masa. Constantino estaba esperándole. El asesinato aquella noche no fue el emperador amado de Dios, sino el otro. Cuando Licinio se enteró, ordenó destruir las estatuas y bustos de Constantino en Nicomedia. Era la guerra.⁸¹

No obstante, no duró mucho, después de algunas batallas, los antiguos aliados decidieron firmar un nuevo acuerdo que mantuviera la paz en el Imperio. Las cláusulas se pensaron en beneficio de ambas partes, los dos seguirían compartiendo el consulado para el próximo año y se declaraba el nombramiento de césares para los hijos varones mayores de ambos. Pero este acuerdo del 316 sólo mantuvo las cosas estables durante unos años. Ambos emperadores se desarrollaron por su lado, inclinados hacia sus propios intereses y definitivamente uno fue más exitoso que el otro. La vuelta al poder personal de un solo hombre fuerte en el Imperio, con un poder legitimado y apoyado ideológicamente estaba a punto de suceder.

Para el 321, Licinio estaba harto de ser tolerante con los cristianos, se había vuelto paranoico y desconfiado, veía enemigos en todas partes, espías de Constantino que le informarían de cualquier decisión que tomara. El tolerante Licinio de antaño, no existía más. Primero obligó a todos los miembros de su gobierno a sacrificar, amenazando con la pérdida de su puesto a quien se negara. Después hizo lo mismo con su ejército, sólo así se sentiría seguro de su filiación. Por

⁸¹ Baker, *op. cit.*, p. 344.

último, impuso la misma obligación a la población en general. Por su parte, Constantino había tomado cada vez más una postura favorable a los cristianos, llegando a declarar públicamente que sus victorias se debían a la manifestación de Dios.⁸² Como se puede suponer, la guerra entre los antiguos aliados no se hizo esperar.

Preparados los ejércitos, se peleó en dos frentes, terrestre y marítimo. Crispo, hijo de Constantino, se destacó como un gran general obteniendo la victoria en la batalla definitiva de la guerra, Crisópolis del 324. Esta batalla se recuerda como un verdadero baño de sangre, las cifras, –aunque probablemente exageradas–, señalan la muerte de 100,000 soldados de Licinio. El símbolo que desde 312 había adoptado Constantino seguía con él. Este enfrentamiento, así como todos los anteriores, tenía una perspectiva religiosa, ideológicamente eran los dioses quienes peleaban por el dominio de los humanos. Y una vez más, el Dios de Constantino se hacía con la victoria aplastante.

El uso de un emblema con una deidad, así como esta idea de las guerras de los dioses ejecutadas por los hombres no era un tema extraño en la Antigüedad. Baste como ejemplo la guerra de Troya, pero en el caso romano, pueblo caracterizado por su belicismo, este matiz respondía sobre todo al eje central sobre el que se construyó lo netamente romano a diferencia de lo griego o lo persa: la *pax deorum*. Este pacto entre hombres y dioses dio a Roma su “grandeza” al hacerse de una identidad como pueblo conquistador, gracias a su alianza con el dios más fuerte. Esta condición dio también gran flexibilidad a la experiencia religiosa en Roma, pues se aceptaban todas las deidades, lo único que importaba era estar de lado de quien se mostrara más fuerte que las demás. Y en este sentido, las victorias en el campo de batalla de algunas deidades utilizadas

⁸² A partir de ahora se usará Dios, con mayúscula para distinguir la idea de que existía sólo uno. Entre 321 y 324 fue esta declaración pública en la que Constantino aseguraba que sus victorias lo hacían acreedor de una deuda con Dios para hacer que sus súbditos lo adoraran. Baker, *op. cit.*, p. 346.

como emblema mostraban su creciente poder. Para el momento en que Constantino ganó, las dudas respecto al dios cristiano comenzaban a disiparse, al menos respecto a su fuerza.

Licinio, derrotado, volvió a Nicomedia para unificar sus fuerzas, pero sobre todo para reunirse con su esposa e hijo. Se cree que Constancia suplicó a su hermano por la vida de su esposo.⁸³ Supuestamente, ante estos ruegos, y por el cariño que Constantino sentía por su hermana —que además era cristiana—, aceptó perdonar a Licinio. Así, ordenó trasladar a la antigua familia imperial, Licinio, Constancia y su hijo Licinio, a Tesalónica, donde deberían vivir en un pacífico retiro. Este no duró mucho, pues al cabo de un año y bajo el pretexto de que Licinio de nuevo intentaba agrupar fuerzas para enfrentar a Constantino, éste envió soldados que, llevándose a Licinio y a su hijo a un lado de la casa, los estrangularon. Constancia, por su parte, fue llevada a la corte de su hermano, donde pasó el resto de su vida, con el título de “Nobilísima”.

2.2. Formando la Dinastía: Conversión al cristianismo y muerte de Constantino

Habían pasado veinte años desde que Constantino comenzó su agitada carrera política por hacerse con el poder imperial. Para el 325, era ya el emperador único, sin compañeros, tetrarcas, césares o aliados. Su principal aliado era para ese momento el Dios al que creía deber sus victorias y a sus representantes en la Tierra, a los que llenaba de favores y regalos. Quedaba ahora por construir, una parte fundamental del legado constantiniano, el poder absoluto y hereditario de la figura no de un gobernante, sino de un monarca. Un poder emanado de y sustentado por la divinidad única, por lo cual debían trastocarse elementos antiquísimos de la religiosidad romana. Así como en el cielo se daba un poder único que se contraponía con la antigua creencia de la existencia de varias deidades, así, en la Tierra debía respetarse la figura de un único emperador que gobernaba a imagen

⁸³ Zósimo, *Nueva historia*, p. 206 (28, 1-2).

de su Dios.

Parece sencilla la construcción de este aparato ideológico, o como lo ha llamado Castellanos, este “edificio político”.⁸⁴ Sin embargo, se debe considerar como observadores actuales que esta construcción se mantuvo en Europa desde el siglo IV hasta la Revolución francesa; aunque esto es claramente una simplificación, me refiero a que la legitimidad de un gobernante monarca como representante de dios en la tierra, fue la idea que sustentó por más de un milenio la organización política de Europa. Es por esto, que hay que detenernos y analizar lo que he denominado la formación de la Dinastía. Recapitulando mi relato, Constantino ha derrotado a Licinio y además lo ha asesinado junto con su sobrino, evitando cualquier posibilidad de una amenaza posterior. Su poder era ya único y efectivo en todo el Imperio, lo cual renovó los problemas que originalmente llevaron a Diocleciano a dividir el poder: la falta de presencia del emperador en todo el territorio a la vez, la dificultad administrativa y los vacíos de poder ante la transición.

Constantino puso el dedo en el renglón de su propio origen. La solución a esos problemas estaba en su propia familia. No obstante, hay que destacar una situación particular que habla del desarrollo psicológico y espiritual de este personaje tan interesante. Tal como mencioné, es difícil precisar las creencias personales, pero sí existen ciertas señales o acciones particulares que pueden abonar a la comprensión de estos fenómenos. Para el año 326, Constantino tomó una decisión inesperada y recriminada por varias voces: ordenó la ejecución de su hijo Crispo. Al poco tiempo, se dijo que también ordenó el asesinato de su esposa Fausta, por medio del sobrecalentamiento del agua para el baño de su mujer, quien habría muerto quemada o asfixiada por el exceso de vapor. La causa de estas muertes habría sido las acusaciones de una relación incestuosa entre su esposa y su hijo natural, fruto de su relación previa con Minervina.

⁸⁴ Castellanos, *op. cit.*, p. 172.

Crispo se había destacado como general en la guerra contra Licinio. No sólo era el hijo mayor de Constantino, también había sido preparado durante mucho tiempo para ser su compañero y sucesor en el poder, desde el acuerdo del año 317, sustentaba el título de César. Y Lactancio su preceptor, gozaba de un trato especial en la corte de Constantino, debido a esta cercanía. Sin embargo, ante la falta moral que implicaba la supuesta relación, Constantino no dudó en asesinarlo. Pensemos por un momento el impacto que estas muertes debieron tener en los hijos de Constantino y Fausta –Constantino, Constancio y Constante– no sólo se trataba de la muerte de su hermanastro ordenada por su padre, sino la de su propia madre.

Destaco este hecho porque para algunos autores, como Zósimo, fue esta y no alguna otra la verdadera razón de que Constantino se volviera cristiano, pues esta religión era la única que podría aceptar tal crimen y perdonarlo. Lo cierto es que, para ese momento, Constantino ya llevaba varios años de preparación en el ámbito ideológico cristiano y era de hecho una de sus principales prioridades la formación de un dogma que planteara lineamientos específicos a seguir. De ahí, que fomentara el Concilio de Nicea del año 325, donde la principal preocupación era establecer el dogma cristiano. Constantino participó activamente en esta reunión e hizo escuchar sus ideas. Se había dado cuenta que el cristianismo, su principal aliado e instrumento, estaba en sí mismo dividido por disputas ideológicas y que así, envuelto en conflictos filosóficos, no era funcional a su interés primordial, que era la unidad.

Una vez establecida la ortodoxia cristiana, quedaba claro que el poder religioso y el político tenían una nueva cabeza. Una nueva época comenzaba con Constantino al mando, y para ello necesitaba visibilizar estas transformaciones. Una nueva capital imperial, que ejemplificara el nuevo estado era lo más apropiado. Roma era demasiado tradicional y anticristiana para lograr estos objetivos. Ya desde el 324, Constantino se había dado cuenta de ello, trazando las primeras

líneas de lo que sería la “Nueva Roma”. Pero esto no significaba darle el título de capital imperial, ese paso no era necesario. Al fundarse una nueva ciudad con nuevos principios y con la materialización de una nueva forma de entender el poder, Constantino sustentó las bases de la permanencia del Imperio para el siguiente milenio.

En el año 330, Constantino decidió consagrar como segunda capital del Imperio la ciudad a la que había dado su nombre, Constantinopla. Para ese momento la situación se había transformado una vez más, pero en términos de mejoría. Sus tres hijos, habían sido –o serían– nombrados césares y se especulaba la idea de una transición de poder de tipo dinástico. Incluso las partes de la familia constantiniana que antaño habían sufrido la venganza de Helena, su madre, habían sido restituidos en beneficios tras la muerte de ella. Constantino pensaba para entonces que en los únicos que podía confiar para mantener su poder y hacerlo duradero eran los miembros de su familia y sus herederos. Él mismo aún estaba en condiciones de gobernar y seguía trabajando por formalizar su proyecto que se había ido creando a lo largo de veinticinco arduos años.

Resolver las diferencias al interior del cristianismo y formar una ortodoxia que diera fortaleza interna a la nueva religión fueron grandes ocupaciones de Constantino. De ahí la importancia del Concilio de Nicea del año 325, del cual emergió como producto el “credo niceno” y la expulsión del arrianismo. Sin embargo, las diferencias no fueron resueltas y en los siguientes años Constantino se vio cada vez más interesado en temas teológicos; mismos a los que a principios de su acercamiento al cristianismo no había prestado atención. Sus hijos, educados en la doctrina cristiana tuvieron preceptores que los acercaron a esta religión desde pequeños. Su madre, Helena, se interesó por hacer de los recintos sagrados, lugares de culto. Además, fomentó la construcción de Iglesias patrocinadas por su hijo. Al convertirse en augusta, la figura de Helena cobró una doble importancia, pues tras la muerte de Fausta, cubría la figura de emperatriz venerable y, por otro

lado, opacaba a Teodora (esposa de Constancio Cloro) y a sus hijos, dando una mayor legitimidad a Constantino e hijos.

Hay un tema del que no he hablado hasta el momento y que más adelante cobrará gran importancia: Persia. En los últimos años de su vida, Constantino se encontraba preparando una campaña militar con la que se reanudaría una larga tradición bélica entre ambos imperios. Como parte de esta preparación se puede contar el nombramiento de su sobrino Anibaliano como Rey de los territorios orientales y jefe de los pueblos del Ponto. Con esta medida buscaba consolidar el dominio en las orillas del Imperio y sentar el precedente de la respuesta militar ante la invasión persa a los territorios de la actual Armenia del año 336.⁸⁵ Aunque la campaña de Constantino no se llevó a cabo, la renovación de provocaciones y preparaciones para el enfrentamiento bélico fue continuada por la campaña de Constancio y finalmente de Juliano. A decir de Eutropio:

Preparando la guerra contra los partos, que ya atacaban Mesopotamia, murió en Nicomedia en una villa pública, a los treinta y un años de su reinado y a los sesenta y seis de edad. Su muerte fue pronosticada incluso por una estrella de larga cabellera, que, de inusitado tamaño, brilló durante algún tiempo. Los griegos la llaman cometa. Y mereció ser deificado.⁸⁶

Fue precisamente la repentina muerte de Constantino la que interrumpió la campaña persa, pues los asuntos locales principalmente relativos a la sucesión se convirtieron en la prioridad. Cabe señalar que al morir Constantino, su deceso no fue revelado de inmediato, el propio Eusebio fue opaco al describir los meses siguientes a la muerte de su héroe, tratándolo como un espíritu que aún después de muerto siguió siendo cabeza del Imperio. En la práctica se dividieron las facciones y se prepararon para la contienda, los tres hijos de Constantino césares, fueron nombrados *augustii*, Anibaliano fue eliminado y con él toda su familia, hijos de Constancio y Teodora. La familia

⁸⁵ Castellanos, *op. cit.*, p. 278.

⁸⁶ Eutropio, *Breviario*, p. 139 (X, 8,2).

masculina fue hecha prisionera o asesinada en la “masacre del año 337” de la que años más tarde y ya como augusto, Juliano reclamaría amargamente y señalaría como responsable a su primo Constancio pues con la muerte de la familia de Juliano, Constancio como augusto de Oriente fue el principal beneficiario.

Muerto Constantino y hechos con el poder sus hijos, comenzó una nueva etapa en el Imperio, la búsqueda de legitimidad, paz y equilibrio impulsada por Diocleciano a consecuencia de las crisis suscitadas, había dado sus primeros resultados. También había sembrado las bases de un cambio mucho más profundo y de duración impensable, pero por lo pronto el proyecto dinástico de Constantino ya había visto nacer a su último miembro, último heredero de una idea de Imperio apoyado en una idea cristiana en la que no creyó y que luchó por destruir: Juliano “el apóstata”.

Capítulo II

Vida de Flavio Claudio Juliano

1. Nacimiento e infancia

Entre los meses de mayo y junio del año 331, la familia imperial extendida vio nacer un nuevo miembro:⁸⁷ Flavio Claudio Juliano, nació en Constantinopla, la ciudad que su tío emperador consagró como segunda capital del Imperio apenas un año atrás. No hay ninguna razón para creer que aquel niño que pasó la mayor parte de su vida en la orfandad no haya nacido en medio de un ambiente cariñoso, rodeado de atenciones y feliz. Sus abuelos y tío maternos debieron prodigarle todas las atenciones que su condición social y económica podía permitirles. Su madre, según se dice, ya antes de su nacimiento le auguraba un destino impresionante, comparándolo con Aquiles, decía que tendría una vida corta, pero llena de grandeza.⁸⁸ Su padre, debía ver en su hijo recién nacido la señal de que su segundo matrimonio sería exitoso y viviría finalmente la prosperidad que ansiaba desde hacía años.

1.1. Padres de Juliano

Basilina, madre de Juliano, fue hija de un funcionario de buena posición en la corte imperial oriental. Julio Juliano, abuelo del emperador, fue gobernador de la provincia de Egipto y durante el tiempo de Licinio como emperador, ocupó el puesto de prefecto del pretorio.⁸⁹ Se encargó de

⁸⁷ Sobre la fecha de nacimiento de Juliano hay una larga discusión respecto a los años, aunque algunos estudiosos apoyaron la hipótesis de su nacimiento en el año 332 (Adrian Murdoch, por ejemplo), la mayoría se inclina por el 331: entre ellos, G.W. Bowersock, Wilmer C. Wright, Constance Head, Shaun Tougher y Rowland Smith. También hay algunos que señalan el 7 de abril como fecha de su nacimiento, sin embargo, los testimonios y pruebas que apoyen estas hipótesis no son concluyentes.

⁸⁸ Joseph Bidez relata que Basilina tuvo un sueño en el que veía cómo Juliano moriría joven en el campo de batalla, comparándolo con Aquiles. Joseph Bidez, *La vida del Emperador Juliano*, trad. Roberto Sixto Blanco, Madrid, Sinderésis, 2018. p. 44.

⁸⁹ Licinio fue emperador entre los años 308 y 324. En términos simples, el prefecto del pretorio en su mejor momento habría sido una suerte de vice-emperador. Una vez creado el puesto del César, –constituida la tetrarquía, concluida y

dar a sus hijos, Basilina y Juliano –homónimo de su sobrino– la mejor educación que pudo. También le interesó educarlos en la doctrina cristiana, poniéndolos bajo la instrucción del obispo arriano de Nicomedia, Eusebio. Así como Basilina y Juliano recibieron una educación esmerada, también aprendieron de las intrigas, alianzas y traiciones que se vivían en la corte. Este aprendizaje empírico sirvió para formar su carácter y entender cómo funcionaba el Imperio; y quizá más importante, la familia imperial.

Aunque poco se sabe del abuelo materno de Juliano, salvo por lo ya mencionado, es claro que padeció las guerras civiles, en el proceso emprendido por Constantino para hacerse emperador único. Puedo también suponer que no perdió sus propiedades y fortuna pues son mencionadas como herencia por el propio Juliano;⁹⁰ no obstante, no es claro si él mismo sobrevivió a la matanza de enemigos realizada tras la caída de Licinio.⁹¹ Tampoco he podido saber qué tanto influyó el matrimonio de su hija con el hermano de Constantino, para congregar ambas familias. Lo que sí he logrado constatar es que Julio Juliano fue una figura relevante en la vida de su nieto y que legó a Juliano su amor por la cultura griega y las buenas costumbres por medio de una persona, el pedagogo Mardonio.

Flavio Julio Constancio, padre de Juliano, había pasado muchos años viviendo una suerte de exilio en distintos lugares del imperio. ¿La razón? Ser hijo del segundo matrimonio de Constancio

re-estructurada la posición del augusto– el prefecto del pretorio perdió su lugar privilegiado, pero siguió siendo, al menos nominalmente, un puesto valioso.

⁹⁰ Alice Gardner, *Julian. Philosopher and Emperor and the Last Struggle of Paganism Against Christianity*, Nueva York-Londres, G. P. Putnam's sons, 1895, p. 4.

⁹¹ Con el fin definitivo de la tetrarquía y una vez establecido el nuevo orden en el Imperio, para la última parte del 313, el equilibrio de fuerzas parecía estable. Constantino dominaba el occidente y Licinio el oriente, la alianza pareció funcionar por algunos años. Licinio no era un abierto anticristiano, pero definitivamente no vio con agrado el favoritísimo que su compañero estaba dando a este grupo. Otro factor de los problemas que comenzaron a esbozarse entre los augustos fue la herencia del poder. Por la experiencia reciente, tanto Constantino como Licinio sabían que la transición del poder sería un problema. Ambos tenían hijos varones, por lo que la herencia era un asunto que debía discutirse. Baker, *op. cit.*, pp. 334-344.

I con la hijastra de Maximiano Augusto, Teodora.⁹² Este matrimonio fue realizado como parte de una alianza política para la cual Constancio se vio obligado a dejar a su primera mujer y madre de Constantino, Helena.⁹³ Del matrimonio con Teodora, Constancio tuvo seis hijos, que padecieron la venganza de Helena una vez que Constantino se hizo con el poder en el año 306. Para el 330, tras la muerte de Helena, tanto Julio Constancio como sus hermanos Dalmacio y Anibaliano, tuvieron un acercamiento con su hermanastro Constantino y pudieron establecerse libremente. Julio Constancio decidió hacerlo en Constantinopla, donde se casó en segundas nupcias con la mencionada Basilina.

La primera esposa de Julio Constancio fue una mujer de origen romano llamada Gala, de la cual se dice que podría haber sido hermana de dos cónsules.⁹⁴ De este matrimonio nacieron tres hijos, dos varones y una mujer. Del primer varón, lo único que pude constatar fue su muerte a temprana edad. Su hija, a veces llamada Constancia por las fuentes, a veces nombrada Gala, contrajo matrimonio con Constancio II y no tuvo nunca relación con Juliano.⁹⁵ El tercer hijo, Galo, nacido entre el 325 y el 326, fue el único que compartiría con su hermanastro Juliano las consecuencias de la purga familiar del año 337, para después seguir su propio destino trágico. Los primeros años en la vida de Juliano como los de casi cualquier otro personaje histórico están poco documentados y la principal fuente para su reconstrucción son las especulaciones de los interesados en el tema, algunas veces testigos, otras veces apologetas, y en algunos asuntos, la

⁹² Vid. Figura 1. Creación propia basada en la lectura de Bidez.

⁹³ Adrian Murdoch, *The Last Pagan, Julian the Apostate and the Death of the Ancient World*, Rochester, Vermont, Inner Traditions, 2008, p. 13.

⁹⁴ “Gala, hermana de Rufino y de Cereal, honrados ambos con las trabeas consulares y la prefectura”, Amiano Marcelino, *Historia*, Edición de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002. p. 153 (14.11.27).

⁹⁵ “Constancio se casó en 335 con una prima suya, hija de Julio Constancio y de su primera esposa Gala (y, por tanto, hermana por parte de padre de Juliano), de la que Constancio no tuvo hijos...” José García Blanco, “Introducción al Elogio de la emperatriz Eusebia”, en Juliano, Flavio Claudio, *Discursos I*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1979, p. 165. Esta relación no tuvo ninguna relevancia durante el periodo en que Constancio quedó a cargo de Juliano y su hermano Galo.

memoria del propio Juliano. No obstante, hay algunos episodios de su infancia que deben ser mencionados.

1.2. Matanza del año 337

La tragedia fundamental en la vida de Juliano se encuentra íntimamente ligada a la fase final de la vida de su tío. Viendo que su gobierno estaba cada vez más consolidado, Constantino decidió incluir a la familia de su padre y Teodora, favoreciéndolos con cargos y permitiéndoles volver del exilio al que los sometió Helena. A esto se sumó que en el 336 llegó una embajada del emperador persa Sapor II, reclamando la devolución de territorios tomados por Diocleciano.⁹⁶ Dedicando los siguientes meses a los preparativos de guerra, Constantino cayó enfermo y fue trasladado a la villa de Acron cercana a Nicomedia, allí pasó seis días con fiebres intensas. Ya cercana la fecha de Pentecostés, fue bautizado y sin definir un sucesor, murió el 22 de mayo del 337.⁹⁷ A su muerte, había cuatro cesares oficiales –sus hijos Constantino, Constancio y Constante– y su sobrino Dalmacio, pero ninguno había sido proclamado augusto. Esto creó una situación de *interregnum* que duró hasta septiembre, cuando las legiones proclamaron como augustos a los tres hijos de Constantino, dándole la primacía a Constantino II sobre sus hermanos. Esta división de poder conllevaba, como en otras ocasiones de la historia romana, una división territorial.

En un lapso de cuatro meses entre el 337 y el 338, fueron asesinados de manera consecutiva todos los miembros masculinos de la familia de Constantino. Se eliminó a Dalmacio y la facción que lo apoyaba, incluyendo a su padre (Anibaliano) y a Julio Constancio, padre de Juliano. Por el beneficio que significó para Constancio II la desaparición de sus tíos y primos, no extraña la idea

⁹⁶ Bidez, *op. cit.* p. 46.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 47; Shaun Tougher, *Julian the Apostate*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 2007. p. 13. La muerte de Constantino está ampliamente documentada y consignada en la bibliografía sobre este personaje.

de que fue él quien promovió la matanza de la familia de Juliano. El propio Juliano lo señalaría abiertamente como el autor intelectual de tal matanza:

Que nuestra línea paterna arranca del mismo origen que la de Constancio es cosa conocida, pues nuestros padres fueron hermanos nacidos de un mismo padre. Y a nosotros que éramos sus parientes tan cercanos, ese clementísimo emperador, ¡qué cosas nos ha hecho!: a seis primos míos, que también lo eran suyos, mi padre y a mi hermano mayor los hizo matar sin juicio, y a mí y a mi otro hermano, aunque quiso matarnos, finalmente nos envió al exilio [...] ⁹⁸

Los únicos sobrevivientes, además de Constantino II, Constante y Constancio, fueron Juliano y su medio hermano mayor, Galo, a quien se dice le perdonaron la vida porque estaba tan enfermo que se creía moriría de cualquier modo.⁹⁹ Este suceso que hacía eco de la forma en la que Constantino se deshizo de Licinio y su hijo Liciniano, fue definitiva no sólo de la vida de Juliano sino también de la organización del Imperio.¹⁰⁰ La explicación oficial para tales acontecimientos fue el temor del ejército ante posibles intentos de usurpación, esto estaba justificado desde luego en la propia historia romana reciente, ya que les había dejado la experiencia de evitar a toda costa vacíos de poder y la existencia de duda sobre el mando militar.

Quien sea que haya ejecutado dicha matanza, lo cierto es que cambió el panorama no sólo del plan que Constantino había apuntado hacia el final de su vida, –apostando por una dinastía–, sino que también alteró las interacciones entre los propios herederos. Principalmente al hablar de Constancio, su vida y gobierno cambiaron como resultado de estas muertes, una primera consecuencia fue precisamente quedar a cargo de sus primos. Esto no significó que se convirtiera en su figura paterna o que se preocupara por fomentar una relación directa, pero sí se ocupó de su lugar de residencia y de su educación cristiana.

⁹⁸ Juliano, *Carta a los atenienses*, en *Discursos I...*, p. 314 (270 cd).

⁹⁹ *Idem*.

¹⁰⁰ *Supra* Capítulo 1, apartado 3.1.

Para este momento y a propósito del poder dividido cabe mencionar que éste no duró mucho tiempo. Debido a la distinta filiación de su práctica cristiana, así como enfrentamientos por el poder territorial, Constante y Constantino II entraron en guerra. Para el año 340, Constantino II murió, con lo que el Imperio quedó en manos de sus hermanos Constante y Constancio. La división se dio por dos frentes: el lado Oriental y el lado Occidental; el cristianismo niceno y el arriano.¹⁰¹ Aunque durante los diez años de su gobierno conjunto, Constancio y Constante mantuvieron la concordia y la paz, el contexto era en realidad una lucha ideológica marcada por las creencias de ambos, pero sobre todo el poder que tenían sus consejeros más allegados.

No es casual que estos años hayan sido claves en el fortalecimiento de la institución eclesiástica y del poder que los altos obispos ejercieron desde entonces en las decisiones estatales. Se piensa que la situación entre ambos hermanos estaba destinada a una guerra similar a la que había sucedido entre Constantino II y Constante, pero en los prolegómenos de este conflicto, una tercera facción se hizo presente con la usurpación de Magnencio en la parte occidental del Imperio, causando la muerte de Constante en el año 350.¹⁰² Fue en este álgido punto en el que los conflictos velados entre los hermanos llegaron al punto de quiebre y la guerra parecía inminente, aunque en principio fuera contra un enemigo común.

1.3. Mardonio

Volviendo a donde dejé al niño Juliano, como ya he explicado, el evento fundamental que marcó su infancia fue la matanza de sus parientes masculinos. Juliano quedó huérfano de madre apenas

¹⁰¹ El arrianismo fue una disidencia cristiana, después calificada de herejía, promovida por el presbítero egipcio Arrio, que proclamaba en plenas discusiones sobre la naturaleza de Cristo que éste había sido creado no consustancial al Padre como pretendía el resto de los cristianismos de la época debido a los concilios; fue precisamente en el concilio de Nicea donde se acordó que Cristo compartía la sustancia del Padre, que se les llamó nicenos. Al establecerse el dogma, todo lo que fuera en contra se volvió herejía. José Fernández Ubiña, “Constantino y el triunfo del cristianismo en el Imperio romano” en *Historia del cristianismo...*, pp. 350-353.

¹⁰² Klaus Bringman, *Juliano*, Trad. Marciano Villanueva, Barcelona, Herder, 2006, p. 37.

unos meses después de nacido, y de padre antes de cumplir los seis años. Constancio, tutor legal, emperador y primo de Juliano, no tenía hijos ni herederos, pero tampoco tenía interés en preparar a alguno de sus primos para tal puesto. Mucho menos planeaba hacerse cargo de sus primos por el lazo familiar afectivo, lo que sí hizo fue encomendar su educación religiosa al reconocido obispo de Nicomedia, Eusebio, y mantenerlos tan al margen de los asuntos estatales como le fue posible.

Tal como menciona Juliano en la *Carta a los atenienses*, a partir de los siete años, su educación estuvo a cargo de su pedagogo Mardonio. De este hombre, de quien adquirió el amor por la filosofía y la cultura griega, puedo suponer que también asumió su profunda filiación por lo antiguo, Juliano se mostró a lo largo de su vida como un conservador no sólo en cuestiones religiosas, sino también en un ámbito más personal y de conducta. Sus referentes –no se pueden dejar de lado– fueron los grandes filósofos y escritores de los que abrevaba su conocimiento y a quienes hacía abundantes referencias, como sus cartas dejan ver. De todo esto y quizá más elementos de su personalidad, puedo “culpar” a Mardonio, sobre esta y algunas otras cuestiones en referencia a la educación de Juliano sólo es posible suponer, ¿cómo se podría verdaderamente medir la influencia que un pedagogo y principal compañía tuvo en un niño huérfano durante los años que pasaron juntos?

En una de las hipótesis planteadas por Rowland Smith, Juliano desarrolló tal sentimiento de admiración por su maestro Mardonio que lo llevó a considerarlo a él y a todos sus posteriores maestros, así como a los filósofos que leía, como dioses, convirtiendo su admiración en una suerte de idolatría.¹⁰³ Por otro lado, y quizá sea lo más significativo del pedagogo, hay que mencionar que al dotar a Juliano de una identidad propia y una variedad de intereses diversos a los de la familia imperial, lo blindó ante los peligros que le rodeaban, principalmente de su condición de

¹⁰³ En términos generales, esta es una de las principales tesis de la obra de Smith, ya que se centró en hacer una biografía intelectual de Juliano. Rowland Smith, *Julian's Gods*, Nueva York, Routledge, 1995.

heredero. Lo asertivo fue haberlo dotado, al mismo tiempo, de herramientas para gobernar. Esta dualidad y visión de un hombre que en apariencia se mostraba sencillo, lo hizo trascendente y se volvió pieza fundamental para entender el proceso de crecimiento de Juliano.

Aunque ya he mencionado la orfandad del emperador, cabe destacar que mantuvo dos relaciones familiares importantes. La primera de ellas fue con su abuela materna de quien heredó una casa que ya como emperador único cedió a un querido amigo suyo. En su carta número cuatro, dirigida a un personaje desconocido de nombre Evagrio, describió la casa donde pasó largas horas durante su infancia: “Dista del mar no más de veinte estadios, y ni el comerciante ni el charlatán e insolente marinero perturban el lugar [...]”.¹⁰⁴ Se trataba de una casa sobre una colina con vista a la ciudad de Constantinopla, no se trataba de una casa de playa, sino que estaba rodeada de campos, pero con acceso a pescado fresco todo el año. Juliano hizo referencia a su sentir feliz y tranquilo durante el tiempo que pasó en esa casa, en donde incluso realizó algunas actividades agrícolas, haciéndose de su propio viñedo. Toda esta información recogida en la misma misiva da noticia de que Juliano le dio la propiedad a Evagrio ante la inutilidad que tenía para él mismo ya en su época de emperador.

La otra relación familiar que lo acompañó durante toda su vida fue su tío materno y homónimo, con quien sostuvo una correspondencia constante. Desde luego estas relaciones no podían sustituir a sus padres, pero sin duda, dan un matiz diferente al de perpetuar la idea de que Juliano vivió como huérfano solitario a expensas de su primo emperador. Se podría suponer, por lo que he comentado, que la cercanía con su hermano Galo resultaría inevitable, al haberse visto afectados por la misma suerte. Esto no sucedió así, aunque podría dejar correr la imaginación sobre

¹⁰⁴ Juliano, *Carta 4 Al rétor Evagrio*, p. 71 (427a), en Juliano, *Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, introducción, trad. y notas José García Blanco y Pilar Jiménez, Madrid, Gredos, 1982.

cómo fueron los años que vivieron juntos en la villa de Macellum, en donde la reclusión, privacidad y vida tranquila de la villa podría haberlos visto obligados a hacerse compañía.

1.4. Macellum

Hacia el año 342, Juliano y Galo fueron enviados a Macellum, un territorio remoto en la región de Capadocia, donde la familia imperial tenía una villa. Este movimiento fue realizado con la evidente intención de aislarlos, pues superada la posibilidad de que murieran antes de la adolescencia, tanto Galo como Juliano eran potenciales aspirantes al Imperio. De igual manera, fue clave para esta decisión la muerte de Eusebio de Nicomedia, encargado hasta ese momento de la educación de los jóvenes.

Este traslado, que significó la separación entre Juliano y Mardonio, representa uno de los más grandes problemas historiográficos sobre Juliano, pues este episodio fue enteramente omitido por Libanio. El rétor y amigo de Juliano que se convirtió en una fuente de autoridad sobre la vida del personaje no mencionó ese periodo, lo cual deja un vacío en su seguimiento biográfico, pues no sólo no se explica qué hizo en esos años, sino que le da un tiempo imposible de preparación. Juliano queda, siguiendo la lectura de Libanio, como un niño prodigio que en un lapso de cuatro años se habría vuelto experto en filosofía, teología y religión.¹⁰⁵

Juliano escribió sobre Macellum tiempo más tarde, con una mezcla amarga de recuerdos; por un lado, consideraba que su retiro en la villa había sido una época triste y de soledad, así como la negación por parte de Constancio de recibir una educación integral a la altura de lo que Juliano consideraba adecuado para su posición:

¿Cómo podría hablar de los seis años que pasamos en una propiedad extraña?, igual que los que entre los persas son guardados en fortalezas, sin que ningún extranjero se nos acercara y sin que se permitiera a nuestros antiguos conocidos visitarnos, viviendo

¹⁰⁵ Este es uno de los problemas de interpretación sobre la vida de Juliano sobre el que volveré en el capítulo cuatro.

apartados de todo estudio serio, de toda conversación libre, educados en medio de una brillante servidumbre y realizando nuestros ejercicios físicos con nuestros propios esclavos como si fueran nuestros camaradas? Pues no se permitía que ningún compañero de nuestra edad se nos acercara.¹⁰⁶

Por otro lado, como se puede apreciar, este periodo es fundamental para entender el proceso de formación del pensamiento filosófico de Juliano, pues estos años fueron los que debió dedicar con mayor libertad a la lectura de textos filosóficos y religiosos. Esto considerando sus propias declaraciones sobre la biblioteca del obispo Jorge a la que no sólo habría tenido acceso como lector, sino también como copista: “Jorge tenía una biblioteca muy amplia e importante de filósofos de todo tipo, de muchos analistas y la mayor parte de ella de muchos y variados libros de los galileos. Investiga para remitir toda esta biblioteca y piensa en enviárnosla a Antioquía [...]”¹⁰⁷

Con estas palabras Juliano solicitaba el rescate y posterior envío de la biblioteca para tenerla a su disposición, después de que Jorge fuese linchado en una revuelta contra los cristianos.¹⁰⁸ Máxime que al no recibir una pronta respuesta, volvió a solicitar ayuda para obtener la biblioteca: “Unos aman los caballos, otros los pájaros y otros las fieras; yo desde niño estoy poseído por un terrible deseo de poseer libros”;¹⁰⁹ en esta misiva incluso solicitaba la ayuda del escriba de Jorge, prometiendo su libertad a cambio el servicio que le pedía.

Como se ha visto, los principales reclamos que Juliano hizo al tiempo que pasó en aquel retiro fue la separación del tipo de vida al que estaba acostumbrado –en Constantinopla vivió con las comodidades brindadas por la casa de su abuelo–, así como la falta de compañeros “apropiados”, lo que puedo entender refería a compañeros de su nivel y capacidad intelectual. De igual forma consideraba que el abandono vil de su primo para con él y con Galo sólo era una

¹⁰⁶ Juliano, *Carta a los atenienses*, pp. 315-316 (271cd).

¹⁰⁷ Juliano, *Carta 106 Carta al jefe de administración de Finanzas Públicas*, p. 167 (411d).

¹⁰⁸ “Introducción”, en García Blanco, *op. cit.*, p. 43. El 24 de diciembre del 361 los paganos de Alejandría, irritados por la anterior política persecutoria del paganismo de su obispo Jorge (el mismo a quien Juliano había conocido en Capadocia), lo detuvieron, junto con otros dos funcionarios cristianos, y les dieron muerte paseando sus cadáveres por la ciudad y arrojándolos al mar después de haberlos quemado.

¹⁰⁹ Juliano, *Carta 107 a Ecdicio, prefecto de Egipto*, p. 167 (377d).

muestra de la debilidad y mezquindad que Constancio tenía en su manera de gobernar. Sumado a la edad que tenía Juliano por aquella época, es lógico pensar que en un balance general no fue una época grata para él. Fue hacia el año 347-348 que Constancio realizó por primera vez una visita a sus primos, con la intención de supervisar su crecimiento y educación cristiana. Posteriormente a esta visita, y sin algún motivo aparente, Constancio permitió que sus primos se trasladaran a otros lugares.

2. Juventud

Tras seis años en Macellum, Juliano se trasladó a los centros de estudios filosóficos a los que tuvo más pronto acceso: Pérgamo y Éfeso. Fue en este periodo en que Juliano comenzó a tener contacto con otro tipo de filosofías que lo llevarían en última instancia a interesarse por el neoplatonismo.¹¹⁰

Uno de los elementos que contribuyeron en este proceso, fue la relación que entabló con algunos maestros como Heccebolio y Edesio de Pérgamo. Este último, es considerado como una influencia incomparable, ya que además de ser su maestro se convirtió en uno de sus más íntimos amigos y compañero en los años posteriores. Este periodo en la vida de Juliano es clave para entenderlo, no sólo porque se trata de sus últimos años formativos sino porque decisivamente conformaron sus creencias religiosas y afiliaciones filosóficas, incluso, sin saberlo aún, comenzó a trazar un eje sobre el cual gobernaría a la postre.

2.1. Estudios en Pérgamo y Éfeso. Nuevas relaciones y nuevos maestros

¹¹⁰ “Es cierto que bajo muchos aspectos existía una gran proximidad entre el neoplatonismo y el cristianismo, por ejemplo, en la concepción religiosa del cosmos, en la acuñación de la piedad y en las formas lingüísticas filosóficas de la teología [...] Los intelectuales neoplatónicos se afianzaban sobre el suelo de la cultura griega cuyo auténtico núcleo duro era, a su entender, la religión de los padres, y combatían al cristianismo, al que consideraban una seudoreligión inventada por los hombres, en la que veía una amenaza para la cultura y la religión griega”. Bringman, *op. cit.* p. 33.

Juliano tuvo cierta libertad al serle otorgado el permiso de dejar Macellum, pero de ninguna manera dejó de estar bajo la tutela de su primo. Recibió la orden de establecerse en Nicomedia con Heccebolio, su maestro, y la autorización de recibir la educación que según este último le resultase más apropiada. Esta ciudad, no tan importante para la vida política, le permitiría a Juliano continuar con su formación y tener acceso a los temas filosóficos de su interés –siempre dentro de lo aceptable para un cristiano–. Constancio recibía informes sobre los avances de Juliano en sus estudios y sobre sus actividades en general; de esta manera y gracias a su sistema de espías imperiales se aseguraba de que su joven primo se enfocara en lo que decía era su principal objetivo: estudiar filosofía, y no convertirse en un potencial rival.

Es importante señalar que en esa época los maestros de retórica y filosofía competían por los alumnos, el objetivo era atraer a la mayor cantidad de seguidores para sus doctrinas y escuelas. Según Bowersock, Heccebolio habría hecho que Juliano le jurara no tomar lecciones con Libanio, quien era su competencia. Debido a esta promesa, se presume que Juliano habría pagado por hacerse de los discursos que Libanio daba a sus alumnos a través de un intermediario.¹¹¹ Así, Juliano recibía anotaciones de lo dictado por Libanio, sin necesidad de romper su promesa de no asistir a sus lecciones.

En este punto de formación intelectual y con años de preparación como antecedente, Juliano comenzó a inclinarse por doctrinas alejadas al cristianismo, del que según sus propias palabras nunca se había sentido parte. Fue en Pérgamo y con Edesio que Juliano se inclinó por la filosofía de Jámblico.

Búscame todo lo de Jámblico sobre mi homónimo [*el teúrgo Juliano*]; sólo tú puedes, pues el suegro de tu hermana tiene una copia bien revisada. Si no me equivoco se ha producido una señal para mí cuando escribo estas palabras. [...] Y si te parece atrevido que ante ti exprese claramente mi pensamiento, como les ocurre a los poseídos por la divinidad, lo

¹¹¹ G. W. Bowersock, *Julian the Apostate*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1978. pp. 27-28.

imprevisto será la excusa; yo estoy loco por Jámblico en filosofía y por mi homónimo en teosofía [...]¹¹²

Edesio, discípulo de Porfirio, era un hombre de edad avanzada cuando Juliano llegó a estudiar con él. Debido a su edad, envió a Juliano a educarse con dos de sus propios discípulos, Crisantio y Eusebio. Como ya mencioné, Rowland Smith postuló la hipótesis de que la devoción y admiración que Juliano sentía por sus maestros sólo puede entenderse como un ejemplo más de su fanatismo religioso, es decir, según Smith, para Juliano las figuras que representaban sus maestros eran divinas. No es extraño pensar que el filósofo Jámblico fuese visto así, puesto que los seguidores de este neoplatonismo optaban por acercarse a la teúrgia y la creencia en la inmortalidad del alma.

2.2. Religiosidad de Juliano

Uno de los factores que mayor atención han atraído a la figura de Juliano es, sin duda, la cuestión de su religiosidad, no sólo por su importante papel como opositor al cristianismo, sino también como un ejemplo de lo que la religiosidad de manera personal representa como un fenómeno. Desde muy temprana edad, Juliano puede ser identificado como un sujeto de fe. Quizá pueda sonar descabellado avanzar este juicio, al considerar que ese tipo de experiencia es difícilmente asequible y aún más difícilmente rastreable. Sin embargo, puedo notar indicios en el comportamiento de Juliano, así como en sus propios textos y la observación que diversos estudiosos han hecho al respecto como para atreverme a plantear que uno de sus rasgos característicos fue un genuino deseo de creer.

Este tema que ha sido ampliamente cuestionado y documentado entre los interesados en Juliano, ha sido uno de los puntos fundamentales para la comprensión de su vida. Debemos

¹¹² Juliano, *Carta 12 Carta a Prisco*, p. 77 (425f).

considerar que una de las principales razones para acercarse al estudio de Juliano, es su importancia en el “conflicto entre paganos y cristianos” que se puede rastrear en los primeros siglos de nuestra era.¹¹³

[...] lo que me es lícito decir sin levantar censuras es que desde niño me penetró un terrible amor por los rayos del dios, y desde jovencito dirigía hasta tal punto mi pensamiento hacia la luz etérea, que no deseaba sólo contemplarlo continuamente, sino que también, cuando marchaba de noche bajo un cielo sereno y sin nubes sin hacer caso a ninguna otra cosa, fijaba mi atención en las bellezas celestes, y ni entendía nada de lo que pudieran decirme ni yo mismo me fijaba en lo que hacía [...]¹¹⁴

Sobre el por qué en última instancia Juliano se inclinó por el neoplatonismo, la teúrgia y un sincretismo religioso-cultural que él entendía como helenismo, tal como he planteado, no queda más que especular. Para él, el helenismo era la cultura griega en su mayor esplendor entremezclada con la religiosidad pagana, con un ente supremo en la figura de Apolo, lo que daba un tinte henoteísta a su visión.¹¹⁵ Sin embargo, hay elementos que sí eran congruentes con su personalidad y que permiten apuntar ciertas hipótesis. Como dije, había en Juliano un evidente deseo de creer, pero no en cualquier tipo de deidad. Para Juliano era necesario que un dios cumpliera con ciertas características: fortaleza, inteligencia, distinción cultural y algún tipo de poder o supremacía que le diera ese carácter más allá de lo terrenal. Una experiencia que estudiosos del fenómeno religioso como Otto o Eliade han categorizado como sagrada.¹¹⁶

¹¹³ Mucho se ha discutido en torno a este “conflicto”, lo que puedo señalar con toda claridad es que en el ámbito ideológico fue primordialmente un debate en el que tomaron parte grandes pensadores en un periodo de tres siglos. Juliano se insertó en este proceso con su obra *Contra los galileos*, siguiendo el modelo establecido por autores previos: tomar una obra y responderla. E.R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, Cristiandad, 1975.

¹¹⁴ Juliano, *Al rey Helios*, p. 195 (130cd). En Juliano, Flavio Claudio, *Discursos II*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1982.

¹¹⁵ El henoteísmo reconoce la existencia de varias deidades pero le da superioridad a una por encima de las demás.

¹¹⁶ Rudolf Otto define lo sagrado como la experiencia no racional ni sensorial que, al ser misteriosa, solo puede ser entendida como un fenómeno fuera de la realidad. Para Eliade por otro lado, lo sagrado se vincula con la hierofanía, la expresión de lo religioso. En general lo sagrado suele definirse como lo opuesto a lo profano, desde luego que esta definición no es muy reveladora, pero evidencia la complejidad del fenómeno. Rudolf Otto, *Lo santo. Lo racional e irracional en la idea de Dios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996; Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, Madrid, Cristiandad, 1974.

Por otro lado, la fuerza de los dioses debe verse como un elemento típicamente romano en Juliano, pues recuerda la tradicional *pax deorum*¹¹⁷ que, a su vez, representa un conflicto en el sistema de creencias de Juliano, pues ¿cómo podría entender que los griegos con su superioridad cultural hayan fenecido frente a los romanos?, únicamente puede explicarse porque así fue decidido por los dioses, que pactaban con los más fuertes, los romanos en general, y Juliano en específico. Todas estas ideas que no son más que una mera especulación de mi parte, nos permiten de manera general acercarnos a la compleja cuestión de la mentalidad de Juliano, en quien, como he querido apuntar, los conceptos, teorías, ideas y creencias se combinaban para dar una explicación a su entorno sujeta a la religiosidad de la que quería asirse. Lo interesante es que, sustentado en toda esta lógica, su sistema de creencias debía tener una base filosófica, obligándose a sí mismo a encontrarla en las enseñanzas de los maestros que siguió.

Máximo de Éfeso se convirtió no solamente en el amigo y maestro con más influencia sobre Juliano, sino en un importante funcionario de la corte, contraviniendo los principios de mérito para los puestos imperiales, instaurados por Juliano. Esto no implica que Máximo no era un sujeto de grandes capacidades y conocimientos, pero el juicio del joven emperador se nublaba respecto a él, pues lo consideraba una autoridad filosófica y aún más, lo seguía en sus prácticas mágicas. Se dice incluso que fue Máximo quien inició a Juliano en los misterios del Eleusis. Máximo tenía a ojos de Juliano la cualidad de ser un verdadero filósofo como aquellos a los que rendía mayor tributo y admiración, pero con la ventaja de poder tenerlo cerca y pedir su consejo: “[...] siguiendo sus pasos [*de Mardonio*] llegué al vestíbulo de la filosofía para hacerme iniciar por un hombre que

¹¹⁷ La *pax deorum* consistía en el pacto entre dioses y hombres que por medio de la ritualidad lograba la paz. Como apuntó Ramírez: “La religión romana se basaba en prácticas como sacrificios y rituales tendientes a establecer el vínculo entre dioses y hombres para que éstos consiguieran el favor de aquéllos. No era una religión revelada que tuviera dogmas definidos ni una institución a la cual afiliarse; los rituales eran el centro de la práctica, no la creencia, lo importante era la participación de todos, lo cual ayudaba a fortalecer el carácter comunitario y cohesivo de la religión en la sociedad.” Miguel Ángel Ramírez, “Tradicción y costumbres en la religión romana” en *Nova Tellus*, vol. 27, núm. 1, Centro de Estudios Clásicos, México, 2009, pp. 249-250.

creo que sobresale entre todos los de mi tiempo [*Máximo de Éfeso*]. Él me enseñó a practicar la virtud por encima de todo y a creer que los dioses son los guías de todos los bienes.”¹¹⁸

2.3. Galo César, juicio y muerte

La trascendencia de Galo radica no sólo en que fue hermano y pariente más cercano de Juliano, sino en que sentó un importante precedente en las relaciones entre éste y el emperador Constancio. Su comportamiento, costumbres y decisiones afectaron de igual manera su destino llevándolo al final que tuvo, pero esto mismo fue lo que en cierta forma lo hizo diferenciarse de Juliano, dándole un margen de acción hacia sus intereses intelectuales y que lo salvó de ser juzgado de la misma manera que Galo.

Mientras Juliano obtuvo permiso para ir a estudiar a Nicomedia, Galo fue nombrado César en el año 351. Este nombramiento fue cerrado a la manera constantiniana, con un matrimonio; en este caso Galo contrajo matrimonio con Constancia, hermana del emperador. Constancia era mayor que Galo y había estado casada antes con otro miembro de la familia, Anibaliano, mismo que había sido asesinado en la matanza del año 337. Contrario a lo que se podría pensar, parece que el matrimonio fue exitoso y si bien no puedo asegurar que haya habido amor en la pareja, sí puedo, al menos, especular un cierto entendimiento y caracteres similares entre los cónyuges, ya que a decir que Amiano sus fuentes de entretenimiento e intereses eran compartidas.¹¹⁹

El periodo que Galo pasó como César es un tema complejo de tratar. Las decisiones administrativas que tomó, así como la forma de llevar sus políticas, provocaron gran descontento

¹¹⁸ Juliano, *Contra el cínico Heraclio*, pp. 73-74 (235ab).

¹¹⁹ “[...] su esposa, orgullosa en exceso por ser hermana del Augusto [...] era esta una auténtica Furia hecha mujer, que inflamaba continuamente la ira de su esposo, y que estaba tan sedienta de sangre como él. Ambos fueron adquiriendo experiencia con el tiempo en el arte de hacer daño y, sirviéndose de unos astutos secuaces, que divulgaban rumores y que acostumbraban a añadir falacias a lo descubierto, atentos siempre a las noticias falsas que les agradaran, calumniaban a inocentes con la excusa de que ambicionaban el poder o de que utilizaban las artes prohibidas [*magia y brujería*]”. Amiano Marcelino, *Historia*, p. 102 (14.1.2).

en los pobladores del oriente del imperio. De acuerdo con la información que consignó Amiano Marcelino, Galo se hizo de una extensa fama de hombre irracional y cruel. Así como despilfarrador y paranoico, pues al parecer había desarrollado un sistema de espionaje tan complejo, en el que incluso él mismo se disfrazaba de hombre común para preguntar a la gente si estaban contentos con su César.¹²⁰ Pero sobre todo, su periodo como César se vio oscurecido por la hambruna que las sequías y los robos que los sarracenos, provocaron en Antioquía. Pese a todo esto, el asunto más grave fue el acuartelamiento de los soldados.

Una de las principales funciones de Galo como César en Oriente era contener los posibles avances persas en un periodo en que la guerra se encontraba en ciernes con incursiones de exploración y ataque en áreas cercanas a las fronteras. Ante el temor de que los soldados acuartelados se volcaran contra su autoridad, Galo permitió que realizaran una de estas incursiones del lado persa. Esto le granjeó apoyo y aceptación por parte de sus hombres, lo que se tradujo en un creciente poder. Contando con esta base militar, Galo decidió ejercer un poder más absoluto, ordenando la eliminación de los miembros del Senado de Antioquía que se le oponían. Esta situación, ya en oídos de Constancio, se convirtió en un asunto de urgencia. Le hizo llegar varios llamados a la Corte y finalmente envió a Domiciano, un funcionario de su confianza, a supervisar la situación y convocarlo a reunirse con él en Italia, sin excusa.¹²¹ Domiciano cumplió con su misión, pero Galo no tomó su intromisión y acusaciones sin protesta, mandó a que sus soldados capturaran al mensajero.

Este episodio despertó la inconformidad de Montio, otro funcionario de la Corte; sin embargo, el enfrentamiento de decisiones entre Augusto y César lo único que provocó fue una salida violenta. Siguiendo las instrucciones originales del César e incentivados por el deseo de contienda,

¹²⁰ *Ibidem*, p. 104 (14.1.9).

¹²¹ *Ibidem*, p. 128 (14.7.9).

los soldados capturaron a Montio y a Domiciano, desencadenando una violenta revuelta que derivó en el asesinato y desmembramiento de ambos.¹²² Como puede suponerse de esta desagradable situación, la urgencia de que Galo se presentara ante Constancio tomó un nuevo cariz. Para ese punto, la veracidad de las acusaciones contra Galo, ya ni siquiera era relevante, lo único que tenía importancia era la necesidad de tenerlo en su presencia.

La estrategia puesta en práctica fue muy efectiva, Constancio decidió optar por una fachada bondadosa y mandó llamar a su primo con una misiva que los convocaba a él y a su esposa, a reunirse con él. La excusa era la premura de planear la respuesta ofensiva a las hostilidades existentes con los partos y que extrañaba a su hermana. La reunión entre los primos ya era inaplazable y a Galo no le quedó más que ponerse en marcha. Sin embargo, ya de camino hacia Milán, llegando a Bitinia, Constancia contrajo una fiebre que le causó la muerte.

Esta situación acrecentó el temor de Galo que contaba con su esposa para disminuir la furia del emperador. Para ese punto, Amiano pensaba que Galo ya era consciente de su destino, sin importar sus verdaderas ambiciones –que Amiano pretendió que era convertirse en augusto– de cualquier forma sabía que Constancio no lo perdonaría y que si se daba el caso de enfrentarse en una guerra civil, era su primo quien tenía la mayor fuerza.¹²³ El juicio y posterior muerte de Galo significaron cambios importantes en la vida de Juliano, no sólo pensando en el fin último de su nombramiento como César, sino también como objeto de juicio.

Una vez llegado ante Constancio para responder por sus actos, Galo replicó las acusaciones diciendo que todo había sido incitado por su esposa, según su versión habría sido ella la culpable de las decisiones tomadas por él y de la paranoia con la que realizó sus tareas de César durante los cuatro años de su gobierno. Esta respuesta, además de insatisfactoria, sólo logró encolerizar a

¹²² *Ibidem*, p. 131 (14.7.17).

¹²³ *Ibidem*, p. 147 (14.11.8).

Constancio, quien sin más miramientos ordenó la decapitación de Galo, declarando que “para asegurar su vida era necesaria la muerte de Galo”.¹²⁴

Galo fue decapitado a los veintinueve años, después de haber sido César por un periodo de cuatro años. Pero la gran cólera de Constancio no se apaciguó tras la muerte de su primo; para complacerlo, su grupo de espías y miembros de la Corte se dedicaron a informarle de distintas conspiraciones en su contra, organizando complicadas acusaciones que involucraban a funcionarios y miembros notables de la corte de Galo y, desde luego, contra Juliano, quien fue llamado a presentarse frente a Constancio. Fue acusado de dos grandes crímenes y su posible castigo era la muerte; por un lado, se le imputaba haber abandonado su residencia en Macellum, trasladándose a Constantinopla sin autorización real, por otro lado, se le culpaba de haberse reunido con Galo, en el periodo en que este último ya estaba bajo sospecha de traición, con el objetivo de tramar contra el Augusto.

Juliano se trasladó a Milán donde fue retenido durante algunos meses y se llevó a cabo la investigación en su contra. Respondió a las acusaciones que se le hicieron, con la tranquilidad de que él no se movió de Macellum antes de recibir orden de su primo y jamás volvió a reunirse con Galo, una vez que ambos partieron de aquel lugar. Sin embargo, como se ha visto, la veracidad de las acusaciones era lo menos relevante; si Constancio hubiese querido verdaderamente ejecutar a Juliano, podría haberlo hecho respaldado únicamente por la sospecha.

El factor determinante para el resultado de ese proceso fue la influencia de la emperatriz Eusebia. De acuerdo con la información de Amiano Marcelino, no solamente logró que Juliano fuese perdonado, sino que además convenció a Constancio de que Juliano, al ser un joven completamente volcado al estudio, no era de peligro y debía concedérsele permiso de ir a Atenas.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 151 (14.11.23).

Fue así como la emperatriz se hizo acreedora de la admiración del joven, pues gracias a ella podría realizar su más grande anhelo: conocer el centro del helenismo.¹²⁵

2.4. Atenas. Intento de Juliano por estudiar en el centro del helenismo

A mediados del año 355, Juliano llegó por fin a Atenas, donde pasó alrededor de cuatro meses. Durante su estancia en la ciudad pudo estudiar y tener acercamientos de primera mano con temas de su interés, pero sobre todo pudo desenvolverse libremente en un ambiente académico centrado en la filosofía. En ese periodo convivió con Gregorio Nacianceno y Basilio de Cesarea, dos importantes escritores cristianos, considerados padres de la Iglesia griega, formados en la filosofía helenística.¹²⁶ También pudo atestiguar cómo jóvenes de todas partes del Imperio llegaban para estudiar con afamados rétores. Se especula que durante ese periodo, Juliano pudo haber estudiado con el rétor cristiano Prohairesio y con el rétor pagano Himerio, sin embargo, no hay testimonios al respecto. Esta conjetura tiene como base la excepción que Juliano otorgó tiempo después a Prohairesio, permitiéndole seguir enseñando después de la emisión del edicto de prohibición de enseñanza a los cristianos, sumado al testimonio de una visita de Himerio a Juliano en la corte de su gobierno, ya como emperador único.¹²⁷

Sobre su tiempo en Atenas, la información es muy limitada, la noticia que el propio Juliano consignó a este respecto tuvo toda la intención de explicar su estancia en aquella ciudad como un

¹²⁵ *Ibidem*, p. 160 (15.2.8).

¹²⁶ “Basilio (330-379), a quien sus contemporáneos llamaron el Grande, representa la síntesis del ideal ascético de inspiración neotestamentaria con la cultura griega, una espiritualidad que caracteriza a los capadocios. Originario de Cesarea de Capadocia, Basilio pertenecía a una familia terrateniente con una refinada cultura clásica y cristiana. Su padre era abogado y su abuela paterna había sido discípula de Gregorio el Taumaturgo. Su madre, Emelia, descendía de un mártir y como el resto de la familia era seguidora de Eustacio. Basilio estudió en su ciudad natal y luego continuó su formación en Constantinopla y Atenas. Aquí conoció a Gregorio, hijo del obispo de Nacianzo y más tarde obispo él también de la misma ciudad, con quien guardó amistad durante toda su vida.” en Mar Marcos, “El monacato cristiano”, en *Historia del cristianismo...*, p. 660. Gregorio Nacianceno se convirtió, además, en uno de los principales detractores de Juliano.

¹²⁷ Tougher, *op. cit.*, p. 30; Bringman, *op. cit.*, p. 38.

exilio y no como su sueño realizado: “[...] inmediatamente envía a buscarme [*Constancio*] y me ordena que me retire una corta temporada a Grecia y de nuevo, desde allí, me reclama a su lado”.¹²⁸

En contraposición, la información que Gregorio Nacianceno consignó en sus escritos contra Juliano, nos habla de las que el autor consideraba las verdaderas intenciones de Juliano para ir a Atenas. Pero sobre todo nos otorgó una descripción única de Juliano pues, aunque cargada de crítica y juicios, debe sin duda, guardar algo de verdad:

Pues también fue allí inmediatamente después de lo que le ocurrió a su hermano [*Galo*] tras habérselo pedido al emperador [*ir a Atenas*]. Y doble fue la causa de su viaje: una, más honrada, para ver Grecia y sus escuelas; otra, más secreta y conocida por pocos, para conversar con los arúspices e impostores de aquella región de sus asuntos cuando aún su impiedad no disponía de libertad. [...] No me parecía un buen augurio el movimiento continuo de su cuello, sus hombros oscilantes como una balanza, sus ojos agitados e inquietos, su mirada exaltada, sus andares inestables y titubeantes, su nariz que respiraba insolencia y desprecio, produciendo la misma expresión los gestos de su cara al reír, su risa inmoderada y convulsiva, sus asentimientos y refutaciones con la cabeza sin ningún motivo, su conversación agolpada y entrecortada, sus preguntas desordenadas y sin inteligencia, sus respuestas, en nada mejores, que se amontonaban unas sobre otras en desorden, sin escalonarse como las de un hombre culto.¹²⁹

Quizá resulta innecesario señalar que Nacianceno no era amigo de Juliano y, al ser un ferviente cristiano, le reprochaba su impiedad. Pero además, Nacianceno dio noticia de las actividades Juliano durante su estancia en Grecia relacionadas con su “apostasía”. Y por supuesto, su descripción física llena de características y gestos que sólo leyendo el fragmento nos transmite aun a la distancia su desagrado por el joven. El encuentro de estos hombres, como ya he apuntado, fue muy breve. Para octubre del 355, Juliano fue llamado una vez más a la corte de su primo. Sin certeza sobre la razón y con una mezcla de sentimientos al dejar Atenas, Juliano emprendió el camino como hombre de la vida privada por última vez.

¹²⁸ Juliano, *Al senado y al pueblo de Atenas*, p. 319 (273d).

¹²⁹ Gregorio Nacianceno, *Oraciones V*, 23. Para los discursos de Gregorio Nacianceno sobre Juliano sólo tuve acceso a una versión en html publicada por la organización Tertulian. Los discursos están en inglés, cuando fue necesario, la traducción fue propia. https://www.tertullian.org/fathers/gregory_nazianzen_3_oration5.htm (último acceso 27/10/22)

3. Juliano César

Para el año 355, Constancio II, llevaba dieciocho años como emperador. Se encontraba en su segundo matrimonio con la emperatriz Eusebia, no tenía descendencia y el tema de la sucesión comenzaba a ser una preocupación apremiante, por no mencionar los intentos de usurpación que atentaban la estabilidad de su gobierno. Constancio comenzó a pensar que no podría gobernar solo durante mucho tiempo más y así se lo hizo saber a sus consejeros, quienes habrían tratado de convencerlo de que la situación no era tan crítica.¹³⁰ No lo lograron y Constancio decidió nombrar un nuevo César. Según Zósimo, apoyado por Amiano Marcelino y el propio Juliano, nuevamente fue decisivo el papel de Eusebia para que Juliano recibiera ese nombramiento:

Como sabía Eusebia que Constancio albergaba sospechas contra toda su parentela, persuadió de esta manera a su marido: ‘Es joven’, le dice, ‘de carácter sencillo, ha dedicado toda su vida al ejercicio de las letras y desconoce por completo la política; y para nuestros intereses será mejor que ningún otro: pues o bien se ve favorecido por la suerte, y entonces lo que obtendrá será que el Emperador se anote los éxitos en su cuenta, o bien, derrotado por quien quiera que sea, morirá, y entonces ya no habrá ante Constancio nadie que en virtud de real estirpe pueda ser llamado al poder supremo’.¹³¹

Cabe detenerse un momento en la cuestión de Eusebia, pues ha llamado mucho la atención el apoyo y solidaridad mostrados al joven Juliano. Poco se conoce de sus razones, los más atrevidos han especulado sobre la posibilidad de que existiese algún tipo de relación entre ambos, surgido de algún sentimiento amoroso o netamente por la afinidad de inteligencias; al respecto no he

¹³⁰ Este elemento hay que mantenerlo porque durante el tiempo de Juliano en la Galia, su casi inexistente relación con Constancio se vio cada vez más afectada por las intrigas de los sicofantes de la corte. Amiano Marcelino, *Historia*, p. 183 (15.8.2).

¹³¹ Zósimo, *Nueva Historia*, p. 253 (III, 3, 3); En palabras de Juliano: “Pero ahora que estoy en situación tan afortunada y recordando los favores que aquélla me ha otorgado, lo que os daré será una prueba de reconocimiento por mi parte, así como un testimonio auténtico de las buenas acciones de la emperatriz”. Juliano, *Elogio de la emperatriz Eusebia*, p. 187 (117a); Y para Amiano: “Sólo la reina hacia frente a esta obstinada resistencia, ya fuera porque temía los peligros de un viaje a lugares alejados, o ya porque, por su prudencia innata, deseaba el bien general, y decía que los parientes debían anteponerse a todos los demás. Después de muchos rodeos y deliberaciones vanas, Constancio tomó una decisión firme y, obviando disputas inútiles, decidió compartir el imperio con Juliano.” Amiano Marcelino, *Historia*, p. 184 (15, 8, 3).

encontrado fuente o evidencia que lo pruebe o lo niegue.¹³² Sobre alguna posible comunicación con ella, sólo se puede constatar una entrevista entre ambos, llevada a cabo antes de la partida de Juliano a la Galia.¹³³ Lo que se puede atestiguar es que Juliano sintió el resto de su vida una profunda admiración y agradecimiento hacia la emperatriz, pues tal como lo expuso en su *Elogio de la emperatriz Eusebia*, a ella le debió la vida y su nombramiento como César.

A finales de octubre del 355 Juliano concluyó su estancia en Atenas y emprendió su camino a Milán, al llegar le fue notificada la decisión del emperador Augusto, su primo Constancio II, de hacerlo César y compartir así la pesada carga de gobernar el Imperio. El 6 de noviembre del 355, ante sus soldados, Constancio solicitó el nombramiento de Juliano como César. Juliano, no pudo menos que tomarlo como una sentencia de muerte, pues entendía que cualquiera que fuese el resultado de su gobierno, su vida como había sido hasta entonces, había terminado.¹³⁴ Este nombramiento estuvo acompañado a la manera constantiniana, por un matrimonio. Juliano contrajo matrimonio con Helena, hermana de Constancio II, asegurando así los lazos familiares.¹³⁵

¹³² “Although there is no evidence for it, it is worth at least bearing in mind that for Julian it might have been more [Eusebia]. She was, after all, much younger than her husband. It is feasible that she was as little as two or three years older than Julian. A romantic yearning in Julian’s mind is not beyond the realms of possibility.” Sobre esta misma tónica Adrian Murdoch continúa con la discusión en torno a la naturaleza de la relación entre Juliano y Eusebia, según la información que consignó, fue sobre todo del interés de los estudiosos franceses, especular algún tipo de interés romántico entre ellos. Sin embargo, con las fuentes existentes sigue siendo inverosímil buscarle intereses románticos a Juliano. Murdoch, *op. cit.*, pp. 31-32.

¹³³ “Al salir yo de este encuentro sentí una gran admiración y quedé vivamente impresionado, pensando que había escuchado hablar con toda claridad a la modestia personificada.” Juliano, *Elogio de la emperatriz Eusebia*, p. 194 (123a).

¹³⁴ “¡Cuántos ríos de lágrimas derramé y qué lamentos cuando fui llamado a la corte, elevando mis manos hacia vuestra acrópolis, mientras suplicaba a Atenea que salvara a su suplicante y no me entregara!” Juliano, *Al senado y pueblo de Atenas*, p. 322 (275a).

“Juliano después de compartir el carruaje del emperador y ser recibido en el palacio, iba susurrando este verso del poema homérico: ‘Se apoderó de él la muerte purpúrea y el destino supremo’.” Amiano Marcelino, *Historia*, p. 187 (15,8,17).

¹³⁵ “Helena, se casó con Juliano. Fue un matrimonio político que no dejó ninguna huella en el César, apenas algún recuerdo vago e indiferente en sus obras. Parece ser que, por dos veces, la emperatriz Eusebia impidió que llegara a ver la luz el fruto de esta unión, que estaba llamado a ser el futuro emperador.” José García Blanco, “Introducción”, *op. cit.*, p. 29. Según información de Amiano Marcelino, Eusebia habría provocado los abortos a Helena probablemente por celos de no poder concebir ella misma, en *Historia*, p. 187 (15,8,18) y p. 226 (16,10,18).

3.1. La Galia. Campañas contra los germanos. Batalla de Estrasburgo

Esta declaración de Juliano, aunque posterior, refleja un poco de su sentir al principio de su estancia en la Galia. “El emperador [*Constancio*] me entregó trescientos sesenta soldados y me envió al país de los celtas, que se hallaba revuelto, en mitad del invierno, no tanto para mandar sobre el ejército allí destinado cuanto para obedecer a sus generales.”¹³⁶ Si bien es cierto que varias versiones han apuntado las malas intenciones de Constancio (la ineffectividad real en el poder de Juliano, su poca influencia militar y la intención de que muriera en la guerra), también es cierto que Juliano no tenía experiencia ni preparación militar, por lo cual no sería extraño hacerlo acompañar de generales mucho más capacitados.

Es comprensible que al recordar sus primeros tiempos en la Galia y sobre todo tomando en cuenta la naturaleza del texto –justificar su rebelión–, Juliano haya escrito a los atenienses en un tono de amargura, pero esto no convierte sus declaraciones en falsas: “[...] se les había escrito [*a los generales de Constancio*] y ordenado de forma precisa vigilar no tanto a los enemigos como a mí mismo, por el temor de que llevara a cabo alguna rebelión.”¹³⁷ Esta declaración que podría ser tomada como una queja o ataque, debe ser entendida como cierta y justificada. En los dieciocho años de gobierno de Constancio, había enfrentado cuatro usurpaciones: Magnencio, Vetrano, Nepotiano y Silvano. Fue testigo del conflicto y guerra entre sus hermanos Constante y Constantino; y recientemente había asesinado a su propio primo César Galo. Se puede comprender la falta de confianza al joven Juliano.

Al llegar a la Galia, Juliano comenzó un proceso de reconocimiento de las tierras en el que pasó el final del invierno. Es preciso recordar que Juliano no sólo había sido educado a la manera helenística, sino que además vivió la mayoría de su vida en la parte oriental del imperio. Según

¹³⁶ Juliano, *Al senado y pueblo de Atenas*, p. 325 (277d).

¹³⁷ *Idem*.

Juliano, la tarea encomendada por Constancio era promover su imagen y hacer que los habitantes de la parte occidental sintieran su presencia.¹³⁸ Es decir, Juliano no iba a gobernar a los galos, en cambio les llevaría el gobierno de Constancio. En el ámbito militar, Juliano comenzó su entrenamiento y presenció con un liderazgo más bien honorífico la primera fase de la campaña contra las invasiones celtas.

A principios del año 356, en una operación conjunta en la que participó el propio Constancio apoyado por Marcelo, uno de sus generales, y Juliano, se logró recuperar la ciudad de Colonia, perdida en el 355 ante los alamanes. Con este triunfo, el ejército en la Galia fue repartido en distintas ciudades para su protección de las incursiones germanas y Juliano se concentró en Sens con un número muy limitado de hombres. Al poco tiempo de establecerse en ese lugar con la intención de pasar el invierno, “una muchedumbre de bárbaros” de acuerdo con Amiano Marcelino, sitió la ciudad e impidió el escape de Juliano:¹³⁹ “Finalmente, después de unos treinta días, los bárbaros se marcharon desanimados, murmurando que había sido inútil y estúpido planear el asedio de la ciudad.”¹⁴⁰ Sin dejar de lado, la visión de Amiano como soldado romano, es interesante que su descripción resalte lo ineficiente de las acciones de los bárbaros.

Este incidente tan temprano en la carrera militar y política de Juliano le resultó ampliamente ventajoso. Al verse liberado del asedio y reuniendo a sus hombres, se supo que Marcelo había pasado la mayor parte del sitio en una zona muy cercana a Sens, pero había decidido no tomar acción alguna y dejar al César a la voluntad de los sitiadores. Juliano envió a uno de sus hombres de mayor confianza, Euterio, a dar cuenta de esta situación ante Constancio, quien a su vez llamó

¹³⁸ *Ibidem*, p. 326 (278a).

¹³⁹ “Como sabéis, la campaña del primer año no estuvo mal y se obtuvieron buenos resultados, pero al regresar a los campamentos de invierno estuve expuesto al mayor peligro. Pues no podía reunir un ejército, porque otro era su dueño [Marcelo], y quedé encerrado con unos pocos soldados...”, Juliano, *Al senado y pueblo de Atenas*, p. 326 (278b).

¹⁴⁰ Amiano Marcelino, *Historia*, p. 207 (16.4.2).

a Marcelo a declarar. Éste intentó defenderse acusando a Juliano de actitudes rebeldes y traidoras, pero en última instancia sus acciones tuvieron un impacto mayor que sus palabras, ya que era imperdonable haber abandonado así al inexperto César. Marcelo fue enviado al Oriente; un nuevo general, Severo, lo reemplazó en la Galia y Juliano obtuvo el mando de las tropas en Occidente.

El resto del año 356 fue de preparación y aprendizaje, para el 357 ya con un mando estable de sus tropas, Juliano lideró la campaña contra los germanos invasores en la zona. De nueva cuenta, uno de los generales de Constancio puso en peligro a Juliano y la campaña: abandonó su posición en una operación conjunta programada, dejando a Juliano y la tropa ahí reunidas en contra de los germanos, que estaban concentrados en la misma ciudad, Estrasburgo. En la larga y apasionada descripción que hizo Amiano Marcelino de la batalla, detalló las posiciones de los soldados y los preparativos; citó también los discursos que Juliano habría pronunciado ante sus hombres:

Compañeros, ha llegado ya el momento de luchar que tanto hemos deseado vosotros y yo, ese momento que reclamabais antes, cuando pedíais alterados las armas. [...] Vamos, soldados, ya está aquí ese día tan deseado desde hace tanto tiempo, el día que nos obliga a todos a lavar culpas ya antiguas y a devolver a la majestad romana el honor que merece. Ante nosotros tenemos a bárbaros que, llevados por la rabia y la locura desesperada, han llegado a destruir su propia fortuna, y a los que debemos someter con nuestras fuerzas.¹⁴¹

Si creemos la descripción de Amiano Marcelino al pie de la letra, la importancia de esta batalla radicó en que, gracias a un desertor del ejército romano, los germanos de siete reinos se habrían reunido. Supuestamente el traidor habría llegado con el rey Cnodomario, informándole del mal estado en que se encontraban las tropas romanas, recomendándole unir a los germanos de los que dispusiera para enfrentarlos en lo que sería su mejor oportunidad de ganar territorio.¹⁴² Como en muchos momentos decisivos de la historia, la batalla de Estrasburgo tiene un elemento que la hace sumamente atractiva: las características de los ejércitos enfrentados. Por un lado, y pese a que las

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 239 (16,12,30 y 16,12,31).

¹⁴² *Ibidem*, pp. 231-239 (16,12,1-31).

tropas romanas podrían no haber estado pasando por su mejor momento, sin duda tenían gran disciplina, entrenamiento y tecnología. Los germanos, por su parte, podrían no tener entrenamiento estratégico pero eran peleadores naturales, eran fuertes y eran muchos.¹⁴³

Ganada la batalla, el júbilo del ejército romano se tradujo en el intento de proclamar a Juliano como augusto, intento que fue callado y rechazado de inmediato. Juliano quería celebrar su victoria y desde luego que puedo suponer lo orgulloso que debió sentirse consigo mismo, pero sabía que esa victoria lo ponía en una situación crítica con Constancio. Ya se había demostrado que el emperador quería que el César hiciera un buen trabajo, pero no mejor que el suyo. El relato de Amiano Marcelino mostró el dramático resultado de víctimas mortales y el patético intento de Cnodomario por escapar, intento que fracasó y puso en camino al antiguo rey alemán a la corte de Constancio.¹⁴⁴

Los años siguientes, –en términos de campañas militares–, fueron en cierto sentido la reproducción del triunfo de Estrasburgo. Sin lograr los mismos resultados, Juliano optó por replicar la fórmula de esta temprana victoria e incentivar a sus hombres a luchar siempre que fuera necesario para mantener a germanos, francos y cámbavos a raya. Para el 359 la campaña militar era de franca consolidación territorial, ya no de recuperación; se había logrado pacificar la Galia, Juliano había logrado hacerse de un poder militar propio y se movía a sus anchas entre los galos, el proyecto de Constancio de no dar a los galos un emperador fracasó, pues el joven “filosofillo” aprendió a gobernar.¹⁴⁵

¹⁴³ Murdoch, *op. cit.*, p. 60.

¹⁴⁴ Juliano lo expresó en estos términos: “En esta situación me hice cargo de la Galia y recuperé la ciudad de Agripina en el Rin, que había sido tomada hacia diez meses, y conquisté Argentoratum, fortaleza cercana al pie de los Vosgos, batalla cuya fama quizá llegó incluso a vosotros, y allí me concedieron los dioses la captura al rey de los enemigos y no le privé por envidia del éxito a Constancio. [...] se le envié [*a Cnodomario*] inmediatamente a Constancio [...]” *Carta Al senado y pueblo de Atenas*, p. 328 (279c).

¹⁴⁵ Durante los años que Juliano estuvo en la Galia, los hombres de confianza de Constancio, establecidos en la Corte, promovieron intrigas contra Juliano y le pusieron apodos a manera de burla para demeritar su imagen en Oriente y a los ojos de Constancio. Amiano Marcelino, *Historia*, p. 280 (17.11.1).

Ya he hablado del proceso militar que vivió Juliano durante los años que pasó en la Galia, pero esta no fue su única ocupación, también dedicó gran parte de su tiempo a las funciones administrativas y se concentró en aplicar justicia. Su intervención en el manejo fiscal de las provincias incluso provocó un conflicto entre Juliano y Florencio, otro de los hombres de confianza de Constancio. Florencio pretendió aplicar un impuesto extraordinario en las provincias con la justificación de los gastos en las campañas militares; Juliano se opuso y de hecho disminuyó la carga fiscal para ese año.¹⁴⁶ La respuesta de Florencio fue armar un plan en conjunto con sus aliados en la Corte de Constancio, desde luego buscaban afectar a Juliano, pues estaban en desacuerdo con el poder que poco a poco había ganado. Lograron que Salustio, cuestor nombrado por Constancio, pero amigo y consejero de Juliano, fuera llamado a contestar las acusaciones de sedición e incitación contra Florencio.

Este golpe no fue tomado a bien por Juliano quien lo vio como una acción planeada para dejarlo sin su mejor consejero. Tal fue su pesar por la partida de Salustio que escribió su *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio*. Este texto reflexivo cargado de sentimiento por la partida de su amigo reflejó también la pérdida de su compañero en el gobierno: “[...]por esta situación es natural que me duela, no sólo por el amigo, sino también por mi fiel compañero de trabajo, y ojalá nos conceda la divinidad que esta separación sea breve [...]”.¹⁴⁷ Asimismo, Juliano vio en la partida de Salustio, la repetición de las separaciones que enfrentó en su vida, primero de Mardonio y después de sus maestros, por ejemplo, Máximo. Para el 359, Juliano ya no era el mismo joven que marchó a la Galia recién salido del centro de la intelectualidad filosófica en Atenas, pero sus intereses y creencias también se afianzaron entre una comunidad no tan profundamente cristianizada como la oriental.

¹⁴⁶ *Ibidem*, p. 257 (17,3,2).

¹⁴⁷ Juliano, *Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio*, p. 286 (242d).

3.2. Proclamación de Juliano.

Tal como he señalado, el tiempo de Juliano en la Galia no fue fácil, pero sí enriquecedor; formó un grupo sólido de consejeros y amigos, adquirió experiencia militar y administrativa, además de que diseñó su modelo de gobierno. Para el año 359 la relación entre Constancio y Juliano era tensa pero cordial, el augusto gobernaba desde Oriente y podía contar con el apoyo de su César vigilado estrechamente por sus oficiales. Desafortunadamente, ocurrieron algunos eventos que detonaron la ruptura entre los primos. El primero, que podría parecer secundario, fue la muerte de Eusebia; este hecho en sí mismo no afectaba directamente a Juliano, pero ciertamente lo dejaba sin una importante aliada. En segundo lugar, y este sí fue sin duda un evento determinante, Sapor II, de Persia, declaró la guerra contra Constancio, quien necesitaba reunir la mayor cantidad de soldados posible.

Como parte de estos preparativos, Constancio en pleno uso de su poder como augusto, solicitó a Juliano el envío de sus tropas para que formaran parte de la campaña persa. Constancio no dirigió esta solicitud a Juliano, sino a sus oficiales de confianza Lupicino y Síntula. El problema con este llamado, además de lo evidente, desacreditar la autoridad del César, fue que significó un conflicto con lo que Juliano había ido prometiéndole a sus hombres en los años de campañas: nunca tener que cruzar los Alpes. Como es sabido, los soldados tenían sus tierras y familias establecidas en las áreas cercanas a sus campamentos. Así, los soldados occidentales, hispanos, galos y celtas, tenían como condición para seguir luchando cada vez más al norte, cruzando el Rin y llegando hasta Britania, nunca tener que cruzar los Alpes hacia el Oriente.¹⁴⁸

¹⁴⁸ Amiano Marcelino, *Historia*, p. 374 (20.4.4) y José García Blanco, “Introducción”, *op. cit.*, p. 34.

Una embajada enviada por Constancio con el propósito de hacer cumplir la solicitud de su carta llegó a la Galia a principios del 360. Decencio, líder de la embajada y secretario de Constancio, acordó con Lupicino negociar con Juliano para que aceptara enviar las tropas. Juliano estuvo de acuerdo, Decencio fijó París como lugar de reunión de los soldados, pues las tropas aún estaban dispersas en el territorio. Se puede conjeturar el ambiente que había entre los soldados: ellos no sabían de su destino, pero tenían sospechas y el descontento empezó a crecer. Se sabe que circularon libelos anunciando lo que estaba a punto de ocurrir e incitando a tomar acciones drásticas; más adelante, Juliano fue culpado de crear y circular dichos libelos.

El relato sobre la proclamación de Juliano que consignó Amiano Marcelino, lo puso en palabras de Juliano:

Pues bien, en medio de numerosas y cruentas guerras, los soldados, después de fatigarse sin resultado alguno, enardecidos, deliberaron durante mucho tiempo, no pudiendo aguantar más el tener un jefe de segundo nivel, ya que pensaban que, a pesar de sus frecuentes victorias y de derramar mucho sudor, no podrían conseguir ninguna recompensa de un César. Para excitar más su cólera, no se les concedió ni un ascenso de rango, ni se les dio la paga anual y, además, sin que se lo esperaran, estos hombres, acostumbrados a terrenos helados, recibieron la orden de acudir hasta las partes extremas del mundo oriental, y de hecho, tras separarse de sus hijos y de sus esposas, fueron conducidos allí desnudos y necesitados. Por ello, con más furia de la usual, tras reunirse una noche, asediaron el palacio y con grandes y frecuentes gritos comenzaron a repetir 'Augusto Juliano'.¹⁴⁹

Estos sucesos, que pueden ser calificados como una proclamación o un golpe de Estado, según la visión que se prefiera, tuvieron lugar en febrero del 360.¹⁵⁰ Sin embargo, y como se puede calcular, estos hechos no tuvieron efectos inmediatos. Fue durante los meses siguientes que los eventos ocurridos en París cobraron relevancia y se convirtieron en el tenso preámbulo de una guerra civil. Estos prolegómenos se tradujeron en un intercambio de misivas y falsos acuerdos que dieron oportunidad a los primos de planear y actuar en sus propios espacios. Constancio, por un lado,

¹⁴⁹ Amiano Marcelino, *Historia*, p. 391 (20.8.7-8).

¹⁵⁰ José García Blanco, "Introducción", en *op. cit.*, p. 36.

trató de tomar la actitud más diplomática posible, sabía que tomar una postura abiertamente combativa era un error porque se encontraba detenido en los preparativos de la campaña persa, sin poder trasladarse al Occidente. Aparentemente, decidió perdonar los sucesos de París siempre y cuando las cosas volvieran a la normalidad y Juliano se asegurara de dejar claro que su condición de César no había cambiado.

Juliano, por otro lado, optó por escribir a Constancio su versión de los hechos y firmando como César, pidió a su primo que considerara ratificar su condición de Augusto alegando lo sencillo que sería solucionar el conflicto entre ellos. Siendo Augustos los dos, podrían seguir gobernando en conjunto y esto calmaría los ánimos de los soldados. Precisamente al dirigirse a sus hombres Juliano, les aseguró que haría cambiar de opinión a Constancio sobre su partida hacia el Oriente. Ahora, he dicho que estas actitudes fueron aparentes. En realidad, ambos estaban midiendo sus fuerzas y preparaban un encuentro que se aplazó en repetidas ocasiones por la imposibilidad de moverse.

De acuerdo con la información de Juliano y Amiano Marcelino, la estrategia de Constancio consistió en retirar tropas occidentales poco a poco, llamando a los generales que aún estaban con Juliano. Además de retener a Juliano en la Galia por medio de una alianza con Vadamario, uno de los jefes celtas que lideraba insurrecciones y campañas de incursión en territorio romano, para mantener ocupado al César. Fue a finales del año 360 que falleció Helena, esposa de Juliano. No es claro si antes de morir, Helena apoyaba la proclamación de su esposo como Augusto y las posibles consecuencias al enfrentarse con su hermano, lo que es un hecho es que esta muerte contribuyó a la ruptura definitiva entre los primos.

Para el año siguiente, Juliano había logrado contener las incursiones bárbaras y pudo concentrarse en conocer los detalles de lo que estaba haciendo Constancio. Al enterarse de que el

augusto ya estaba preparándose para marchar hacia la Galia, Juliano decidió que lo mejor que podía hacer era adelantarse y empezar a marchar él mismo hacia el Oriente. Juliano nombró prefecto del pretorio para la Galia a uno de sus hombres más cercanos. Asimismo, dividió su ejército en tres, quedándose él mismo con una guarnición y encomendando a dos de sus amigos generales las otras partes de su ejército. Nevita y Joviano tuvieron a su mando diez mil hombres cada uno y Juliano se quedó al mando de tres mil. De esta manera, al emprender el viaje hacia el Este, cada uno de los grupos tomaría un camino diferente disminuyendo las posibilidades de ser detenidos en el camino.¹⁵¹

Durante su marcha, Juliano comenzó a escribir cartas dirigidas a los senados de las ciudades más importantes. Era de suma importancia que sus acciones fueran consideradas como legales para que su proclamación y, sobre todo, la guerra fuesen legítimas. Juliano sabía muy bien que el riesgo de convertirse en un usurpador era inminente, y si eso sucedía, su derecho legítimo al Imperio difícilmente sería reconocido. De estas misivas, la única que prevaleció es la llamada *Carta circular a los Atenenses* o *Al pueblo y senado de Atenas*. En esta carta Juliano relata muchos de los acontecimientos de su vida, desde luego su nombramiento como César, su tiempo en la Galia y los acuerdos en el periodo de preparación de la guerra civil. A pesar de sus esfuerzos, Juliano no recibió respuestas positivas, Constancio fue un Augusto muy apreciado y el avance de Juliano lo hizo quedar como un rebelde.¹⁵²

Juliano salió de la Galia en julio del 361. Durante los meses siguientes fue tomando ciudades y plazas por las que avanzaba, ya fuera de manera pacífica, con ligeros enfrentamientos o con promesas infundadas. Decía que sólo estarían bajo su mando cuando Constancio aceptara su

¹⁵¹ Murdoch, *op. cit.*, p. 89.

¹⁵² Es notable el esfuerzo que hizo Juliano al escribir esta carta, por disimular sus ataques a Constancio, culpando a su círculo íntimo de consejeros de provocar malentendidos y conflictos entre los primos.

calidad de agosto, hecho que decía sucedería en cuanto se reunieran. Para octubre, ya estaban en los límites del Oriente; la guerra parecía inminente, después de diecinueve meses de la proclamación de París, el enfrentamiento por fin se materializaría. Pero entonces, pasó algo que confirmó para Juliano su idea de que los dioses lo habían elegido y guiaban su camino: Constancio cayó enfermo y murió.

4. Juliano emperador único. Gobierno.

El 5 de octubre del 361, Constancio murió a la mitad del camino que recorría para encontrarse con su primo. No es que fuera un secreto el ambiente tenso entre el agosto y su César, como en muchos momentos de esta reconstrucción, sólo puedo especular qué tanto se sabía entre la población sobre los preparativos para la guerra. Probablemente al saber que moriría, Constancio optó por la decisión más lógica y segura para el Imperio, nombrar a Juliano como su heredero:

[...] al llegar [*Constancio*] a unos suburbios que distaban tres millas y que se llamaban Hipocéfalo, a plena luz del día, vio un cadáver que yacía a la derecha. Tenía la cabeza cortada y estaba tendido hacia el oeste. Aterrado por este presagio, ya que el destino estaba disponiendo su muerte, apresuró aún más su marcha y llegó a Tarso, donde padeció una ligera fiebre. [...] Poco a poco, una terrible fiebre abrasó sus venas hasta tal punto que ni siquiera podía tocarse su cuerpo, pues ardía como un hornillo. Y como las medicinas no producían resultado alguno, suspiró y se sintió morir con tristeza. Y se dice que, mientras estaba aún consciente, nombró como sucesor en el imperio a Juliano.¹⁵³

Para el momento en que Constancio murió, Juliano ya se encontraba cerca de Dacia. Mientras Juliano se preparaba para comenzar la guerra, llegaron las noticias de la muerte de Constancio y del señalamiento de Juliano como su heredero. Cabe destacar que, por primera vez en la vida de Constancio, al momento de su muerte, su tercera esposa se encontraba embarazada.¹⁵⁴

¹⁵³ Amiano Marcelino, *Historia*, p. 443 (21.15.2).

¹⁵⁴ *Ibidem*, p. 444 (21.15.6). De este embarazo, nació una hija que fue llamada Constancia.

Juliano inevitablemente vio la muerte de Constancio y el fin de una guerra no empezada como una señal de que los dioses actuaban a su favor. Ya tiempo atrás Juliano tenía sospechas que sólo compartió con sus amigos íntimos. Estas sospechas, que desde luego surgieron intrínsecamente ligadas a sus creencias que para ese momento estaban muy bien cimentadas, lo hicieron ver en sueños y presagios, la seguridad de ser el elegido por los dioses para llevar a cabo la tarea de restituir la superioridad del helenismo (religión politeísta) ante los cristianos. Este sueño, compartido en una carta a su más íntimo amigo, el médico Oribasio, refleja claramente parte del pensamiento de Juliano respecto a su situación en el Imperio:

De los sueños dos puertas hay, dice el divino Homero, y diferente es la confianza que hay que otorgarles sobre los acontecimientos venideros. Yo creo que ahora tú, más que en ninguna otra ocasión, has visto con claridad el futuro; porque yo mismo también he tenido una visión semejante hoy; en efecto, me pareció ver que un elevado árbol, plantado en un triclinio muy grande, se inclinaba hacia el suelo y en su raíz brotaba un joven retoño lleno de flores. Yo estaba angustiado por el retoño, temiendo que fuera arrancado junto con el grande, y entonces, al acercarme, veo el grande cortado sobre la tierra y en cambio, al pequeño derecho y levantado de la tierra [...].¹⁵⁵

El 11 de diciembre del 361, Juliano entró a Constantinopla lleno del buen ánimo y la confianza que debió sentir como consecuencia de los acontecimientos recientes.¹⁵⁶ Su primera acción oficial como emperador fue ordenar el funeral de Constancio con toda la dignidad que el augusto merecía, ya sin la posibilidad de la guerra, era necesario estrechar el lazo entre los primos. El hombre de 30 años que creció temiendo su posición en la familia imperial como un riesgo mortal, tenía ante sí la posibilidad de realizar su proyecto de gobierno, pero primero debía hacerse cargo de un asunto vital: dismantelar el aparato burocrático de Constancio.

4.1. Leyes y reformas. Impulso pagano.

¹⁵⁵ Juliano, *Carta 14 a Oribasio*, p. 79 (384).

¹⁵⁶ Murdoch, *op. cit.*, p. 96.

Una vez establecido en Constantinopla, Juliano se dedicó de lleno a organizar su plan de gobierno. Comenzó por invitar a todos los hombres admirables que conocía a unirse a su Corte, muchos de los cuales rechazaron su invitación. En ese momento el comportamiento de Juliano era, como se dice coloquialmente, el de un hombre con una misión. Esto significó, según algunas interpretaciones, que su comportamiento fuera errático y arrogante, hay que recordar que se sentía elegido.¹⁵⁷ En términos generales, su plan de gobierno consistió en buscar la descentralización del Imperio, estaba convencido de que había que fortalecer los aparatos gubernamentales en las ciudades. Su experiencia en la Galia le había enseñado que, a mayor poder local, la vida del Imperio era más autónoma y la presión era menor.

Otro de sus grandes objetivos fue económico: pretendió que el proceso de captación fiscal fuera eficiente y buscaba ahorrar en lo que consideraba despilfarros de la Corte. También fue gracias a su experiencia en la Galia, que estaba convencido de que la carga fiscal en las ciudades podía reducirse con una mejor administración, lo cual contribuiría al desarrollo interno que buscaba. Si la carga fiscal era menor, una mayor cantidad de riqueza podía quedarse en las ciudades y contribuir con su plan de fortalecerlas. El medio de ahorro más efectivo que encontró fue reducir la burocracia; así, se dedicó a analizar qué gastos corrían a cargo de la Corte y eran en realidad excesos burocráticos.¹⁵⁸

En términos políticos, su primer gran acto fue promover la realización de los llamados Juicios de Calcedonia, cuya finalidad, además de purgar el aparato burocrático de sicofantes de Constancio, fue eliminar a los enemigos de Juliano. El presidente del tribunal fue Salustio, el ya mencionado amigo y compañero de Juliano en la Galia. El tribunal actuó con gran independencia y si algo puede serle reprochado a Juliano, es no haberse involucrado lo suficiente como para

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 107.

¹⁵⁸ Bowersock, *op. cit.*, pp. 70-71.

validar que todos los castigos tuvieran razón. A modo de ejemplo, puedo mencionar el caso de Eusebio, principal consejero de Constancio, que fue condenado a muerte; otros recibieron penas que fueron desde el retiro de sus bienes hasta el exilio.¹⁵⁹

Sin menospreciar el esfuerzo de Juliano por reformar al Imperio y hacer de su plan de gobierno una realidad, hay que recalcar que su objetivo principal, fue su proyecto religioso. Como ya he mencionado, Juliano vivió un proceso de fe muy complejo y quizá incomprensible, para el cual no queda más que echar mano de la suposición y de los procesos de experiencia religiosa y de fe que cada persona pueda experimentar en algún momento de su vida. De lo que sí tenemos pruebas, es del empeño que Juliano puso en lo que ha sido entendido como restauración del paganismo. Uno de los primeros pasos que tomó, fue la apertura de su propia práctica. Juliano dató su conversión definitiva al paganismo en el año 350, lo cual implicó que, para el momento de su nombramiento como augusto, llevaba once años de ocultar su verdadera religión.¹⁶⁰ Es necesario puntualizar que la práctica de la religión politeísta fue prohibida por Constancio en el año 341; esto significa que Juliano declaró incumplir la ley de su primo por un periodo de al menos diez años.¹⁶¹

Juliano tenía un modelo de gobierno y personal, muy claro: Marco Aurelio. La admiración que Juliano sentía por Marco Aurelio fue plasmada en el retrato que trazó sobre el emperador filósofo en *El banquete*: “Al ser invitado se presentó Marco, lleno de dignidad, los ojos y el rostro belleza sin rival, precisamente porque se ofrecía despreocupado y sin adornos; su barba era muy

¹⁵⁹ Amiano Marcelino es quien nos dio noticia sobre estos eventos en el capítulo 22.3 de su obra, pp. 453-456.

¹⁶⁰ “[...] no equivocaráis el recto camino si obedecéis a quien ha marchado por ese camino [*cristiano*] hasta los veinte años y ahora, con la ayuda de los dioses, hace doce que marcha por este otro [*pagano*].” Juliano, *Carta a los Alejandrinos*, pp. 172-173 (434 CD).

¹⁶¹ “El emperador Constancio Augusto a Madalianus, vice prefecto del pretorio [vicario de África]. Que cese la superstición, que sea abolida la locura de los sacrificios. Que quien intente celebrar sacrificios contra la ley del divino príncipe nuestro padre y contra la presente orden, sea castigado. En el consulado de Marcellinus y Probinus”. (CTh 16,10, 2, año 341) *Edicto de Constancio* extraído de José Fernández Ubiña, [apéndice documental de] “Constantino y el triunfo del cristianismo en el imperio romano” en *Historia del cristianismo...*, p. 395.

densa y sus vestidos simples y modestos, y por falta de alimentos su cuerpo era muy brillante y transparente, como a mi juicio, la luz más pura y límpida.”¹⁶² Lo más atractivo de esta descripción es la impresión que deja sobre la imagen del propio Juliano, la barba, la ropa y la personalidad, enunciadas apuntan una proyección de cómo se veía a sí mismo y cómo quería ser identificado.

Hay que decir que Juliano no persiguió cristianos, en cambio pretendió que se persiguieran entre ellos; confiaba en que los conflictos internos existentes en los grupos cristianos de la época promovieran el debilitamiento de la religión, dando oportunidad al reforzamiento de la religión estatal helenística. Así, curiosamente, Juliano fue el único emperador miembro de la familia constantiniana que llevó una política religiosa similar a la de su tío Constantino, con la salvedad de que era de sentido opuesto. Ambos emperadores confiaron en la libertad de cultos para cumplir sus objetivos. La reforma religiosa de Juliano implicó una vuelta al “Edicto de Milán”, en su acepción más pura: garantizar la tolerancia religiosa.¹⁶³

Sin embargo, parece que Juliano cometió dos errores en el cálculo de su plan; en primer lugar, no consideró que los cristianos aprendieron rápidamente que estando unidos tenían menos posibilidades de perder el poder obtenido con Constantino y Constancio, lo que se tradujo en la intensificación de la violencia con la que defendieron sus templos y espacios de poder. En segundo lugar, para Juliano era igual de importante contar con la unidad de los helenos. Ese fue el gran fracaso de Juliano: apostar por la unidad de un grupo desconcentrado de practicantes de la religión politeísta.¹⁶⁴

¹⁶² Juliano, *El banquete*, p. 167 (317cd).

¹⁶³ El llamado “Edicto de Milán” que en realidad fue una serie de acuerdos firmados en conjunto entre Constantino y Licinio, se convirtieron en leyenda al garantizar la libertad de ejercer cualquier religión “sea cual fuere la divinidad que more en el cielo”. Sin embargo, al lograr hacerse emperador único, Constantino usó la tolerancia para favorecer al cristianismo. Simon Baker, *Historia de Roma*, p. 334. José Fernández Ubiña, “Constantino y el triunfo del cristianismo en el Imperio romano”, en *Historia del cristianismo...*, p. 378.

¹⁶⁴ En su carta 84, dirigida a *Arsacio, supremo sacerdote de Galacia*, Juliano expresa su preocupación por la desunión que mostraban los helenos y por la falta de compromiso que tenían con la práctica de la religión. La falta de observación en la ritualidad del culto debilitaba los remanentes paganos, desde su perspectiva.

Otro de sus esfuerzos, fue apoyar el fortalecimiento de los judíos, incluso apostó por la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Desafortunadamente, para Juliano, un terremoto destruyó la obra, dando a los cristianos la certeza de que el emperador estaba cumpliendo la predicción de Cristo.¹⁶⁵ Todos estos reveses provocaron en Juliano gran urgencia, acelerando la promoción de reformas y medidas en contra de los cristianos. La más notoria de ellas fue la reforma a los maestros, en la *Carta 61*, la cual estipulaba como “conveniente que los maestros y profesores sobresalgan primeramente por sus costumbres, luego por su elocuencia”.¹⁶⁶ Refiriéndose claramente a las costumbres helenas por encima de cualquier otra práctica. Hay que señalar nuevamente que para Juliano había nula distinción entre lo heleno y el politeísmo.

Es importante decir que esta ley pretendió impedir la enseñanza a maestros cristianos, pero no limitar la educación de los niños cristianos. Se debe reconocer que su lógica era impecable: “Opino que es absurdo que los que interpretan sus obras [*de Homero, Hesíodo, Demóstenes, Heródoto y Tucídides* ¿por qué las itálicas?] deshonren a los dioses por ellos honrados; sin embargo, aunque me parece absurdo, no afirmo que los educadores de los jóvenes tengan que cambiar de creencias, sino que les doy a elegir entre no enseñar lo que no creen seriamente y, si quieren seguir, que enseñen primero con hechos [...]”¹⁶⁷

Como he intentado constatar en este recuento, Juliano se mantuvo ocupado desde el principio de su gobierno como augusto, y así continuó hasta el final. Y aunque sus planes no siempre resultaron como esperaba, esto no disminuyó su seguridad en los dioses que lo apoyaban.

¹⁶⁵ Fue a principios del año 363 cuando Juliano ordenó a través de una brevísima carta (134) la reconstrucción del templo “del más alto dios”. Conviene recordar que el judaísmo merecía el respeto de Juliano pues a pesar de ser una religión monoteísta, era muy antigua. Juliano, *Contra los galileos...*, p. 179 y p. 19 (96C).

¹⁶⁶ Juliano, *Leyes, carta 61 Sobre los profesores*, p. 107.

¹⁶⁷ *Idem*.

4.2. Conflictos y enemistades. Preparativos para la campaña persa. Muerte de Juliano

A mediados del año 362, Juliano dejó la ciudad de Constantinopla en dirección a Antioquía. La muerte de Constancio no concluyó el conflicto con Persia, solamente lo pospuso, por lo que Juliano necesitaba continuar avanzando al Oriente y preparar la campaña del año siguiente. Antioquía representó sin lugar a duda uno de los retos más importantes en la vida de Juliano. En esta ciudad, Libanio recibió a su amigo y pupilo con una alabanza, esto fue un aspecto positivo pues fue la época en que pudieron desarrollar su amistad. Sin embargo, esta fue una de las pocas satisfacciones que tuvo durante el periodo que vivió en esa ciudad.

En primera instancia es necesario decir que Antioquía era una de las ciudades más grandes, sus ciudadanos eran cristianos devotos, pero sobre todo y esto es lo que más contravenía las costumbres del emperador, gustaban de las diversiones más tradicionales del teatro y las carreras.¹⁶⁸ Para esta época, Juliano fue considerado un observador exagerado de la práctica ritual, lo cual provocó que el enfrentamiento entre el emperador y los habitantes de la ciudad se intensificara. Incluso los antioqueños no cristianos, veían con reprobación y desagrado el nivel de fanatismo de Juliano. Los problemas de sequía y acaparamiento de alimentos, así como los excesos de los soldados asentados a las afueras de la ciudad en preparación de la campaña persa, sólo recrudecieron el desagrado mutuo.¹⁶⁹

Ante el recelo de los ciudadanos y su resistencia a aplicar las leyes que Juliano promovió, sobre todo en relación con la reapertura de los templos, su estancia se volvió cada vez más incómoda. Libanio desde luego intentó mediar la situación entre su amigo emperador y los

¹⁶⁸ Sin olvidar el tono irónico de este discurso en particular, a decir de Juliano: “Me prohíbo a mí mismo los teatros a causa de mi estupidez y no admito dentro de la corte espectáculos, excepto en el primer día del año” Juliano, *Discurso de Antioquía*, p. 240 (339D).

¹⁶⁹ José Fernández Ubiña, “Constantino y el triunfo del cristianismo en el imperio romano”, en *Historia del cristianismo...*, pp. 380-381; Bringman, *Juliano, op. cit.*, pp. 172-173; Libanio, *Sobre la cólera del emperador, discurso XVIII*, en Libanio, *Discursos III (discursos Julianos)*, introducción, trad. y notas, Ángel González Gálvez, Madrid, Gredos, 2001, pp. 195-217.

habitantes de su propia ciudad, pero no tuvo mucho éxito. Uno de los conflictos más importantes que tuvo Juliano en Antioquía se debió a su intento por reconstruir el templo dedicado a Apolo, mismo que se quemó días después.¹⁷⁰ Juliano, enfurecido, no dudó en culpar a los ciudadanos y ante la hostilidad mutua, optó por escribir una burla personal en el *Misopogon*; ahí resumió el amargo periodo vivido entre los antioquenos:

Así pues, creía yo que era hermosa la clemencia unida a la prudencia de los gobernantes, y creíamos que esas disposiciones serían suficientes para ofreceros un aspecto hermoso. Pero como os desagrada el espesor de nuestra barba y el descuido de nuestro pelo, el que no nos precipitemos a los teatros y el estimar en los templos un comportamiento de respeto y, antes que nada, nuestra continua presencia en los juicios y el impedir la ganancia abusiva en la plaza, voluntariamente nos marchamos de vuestra ciudad.¹⁷¹

Con ese escrito, Juliano se despidió de los antioquenos en marzo del 363, jurando no volver jamás. Listos los preparativos para la campaña persa, lideró a sus hombres hacia Persia con la seguridad de repetir sus triunfos en la Galia. La estrategia principal consistió en dividir al ejército en tres partes, para así llegar ante Sapor II por dos frentes. El primero fue encomendado a Procopio, quien guió a sus hombres por el norte, junto con los aliados armenios. El avance se hizo cada vez más complicado para Juliano y sus hombres, que no midieron las fuerzas necesarias para el asedio a la ciudad de Ctesifón. Ante la necesidad de seguir avanzando, Juliano tomó la decisión de quemar las naves para impedir que los soldados volvieran.¹⁷²

Amiano Marcelino nos lleva una vez más de la mano en el relato de la campaña persa a lo largo de dos libros, para llegar al punto final en la vida del admirado emperador. Tras un par de meses de avance al interior del Imperio persa, el plan no estaba funcionando, la reunión con Procopio y su parte del ejército no parecía llegar a tiempo. El 26 de junio, durante una batalla

¹⁷⁰ Amiano Marcelino, *Historia*, p. 489 (22.13. 1-3).

¹⁷¹ Juliano, *Misopogon*, p. 272 (365d).

¹⁷² García Blanco, *op. cit.*, pp. 49-50; Amiano Marcelino, *Historia*, pp. 509-511 (23.2.1-8); Libanio, *Discurso fúnebre por Juliano*, XVIII, p. 325 (204).

repentina, Juliano resultó herido en un costado. De acuerdo con Amiano, Juliano habría olvidado su protección completa; teniendo únicamente un escudo a mano, el emperador liderando a sus hombres avanzó sin temor entre las primeras filas, “entonces, sin que se sepa su procedencia, de repente, la lanza de un soldado de caballería, tras pasar rozando la piel de su bazo, le atravesó las costillas y se hundió en la cara inferior de su hígado”.¹⁷³

Trasladado a su tienda, Juliano conversó con Oribasio, su amigo íntimo y médico personal, quien intentó curar la herida. Al parecer también ahí se encontraban Salustio, Máximo y Prisco, según Amiano; el ánimo de Juliano era bueno y aceptando su destino puso en sus palabras la siguiente despedida: “Me ha llegado, amigos, la muerte en el momento más propicio y, puesto que así lo reclama la naturaleza, acudo a ella con alegría como deudor de la buena fe. No estoy triste ni afligido, ya que, por la enseñanza de los filósofos, sé hasta qué punto el alma es más dichosa que el cuerpo”.¹⁷⁴

Juliano murió a los treinta y dos años, tras apenas dieciocho meses como emperador augusto. Como se ha visto, sus esfuerzos fueron inagotables y su plan de gobierno buscaba la renovación del Imperio, pero al mismo tiempo nació de la nostalgia que sentía por las glorias pasadas. Para Juliano, la religión, la filosofía, la educación, las buenas costumbres y el brillo del Imperio eran todo parte de lo mismo, y la única manera de realizar sus planes y cumplir sus objetivos fue viviendo con altos estándares éticos. Austeridad y moderación en su actuar, en su persona y en su pensamiento, tal como aprendió de Mardonio. Desafortunadamente, sus acciones de gobierno no fueron vistas como él se vio a sí mismo. Se convirtió en la imagen de un fanático intolerante que sacrificaba a los dioses en un nivel sin precedente.

¹⁷³ Amiano Marcelino, *Historia*, p. 591 (25.3.6).

¹⁷⁴ *Ibidem*, pp. 593-594 (25.3.15).

Siguiendo el relato que he construido, el gobierno de Juliano no puede ser considerado más que como un fracaso, y su intento por hacer del paganismo una estructura religiosa equiparable al cristianismo, lo convirtió en un sujeto “víctima” de su tiempo. Por esta y otras razones, es que pienso que Juliano sigue causando gran fascinación entre los estudiosos de su vida y de su obra. Sin embargo, para entenderlo con mayor profundidad, es necesario revisar con mayor detalle las obras que en este capítulo fueron utilizadas. Analizando el pensamiento del propio Juliano y sus contemporáneos podremos tener un entendimiento más profundo de su pensamiento, y, sobre todo, de la construcción de la leyenda que se ha creado sobre el emperador.

Segunda parte: Construcciones historiográficas

Capítulo III

Obra de Juliano

Juliano fue un prolífico escritor, tanto así que se le reconoce como el emperador romano con mayor producción escrita de la que tenemos testimonio. Este detalle es importante y debemos mantenerlo presente porque de acuerdo con mi propuesta, comprende una de las razones por las que es un “favorito” de los historiadores. El propósito de este capítulo es hacer un recuento de sus obras, para identificar el reflejo que en ellas existe de su pensamiento. Al tomar en cuenta uno de mis objetivos de presentar el desarrollo historiográfico de Juliano como tema de estudio, quiero señalar que Juliano dio un importante testimonio historiográfico de sí mismo; es decir, en cierto modo, puedo decir que el primer estudioso de Juliano fue él mismo. En este sentido, las obras que comentaré cumplen con una función crucial en el tema, pues se trata de fuentes primarias. Sin embargo, he decidido darles un tratamiento de fuentes historiográficas, pues considero que la naturaleza de esta investigación busca una “comparación” en el sentido de búsqueda de elementos comunes.

Al respecto de estas cuestiones, cabe acotar los géneros literarios de la época de Juliano y cómo buscó que sus escritos se insertaran en la tradición literaria. Sobre esto dos consideraciones: primero, la importancia del pensamiento para el emperador; es decir, debido a su esmerada educación basada en su conocimiento filosófico, histórico y literario, Juliano tuvo una pretensión de ser parte de esos pensadores. En este sentido, su dedicación por escribir no fue gratuita, él quería ser reconocido como un escritor a la altura de los autores que él estudió. Y segundo, Juliano exploró la escritura en distintos géneros, mismos de los que se sirvió para fines distintos, sobre lo

cual volveré al señalar los parámetros bajo los cuáles dividí las obras de Juliano para el análisis del presente capítulo.

Juliano como autor se encontraba inserto en la etapa literaria de periodo tardío, que se caracterizó sobre todo por estar inmersa en el proceso de transición entre la literatura tradicional y la construcción de la literatura cristiana. Por lo tanto, los géneros más importantes para ese momento fueron el panegírico y la historia, –en tanto que narración de acontecimientos contemporáneos–. De igual modo, el emperador exploró la sátira y sobre todo buscó desarrollarse como filósofo. Así, es necesario iniciar por cuestionar el interés que tuvo Juliano por dejar registro de sus actividades y pensamientos. No puedo obviar un rasgo de su personalidad que da cuenta de sus intereses, pues Juliano fue, antes que nada un estudioso. Su amor por las letras no se reducía a aprender, también gustaba de expresarse de manera escrita y oral.¹⁷⁵ Sin embargo, esta afición tampoco explica por sí sola su producción escrita.

Pienso que, en este punto, retomando como decía los parámetros de clasificación y a reserva de comprobarlo en los párrafos siguientes, puedo señalar tres motivaciones de Juliano para escribir: primero, la necesidad de defenderse de sus enemigos dejando constancia escrita de sus acciones; segundo, su impulso creativo y deseo de dedicarse a la reflexión y escritura de temas de filosofía y religión; tercero, su ética del trabajo, responsabilidad y disciplina. Él comprendió esta tarea como parte de sus obligaciones de gobierno, la administración y legislación directas, razón

¹⁷⁵ Al respecto, Joseph Bidez: “Tanto en sus lecturas como en sus escritos, Juliano no estaba únicamente impulsado por el deseo de distraerse o instruirse. [...] Por otro lado, estaba demasiado sujeto a su reputación de amante de las letras para no mostrar con una cierta ostentación que era capaz de obtener simultáneamente el éxito a través de las armas y de la elocuencia.” En la obra de su autoría *La vida del emperador Juliano*, trad. e introducción de Roberto Sixto Blanco, Madrid, Sinderésis, 2018, p. 152.

por la cual, dictó o escribió cartas y leyes durante todo el tiempo que trabajó tanto como César como Augusto.¹⁷⁶

Existen dos ediciones de la obra de Juliano que han servido como base: una en español y otra en inglés.¹⁷⁷ La que he seguido con más detalle y usaré como guía y fuente de citas, es la colección de la editorial española Gredos que consta de tres tomos.¹⁷⁸ En este exhaustivo estudio, recopilación, traducción y edición de la obra de Juliano, el lector puede tener una idea de la evolución que experimentó su escritura. No pretendo comentar a detalle cada una de las cartas, leyes y discursos allí editados, pero sí intentaré señalar un panorama general de las intenciones y circunstancias que llevaron a la realización de dichas obras.

Para comentar las obras de Juliano seguiré, en términos generales la estructura de la edición de Gredos mencionada, pero he optado por agrupar los textos con base en la identificación de algunos tópicos comunes en las obras y en las razones que he establecido ya, como motivación para su escritura. En el primer grupo, he ubicado las obras que dieron cuenta de sus acciones políticas y militares, sobre todo las obras que escribió como defensa, justificación o protección:

¹⁷⁶ Sobre estas motivaciones y las razones por las cuáles puedo plantear estas afirmaciones, se debe remitir al recorrido biográfico elaborado en el capítulo II del presente trabajo.

¹⁷⁷ Wilmer Cave Wright (1868-1951), fue una filóloga inglesa-americana y maestra de griego que vivió gran parte de su vida en Estados Unidos. Fue traductora de las obras de Juliano, lo que la llevó a escribir algunos trabajos originales sobre el tema. Sus traducciones fueron publicadas por la Loeb Classical Library, con una versión bilingüe griego-inglés que hasta la fecha constituye una base fundamental para el estudio de Juliano:

Julian, *Orations 1-5, (Vol. 1)*, trad. Wilmer Cave Wright, LCL 13, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1913; Julian, *Orations 6-8, Letters to Themistius, To the Senate and People of Athens, To a Priest. The Caesars. Misopogon (Vol. 2)*, trad. Wilmer Cave Wright, LCL 29, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1913; Julian, *Letters. Epigrams. Against the Galilaeans. Fragments (Vol. 3)*, trad. Wilmer Cave Wright, LCL 157, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1923. Cabe destacar que Wright recurrió tanto a los textos originales griegos, como a versiones existentes en latín de algunas obras y a la comparación con traducciones en francés y alemán. Así como a un exhaustivo estudio de las obras existentes sobre Juliano a principios del siglo XX.

¹⁷⁸ Para la conformación de esta obra, José García Blanco, traductor y editor, recurrió a la comparación de traducciones previas. Tomando como base la colección Budé, elaborada por Joseph Bidez, en conjunto con las traducciones de Bidez-Cumont, Rochefort y Lacombrade. García Blanco también revisó la ya mencionada edición de Wright y en algunos casos siguió sus transcripciones de otras traducciones (Neumann), como en el caso de *Contra los galileos*. Juliano, *Discursos I-V*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1979; Juliano, *Discursos VI-XII*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1987; Juliano, *Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, introducción, trad. y notas José García Blanco y Pilar Jiménez, Madrid, Gredos, 1982.

los *Elogios dedicados a Constancio*, el *Elogio dedicado a Eusebia*, la *Carta circular a los atenienses* y el *Misopogon*.

En el segundo grupo he ubicado las obras que buscaron reflexionar o discernir sobre algún tema filosófico o religioso. Aquí buscaré comentar las obras con las que Juliano pretendió ejercitar su pensamiento y amor por la filosofía y las letras: *Consolación a sí mismo por la partida de Salustio*, *Carta a Temistio*, los dos textos que dedicó a hablar sobre la filosofía cínica (*Contra el cínico Heraclio* y *Contra los cínicos incultos*), *A la madre de los dioses*, *Al rey Helios*, *Los césares* y *Contra los galileos*. Respecto a las cartas y leyes que escribió, así como a los testimonios que existen de su obra perdida, he decidido no incluirlas como un grupo específico, debido a los objetivos expuestos, pero sí considero importante señalar que su lectura y comprensión ha sido esencial en el proceso de realización de la presente investigación y por lo tanto se les ha referido cuando ha sido necesario.

1. Escritos con intención defensiva o de tono justificante

1.1 *Elogio del emperador Constancio*

En esta primera obra, encuentro un ejemplo de que Juliano escribió sus cartas y elogios como mecanismo de defensa. El *Elogio* dedicado al emperador Constancio,¹⁷⁹ fechado alrededor del año 356, Juliano lo presentó con base en los modelos de panegíricos de la época, dirigidos a la figura del emperador. De acuerdo con la definición de panegírico de la RAE, este se refiere a una “oración o discurso en alabanza de una persona”. Pero hay que ir más allá de tal definición ya que no debemos quedarnos con la alabanza como el motivo del discurso. Dulce Álvarez, siguiendo a Sabine McCormack, hizo algunos señalamientos relevantes: en primer lugar, apunta que el

¹⁷⁹ Juliano, “Elogio del emperador Constancio”, en *Discursos I-V*, pp. 94-161.

panegírico latino comenzó un importante periodo de continuidad como género literario a partir de finales del siglo III. Es decir, estaba en boga cuando el texto analizado fue escrito. A su vez, Álvarez distingue a los panegiristas en verso y a los panegiristas en prosa; sobre los segundos –los que me interesan–, resalta que era muy clara la distinción entre historia y panegírico. A la primera se dedicaba la escritura de acontecimientos pasados; al segundo, la escritura de lo contemporáneo.¹⁸⁰

Esto es importante porque podemos pensar que Juliano, como conocedor de las formas literarias de su época, era consciente de su intención de *historiar* –en tanto que dejar constancia de los hechos– y, más importante aún, qué entendía Juliano hechos que le eran contemporáneos, lo cual da un carácter historiográfico a su obra.¹⁸¹ Con base en ello, puedo apuntar que pienso que Juliano escribió este panegírico como una defensa, pues al cumplir con la convención de escribir en clave de alabanza a su primo, preparó un documento que probara su relación familiar y por tanto legitimidad como sucesor, además de valorar decisiones de su primo, como su propio nombramiento como César.

Ahora comentaré el contenido: al principio se lee la exposición de motivos o exordio, Juliano pretendió que su discurso se diferenciase respecto a otros panegíricos acentuando en el

¹⁸⁰ Dulce Estefanía Álvarez, “El panegírico poético latino a partir de Augusto: algunas calas”, en *Myrtia*, no 13, 1998, pp. 151-175. Uno de los postulados del artículo es que el panegírico latino no ha sido estudiado de manera adecuada pues no se le ha dado el valor que tiene como género. Al respecto de la continuidad, señala que antes del siglo III hay algunos ejemplos de panegírico tomado del encomio griego, pero sin unidad en el género. Sobre la distinción entre historia y panegírico, el segundo no tenía la aspiración objetiva de la primera y comenzaba con el gobierno del emperador en turno. *Ibidem*, pp. 153-155.

¹⁸¹ Apunto el uso de la palabra *historiar* vista desde mi perspectiva actual en medio de las discusiones sobre historia e historiografía; es decir, desde nuestra perspectiva, la de nuestra época, la obra de Juliano puede ser analizada como historiografía en tanto que cuenta con características que se han identificado para esta disciplina, a saber, la intención de dejar testimonio de hechos pasados. Estas cuestiones, parten de nuestros propios parámetros disciplinarios y metodológicos en historia, en los que no ahondaré ahora, pero consigno algunas referencias: Javier Rico Moreno, “Análisis y crítica en la historiografía”, en *La experiencia historiográfica, VIII coloquio de análisis historiográfico*, Rosa Camelo y Miguel Pastrana eds., México, UNAM, 2009, pp. 199-211. Evelia Trejo, “Historiografía, hermenéutica e historia. Consideraciones varias”, en *Boletín del Instituto de investigaciones históricas*, núm. 87, México, UNAM, enero-abril, 2010, pp. 2-11.

texto las virtudes de su primo, aunque esta pretensión también era un lugar común del género. En principio se sigue con cuidado la genealogía del augusto (compartida por Juliano, quien omitió resaltar esto, aunque a todas luces era una de sus intenciones), después presentó el recuento de la vida y victorias de Constancio, exaltando sus cualidades personales para lograr cada triunfo. Juliano debió sin duda guardar sus propios y profundos pensamientos, ya que, en buena medida, de este discurso y de su congratulación con su primo dependía su vida. Por la datación, puedo suponer que fue un intento de acercamiento con el emperador ante el trauma de la muerte de Galo.¹⁸² Sumado a esto, para aquel momento, Juliano había sido nombrado César y enviado a la Galia, donde se encontraba rodeado de espías y conspiradores; uno de ellos, el general Marcelo, había enviado a Constancio noticias de traición por parte de Juliano, lo que explicaría la necesidad de escribir este panegírico como defensa y prueba de lealtad, probando la dimensión política del discurso.¹⁸³

Sería imposible pensar que Juliano no cuidó cada detalle de lo escrito en este panegírico, por ejemplo, siguiendo las maneras convencionales, hizo un recuento genealógico, sin enfatizar que esta noble familia, era compartida por ambos. Sin embargo, esta es una de las razones por las que pienso que siguió el convencionalismo y elaboró un largo recuento de las victorias de la dinastía

¹⁸² Galo fue nombrado César en el año 351 y asesinado en 354. El elogio está fechado en el 356, por lo que el desenlace de Galo seguía reciente en la memoria de Juliano.

¹⁸³ Marcelo fue un general muy importante en el proceso de consolidación militar de Juliano; hombre de confianza de Constancio, era él, más que Juliano el comandante de los soldados en la Galia. Para el 357, Juliano, que se encontraba en Sens, fue sitiado por los germanos de la zona. Marcelo se encontraba cerca, pero decidió no acudir en su ayuda, probablemente pensó que Juliano no podría salir de tal trampa. Contra todo pronóstico, Juliano resistió el sitio, las acciones de Marcelo fueron conocidas por Constancio quien lo mandó llamar con preocupación. Juliano previendo que Marcelo se defendería aduciendo que se estaba tomando atribuciones que no le correspondían, envió a su propio mensajero, probablemente con el elogio que estoy comentando. Este episodio, sirvió para que al menos por un breve periodo las relaciones entre Constancio y Juliano fueran más cordiales y para que Marcelo fuese sustituido por Salustio Bidez, *La vida del emperador...*, *op. cit.*, pp. 132-133; Adrian Murdoch, *The Last Pagan, Julian the Apostate and the Death of the Ancient World*, Rochester, Vermont, Inner Traditions, 2008. pp. 50-51; G. W. Bowersock, *Julian the Apostate*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1978. p. 40. Para el relato completo *Vid.* Capítulo II.

Constantiniana, dedicando especial atención a su legitimidad (tema históricamente cuestionado)¹⁸⁴ como herencia del emperador Claudio, pues al recordar a su primo su parentesco, presentaba un argumento para su propia defensa:¹⁸⁵

¿Y para qué vamos a hablar de cosas antiguas, recordando a Claudio y proporcionando evidencias y pruebas por todos conocidas de su valor, acordándonos de las luchas que sostuvo contra los bárbaros que habitan al otro lado del Istro y de cómo llegó al poder de una manera tan santa como justa, de la simplicidad de su vida en el trono y de su falta de afectación en el vestir tal y como puede verse aún en sus estatuas? Lo referente a tus abuelos es más reciente que esto, pero no menos brillante.¹⁸⁶

Como se puede apreciar la referencia a Claudio como antecesor común parece estar puesta sin el menor cuidado, como de paso. Sin embargo, es crucial en la justificación de su legitimidad como emperador y por ende, la de todos sus descendientes. Incluso más valioso quizá, la descripción de su carácter en contraste con el del propio Constancio, dejando ver una clara crítica al decir: “la simplicidad de su vida en el trono y su falta de afectación al vestir”, esta crítica no puede entenderse de otra forma más que una afronta abierta a las prácticas heredadas de Constantino (padre de Constancio).¹⁸⁷ Posterior a esto y tras relatar las principales hazañas y peripecias de Constantino, Juliano señaló que su principal acierto fue la educación que dio al emperador elogiado:

Me limitaré a mostrar la superioridad de tu educación, gracias a la cual sobresaliste en belleza, fuerza, justicia y templanza, logrando una buena disposición física por medio de los trabajos, [...]; algunas de estas virtudes crecieron a partir de tu propia naturaleza, y otras las ayudaste desde fuera merced a tus cuidados.¹⁸⁸

¹⁸⁴ Por la naturaleza de la construcción del aparato imperial a finales del S. III y a inicios del IV, la cuestión de legitimidad fue sobre todo discutida para la figura de Constantino. *Vid.* Capítulo I.

¹⁸⁵ Sobre este mismo asunto y ya con una clara intención de legitimidad a su parentesco, Juliano hará nuevas referencias en *Sobre la realeza*: “En cambio, nuestra familia comenzó con Claudio, cuyo poder, brevemente interrumpido, recibieron tus dos abuelos.” p. 271 (51c); y con mucho más énfasis en *el Al rey Helios*: “Es maravilloso, pues, tener la ventaja de estar al servicio del dios ininterrumpidamente desde hace tres generaciones y por medio de muchos antepasados...” p. 196 (131c).

¹⁸⁶ Juliano, *Elogio del emperador Constancio*, pp. 111-112 (6d-7a).

¹⁸⁷ Ya he hablado en el capítulo I sobre la orientalización de Constantino y sus prácticas divinizantes para la figura imperial.

¹⁸⁸ Juliano, *Elogio del emperador Constancio*, p. 123 (16a).

Nuevamente la crítica es notoria, para Juliano lo más valioso era la educación y el conocimiento que se podía obtener de ella, así, para él lo único bueno que tuvo su primo fue el privilegio de una educación esmerada que como se puede leer entre líneas, Juliano pensaba que su rimo había desaprovechado ante la falta de predisposición natural por el estudio. Después de esto, el relato versa sobre las hazañas de Constancio, las batallas que enfrentó, las usurpaciones, la separación con sus hermanos y su gobierno ejemplar. Es necesario resaltar que, si bien esta obra es temprana y con fines políticos específicos, Juliano no pudo evitar mostrar algunos de sus intereses más personales, pues ya desde este texto usó las formas de filósofo a las que fue tan adepto.

1.2 *Elogio de la emperatriz Eusebia*

El *Elogio de la emperatriz Eusebia* fue una especie de contraparte o continuación del elogio de Constancio, y es muy probable que haya sido presentado a la par de este.¹⁸⁹ Esta conclusión parece lógica, debido a que en el primero no se menciona a Eusebia como hubiera sido natural en este tipo de escrito. Es además notable la rareza de dirigir un elogio a la emperatriz consorte, algo nada usual en la época. Por esta misma razón, Constancio se presenta como la figura principal del elogio, si bien en el texto Juliano señaló las virtudes de la emperatriz, siempre lo hizo en función de su relación con el emperador. Debo resaltar lo que señala García Blanco siguiendo a Bidez: al leer este escrito es innegable que para Juliano fue mucho más sencillo y natural elogiar a Eusebia por quien seguramente sí sentía una admiración real, en comparación con su primo.¹⁹⁰ Como prueba baste decir que le salvó la vida, y leer las palabras que escribió sobre la única entrevista que sostuvieron:

Y yo, desde que estuve en su presencia, creí ver, como en un templo, la estatua erigida de la modestia; el respeto se apoderó de mi alma y mis ojos se fijaron en tierra durante un buen

¹⁸⁹ Juliano, “Elogio de la emperatriz Eusebia”, en *Discursos I-V*, pp. 165-202.

¹⁹⁰ García Blanco, “Introducción al Elogio de la emperatriz Eusebia” en Juliano, *Discursos I-V, op. cit.*, p. 166.

rato hasta que ella me dio ánimos y dijo: ‘Esto es lo que has conseguido ya de nosotros; el resto lo tendrás con la ayuda de Dios, sólo con que nos seas fiel y leal’. Esto fue lo que oí, más o menos, pues ella no dijo nada más, aunque sabe componer discursos que no son inferiores a los de los mejores oradores. Al salir yo de este encuentro sentí una gran admiración y quedé vivamente impresionado, pensando que había escuchado hablar con toda claridad a la modestia personificada. Tan dulce y melosa era su voz todavía instalada en mis oídos.¹⁹¹

Como se puede ver en este fragmento, a diferencia de las citas provenientes del *elogio* a Constancio, las características que atribuyó a Eusebia no eran virtudes ideales abstractas que un gobernante debería tener, ni una crítica oculta en forma de alabanza; por el contrario, la sinceridad de su impresión resalta por lo poco afectada de su declaración: “[...] sentí una gran admiración y quedé vivamente impresionado”. Sin necesidad de enlistar mayores virtudes o exaltar la imagen de la emperatriz consorte. Lo que debo anotar sobre este texto, es que Juliano vio la necesidad de escribir un panegírico dirigido a Eusebia motivado por dejar constancia del agradecimiento que sentía por los favores de ella recibidos, así como de la admiración que sentía por la emperatriz. Esto, en definitiva, habla más de sí mismo, porque apunta los factores por los cuáles logró obtener el favor de Constancio y el avance en su carrera política. Otro elemento que debo mencionar es que este texto dio licencia a Juliano de expresar libremente su filohelenismo, pues identificaba a Eusebia como una par griega.¹⁹²

¹⁹¹ Juliano, *Elogio de la emperatriz Eusebia*, p. 194 (123ac). Sobre esta cita es interesante el contraste con la traducción que se encuentra en la obra de Bidez, en la que dice: “Un sentimiento de respeto se apoderó de mi alma y mantuvo mis ojos fijos sobre la tierra tanto tiempo que ella tuvo que animarme a perder la vergüenza. ‘Tienes de nosotros’, dijo ella, ‘una parte de tu grandeza; el resto lo obtendrás con la ayuda de Dios, con tal de que nos seas fiel y leal’. Esto fue aproximadamente lo que escuché. No pronunció una palabra más, aunque su elocuencia no cedía ante la de los mejores oradores. Al salir de aquella audiencia, permanecí lleno de admiración y de sobrecogimiento. Creía haber escuchado nítidamente la misma voz de la Sabiduría: hasta tal punto el sonido de sus palabras era dulce y suave.”; en Bidez, *op. cit.*, p. 125. Como se puede notar, la principal diferencia está en que la cita que he usado en el cuerpo del texto se refiere a Eusebia como la personificación de la modestia, mientras que aquí lo hace como la personificación de la sabiduría. Si bien esto representa una diferencia que, de ser mi objetivo, daría pie a plantear cuestionamientos de traducción, por lo pronto me quedaré con la impresión de la alta estima que Juliano sintió de manera genuina por Eusebia.

¹⁹² “Quizá lo único que no sea prolijo ni molesto de decir o escuchar es que el linaje de su madre es completamente griego, y que descende de griegos, y que su ciudad natal es la metrópolis de Macedonia [...]” Juliano, *Elogio de la emperatriz Eusebia*, p. 179 (110b).

1.3 *Sobre la realeza*

Así, comienza Juliano el segundo panegírico a Constancio, discurso conocido con el nombre de *Sobre las acciones del emperador* o *Sobre la realeza*: “Aquiles, dice el poema, cuando se irritó y se separó del rey, arrojó de sus manos la lanza y el escudo y, afinando su arpa y su cítara, cantó y celebró las hazañas de los semidioses y dedicó su ocio a esta ocupación pensando muy cuerdamente.”¹⁹³ Como se puede advertir ya desde las primeras líneas, el tono del texto fue muy diferente al del primer panegírico, razón por la cual, se cree que éste nunca llegó a ser conocido por Constancio. Este discurso cumplió con un doble propósito, porque buscó elogiar a Constancio a la vez que expuso las ideas de Juliano sobre cómo se debía gobernar. Cabe decir que estos elementos se oponían, dando como resultado una exaltación exagerada y notablemente falsa de las acciones del emperador, convirtiendo el texto en algo más cercano a la crítica satírica.

Lo que llama la atención de este discurso son los puntos siguientes: primero, el tono con el que fue escrito, pues Juliano se mostró más confiado y dispuesto a escribir honestamente. En segundo lugar, y en contraste con el primer panegírico, es mucho más evidente su esfuerzo por alabar a su primo, lo que refleja lo conflictivo de su relación.¹⁹⁴ Además, y esto es lo más importante, muestra por primera vez que Juliano sí tenía en mente un modelo de gobernante

¹⁹³ Juliano, “Sobre la realeza”, en *Discursos I-V*, *op. cit.* pp. 203-274.

Juliano, *Sobre la realeza*, p. 215 (49c).

¹⁹⁴ Para las campañas del año 357, Juliano preparó una estrategia basada en sus estudios sobre tácticas militares. Contrario a lo que se esperaba, consiguió trazar un plan que le dio la victoria en la famosa batalla de Estrasburgo. Esta victoria, replegó a los alamanes por un largo tiempo, pues su rey Cnodomario, se entregó y sufrieron pérdidas graves, con esto se logró la pacificación de la zona. Constancio, satisfecho con la noticia se congratuló por su decisión de enviar a Juliano y siguiendo la costumbre ostentó su triunfo sin siquiera mencionar a su primo. Esto era usual y desde luego que la convencionalidad no permitía objetar que la victoria era del emperador, pero esto ofendió a Juliano y causó temor en Constancio, generando conflictos entre los primos. Los sicofantes y conspiradores de la Corte vieron en este episodio el ejemplo de que Juliano debía ser temido y eliminado antes de suponer un peligro. Amiano Marcelino, *Historia*, p. 249, (16,12,70); Bowersock, *op. cit.*, pp. 41-42; Murdoch, *op. cit.*, pp. 66-67.

construido con base en sus propios ideales filosóficos e intelectuales. Esto confirma que Juliano ya veía en sí mismo a un gobernante más preparado que su primo, aquí su descripción:

En primer lugar, ha de ser un hombre piadoso y no despreocupado del culto de los dioses, justo y solícito con sus padres, ya estén vivos o hayan muerto, benevolente con sus hermanos, que venere a los dioses de la familia, abordable y dulce para los suplicantes y los extranjeros, pero que se ocupe con justicia del provecho de la mayoría. Ama la riqueza, pero no la que está cargada de oro y plata, sino la que está llena de auténtica benevolencia y del servicio sin adulación de los amigos. Valiente y generoso por naturaleza, no le complace en absoluto la guerra y odia las discordias civiles, pero, desde luego, se opone valerosamente y rechaza con energía a los que se sublevar por alguna circunstancia afortunada o por su propia maldad, [...]. Trabajador por naturaleza y magnánimo, participa con todos en los trabajos y quiere tener en ellos la mayor parte, mientras distribuye por igual las recompensas de los peligros, [...]. No aguanta que [*los soldados*] sean somnolientos, perezosos y poco belicosos, para que los guardianes no necesiten a su vez de otros guardianes, ni desobedientes con sus jefes, porque sabe que es precisamente la disciplina la que, en ocasiones, ella sola, se basta para salvar una guerra.¹⁹⁵

Como se nota a primera lectura los detalles del gobernante ideal estaban sustentados en la piedad ritual, es decir, la observación de los cultos, práctica asidua de Juliano. Es una persona incansable y laboriosa, dedicada al servicio y de carácter lo suficientemente fuerte como para no dejarse mangonear por nadie. La descripción continúa, dando noticia de cómo debe comportarse un rey en asuntos de leyes y con los ciudadanos, pero creo que esta muestra es suficiente para dar testimonio de que Juliano escribió pensando más en sí mismo, que en la relación entre este gobernante ideal y Constancio. Si se analizan algunos detalles, hay que considerar que incluso se tomó la libertad de expresar su politeísmo. Este permiso se lo dio porque su argumentación fue construida con base en las enseñanzas de antiguos gobernantes, pero da otra idea de por qué este panegírico no fue entregado, pues habría puesto en evidencia sus dudas o falta de práctica cristiana. Otro elemento es el relativo a la modestia, pues ésta fue una de sus principales características personales. Por último, nuevamente debo mencionar que al hablar de la gente que debe rodear al

¹⁹⁵ Juliano, *Sobre la realeza*, pp. 257-259 (86a-87a).

gobernante, Juliano critica la incapacidad de Constancio para manejar a sus sicofantes, a quienes Juliano temía y odiaba.

1.4 *Carta circular a los atenienses*

Para el año 360, la relación entre Constancio y Juliano estaba en un punto crítico: Constancio requirió las tropas de las que disponía Juliano, para pelear en la guerra contra Persia.¹⁹⁶ Este llamado, supuso un parteaguas en la vida de Juliano, quien se había hecho adicto de sus hombres con la promesa de que no tendrían que cruzar los Alpes.¹⁹⁷ Ante la disyuntiva de cumplir con la orden del augusto o rebelarse, se dio la proclamación de Juliano como augusto, convirtiéndolo en usurpador.¹⁹⁸ Si bien en principio esta proclamación solamente significó ganar tiempo para preparar las reacciones de ambos, Juliano de inmediato se puso en acción, escribió una carta dirigida a Constancio, explicando su versión de los hechos, mientras que calculaba la fuerza de la que disponía. El intercambio de mensajes, la detención y traslado de enemigos, así como la elección de generales de confianza, significó entrar en los prolegómenos de una inminente guerra.

Para mediados del 361, Juliano comenzó a moverse, comprendió que su ventaja estaba en avanzar hacia Oriente antes de que Constancio se desocupara de los asuntos persas. Así, Juliano dividió a sus hombres en tres grupos y comenzó su marcha; en el camino, dedicó especial atención a la redacción de cartas dirigidas a los senados y ciudadanía de algunas regiones del Imperio, con

¹⁹⁶ Sobre esto, he hablado ya en el capítulo II. Bowersock, *op. cit.*, p. 46; Murdoch, *op. cit.* p. 76.

¹⁹⁷ “Juliano no replicó. Y hubiera accedido a esto, [*enviar a sus hombres*], sometiéndose en todo a la voluntad del más poderoso, de no haber existido algo que no pudo ni obviar ni omitir: que tuvieran algún tipo de molestias aquellos que, habiendo abandonado su hogar al otro lado del Rin, habían acudido a él con la condición de que nunca tendrían que cruzar los Alpes.” Amiano Marcelino, *Historia*, p. 374 (20.4.4).

¹⁹⁸ Es interesante el relato que construyó Bidez al respecto de la proclamación, pues como se ha visto, según Amiano Marcelino, Juliano habría querido cumplir sus órdenes de no ser por la promesa hecha a sus hombres; en cambio Bidez lo presume completamente decidido a cumplir con el mandato de Constancio: “Con esa familiaridad que tan a menudo ha otorgado popularidad a los grandes capitanes, Juliano saludaba a aquellos que reconocía; a todos les recordaba sus hazañas y les animaba a marchar con paso alegre hacia el emperador: ‘allí encontrarían un poder tan vasto como generoso, y recompensas dignas de sacrificios’.” Bidez, *op. cit.* p. 159.

el objetivo de dar a conocer su propia versión de las circunstancias bajo las cuales había sido proclamado augusto, buscando simpatía y apoyo en su avance. Desafortunadamente para él, la respuesta general no fue la que esperaba, pues Constancio era un emperador querido. Una de estas cartas, fue la *Carta al senado y pueblo de Atenas* o *Carta circular a los atenienses*.¹⁹⁹ Este texto es angular en la historiografía sobre Juliano, porque ha sido considerado una autobiografía por la información que aporta.²⁰⁰

Que haya dirigido una carta a la ciudad de Atenas desde luego no fue casual, las grandes alabanzas que hace Juliano a la ciudad y a los atenienses en conjunto hablan no sólo de su amor por este sitio, sino que son un claro ejemplo de su ideal de cultura. Juliano creyó que los ciudadanos del lugar que tenía en tan gran estima verían en él la personificación del helenismo y lo apoyarían como emperador. Para ello, aludió a la virtud de los antepasados de los griegos que, según él, era observar el obrar con justicia por sobre todo.²⁰¹ Como veremos, esta carta es una justificación de sus acciones, ya que por primera vez en un texto público, culpó o señaló a Constancio como responsable de las acciones que lo hicieron actuar:

Que nadie piense, pues, que hablo por hablar y que pierdo el tiempo si me dedico a contaros los acontecimientos que ante los ojos de todos han ocurrido, no sólo los de hace tiempo, sino incluso los que son muy recientes; porque no quiero que nadie ignore nada de lo que a mí se refiere, y es natural que cada cual desconozca alguna cosa. Comenzaré en primer lugar por mis antepasados. Que nuestra línea paterna arranca del mismo origen que la de Constancio es cosa conocida, pues nuestros padres fueron hermanos nacidos de un mismo padre. Y a nosotros que éramos sus parientes tan cercanos, ese clementísimo emperador, ¡qué cosas nos ha hecho!: a seis primos míos, que también lo eran suyos, mi padre y a mi hermano mayor los hizo matar sin juicio, y a mí y a mi otro hermano, aunque quiso matarnos, finalmente nos envió al exilio, del que a mí me llamó, mientras que a él lo liberó el título de César, aunque fue degollado poco después”.²⁰²

¹⁹⁹ Juliano, “Al senado y al pueblo de Atenas”, en *Discursos I-V*, pp. 301-339.

²⁰⁰ Todos los autores que he consultado para la elaboración de la presente investigación coinciden en tomar esta carta como una fuente primaria para la construcción biográfica de Juliano. Es inestimable el valor documental de esta memoria, que si bien tiene matices que muestran la intencionalidad del autor, dan un panorama general de los sucesos.

²⁰¹ “...pues nada hay tan hermano de la sabiduría como la justicia. Así pues, a los que la desprecian los podríais expulsar con toda justicia, como si profanasen a vuestra diosa”. Juliano, *Carta a los atenienses*, p. 314 (270a).

²⁰² *Ibidem*, pp. 313-314 (270bd)

Como se puede notar, Juliano señaló como autor directo de la muerte de su padre y familia paterna a Constancio, nada que ver con las adulaciones de los primeros panegíricos. De igual forma, asumió y expuso su pertenencia a la familia constantiniana, y no lo hizo tímidamente como en escritos anteriores, sino que explicó los intentos de Constancio por evitar que llegara a ejercer su derecho de herencia. El párrafo 271c, donde Juliano habló de los años en Macellum,²⁰³ ha sido ampliamente referido en la historiografía de Juliano sobre aquella etapa de su vida. Su principal motivo de queja fue la falta de compañía apropiada a su edad y *estatus*; así como la educación limitada que recibió, tema que ha sido discutido y, hasta cierto punto refutado.²⁰⁴

Juliano aprovechó el espacio para desarrollar el tema de Galo, señalando que se le negó el derecho a juicio cuando fue condenado a muerte. No habló, por supuesto, de los abusos que Galo cometió como César, ni de las faltas que tuvo, razones por las que fue llamado ante el Augusto en primer lugar.²⁰⁵ De lo que sí se cuidó Juliano, fue de no aparentar que existiera una relación estrecha entre ellos, insinuó que no vio a Galo durante todo el tiempo que fue César y, aunque lamentó su destino, reconoció la crueldad y violencia de su carácter, la cual –dijo– fue a causa de

²⁰³ “[...] cuando estábamos encerrados en un campo de Capadocia, sin que permitiesen que nadie se nos acercara, [...]. ¿Cómo podría hablar de los seis años que pasamos en una propiedad extraña, igual que los que entre los persas son guardados en fortalezas, sin que ningún extranjero se nos acercara y sin que se permitiera a nuestros antiguos conocidos visitarnos, viviendo apartado de todo estudio serio, de toda conversación libre, educados en medio de una brillante servidumbre y realizando nuestros ejercicios físicos con nuestros propios esclavos...?” *Ibidem*, p. 315 (271c).

²⁰⁴ Baynes planteó un problema en torno a la biografía de Juliano que tuvo como base el estudio de la obra de Libanio: Norman H. Baynes, “The Early Life of Julian the Apostate” en *The Journal of Hellenic Studies*, vol. 45, parte 2 (1925), pp. 251-254. Cuestionó el vacío que existía sobre los años que Juliano estuvo en Macellum. Si se sigue la biografía de Libanio, Juliano aparece como un niño educado por su pedagogo e inmediatamente como un avanzado estudiante en Nicomedia, esto no explicaría en qué momento Juliano habría tenido tiempo de leer a profundidad a los filósofos y las obras cristianas. Esto pudo haber tenido la intención de resaltar las cualidades de Juliano como estudiante, aunque respuesta probable, sería el desconocimiento que Libanio tenía de algunos detalles de la vida de Juliano. Esto ya lo mencioné en el capítulo anterior y se retomará en el siguiente al hablar de por qué Macellum es un punto de discusión historiográfica. Pero es necesario resaltar que Macellum es mencionado en diferentes momentos en la obra de Juliano con propósitos en apariencia distintos: por un lado es motivo de queja por el exilio que representó, aunque también fue una época de lectura y dedicación al estudio profundo de las obras clásicas del helenismo y cristianismo. Bidez, resalta que, si bien fueron los estudios religiosos el principal enfoque de la educación que Juliano recibió en Macellum, si tuvo libertad de conocer otras obras. Como muestras las cartas de Juliano solicitando que se le enviaran los libros del obispo Jorge de Capadocia, tras su asesinato. Bidez, *op. cit.*, p. 54; Juliano, *Cartas 106 y 107 a Ecdicio, prefecto de Egipto*, pp. 167-168.

²⁰⁵ Amiano Marcelino, *Historia*, pp. 101-110 (14.1.1-10).

no ser salvado por los dioses y la iluminación de la filosofía como él.²⁰⁶ Como podemos ver, la desventura de Galo fue una excusa perfecta para justificar la sublevación, pues tal como Juliano relató los hechos, el voluntarioso Constancio podría haber decidido matarlo en cualquier momento:

¿Acaso no hay una ley común para todos los hombres, para los griegos y también para los bárbaros, defenderse contra los que nos hacen injusticia? ¿Quizá se defendió con demasiada crueldad? En todo caso, no fuera de lo que cabía esperar, porque ya se ha dicho antes que es bastante natural actuar contra el enemigo bajo el influjo de la cólera. Sin embargo, para contentar a un eunuco, al chambelán y, además, al intendente de sus cocineros, al que era su primo, al César, esposo de su hermana, padre de su sobrina, con cuya hermana se había casado por primera vez, con el que tantos vínculos de los dioses familiares le unían, lo entregó a la muerte a manos de sus más odiosos enemigos. A mí me soltó a duras penas, tras arrastrarme de acá para allá durante siete meses enteros y manteniéndome vigilado, de modo que, si no llega a ser porque alguno de los dioses, queriendo salvarme, me ofreció en aquellos momentos la benevolencia de la bella y buena Eusebia, su esposa, tampoco yo habría escapado entonces a sus manos.²⁰⁷

En este fragmento puedo señalar la suma del texto, todos los elementos que desarrolló Juliano: reclamo por la volubilidad y desapego familiar de Constancio, dejarse influenciar por personajes como el chambelán Eusebio, designio y favor de los dioses, y el apoyo de Eusebia. El relato sobre los meses previos a ser nombrado César con gran pena y no sólo eso, sino que continuó con lo siguiente: “Cómo se portó conmigo antes de hacerme partícipe del título más venerable, es decir antes de arrojarme de hecho a la más amarga y penosa esclavitud, si no en su totalidad, lo habéis escuchado al menos en su mayor parte”.²⁰⁸ Si bien a partir de este pasaje fue muy abierto en su creencia de que los dioses lo guiaron y dispusieron todo para que fuera nombrado Augusto, no dejó de reclamar el trato por parte de Constancio, en cada etapa del proceso.

²⁰⁶ Sobre el carácter cruel de Galo, en *Al senado y pueblo de Atenas* p. 316 (272a). De lo poco cercana que era su relación: “Y, sin embargo, ¡por los dioses!, mi hermano no me había visto ni siquiera en sueños, pues ni estuve con él, ni lo frecuenté, ni lo visité; tan sólo le escribí unas pocas veces y sobre asuntos sin importancia.” Juliano, *Al pueblo y senado de Atenas*, p. 318 (273a).

²⁰⁷ *Ibidem*, pp. 316-319 (272a-273cd).

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 319 (273c).

Juliano explicó que su nombramiento como César estaba muy lejos de sus deseos, pues implicó una serie de riesgos y peligros que Constancio quería que pasara para deshacerse de él. Sin embargo, advirtió, había comprendido que no podía ir en contra de lo que los dioses le indicaban hacer; a propósito de su proclamación como Augusto escribió:

Ahora, me decía, ¿pienso oponerme a los dioses y pienso que sobre mí mismo puedo deliberar mejor que ellos, que conocen todo? Sin embargo, la prudencia humana, que sólo mira el presente, a duras penas y con esfuerzo conseguirá verse libre del error por un corto espacio de tiempo. [...] considerando lo que era justo, enseguida me dije: ‘Tú te irritarías si algún ser de los que te pertenecen te privara de su utilización o huyera de tu llamado, fuera un caballo, un cordero o un ternero, y tú, que quieres ser un hombre no de rebaño ni de la muchedumbre, sino de los moderados y comedidos, ¿privas a los dioses de tu persona y no les permites emplearte en lo que quieran? Ten cuidado, no vayas a actuar con total insensatez y desdeñando, además, los derechos de los dioses. Tu valor, ¿dónde está, cuál es?’²⁰⁹

A la cuestión de la proclamación, dedicó una larga descripción, pues fue este justamente el punto central de la carta. Primero atribuyó la decisión de Constancio de llamar a sus tropas a la influencia de los sicofantes de la Corte, después señaló el malestar que esto causó entre sus hombres y cómo él había tratado de calmar los ánimos. Finalmente, relató que la proclamación ocurrió mientras él se encontraba en sus aposentos cuando un grupo de soldados lo llamaron exigiendo que usara el título y la corona. De acuerdo con la versión de Juliano, él se había negado al principio, intentando convencer a sus hombres de que buscaría la manera de hablar con Constancio para que cambiara de opinión. Pero ante la fuerza de los soldados, por temor a que la revuelta se volviera más grave y comprendiendo el designio divino, no había tenido más remedio que aceptar.²¹⁰

La reacción ante esta y otras cartas no fue la esperada por Juliano, pues como había mencionado, Constancio era un emperador respetado y los intentos de sublevación contra él eran

²⁰⁹ *Ibidem*, pp. 322-323 (275d-276ac).

²¹⁰ “Pongo por Zeus y a todos los dioses protectores de las ciudades y de nuestra familia, de mis intenciones y de mi lealtad a Constancio, de que me porté con él como a mí me hubiera gustado que un hijo se comportase conmigo.” *Ibidem*, p. 330 (280c). Relato de la proclamación, del párrafo 282d al 285d, pp. 333-336. En Amiano Marcelino podemos encontrar un relato muy similar, *Historia*, pp. 373-379 (20, 4).

vistos con malos ojos en varias regiones del Imperio. Con la expectativa de recibir apoyo y los preparativos para un enfrentamiento que parecía cada vez más inminente, Juliano no tuvo más remedio que ser paciente. Fue entonces que vio recompensada su confianza en el designio de los dioses, pues Constancio murió a principios de octubre del 361, nombrando a Juliano como su heredero.²¹¹ Si bien la carta no cumplió con su objetivo original, su valor historiográfico es invaluable y ya desde esa época fue tomado como fuente para relatar lo sucedido en la proclamación de Juliano como augusto.

1.5 *Misopogon*

La decisión de incluir en este grupo el *Misopogon*, también conocido como *El enemigo de la barba* o *Discurso de Antioquía*, tiene que ver con el carácter justificante de este escrito.²¹² De manera irónica y con gran amargura, Juliano explicó las causas de sus desencuentros con los ciudadanos de Antioquía. Ya para el año 362, como parte de los preparativos de la campaña persa, Juliano comenzó su avance hacia el Oriente; en la segunda mitad de aquel año, llegó a la ciudad de Antioquía a pasar una temporada, pero muy pronto comenzó a darse cuenta de que la forma de vida de los antioquenos se oponía a la suya. Fue en tres casos concretos en que estos desencuentros se convirtieron en desagrado mutuo, pues ni los antioquenos gustaban de Juliano, ni él de ellos.

El primer asunto tuvo que ver, desde luego, con la religiosidad de Juliano, pues sus costumbres de sacrificio y adoración en los templos no fueron bien recibidas en una ciudad altamente cristianizada.²¹³ Relacionado con esto, el segundo tema, tuvo que ver con las costumbres

²¹¹ Vid Capítulo II. Sobre la fecha, Bidez, *op. cit.*, p. 167.

²¹² Juliano, “Discurso de Antioquía”, en *Discursos VI-XII*, pp. 231-278.

²¹³ Parecería una cruel coincidencia o quizá precisamente la razón de la elección de Juliano, optar por Antioquía como la ciudad oriental sobre la que intentaría establecer e iniciar su proyecto de restauración, pues como apunta Sotomayor: “Antioquía de Siria quedará marcada para siempre como la ciudad en la que por primera vez se llamó ‘cristianos’ a

personales de Juliano, pues él, a diferencia de otros emperadores que habían sido muy queridos por la ciudad, como Constantino, Constancio o el propio Galo al principio, no gustaba de asistir a eventos públicos, diversiones y espectáculos. Por último, y quizá agravado por lo anterior, en aquel periodo Antioquía estaba pasando por una crisis alimentaria que derivó en la especulación de los precios del grano y Juliano estableció un límite de precios como medida precautoria para satisfacer la distribución de grano, pero no contó con que los acaparadores preferirían ocultar el alimento antes que venderlo al precio listado.²¹⁴ Esto provocó una severa crisis económica y alimenticia en la ciudad que, en conjunto con el desagrado que sentían por el emperador, derivó en burlas públicas y descontento general.

Ante esta situación, Juliano decidió escribir y publicar este discurso en el que se atacó a sí mismo de manera irónica: “Pues ninguna ley impide escribir contra sí mismo elogios o censuras. Alabarme a mí mismo, sin embargo, aunque lo deseo vivamente, no puedo; por el contrario, puedo censurarme en mil cosas, empezando en primer lugar por mi cara”.²¹⁵ Momento a partir del cual, se burla de su barba de “cabrío descuidado”, pues explicó, nadie le enseñó que debía afeitarse para complacer a los ciudadanos antioqueños. De esta sátira a su forma de llevar la barba de filósofo es que se intitula el discurso. Ahora bien, esta crítica tiene más que ver con lo ya señalado sobre su estilo de vida, sobre el cual, culpaba a Mardonio por haberlo educado de esa manera:

[...] mi odioso pedagogo que ya entonces me fastidiaba enseñándome a recorrer un único camino, y que ahora es el culpable de la enemistad que me profesáis al inculcar en mi alma y grabar en ella, por así decirlo, lo que yo no quería entonces, pero que él, sin embargo, de

los seguidores de Jesús [...]. Fue también la primera metrópolis del cristianismo después de la efímera primacía de Jerusalén. Y la primera ciudad en la que se despojó al cristianismo de elementos culturales estrictamente judíos, abriéndose así las puertas a su universalismo, al hacer posible desde muy temprano su enraizamiento en otras culturas como la helenística y la siria.” p. 197 de Manuel Sotomayor, “Los grandes centros de la expansión del cristianismo” en *Historia del cristianismo. 1. El mundo antiguo*, Manuel Sotomayor y José Fernández Ubiña coordinadores, Granada, Editorial Trotta, 2003, pp. 196-202

²¹⁴ “Cuando vi que lo que el pueblo gritaba era cierto, y que el mercado estaba en dificultades no por falta de mercancías, sino por el deseo insaciable de los propietarios, ordené un precio justo de cada producto e hice que la orden fuese conocida por todos.” Juliano, *Discurso de Antioquía*, pp. 275-276, (369a).

²¹⁵ *Ibidem*, p. 238 (338b).

forma un poco chocante ponía todo su empeño en introducir llamado, según creo, dignidad a la rusticidad, prudencia a la insensibilidad, fortaleza al no ceder a las pasiones y al no buscar la felicidad por este procedimiento. Me decía a menudo, sabedlo bien por Zeus y por las Musas, mi pedagogo cuando era yo todavía un muchachito: ‘Que no te arrastre la multitud de los de tu edad, que se lanza a los teatros, a buscar nunca ese tipo de espectáculo. ¿Te gustan las carreras de caballos? En Homero hay una descrita con sumo arte; toma y lee este libro hasta el final. ¿Oyes hablar de los bailarines de pantomimas? Mándalos a paseo; entre los feacios los jóvenes bailan con más virilidad; tienes como citaredo a Femio y como cantor a Demódoco. Y en Homero también hay árboles, cuya descripción es más deliciosa que su vista real [...]’.²¹⁶

Como se puede notar, el tono es completamente diferente a los otros textos ya analizados y a los que comentaré más adelante. Sin embargo, en el estilo, mantuvo su carga usual de referencias a textos clásicos y cuidó la manera en que expuso sus puntos de vista personales. Sobre el asunto de su personalidad, siguió Juliano dando ejemplos de momentos en su vida en los que se privó de lujos y comodidades para formar su carácter austero.²¹⁷ Al respecto de su piedad, el principal problema que tuvo Juliano fue su intensa devoción para las divinidades, al realizar sacrificios con un celo que no se había visto en Antioquía en varios siglos. Hay que considerar que cada uno de los himnos, ritos y sacrificios llevados a cabo, conllevaban una preparación especial y en muchos casos la muerte de animales. Esto provocó que los antioquenos llamaran a Juliano con el sobrenombre de *victimarius*.²¹⁸

Hay algunas cuestiones de este discurso que me interesa señalar, por un lado, la desilusión de Juliano ante la puesta en práctica de su proyecto. Durante el tiempo que vivió en la Galia y

²¹⁶ *Ibidem*, pp. 254-255 (351cd).

²¹⁷ En los párrafos 341 y 342, pp. 241-242, del *Discurso de Antioquia*, Juliano relata una experiencia que vivió durante un invierno en París, de acuerdo con su historia, al ser tan modesto siempre procuraba tener la menor cantidad de comodidades. Así, habría impedido que calentaran su habitación para acostumbrarse al frío del invierno. El sistema de calefacción utilizado en esa parte de la Galia, de acuerdo con el propio Juliano, funcionaba por medio de calderas, pero él habría pedido que pusieran brasas de fuego encendido. Esto habría provocado que de las paredes se expidieran vapores tóxicos que lo adormecieron y pusieron en riesgo su vida, de no ser porque fue encontrado a tiempo hubiera muerto.

²¹⁸ El párrafo 346, pp. 247-248, del mismo *Discurso de Antioquia* lo dedica a exponer irónicamente la molestia que causaba entre los antioquenos su práctica ritual de acuerdo con el calendario tradicional. Sobre el sobrenombre, es Amiano quien nos da noticia: “Además, se decía que era más un victimario que un sacerdote, y muchos se burlaban de su afición a los sacrificios.” Amiano Marcelino, *Historia*, p. 491 (22, 14, 3).

abrazó secretamente la posibilidad de restaurar los cultos antiguos en el Imperio, creyó ver en la parte oriental, una base segura de apoyo al helenismo. Esto, por su presunción de que la cultura helénica estaba firmemente plantada bajo la capa cristiana que se había desarrollado en las épocas de gobierno de su primo y tío. Sin embargo, tuvo que darse cuenta de que el cristianismo había penetrado con mucha más fuerza de lo que calculó.²¹⁹ Por otro lado, Juliano valoró abiertamente su estancia entre los celtas, con quienes identificó varias similitudes en carácter y estilo de vida. Esto nos muestra otra posible decepción o sorpresa que experimentó, pues tiempo atrás, cuando fue enviado a la Galia, uno de sus más grandes dolores había sido alejarse del centro de la cultura, la parte oriental del Imperio.

Sobre estas cuestiones continuó el discurso, pero me ha parecido que la mejor manera de concluir este comentario al respecto es presentando el resumen que el propio Juliano hizo, despidiéndose de la ciudad:

Así pues, creía yo que era hermosa la clemencia unida a la prudencia de los gobernantes, y creíamos que esas disposiciones serían suficientes para ofrecer un hermoso aspecto. Pero como os desagrada el espesor de nuestra barba y el descuido de nuestro pelo, el que no nos precipitemos a los teatros y el estimar en los templos un comportamiento de respeto y, antes que nada, nuestra continua presencia en los juicios y el impedir la ganancia abusiva en la plaza, voluntariamente nos marchamos de vuestra ciudad.²²⁰

2. Obras de corte intelectual.

Las obras que comentaré en este apartado son las que ofrecen un panorama más cercano al pensamiento de Juliano sobre los temas que le eran más interesantes y relevantes. En este grupo he incluido también, algunos escritos que quizá no tuvieron el objetivo de desarrollar temas

²¹⁹ “Pues el pueblo que, en su mayor parte, mejor dicho, en su totalidad ha escogido el ateísmo, me odia porque ve que persevero en los preceptos tradicionales de la religión...” Juliano, *Discurso de Antioquía*, p. 262 (357d). Para Juliano el “ateísmo” era el cristianismo.

²²⁰ *Ibidem*, p. 272 (365d).

filosóficos o religiosos, pero que decidí considerar como tales por las características estilísticas y argumentativas que presentan.

2.1 *Consolación a sí mismo por la marcha del ilustrísimo Salustio*²²¹

Durante la estancia de Juliano en la Galia, uno de sus principales intereses fue aprender sobre la guerra y el manejo de la milicia, así como la administración pública. Sus esfuerzos dieron frutos, con la obtención de la victoria de Estrasburgo en el año 357, con la que logró detener el avance de las incursiones germanas.²²² Irónicamente, con este triunfo y un buen desempeño en general, su relación con Constancio se volvió cada vez más conflictiva. Este proceso, no fue fácil para Juliano, pues los hombres que Constancio puso a su cargo tenían instrucciones claras de no dejar que el César se saliera de su papel: llevar a la Galia la imagen del emperador y nada más.²²³

Afortunadamente para Juliano, hubo una excepción: el cuestor Saturnino Secundo Salustio, uno de los funcionarios asignados, fue uno de los pocos hombres que se ganó su confianza y se convirtió en uno de sus amigos más queridos. Su afinidad intelectual, así como su creencia en los dioses, generó entre estos dos hombres una relación de mutua confianza y discreción que era altamente valorada por Juliano. Trabajando de manera conjunta y con la experiencia de Salustio, Juliano comenzó a ver resultados en sus proyectos para la Galia, logrando una mejor administración, reducción de carga fiscal para las provincias y una solución más directa a los problemas de la zona. Esto llamó la atención de Constancio a través de los informes que recibía, dando como resultado la convocatoria de Salustio a la parte oriental del Imperio.

²²¹ Juliano, “Consolación a sí mismo por la marcha del excelente Salustio”, en *Discursos I-V*, pp. 275-299.

²²² *Vid* Capítulo II.

²²³ “El emperador me entregó trescientos sesenta soldados y me envió al país de los celtas, que se hallaba revuelto, en mitad del invierno, no tanto para mandar sobre el ejército allí destinado cuanto para obedecer a sus generales. Pues se les había escrito y ordenado de forma precisa vigilar no tanto a los enemigos, como a mí mismo...” Juliano, *Carta a los atenienses*, p. 325 (277d).

Este es probablemente el texto más honesto que se conserva de Juliano, pues no se contuvo al expresar su decepción y dolor por la partida de su amigo. No es difícil comprender esos sentimientos, considerando su situación y la dificultad que tenía para mantener a sus amistades cerca. Es también un escrito muy libre y personal para Juliano, porque podemos notar su estilo, cargado de referencias y citas que lo ayudan a desarrollar sus ideas. De nueva cuenta, en este texto habló de sí mismo y de cómo veía su vida, además de que proporcionó algunos datos biográficos, por ejemplo, este referente a Mardonio: “Y yo mismo, al probar cómo soporto y soportaré tu marcha, he experimentado un dolor tan grande como cuando por primera vez dejé en casa a mi preceptor”.²²⁴ Esta confesión y analogía con su pérdida previa es a mi parecer una muestra de la alta valoración que Juliano tuvo por Salustio.

Juliano además, dejó ver su enojo y odio por los conspiradores de la Corte de Constancio de manera directa y los culpó por la partida de Salustio:

Y también me venía a la memoria aquello de *quedó solo Ulises*, porque ahora yo estoy en la misma situación que él después de que un dios te ha sacado, como a Héctor, fuera del alcance de los dardos que a menudo dispararon los sicofantes contra ti, mejor dicho, contra mí, queriendo herirme por medio de ti, porque pensaron que la única manera de alcanzarme era privarme de la compañía del amigo fiel y compañero de armas que compartía sin excusas los peligros.²²⁵

En este sentido, ya fue muy abierto en declarar que sabía de las conspiraciones que se hacían en su contra desde la Corte y que así como los sicofantes tramaban maneras de afectarlo, así también él era consciente del peligro que él mismo representaba para su primo. También reflexionó sobre su propia soledad, dándonos una idea de cómo veía su vida, pues fue educado por Mardonio para que su mente fuera su principal refugio ante las adversidades: “Así pues, como nadie nos privará de nuestro pensamiento, podemos convivir, creo yo, con nosotros mismos, y es posible que la

²²⁴ Juliano, *Consolación a sí mismo...*, pp. 284-285 (241c).

²²⁵ *Ibidem*, pp. 285-286 (241d-242a).

divinidad nos inspire alguna idea de provecho.”²²⁶ Esta frase que adornó la profundidad de la declaración, fue a mi parecer no sólo una confesión de su relación directa y privada con las divinidades, una confesión de su espiritualidad, sino también la apertura de mostrar su inseguridad y desconfianza generalizada con quienes lo rodeaban.

Por último, describió a Salustio con sus propios estándares, considerándolo digno de comparación con los más altos hombres griegos, siendo un celta. Lo que hizo que por primera vez, Juliano mostrara una revaloración por los galos:

Porque yo ya me incluyo entre los galos por ti, un hombre digno de figurar entre los primeros griegos por tu justicia y restantes virtudes, excelso en oratoria y no inexperto en filosofía, en la que sólo los griegos han logrado la primacía, buscando la verdad con la razón, como es natural, y no permitiéndonos prestar atención a increíbles relatos ni a prodigios irracionales, como a la mayoría de los bárbaros.²²⁷

Como he querido mostrar, Juliano valoraba la filosofía y el saber por sobre todas las cosas, la única característica comparable era la condición griega. No es asunto menor este halago a Salustio, de hecho, refleja una cuestión que me parece profundamente significativa: Juliano asimilaba lo heleno como culto y politeísta. De igual forma asimilaba lo “bárbaro” –en tanto que no griego– como inculto y mayoritariamente cristiano. Sin embargo, para decepción de Juliano, la realidad distaba de ser tan bicromática. Por el contrario, había una multiplicidad de combinaciones que complejizaban estas generalizaciones. Me parece que con Salustio y en su experiencia en la Galia, Juliano se enfrentó con esta verdad; y es que, Juliano siendo un hombre heleno, tuvo más cercanía con la forma de vida celta.

2.2. Carta a Temistio

²²⁶ *Ibidem*, p. 294 (249a).

²²⁷ *Ibidem*, p. 299 (252ab).

Este escrito fue una respuesta a una carta perdida que Temistio habría enviado a Juliano. En el texto, Juliano hizo constantes referencias a dicha carta y respondió a ella parte por parte.²²⁸ Aunque existe una discusión en torno a su datación, la fecha más probable es el año 361 por la situación de Juliano como gobernante.²²⁹ El primer elemento que llama la atención es la honestidad con la que Juliano plasmó sus temores y su visión de sí mismo ante la tarea de gobernar:

Desde hace tiempo creía yo que debía rivalizar con Alejandro y con Marco o con cualquier otro que hubiese sobresalido por su virtud, pero me invadía un estremecimiento y un miedo prodigioso de parecer estar completamente alejado del valor del primero y de no alcanzar, ni en una mínima parte, la perfecta virtud del segundo.²³⁰

Sobre la tarea de gobernar, además expresó sus preocupaciones de no estar capacitado para ejercer el cargo, pues confesó no haber recibido la educación adecuada, ni poseer el talento natural. Todo esto basado en la descripción que de un buen gobernante extrajo de la filosofía, y de sus propios postulados expuestos en el segundo *Elogio a Constancio*. Como se puede observar entonces, estas ideas se contraponen con sus opiniones en el *Elogio* mencionado en donde claramente dejó ver que la piedad con los dioses, la filosofía y la modestia eran virtudes suficientes para ser un buen gobernante. Al parecer, Temistio lo alentaba y aseguraba que tenía la capacidad necesaria para lograr ser esa figura ideal. Además, Juliano implicó una lucha que ambos entendían debían llevar a cabo; esto seguramente debió referir al helenismo en oposición con el cristianismo, lo cual habla de los preparativos que Juliano estaba haciendo sobre este proyecto.

²²⁸ Juliano, “Carta a Temistio”, en *Discursos VI-XII...*, pp. 8-30. Temistio fue un sofista pagano que siempre llevó buena relación con los cristianos pues se involucraba en polémicas teológicas. Juliano y Temistio mantuvieron correspondencia durante varios años y Juliano se asumía como su discípulo.

²²⁹ De acuerdo con García Blanco, algunos estudiosos habrían situado la carta antes del segundo Elogio a Constancio bajo el argumento de que la carta no lo menciona, la mayoría, por el contrario, señala que la falta de menciones a Constancio sería precisamente porque su muerte acababa de suceder, datando la carta hacia finales del 361. José García Blanco, “Introducción a Carta a Temistio”, en Juliano, *Discursos VI-XII...*, p. 10.

²³⁰ Juliano, *Carta a Temistio*, p. 15 (253b).

Igualmente relevante resulta la cuestión de Marco Aurelio y Alejandro como los grandes modelos de Juliano. Como se puede notar por la lectura de otros escritos de Juliano, seguir los pasos de ambos hombres era una preocupación constante; ya desde su propia época era algo que sus estudiosos y biógrafos notaban.²³¹ Muy ilustrativa resulta la descripción de Eutropio al respecto:

Fue un hombre extraordinario y hubiera gobernado con notable moderación al estado, si los hados se lo hubieran permitido. Muy erudito en las disciplinas liberales [...] de memoria excelente, en algunos aspectos más próximo a un filósofo. [...] Generoso con todos, tuvo sólo una mediana preocupación por el tesoro público; ávido de gloria y por ella a menudo de ánimo inmoderado, perseguidor en exceso de la religión cristiana, de manera, no obstante, que se abstuvo de derramar sangre, no muy distinto de Marco Antonino, a quien incluso se esforzó en emular.²³²

Es decir, su búsqueda por emular el modo de gobierno de Marco Aurelio era no sólo notoria sino divulgada. Lo mismo que su esfuerzo por ser un emperador que escuchara a la gente y que se dedicara a actividades que ejercitaran su mente, como la escritura cotidiana. En otro sentido, pero con la misma importancia, el modelo de Alejandro se expresó en el mismo fragmento de Eutropio pues esa “avidez de gloria” tenía que ver con una profunda convicción de ser el elegido por los dioses para gobernar y, por tanto, para conquistar el mundo como había hecho Alejandro. Así, los modelos de Juliano combinaban las máximas virtudes a las que podría aspirar un emperador: ser un gran general en la guerra, con el ímpetu necesario para avanzar en la conquista y consolidación de Roma, pero manteniendo el centro en la devoción a los dioses y la filosofía. Resulta notorio para los estudiosos de Juliano que esta búsqueda de presentarse a sí mismo como un emperador filósofo y guerrero, buscaba en última instancia justificar su creencia de ser el elegido para restaurar la religión única para el fortalecimiento del helenismo.²³³

²³¹ De los estudios más actuales, esta cuestión es abordada y defendida por Athanassiadi, *op. cit.*, pp. 192-193 y discutida por Tougher, *op. cit.*, p. 65.

²³² Eutropio, *Breviario*, p. 143 (X, 16.3)

²³³ Rowland Smith, *op. cit.*, p. 13.

2.3. *Contra los cínicos*

En este apartado he incluido dos textos, *Contra el cínico Heraclio* y *Contra los cínicos incultos*.²³⁴ Ambos textos tuvieron como objetivo contestar a un filósofo cínico –probablemente no al mismo– debido a la molestia experimentada por Juliano al notar cómo se estaba desprestigiando al cinismo como doctrina filosófica en su época. Durante el mes de marzo del 362, se puede ubicar uno de los periodos más activos para Juliano como escritor. Ya como agosto, pasó algunos meses en Constantinopla, en su avance hacia el oriente; pausa que le permitió escribir sobre asuntos distintos a lo relativo a la política.

Sobre el primer texto, se sabe que Juliano asistió a la presentación de una conferencia pública del cínico Heraclio. De acuerdo con el propio testimonio de Juliano, la conferencia le resultó intolerable y la única razón por la que no se retiró antes de que terminara fue por respeto a los asistentes.²³⁵ Decidió permanecer hasta el final y escribir este discurso en respuesta a esa conferencia, tal fue su molestia que incluso pronunció el discurso públicamente. Los principales aspectos que trató en este discurso fueron, en principio, la descripción negativa del cinismo de Heraclio, dejando ver lo poco o nada que tenía de “buen cínico” en comparación con Diógenes.²³⁶ Esta comparación tenía como base su segundo argumento: una de las cosas que más molestó a Juliano sobre la conferencia, fue el nulo respeto con el que Heraclio habló de los dioses, además de haber expuesto un supuesto mito en el que se asumía a sí mismo como Zeus y a Juliano como Pan. Para Juliano los verdaderos cínicos debían ser piadosos, pues el propio Diógenes había sido

²³⁴ Juliano, “Contra el cínico Heraclio”, en *Discursos VI-XII...*, pp. 31-78; “Contra los cínicos incultos”, en *Discursos VI-XII...*, pp. 113-144.

²³⁵ “Estuve a punto de levantarme inmediatamente y de disolver la reunión, pero, ya que tenía que escuchar como en un teatro a los actores que se burlan de Heracles y de Dioniso, permanecí quieto no por respeto al orador, sino a los reunidos...” Juliano, *Contra el cínico Heraclio*, 204b.

²³⁶ Diógenes de Sínope, “el cínico” o “el perro”, 412-323 A.C.

respetuoso con los dioses, al aceptar lo que ellos decidieron para su vida. Más allá del uso, fue la incomprensión de los mitos, lo que le resultó intolerable, pues para Juliano el mito sin explicación alegórica no tenía utilidad: “Pero, querido amigo, respondí, no comprendéis que el mito es manifiestamente una alegoría [...]”²³⁷

En explicar estas cuestiones versa una parte importante del discurso, y esto es algo que me interesa señalar. En este discurso se puede notar cómo desde el punto de vista de Juliano, el mito tenía una función didáctica fundamental, en tanto que ayudaba a la comprensión y al acercamiento con los dioses. Para él, no era detalle menor que en su época se notara incomprensión de los mitos, pues esto alejaba a los hombres de la verdad, dando idea de su proyecto de restauración religiosa: “Quien compone discursos e introduce mitos para corregir las costumbres, no debe dirigirse a los hombres, sino a los que son niños, sea por su edad o por su inteligencia, que son los que tienen necesidad absoluta de estos discursos.”²³⁸

Hacia el final del discurso, Juliano desarrolló un ejemplo de su argumento. Este consistió en un mito sobre sí mismo al que dio una explicación alegórica: un hombre rico y poseedor de una gran hacienda, heredó sus propiedades a sus hijos, sin enseñarles la manera adecuada de administrar y cuidar de las propiedades, pues según Juliano, ni el hombre sabía cómo hacerlo. Afortunadamente, los dioses decidieron tomar parte y Heraclio con ayuda de Atenea, cuidaron y educaron a un niño, pariente solitario de los hijos herederos. Con ayuda de los dioses, este niño creció y logró restablecer el antiguo esplendor de las propiedades. Como se puede notar, y Juliano no se esforzó mucho en la alegoría, el hombre del mito era Constantino quién heredó a sus hijos el Imperio. Éstos no supieron cómo administrarlo y se dedicaron a pelear entre ellos, hasta que

²³⁷ Juliano, *Contra el cínico Heraclio*, p. 56 (219b).

²³⁸ *Ibidem*, p. 60 (223a).

sólo uno quedó como heredero de una propiedad venida a menos. El niño era el propio Juliano, quien, acogido por los dioses, tenía la misión de restablecer la antigua gloria del Imperio.²³⁹

Juliano concluyó el discurso con el agradecimiento expresado hacia Mardonio y a los filósofos que lo enseñaron a comprender y apreciar la verdadera filosofía y mitografía. De tal suerte que afirmaba, era su labor explicar a quienes siendo menos afortunados que él, no tuvieron la introducción y guía necesarios en tales temas. Sin embargo, es evidente que las páginas dedicadas a hablar de la filosofía cínica no le bastaron, pues a los pocos días o quizá semanas, comenzó el siguiente escrito con tema similar. *Contra los cínicos incultos*, tuvo como objetivo profundizar en la visión que Juliano tenía sobre la filosofía cínica y sobre los cínicos de su época.

Aunque no hay un destinatario tan claro como Heraclio para este segundo texto, supongo que se trató de algún otro filósofo que también se asumía como cínico. Juliano pensaba que la filosofía era una y buscaba el mismo objetivo en todas sus variantes: la felicidad.²⁴⁰ Pero en este discurso quiso dejar claro que la filosofía cínica verdadera, establecida por Diógenes y Crates, tenía una base y sustento tan válidos como las filosofías de Platón, Sócrates o Aristóteles, a saber, poseía un fundamento teórico y práctico.²⁴¹ En cambio, la filosofía cínica llevada a cabo por los hombres de su tiempo (Heraclio y el destinatario de este discurso, por ejemplo) no conocían o no practicaban de manera sincera la filosofía de Diógenes. De ahí, que los llamara incultos, pues si de verdad hubiesen comprendido el cinismo, hubiesen sido piadosos y fieles a la verdad. Su sentencia es tajante:

Así, cualquiera que desee ejercer el cinismo, que no se contente con el manto, el saco, el bastón y el pelo largo, caminando sin afeitarse y sin educarse como si estuviera en una aldea

²³⁹ *Ibidem*, pp. 65-73 (227c-234c).

²⁴⁰ “El objetivo y el fin de la filosofía cínica, como por lo demás de cualquier filosofía, es la felicidad.” Juliano, *Contra los cínicos incultos*, p. 134 (193d).

²⁴¹ Juliano plantea que el verdadero creador de la doctrina cínica habría sido Heracles, *Ibidem*, p. 126 (187c). Lo que quiero apuntar en este apartado, es que las preocupaciones de Juliano tenían de fondo su inconformidad con el uso que se le estaba dando a lo que él entendía como “cultura tradicional” con objetivos cristianos.

sin barberías ni escuelas, sino que tome como signos de reconocimiento de su filosofía cínica la razón en lugar del cetro y un modelo de vida en lugar del saco.²⁴²

También podemos notar y es necesario señalar, que en este discurso expuso uno de sus tópicos comunes, el camino de la razón como el único que consideraba válido: “El regalo de los dioses a los hombres por medio de Prometeo, junto con el fuego brillante procedente del sol y con el lote de Hermes, no es más que la distribución de la razón y la inteligencia.”²⁴³ Es decir, para Juliano no había un solo dios tanto como no había una sola filosofía. Cualquier camino que implicara el estudio y la reflexión filosófica en conjunción con la práctica era un camino válido, lo que no podía permitirse era la falta de observación a la tradición.

2.4. *A la madre de los dioses y Al rey Helios*

A la madre de los dioses y *Al rey Helios* comparten algunas características que me permiten hablar de ellos en conjunto.²⁴⁴ Una de ellas, es la premura con que fueron escritos. De acuerdo con el testimonio del propio Juliano, el primer texto habría sido redactado en una noche, mientras que el segundo, en tres.²⁴⁵ Otra característica, es la temática religiosa y exégesis neoplatónica que tuvieron como propósito. En este sentido, ambos textos buscaban denotar la reflexión filosófica que Juliano había dedicado a cada tema. Hay que recordar que, para Juliano, la explicación alegórica de los mitos era fundamental para la comprensión y restauración del culto pagano. La diferencia fundamental, la encontramos en la exposición: en el primero se presenta el mito, el rito

²⁴² *Ibidem*, p. 141 (201a).

²⁴³ *Ibidem*, p. 121 (182c).

²⁴⁴ Juliano, “A la madre de los dioses”, en *Discursos I-V...*, pp. 79-112. Juliano, “Al rey Helios”, en *Discursos I-V...*, pp. 187-230.

²⁴⁵ “¿Qué nos queda, pues, por decir, sobre todo cuando sólo he podido engarzar este discurso en una breve parte de la noche y sin respirar ni haber hecho ninguna lectura ni investigación previa sobre él...?” Juliano, *A la madre de los dioses*, p. 110 (178d).

“Esto es querido Salustio, lo que me vino a la memoria y me he atrevido a escribirte en tres noches escasas, en la medida de mis posibilidades, sobre la triple creación del dios...” Juliano, *Al rey Helios*, p. 229 (157c).

y la explicación acorde con la reflexión de cada elemento; el segundo busca ser un elogio al dios Helios.

2.4.1. Consideraciones filosóficas: el neoplatonismo

Conviene ahora que mencione algunos aspectos relativos al neoplatonismo para entender el tipo de ejercicio interpretativo que Juliano buscó con la elaboración de estos textos. Por neoplatonismo, me estoy refiriendo a la doctrina filosófica que si bien tuvo sus inicios en el siglo III a.C., fue desarrollada como una síntesis filosófica, hecha por Plotino hacia el siglo III d.C. y recopilada y escrita por su discípulo Porfirio. Retomando los elementos constitutivos del pensamiento de Platón, el neoplatonismo de esta época se basó en la idea de que existía un ente superior, unidad de todas las cosas, el Uno. Pero su principal aportación, fue presentar de manera sistemática las corrientes filosóficas tradicionales. Asimismo, los postulados neoplatónicos se enriquecieron tomando elementos de las transformaciones sociales, políticas y religiosas de la época.²⁴⁶

Como he querido ejemplificar desde el capítulo 1 con la descripción de los antecedentes a Juliano y en su propia experiencia, la serie de transformaciones que se suscitaron en el Imperio durante los primeros siglos de nuestra era generaron también una nueva forma de acercamiento a las cuestiones más intelectuales y espirituales. En este sentido, hay que considerar los cambios en el estudio de la filosofía. Como he mencionado con el caso de Juliano, la formación filosófica se daba en principio a través de la lectura de las obras de los filósofos de acuerdo con la escuela de pensamiento de la que formaran parte o fueran fundadores; en un segundo plano, se daba asistiendo

²⁴⁶ Al ser un proceso complejo existen muchos estudios y menciones sobre el tema, una buena explicación es la que da Werner Jaeger en “IV. El Neoplatonismo” en *Cristianismo y paideia Griega*, trad. Elsa Cecilia Frost, México, FCE, 1965, pp. 58-70.

a las exposiciones orales de profesores que se dedicaran a alguna doctrina filosófica y se nutría de las discusiones entre los alumnos asistentes.

Lo que hay que comprender sobre esto son dos cuestiones: en primer lugar, que el estudio de la filosofía para el siglo IV se trataba principalmente de un ejercicio de exégesis, es decir se leía y se comentaban los libros de filosofía y a través de la discusión de lo que los filósofos habían dicho se planteaban las preguntas de fondo. Esto representa un cambio –como expuso Pierre Hadot–, entre la oralidad previa de las escuelas filosóficas y que llevó hacia el camino de la escolástica.²⁴⁷ En segundo lugar, promovió que el aprendizaje de la filosofía a nivel personal –en tanto que fuera de escuelas filosóficas– fuera más accesible, ya que había profesores en las provincias y no únicamente en las ciudades; pero también hizo que el estudio filosófico se permeara de un cariz más espiritual.

Nuevamente resulta relevante la consideración del fortalecimiento del cristianismo y la consolidación de un Imperio en el que se buscó fortalecer las provincias, como reacción a las crisis generaron que las respuestas espirituales se buscaran en cualquier lugar disponible. Ante esto, las escuelas filosóficas –y el neoplatonismo en concreto– tuvo que complementarse con prácticas, así como ideales pragmáticos que dotaran de sentido a quien estudiaba dicha filosofía; es decir, para el s. IV, el neoplatonismo no era únicamente una doctrina filosófica, sino una forma de vida que componía aspectos religiosos, ideológicos y pragmáticos.

Sobre esto, es fundamental mencionar la figura de Jámblico, quien se hizo cargo de la escuela neoplatónica tras la muerte de Porfirio, y modificó varios elementos de los postulados de

²⁴⁷ Pierre Hadot, *¿Qué es la filosofía antigua?*, traducción de Eliane Cazenave Tapie, México, FCE, 1998, pp. 170-190.

Plotino.²⁴⁸ El neoplatonismo de Jámblico, dio un vuelco hacia la *praxis*, es decir, planteó como vía de inteligencia del Uno, el uso de la ritualidad o prácticas mágicas y teúrgicas. Así, para Jámblico, y Juliano como uno de sus más fervientes admiradores, el neoplatonismo constaba de tres elementos: primero, la conciencia del Uno, como entidad suprema de la cual partían todas las cosas; en segundo lugar, el uso del intelecto para la comprensión del y con el Uno; es decir, el camino de la razón que ya venía mencionando, era la única forma de hacerse parte del Uno. Esto incluía necesariamente la conciencia de sí mismo y el desprendimiento de lo material. En tercer lugar, la teúrgia y ritualidad como vehículos para que el alma/intelecto lograra alcanzar el Uno, esto es, el cumplimiento cabal de ritos de iniciación, exégesis mitológica, sacrificio ritual y canto a los dioses, como parte del camino ya mencionado.²⁴⁹

La diferencia con respecto al neoplatonismo de Plotino se situaba justamente en el tercer elemento que he planteado, pues para Plotino y Porfirio, no existía tal mediación. El alma/intelecto podía hacerse con el Uno, con el abandono de lo material y la conciencia del ser. Si preguntamos por qué Jámblico, y en consecuencia Juliano, desestimaron esta idea, la respuesta podría ser netamente contextual. Tal como he apuntado, en este momento de conformación identitaria a través de la reacción a los cambios sociales y religiosos, los neoplatónicos como Juliano, vieron en la religiosidad antigua la base sobre la cual sustentar el helenismo que equipararon con la cultura tradicional.

²⁴⁸ En su *Vida de filósofos y sofistas*, Eunapio de Sardes, consignó las noticias biográficas de Plotino, Porfirio, Jámblico y Máximo, entre otros, que permiten seguir el desarrollo del neoplatonismo a través del pensamiento de estos filósofos. Sobre Plotino menciona su nacimiento en Egipto y la creación de su obra basada en el pensamiento de Platón. A Porfirio lo describe como el intérprete de Plotino y hace hincapié en sus aportaciones filosóficas, opacadas por la obra de Plotino. A Jámblico dedica varias páginas pues lo considera muy importante por los seguidores que tuvo, uno de ellos, Edesio, maestro de Juliano. Eunapio, *Vida de filósofos y sofistas*, Traducción, prólogo y notas por Francisco de P. Samaranch, Buenos Aires, Aguilar, 1975, 166 p.

²⁴⁹ Una excelente descripción del neoplatonismo de Plotino y de la interpretación de Jámblico, así como del uso de la teúrgia y su relación con la religión tradicional la encontramos en José Molina Ayala, “Teúrgia: camino de Jámblico a lo inefable”, *Dianoia*, Centro de Estudios Clásicos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, v. 55, no. 65, Noviembre, 2010, pp. 125-149.

El helenismo fue asumido como un sistema complejo que se oponía de manera directa al cristianismo. Así, tenía su base religiosa en la creencia y adoración de las divinidades tradicionales, su sistema filosófico en el neoplatonismo y su justificación histórica en la tradición grecolatina. El problema, por analizarlo desde la perspectiva juliana, devino en que este proceso fue paralelo al que vivió el cristianismo. Así como el neoplatonismo dotó de una base filosófica a los helenos convencidos de la religión antigua, también sirvió como base para el desarrollo de los postulados cristianos en la fundamentación argumentativa de la Iglesia en construcción. Los dogmas cristianos e incluso su trasfondo intelectual se nutrieron de los mismos elementos.

En este sentido, la cuestión definitoria y lo que puedo adelantar como el gran fracaso de Juliano tuvo que ver con las características específicas de los “creyentes” o practicantes de ambas doctrinas. Por su propia conformación argumentativa y la conformación de su praxis, el neoplatonismo sólo podía ser comprendido y ejercido por un grupo muy selecto y cada vez más reducido de personas, incluyendo la iniciación de algunos de sus ritos. En oposición a ello, en el cristianismo se logró generar un discurso teórico que sustentara filosóficamente la religión pero que, en su elemento pragmático dotaba de respuestas sencillas a sus practicantes; concretamente la promesa del cielo y la vida después de la muerte no requería de la comprensión filosófica del hacerse con el Uno.

Apuntaré entonces algunos de los postulados más importantes de Juliano en los textos mencionados. En *A la madre de los dioses* me interesa señalar su valoración sobre los mitos en general, pues ejemplifica lo que he expuesto sobre el neoplatonismo y el camino de la verdad:

[...] los antiguos investigaron las causas de los seres eternos, bien bajo la guía de los dioses o bien por su propia iniciativa o, por decirlo quizá mejor, lo buscaron bajo la guía de los dioses y cuando las encontraron las cubrieron con mitos paradójicos para que, por medio de lo paradójico e inverosímil, la ficción desvelada nos incitase a la búsqueda de la verdad [...]²⁵⁰

²⁵⁰ Juliano, *A la madre de los dioses*, p. 101 (170a).

Así, la verdad debía ser descubierta por medio del tránsito de un camino que implicaba el estudio detallado de los mitos, mismos que habían sido creados por los propios antiguos con la intención de que el estudio llevara a los interesados –y yo agregaría, iniciados– a lograr comprender lo que los dioses habían dispuesto para los hombres. Hay que señalar ahora, cómo concluye este texto, con un fragmento del himno que dedicó a la diosa, en el cual se hace notar la práctica de su sistema religioso:

Concede a todos los hombres la felicidad, cuyo punto principal es el conocimiento de los dioses, y a la comunidad pública de los romanos en especial borrar su mancha de ateísmo y, además, una fortuna benevolente para junto con ellos gobiernos su imperio durante muchos miles de años, y a mí sacar como fruto del culto que te profeso la verdad en los dogmas sobre los dioses, la perfección en la teúrgia y en todas las obras que emprendamos en el orden político y militar, la virtud unida a la buena fortuna y un fin de mi vida sin dolor y glorioso junto con la buena esperanza de mi marcha a vuestro lado.²⁵¹

Por lo cual, se sigue que el camino de la verdad, el estudio filosófico, el conocimiento de los dioses, todo ello era en realidad un mismo proceso para llegar a la felicidad. En la misma tónica, Juliano expresó su fidelidad a Helios, en la que presumió, además, haber sido elegido por el dios mucho antes de conocerlo: “[...] en efecto, soy seguidor del rey Helios. Y de ello guardo en privado las pruebas más seguras; lo que me es lícito decir sin levantar censuras es que desde niño me penetró un terrible amor por los rayos del dios [...]”²⁵² Cabe recordar, que Juliano fue educado en el cristianismo, que practicó durante gran parte de su vida bajo estricta observación, por lo que estas confesiones resultaban en efecto una revelación para quienes lo consideraban un cristiano.

También dio cuenta de su cosmovisión con la siguiente descripción:

Este universo divino y bellissimo, que se extiende desde la cumbre de la bóveda celeste hasta la extremidad de la tierra bajo la indisoluble providencia del dios, ha existido desde la eternidad sin generación y existirá eternamente en el futuro, protegido no por cualquiera, sino precisamente por el quinto cuerpo, cuyo punto más elevado es ‘el rayo de Helios’ [...]²⁵³

²⁵¹ *Ibidem*, p. 112 (180ac).

²⁵² Juliano, *Al rey Helios*, p. 195 (130c).

²⁵³ *Ibidem*, p. 198 (132c).

Se puede notar que ya no hay ni siquiera sombra de su pretensión de ser cristiano. Pero es sobre todo en este texto, en el que Juliano desarrolló su reflexión de las ideas neoplatónicas interpretadas por Jámblico que mencioné al inicio de este apartado. Partiendo de la idea de que el Uno, puede ser equiparado o renombrado como el Bien, plantea que de ahí se desprende Helios, compartiendo su naturaleza y sustancia.²⁵⁴ También debo señalar que se distanció respecto a Jámblico, pues éste seguía a Plotino en la idea del *nous* como el centro del sistema, mientras que Juliano puso a Helios como el centro:

Lo inteligible es la unidad absoluta, siempre preexistente y que abarca simultáneamente todo en la unidad. Pues bien, ¿no es asimismo el universo en su conjunto un ser vivo todo él lleno de alma total y de inteligencia, perfecto hecho de partes perfectas? Pues esta perfección doblemente unitaria –quiero decir la unidad que abarca todo lo del mundo inteligible en lo uno y la unidad que reúne el universo en una sola e idéntica naturaleza perfecta– la perfección del rey Helios es mediatriz, asentada entre los dioses inteligentes.²⁵⁵

¿Cuáles son las implicaciones directas y concretas de esta aseveración? En principio, señala una vez más el henoteísmo de Juliano, su reconocimiento de un dios superior a los otros dioses; pero también su creencia en una inteligencia creadora, si bien esto es parte del neoplatonismo también denota su cristianización aún en contra de sí mismo. Posteriormente, continúa explicando la posición de algunos otros dioses en este sistema y su relación con Helios. Hacia el final, Juliano enumera las razones por las que Helios es el padre de los hombres y los favores que se le deben, dando origen a su celebración, pretexto para la escritura del discurso, mismo que dedicó a Salustio, con el objetivo de compartirle sus reflexiones filosóficas, y también –podría apuntar–, como base para su proyecto de restauración de los cultos antiguos. El discurso lo concluyó, de manera similar al dedicado *A la madre de los dioses*, con una petición para que el dios: “[...] me conceda una vida

²⁵⁴ “El propio Helios, en su plenitud, como es descendiente de la primera y más elevada idea del bien, subsiste desde la eternidad en la esencia perdurable y recibió el imperio entre los dioses inteligentes...” *Ibidem*, p.199 (133ab).

²⁵⁵ *Ibidem*, pp. 207-208 (139bc).

buena, una sabiduría más perfecta, una inteligencia divina, que mi salida de esta vida sea lo más dulce posible en el momento oportuno [...]”.²⁵⁶

2.4. *Los Césares*

Como se ha podido notar, los géneros literarios en los que Juliano incursionó en su faceta como autor fueron diversos. Si bien no los utilizó con total rigidez, sí quiso mostrar su conocimiento literario, siguiendo los modelos de su época. Uno de estos casos, es el que presentó en este texto en el que experimentó con el género conocido como “Simposio” o “Banquete”. Este género, que se considera nació con *El banquete* de Platón, se basó en la tradición griega de realizar reuniones que incluían comer y beber, a la vez que se entretenía a los invitados. Así, los textos de este género cuentan cómo en torno a una reunión de esta naturaleza, se realiza un diálogo con el objetivo de presentar algún tema.²⁵⁷

Este texto titulado *El banquete, Las Saturnales* o como ha sido más ampliamente conocido, *Los césares*, presenta una historia contada por Juliano a su amigo Salustio sobre un banquete realizado por Rómulo para celebrar las Saturnales, al que invitó a los dioses y a los césares.²⁵⁸ De nueva cuenta, el pretexto era la celebración de una festividad religiosa, en diciembre del 362; lo ocurrido en dicha reunión habría sido relatado a Juliano por Hermes, uno de los asistentes. Gran parte del discurso versa sobre cómo los césares invitados fueron entrando al lugar, siguiendo las observaciones satíricas que hacía Sileno para entretener a Dioniso.²⁵⁹

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 230 (158b).

²⁵⁷ Al respecto, Feito, Fernando Romo. “El Banquete, ¿género menor de la risa?”, en *Risa y géneros menores*, España, Institución Fernando el Católico, 2017. p. 77-92; Marta Alesso, “El género simposiaco: desde Platón al cristianismo”, en *Praesentia*, Caracas, No. 10, 2009.

²⁵⁸ Juliano, “El banquete o Las saturnales (Los césares)”, en *Discursos I-V...*, pp. 145-186.

²⁵⁹ Dioniso, también llamado Baco, es el dios del vino y del delirio místico. Es hijo de Zeus y Semele, quien, de acuerdo con el mito, engañada por Hera pidió a Zeus mostrarse en todo su poder ante ella. Tras quedar fulminada por el rayo, Zeus tomó al bebé, cosiéndolo en su muslo hasta el fin de su gestación. En este discurso, Juliano siguió la

Cuando el banquete de los Césares estuvo, asimismo, dispuesto, entró primero Julio César [...]. Mirándole, dijo Sileno: ‘Cuidado, Zeus, no sea que ese hombre, por su amor al poder, maquine despojarte de tu reino. Pues, como ves, es grande y bello y es parecido a mí, si no en lo demás, al menos en la cabeza’.²⁶⁰ Cuando Sileno gastaba aún bromas semejantes sin que los dioses le prestasen atención, penetró a continuación Octaviano, cambiando continuamente de color como los camaleones [...]. En tercer lugar, entró apresuradamente Tiberio, con un rostro grave e imponente y una mirada prudente y belicosa a un tiempo. [...] Mientras bromeaba aun así [*Sileno*], entra una terrible fiera [*Calígula*]. Al punto todos los dioses desviaron la vista, y la Justicia la entrega a las Furias, que la arrojan al Tártaro. Sileno no pudo decir nada de él. [...] Mientras hablaba Sileno, entró Nerón con su lira y su corona de laurel [...].²⁶¹

Así, continuaron desfilando uno a uno los césares de Roma, los Vándices, los Galbas, los Otones y Vitelios. “Y Sileno dijo: ‘¿Dónde habéis encontrado dioses en este pueblo de monarcas?’”²⁶² Vespasiano, Tito, Domiciano, Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio, Lucio, Cómodo, Pértinax, Severo, Caracalla, Geta, Macrino, Heliogábalo, Alejandro, Valerio y Galieno, “A estos dos Zeus los hizo salir de aquel banquete”.²⁶³ Sobre cada uno se fueron presentando una opinión o juicio de valor, en boca de Sileno o de algún otro dios, aunque es notorio que son en realidad las opiniones de Juliano: “Tras ellos entra Claudio y desviando su vista hacia él, todos los dioses admiraron su grandeza de alma y acordaron el imperio a su linaje por considerar justo que el linaje de un hombre patriota estuviera al mando largo tiempo”.²⁶⁴ Una vez más, Juliano buscó justificar su linaje como herencia del emperador Claudio “el gótico”.²⁶⁵

versión del mito según la cual Sileno, un sátiro, educó a Dioniso. Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, trad. Francisco Payarols, España, Paidós, 1989. 634 p.

²⁶⁰ “Cuentan que [*César*] fue de elevada estatura, de tez blanca, miembros bien conformados, rostro un tanto lleno, ojos negros y vivos [...]. ...y llevaba muy a mal el defecto de su calvicie, pues con frecuencia había podido comprobar que les exponía a las bromas de sus detractores.” Suetonio, *Vidas de los doce césares*, I, 45, 1-2. trad. Rosa Ma. Agudo Cobas, Madrid, Gredos, 1992. Como se puede notar la descripción de Juliano es muy similar a la de Suetonio, incluyendo la broma de Sileno.

²⁶¹ Juliano, *El banquete*, pp. 157-158 (309a-310c).

²⁶² *Ibidem*, p. 159 (310d).

²⁶³ *Ibidem*, p. 163 (313c).

²⁶⁴ *Idem*, (313d).

²⁶⁵ Tema recurrente la relación de Claudio “el gótico” como antepasado de la familia Constantiniense porque aún para la época de Juliano, y sobre todo para él, el valor de antigüedad en tanto que la conexión directa con lo tradicional era una justificación para merecer consideraciones especiales, sobre todo su legitimidad como gobernante.

Después de Claudio, entraron Aureliano, Probo, Caro, Diocleciano con los dos Maximianos y Constancio I, Constantino y sus hijos. A algunos césares, se les impidió el paso o se les envió con la Justicia para que pagaran por sus crímenes.²⁶⁶ Tras la presentación de todos estos césares, Zeus mandó llamar a Alejandro de Macedonia, porque todos estaban de acuerdo en que hacía falta su presencia.²⁶⁷ En la segunda parte del banquete, algunos césares fueron invitados a competir por demostrar quién de ellos fue el mejor. César, Alejandro, Octaviano, Trajano, Marco Aurelio y Constantino, fueron los elegidos como campeones. Sobre Marco Aurelio, Juliano aprovechó la oportunidad de expresar su gran admiración con una descripción que he podido interpretar como una idea de sí mismo:

Al ser invitado se presentó Marco, lleno de dignidad, los ojos y el rostro ligeramente contraídos por la fatiga, y mostrando una belleza sin rival, precisamente porque se ofrecía despreocupado y sin adornos; su barba era muy densa y sus vestidos simples y modestos, y por falta de alimentos su cuerpo era muy brillante y transparente, como, a mi juicio, la luz más pura y límpida.²⁶⁸

“Lleno de dignidad”, este atributo era una de las características de las que Juliano más se jactaba poseedor; fatigado por el trabajo, como él mismo era descrito por sus coetáneos; “sin adornos”, ya que los excesos que veía en su familia le parecían muy criticables. Y sobre todo: “su barba era muy densa y sus vestidos simples y modestos”, es decir, su descripción más reconocible entre las fuentes.

Comenzó entonces, la presentación de argumentos y hazañas para que los dioses decidieran quién era el mejor. Juliano aprovechó para señalar las virtudes y defectos de estos hombres y

²⁶⁶ Caracalla, Probo, Maximiano y Licinio fueron expulsados. *Ibidem*, p. 165 (315). Magnencio, usurpador en la Galia durante el gobierno de Constancio, no podía entrar al banquete.

²⁶⁷ Como vimos con la *Carta a Temistio*, los modelos de virtud para Juliano fueron Alejandro y Marco Aurelio, de ellos buscó imitar comportamiento y logros. Esta es la razón por la que sus figuras son tan importantes en este discurso. Sobre las fuentes de Juliano para la realización de este discurso, son claros los ecos a la obra de Suetonio y Plutarco con sus *Vidas paralelas*.

²⁶⁸ *Ibidem*, p. 167 (317d).

terminó por dar el premio de boca de los dioses, a su favorito, Marco Aurelio.²⁶⁹ Hacia el final del discurso, cada campeón se situó al lado de algún dios o diosa que los aceptó y protegió:

Alejandro corrió hacia Heracles, Octaviano hacia Apolo, mientras que Marco Aurelio se mantenía inseparable de Zeus y Crono. De César, tras errar y dar muchas vueltas, se compadeció el gran Ares y Afrodita, que le llamaron a su lado. Trajano corrió hacia Alejandro para sentarse junto a él.²⁷⁰

Hay que resaltar el tono irónico de la descripción que hizo de lo ocurrido a Constantino pues ahí presentó sus argumentos en contra del cristianismo:

Pero Constantino, que no encontraba entre los dioses su modelo de vida, descubriendo cerca a la Molicie corrió hacia ella; ésta recibiéndole dulcemente y acogiéndole en sus brazos, le vistió y le adornó con peplos de variados colores y lo llevó después hacia el Desenfreno, donde encontró también a Jesús, que andaba por allí y proclamaba a todos: ‘Cualquier corruptor, cualquier criminal, cualquier maldito e infame venga con confianza; le bañaré con esta agua y al instante lo purificaré y, si de nuevo vuelve a caer en los mismos crímenes, le concederé la purificación con tal de que se golpee el pecho y la cabeza’.²⁷¹

Este hecho reprochado por los dioses encolerizados hizo que juraran venganza por la impiedad de Constantino. Al final, perdonaron al Imperio gracias al favor que sentían por Claudio y Constancio I. Como se ha podido notar, de este texto destaca la abierta admiración que Juliano sentía por Marco Aurelio y Alejandro, sus modelos típicos de gobierno, y de los que he hablado antes, así como su desprecio por la familia a la que pertenecía. Me ha parecido pertinente y necesario seguir de cerca las palabras de Juliano para mostrar sus matices como escritor, pero también la evolución que sus textos experimentaron. No sabemos si en sus primeros textos se expresaba con tal elocuencia, pero sí puedo valorar que para finales del 362 y principios del 363, ya como emperador

²⁶⁹ “Y Hermes, mirando a Marco Aurelio, dijo: ‘Y a ti, Vero, ¿cuál te parecía el fin más bello de la vida?’ Y él con tranquilidad y modestia dijo: ‘Imitar a los dioses.’” *Ibidem*, p. 182 (333c). Este fue el examen mediante el cual Marco Aurelio sobresalió respecto a los demás competidores.

²⁷⁰ *Ibidem*, p. 185 (335d).

²⁷¹ *Idem*, (336ab).

único y con un dominio de su vida y gobierno, los intereses intelectuales de Juliano se centraron en su mayor proyecto: transformar al Imperio con su vuelta al paganismo.

2.5. *Contra los galileos*

El tratado más importante en la obra de Juliano, en el que expuso los argumentos filosófico-religiosos de su sistema de pensamiento y de su oposición al cristianismo, no ha llegado completo a nuestra época. *Contra los galileos*, es la reconstrucción a partir de los fragmentos reproducidos en la refutación que de ellos hizo Cirilo obispo de Alejandría, a mediados del siglo V.²⁷² Fue escrita durante los meses que Juliano pasó en Antioquía y puedo deducir que por la importancia del documento, a este texto, dedicó lo mejor de su habilidad reflexiva y argumentativa; pues fue la oportunidad que tuvo de demostrar, tomando como base la obra cristiana misma, sus faltas y vacíos. Es decir, su objetivo en última instancia fue deslegitimar al cristianismo con herramientas tomadas del cristianismo mismo.

Juliano comprendía su contexto y probablemente pretendió que esta obra se insertara en la polémica pagano-cristiana comenzada en el siglo II, es decir: la conformación del cristianismo fue larga y conllevó la suma de múltiples procesos de construcción identitaria que se dio en varios niveles. Uno de ellos fue el movimiento apologético, que tuvo como objetivo refutar las acusaciones de los pensadores romanos en contra del cristianismo. Este movimiento comenzó en el siglo II y se combinó con un movimiento polemista. Algunos apologetas, no sólo defendieron al cristianismo dotándolo de una interpretación filosófica que se convirtió en la primera teología, algunos fueron más lejos y señalaron elementos de la religión tradicional como herejía y a los

²⁷² Juliano, “Contra los galileos”, en *Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*, pp. 8-63. Originalmente en la obra de Cirilo de Alejandría, *En defensa de la religión cristiana contra los libros del impío Juliano*, escrita entre los años 433 y 441.

dioses como demonios. Se debe tener en mente para la comprensión de la importancia del texto de Juliano, que este fue un proceso de conformación de ortodoxia cristiana, por lo que entre los siglos II y III no había un discurso cristiano unificado, sino que estaba en construcción.²⁷³

También es fundamental remarcar la importancia de la reacción pagana, pues como he mencionado, Juliano se sumó a los autores paganos que criticaron los fundamentos del cristianismo por la vía filosófica y respondieron a estos apologetas. En este “diálogo”, hay que considerar primero a Celso quien, en su *Discurso verdadero contra los cristianos*, expuso por primera vez la importancia que esta “secta” estaba teniendo en el Imperio; esta obra publicada alrededor del 178 fue respondida en el 248 por Orígenes de Alejandría con su *Contra Celso*. También hay que mencionar a Porfirio con su *Contra los cristianos*, del 270 para dar cuenta de la distancia con la que estos escritos fueron hechos y tener una visión más amplia de la complejidad del proceso.

Para resumir los argumentos en contra de los cristianos se puede enlistar que: eran vistos como una secta nacida del judaísmo, religión vista con desdén por los romanos; eran “nuevos” y por lo tanto no tenían el principio de antigüedad valorado en las religiones tradicionales; eran una sociedad secreta que no mostraba sus actividades de manera pública causando incertidumbre sobre sus costumbres; no sacrificaban ni adoraban a los dioses tradicionales, lo cual incumplía el trato con los dioses y ponía en riesgo la continuidad del Imperio; más aún, se les oía hablar de otro reino que no se comprendía como algo “extraterrenal” sino como una afrenta a Roma; para los más extremistas, se contemplaba incluso el canibalismo, pues no se comprendía el “comer la carne de Cristo”.²⁷⁴

²⁷³ E.R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, trad. J. Valiente, Madrid, Ediciones Cristiandad, S.L., 1975, 190 p.

²⁷⁴ José Fernández Ubiña, “El cristianismo greco-romano”, en *Historia del cristianismo*, 227-291; Werner Jaeger, “Los apologetas”, en *Cristianismo y Paideia Griega*, pp. 44-57.

Como se ve, la discusión era muy variada y nutrida, si no de argumentos, al menos de puntos de desencuentro. Lo que quiero dibujar es el escenario de discusión sobre el que Juliano buscó insertar su escrito, conocedor de la obra de Celso y Porfirio, es fácil suponer que su intención al seguir las líneas argumentativas de estos autores fue sumar una nueva vertiente a esta erudita discusión. Sin embargo, por lo fragmentado de la obra, no me atrevo a asegurar que lo haya logrado. Lo que puedo hacer, es entender sus motivaciones y desarrollo argumentativo. Como se ha visto anteriormente, la exégesis de los mitos en clave neoplatónica fue un ejercicio muy importante para Juliano, al que en esta obra recurrió una vez más.

Como he querido apuntar con base en su obra, Juliano fue profundamente creyente, esto no es un asunto menor, porque es otro aspecto que lo diferenció de los hombres de su época. Lo que no se puede perder de vista es que sustentó su fe en una argumentación racional, para esto partió de una idea neoplatónica que explicaba el reconocimiento de las divinidades a través del alma aún sin conocerlas mediante el intelecto.²⁷⁵ *Contra los galileos*, no fue el único texto que dedicó a reflexionar sobre estas cuestiones, pero sí significó la posibilidad de presentar una síntesis de su pensamiento en el que unió todos los elementos que conformaban su visión del mundo: esto que él entendió como helenismo y que tenía como base cultural la conformación de una tradición greco-latina, la religión antigua y la filosofía neoplatónica.²⁷⁶

²⁷⁵ Juliano fue un seguidor entusiasta de la doctrina de Jámblico, como escribe a Prisco en la *Carta 12*: “Y si te parece atrevido que ante ti exprese claramente mi pensamiento, como les ocurre a los poseídos por la divinidad, o imprevisto será la excusa; yo estoy loco por Jámblico en filosofía y por mi homónimo en teosofía y creo que los demás, según Apolodoro no son nada a su lado”. En este caso lo muestra al seguir una idea de Jámblico: “Nuestra naturaleza tiene en su fondo el conocimiento innato de los dioses, superior a toda crítica y opción y anterior al razonamiento y demostración”, Cf Nota 4 a *Contra los galileos*, p. 16.

²⁷⁶ A propósito de la identidad greco-romana de Juliano, Ramírez plantea que Juliano representa una síntesis de esta dualidad, pues si bien intentó presentarse como un “campeón del helenismo” fue a su vez, profundamente romano. Como resalta: “Para Juliano el uso del término heleno va más allá de una definición étnica y geográfica, para adquirir una fuerte connotación cultural y, sobre todo, religiosa. Para Juliano la cultura griega significaba la muestra más acabada de la razón humana”, Miguel Ángel Ramírez, “La mirada en el otro: helenismo y romanidad en Juliano”, en *Ensayos de historiografía antigua*, coord. Manuel Ordoñez Aguilar, México, UNAM/DGAPA/FES-Acatlán, 2011, pp. 339-340.

Así, la primera parte de su obra consistió en plasmar sus reflexiones en torno a lo que he llamado de manera muy general, fe. Pero resulta necesario detenerse a explicar por qué este calificativo, pues al hablar de la religiosidad en esta investigación, he buscado mostrar que la religiosidad grecorromana no tenía como base la creencia en un fenómeno religioso. Su fundamento pragmático y tradicional lo dotaba de otras características; al no haber divisiones entre religión y política, por ejemplo, el cuestionamiento de la existencia de los dioses no se asumía como posibilidad, los dioses existían tan seguramente como los emperadores y gobernantes del Imperio. Y también a la inversa, es decir, que es pertinente notar que la figura del emperador difícilmente era vista por los hombres de a pie, su imagen era tan “divina” o lejana en ese sentido, como la de cualquier divinidad.

Esto no ocurría de la misma manera en Juliano, para quien la existencia de los dioses se asemejaba más a la experiencia de fe de los cristianos, este es un ejemplo de lo conflictivo de su pensamiento, pues su experiencia religiosa fue mucho más cercana a la cristiana que a la pagana. Al respecto, como he desarrollado antes, uno de los factores que nunca se puede perder de vista fue la formación filosófica pragmática de Juliano. Con esto quiero decir que al combinar sus conocimientos filosóficos con la práctica ritual y teúrgica vivió una aproximación más íntima con los dioses a los que era devoto: un fenómeno paralelo al de los cristianos al ser bautizados, vivir la misa, etc.

La situación se puede presentar así: Juliano fue educado en la observación de la ritualidad cristiana, aun cuando él alegaba haberse dado cuenta de la verdad y convertirse a la religión tradicional a muy temprana edad, la experiencia ritual era distinta. Esto porque la práctica cristiana buscó desde muy temprano ser una parte intrínseca de la creencia en el único dios, y por tanto en la vida espiritual que se buscaba practicar. En su camino de aprendizaje filosófico, volcado a la

religiosidad tradicional y con una vida ritual a la manera antigua, no sería tan sorprendente que Juliano sintiera que la experiencia estaba incompleta. Por lo tanto, su forma personal de entender y vivir la religiosidad antigua debió ser más cercana a la manera cristiana aun considerando que era de manera inversa.

Volviendo al texto, una vez expuesto su sistema de creencias, Juliano se concentró en discernir sobre el nacimiento de la religión, llegando al caso del judaísmo.²⁷⁷ Como he expuesto en otros apartados, todos los argumentos de Juliano debían tener una base filosófica y de tradición antigua sustentada en fuentes, en ese sentido, este texto no fue diferente. Si bien criticó al judaísmo, consideraba que le merecía respeto por ser antiguo y piadoso. De ahí, planteó sus argumentos en contra del cristianismo y contra los cristianos en general. Comenzaré por resaltar algunos aspectos de su religiosidad:

De que el conocimiento de dios se da entre los hombres no por aprendizaje, sino por naturaleza, válganos como primera prueba el celo común de todos los hombres, en privado y en público, individual y colectivamente, acerca de lo divino.²⁷⁸

¿Para qué necesito llamar aquí testigos griegos y hebreos? No hay nadie que no extienda hacia el cielo sus manos cuando hace una súplica, y cuando jura por un dios o por los dioses, si tiene una noción general de lo divino, hacia ella se vuelve.²⁷⁹

Como ya mencionaba, la idea de lo que podría ser considerado como fe, para Juliano era algo dado al ser humano. No había espacio de duda sobre el reconocimiento de la existencia de la divinidad, sólo sobre el conocimiento de las verdaderas divinidades. La valoración que hizo de los mitos griegos en su complejidad y profundidad alegórica, la utilizó como punto de comparación para la historia de la creación de Adán y Eva, en la tradición judeocristiana. Los principales puntos que criticó a este respecto eran la contradicción de que Dios crease a un ser para ayuda de otro, sabiendo

²⁷⁷ Juliano, *Contra los galileos*, pp. 17-18 (44AB).

²⁷⁸ *Ibidem*, p. 16 (52B).

²⁷⁹ *Ibidem*, p. 17 (69B).

que no le ayudaría en nada, sino que le traería desgracia; más aún, la imposibilidad de que Dios desconociese qué elección tomaría Eva. Pero por sobre todas las cosas le parecía increíble adorar a un dios que no compartiese a sus creaturas la inteligencia:

Y lo más importante, dios negó al hombre el gusto de la inteligencia, por encima de la cual nada hay más honroso en el hombre. En efecto, que el discernimiento de lo bueno y de lo malo es un acto propio de la inteligencia resulta evidente sin duda incluso para los necios, de forma que la serpiente resulta ser un bienhechor y no una plaga del género humano. Además, ese dios debe ser llamado envidioso porque, cuando vio que el hombre participaba de la inteligencia, para que no gustara del árbol de la vida, según dice, lo expulsó del paraíso diciendo precisamente: ‘Mira, Adán se ha hecho como uno de nosotros al conocer el bien y el mal; y ahora que nunca extienda su mano y tome del árbol de la vida y coma y viva para siempre’²⁸⁰

Para Juliano, este mito, requería de una interpretación que salvase los puntos que criticó, porque de lo contrario, no comprendía que hubiese adeptos a creer en este dios. Asimismo, señaló que la tradición mosaica de la creación sigue la idea platónica expuesta en el *Timeo*.²⁸¹ Esto significa una crítica al judaísmo por copiar, pero al mismo tiempo una valoración positiva, por estar en el camino de la verdad. Señaló entonces, de manera satírica la idea de pueblo elegido que tenían los hebreos: “[...] él es el dios de Israel sólo y de Judea, y que los hebreos son su pueblo elegido lo afirma el propio Moisés y los profetas posteriores, y Jesús el Nazareno, y también el más extraordinario mago y embaucador que jamás haya existido en lugar alguno, Pablo.”²⁸² Acerca de esto, le parecía increíble aceptar la idea de que el dios siendo único, hubiese escogido sólo a un pueblo e ignorado al resto de la humanidad.

²⁸⁰ *Ibidem*, pp. 18-19 (89AB, 93DE).

²⁸¹ *Ibidem*, pp. 21-22 (57BCD). Cf. Platón, *Timeo*, pp. 52-56 (28b-30b).

²⁸² Juliano, *Contra los galileos*, p. 24 (100A). La valoración negativa a Pablo ya venía desde Porfirio, podemos señalar que se debió a que Pablo fue el primer cristiano helenizado. Sobre este punto, cabe recordar la lectura bíblica del libro de *Hechos* según Lucas, relata el proceso de separación de la comunidad cristiana hebrea de la cristiana helenizada.

Ahora bien, el desarrollo que hizo en torno a la religiosidad judía aceptaba la existencia del dios hebreo, sólo que lo consideraba un dios menor, entre los demás dioses existentes,²⁸³ pues para Juliano, era evidente que, así como existía una gran diversidad de pueblos y regiones en el mundo, así debía existir un dios dedicado a cada una de ellas.²⁸⁴ Puso atención a los mandamientos y se cuestionó si no eran en realidad comunes a todos los pueblos, a excepción de la observación del *Sabbath* y la veneración exclusiva al dios hebreo. Apuntó sobre todo sus cuestionamientos en torno a la figura de este dios descrito como colérico y rencoroso. Una de las máximas de Juliano fue siempre la imitación de los dioses, por lo que se preguntó por qué un pueblo como el hebreo debería buscar la imitación de la ira, la cólera y el celo.²⁸⁵

Tras este desarrollo argumentativo, procedió al verdadero centro de su interés, exponer su crítica al cristianismo. Sobre esto, prometió dedicar particular atención a cada uno de los argumentos que tenía en contra, sin embargo, lo que se conserva son sólo las líneas generales. Esto indica que debió ser parte de los libros perdidos de Juliano o del propio Cirilo, si se sigue la hipótesis de que refutó en 30 libros los tres libros de Juliano; dándonos una proporción de diez a uno, de los cuales sólo tenemos completos del uno al diez y fragmentos del 11 al 20.²⁸⁶ De ser cierta esta hipótesis, tenemos poco más de un tercio de la obra original.

El primer elemento de crítica en contra del cristianismo fue el distanciamiento con el judaísmo. Para Juliano, el cristianismo representaba una síntesis negativa de las religiones existentes, pues Jesús habría convencido a lo peor de entre los judíos y habría cimentado su culto en las prácticas menos piadosas de griegos, romanos y grupos orientales. Más aún, según Juliano,

²⁸³ *Ibidem.*, p. 26 (106D).

²⁸⁴ *Ibidem.*, p. 27 (116AB).

²⁸⁵ *Ibidem.*, p. 35 (171E).

²⁸⁶ Neumann, quien reconstruyó *Contra los galileos* de los fragmentos encontrados en la obra de Cirilo, supuso que habrían existido treinta libros de los que sólo se conservaron veinte. Esta hipótesis es indemostrable, pero se basa en la declaración de Cirilo de que Juliano escribió tres libros. García Blanco, "Introducción a *Contra los galileos*", pp. 9-10.

ni para Jesús ni para Pablo como su principal seguidor, habría tenido importancia establecer parámetros y reglas del culto porque no se imaginaban que su secta fuese a tener éxito.²⁸⁷ Reafirmando la idea de que el cristianismo habría nacido como un grupo sectario de ignorantes y pobres que no veía futuro a sus postulados. Otro elemento que el cristianismo tenía en contra, desde la perspectiva de Juliano, era su novedad. Pues tres siglos no eran suficientes para legitimar una religión que se asumía como única en contraposición con los milenios de los cultos tradicionales.

Por último, y el elemento que más molestaba a Juliano, era el uso que daban los cristianos a la cultura grecolatina como base para sustentar la teología cristiana. Para comprender este argumento, hay que echar mano de varios elementos que he venido desarrollando, así como intentar comprender el panorama general del cristianismo en el siglo IV. Primero hay que señalar que la religiosidad romana consistía, en un nivel muy elemental, en la observación del pacto entre dioses y hombres; es decir, se sustentaba en la ritualidad que, a su vez, tenía base en la mitología tradicional que se había conformado durante varios siglos y que tenía que ver —en última instancia— con la base de la mentalidad romana, el orgullo de haber surgido como un pueblo campesino que dominó el mundo conocido.

Cicerón fue el primero en proponer que el origen del poder de Roma, su desarrollo y su conservación se debía a la religión ya en el siglo I a.C.²⁸⁸ La civilización era igual a paz, y para mantener la paz, había que mantener contentos a los dioses y a los soldados. El deber romano, era el ideal máximo, por encima de la voluntad individual, lo cual significaba a su vez, que mientras los ritos y tributos se llevaran a cabo, la creencia personal no tenía relevancia, ni siquiera cabida. Lo cual resultó ser uno de sus puntos críticos, pues esa falta de personalización significó el

²⁸⁷ Juliano, *Contra los galileos*, p. 39 (191DE, 205E, 206A).

²⁸⁸ Barrow, *Los romanos*, trad. Margarita Villegas, México, FCE, 1992. p. 15.

desapego a la religión.²⁸⁹ En este sentido, no se puede obviar una premisa replicada y esencial para la comprensión de los procesos en la Antigüedad, la distinción entre política y religión era inexistente. Y en el caso romano, su pragmatismo político era lo fundamental, esto explica que el cristianismo haya podido desarrollarse al interior y a lo ancho del Imperio pues, como ya se ha mencionado, mientras el culto oficial siguiera funcionando, la creencia particular de los sujetos o la práctica de minorías no era importante.²⁹⁰

Incluso, ese mismo pragmatismo explica por qué Constantino decidió dar su apoyo al cristianismo, pues el *pacto deorum* en su significación más cruda, era la asociación del pueblo más fuerte con los dioses más fuertes. Si el dios cristiano probaba ser el más fuerte, era natural que su adoración fuese la preponderante en el Imperio. Pero como he señalado, el cristianismo que atacaba Juliano en *Contra los Galileos* era en realidad la suma de un proceso de conformación religiosa que se había dado de manera paulatina y se había ido nutriendo de los propios procesos que sufrió el Imperio en los tres siglos anteriores al emperador.

En términos muy generales, el cristianismo que surgió como un grupo sectario del judaísmo fue creciendo a través de la formación de pequeños grupúsculos que dotaron de sentido a la práctica espiritual del mensaje de su mesías: Cristo. Las redes sociales y de apoyo que derivaron a su vez de esta conformación, fortalecieron la fe cristiana ante la crisis que atravesó el Imperio. Al hacerse de adeptos helenizados, el cristianismo fue insertado en la cultura grecolatina, haciéndose a su vez una reinterpretación filosófica de la religión; esto promovió que, en esos tres siglos, ya no se tratara de una creencia de esclavos y pobres, sino de un sistema de pensamiento complejo que se

²⁸⁹ “La religión romana no tenía incentivo intelectual y, por tanto, era incapaz de producir teología”, *Ibidem*, p. 26.

²⁹⁰ Sobre la religiosidad romana *Vid.* Miguel Ángel Ramírez, “Tradición y costumbre en la religión romana”, en *Nova Tellus*, vol. 27, núm. 1, Centro de Estudios Clásicos, UNAM, 2009, pp. 247-294. Cabe mencionar que precisamente porque la base de la religiosidad romana no era la creencia, las infames persecuciones contra los cristianos la mayor de las veces no tuvieron un fundamento religioso sino político o económico, a la vez que, salvo pocas excepciones, nunca fueron sistematizadas ni generalizadas. Al respecto, *vid.* Marta Sordi, *Los cristianos y el Imperio romano*, trad. Armanda Rodríguez Fierro, Madrid, Encuentro, 1988, 190 p.

componía de una base cultural griega y que, a diferencia de las religiones tradicionales, sí daba respuesta a las necesidades internas y afectivas ante un mundo en crisis.

Con base en la lectura de *Contra los Galileos* y como se puede notar a partir de lo que he expuesto, la cosmovisión de Juliano y la del cristianismo, tenían mucho en común. Buscaban objetivos similares, se cuestionaban sobre temas parecidos y se sustentaban en bases de pensamiento y argumentación común; sólo el resultado era diferente. Y esto era precisamente lo que molestaba tanto a Juliano. Puedo decir que al ser educado como cristiano y ser un amante de la cultura tradicional y de la filosofía, vio cómo el cristianismo se apropió de los elementos helenísticos que dotaron de un sustento teológico al sistema que para el siglo IV ya estaba inserto y extendido en el Imperio. La reacción pagana no murió con Juliano pero sí la esperanza de vencer al cristianismo.

Capítulo IV

Interpretaciones historiográficas

Como he apuntado, la vida y obra de Juliano ha despertado gran interés desde diversos ángulos, desde su propia época hasta tiempos recientes. Sin embargo, en ningún momento se le ha mirado tanto como en el siglo XX. Al respecto del porqué de este interés, podría plantear algunas ideas como de hecho haré hacia el final de este trabajo, pero antes es menester atacar de lleno el objetivo y señalar la cuestión de los dilemas historiográficos sobre la obra y vida de Juliano.

1. Interpretaciones historiográficas

Ante los brillantes trabajos existentes sobre Juliano pareciese una ociosidad el planteamiento de las cuestiones que han justificado esta investigación, pero al responder de manera natural al objeto de estudio de la historiografía, no sólo sigue siendo relevante sino necesario pues surge del cuestionamiento más elemental de la historia: ¿Qué tanto se puede decir...? En este caso se trata de un proyecto malogrado de restauración pagana elaborado por un emperador de personalidad atípica hace dieciséis siglos. Lo que he querido plantear es una propuesta que responda a esa cuestión.

Para este propósito he optado por agrupar algunas temáticas generales considerando estos puntos como núcleos de interpretación historiográfica:

- 1.1. El problema de las fuentes
- 1.2. Primeros años y retiro en Macellum
- 1.3. Conversión/apostasía y proyecto de restauración religiosa
- 1.4. La leyenda de su muerte

Es necesario aclarar que las diferencias interpretativas no implican que los autores estén en desacuerdo, más bien resalta las cualidades y carencias de las obras que he analizado para la presente investigación y como se verá más adelante en el capítulo, desde el seguimiento de los parámetros marcados con Gibbon y Bidez. Igualmente es necesario mencionar que las pretensiones comparativas desde el punto de vista historiográfico para este estudio obligan a identificar temáticas que pueden ser agrupadas.

1.1. El problema de las fuentes

Juliano es el emperador del que se conserva una mayor producción escrita. Este dato que he tomado como un punto de partida al realizar esta investigación, responde también a uno de los problemas que desarrollaré más adelante. Principalmente al hablar de las fuentes, hay episodios de su vida, como su niñez y juventud, para los que la obra de Juliano es la única fuente. Ya se ha hecho un análisis somero de sus escritos en el capítulo anterior y como tal, estipulé que la visión sobre este *corpus* es historiográfica; es decir, la obra de Juliano ha sido considerada, valorada y analizada en esta investigación desde una perspectiva historiográfica.

Pero Juliano no es la única fuente antigua que ha llegado a nuestra época; afortunadamente están las obras de Libanio, Amiano Marcelino, Zósimo y Gregorio Nacianceno, por mencionar únicamente a los autores de los que hablaré en este apartado. Lo que he optado por llamar “problema” responde sobre todo a la manera en que los estudiosos de Juliano se han aproximado a los textos de los que hablaré a continuación. Y es que, pese a existir una cantidad muy vasta de información sobre Juliano, el uso que se ha dado a estos materiales ha sido más o menos homogéneo. Una de las motivaciones para la elaboración de este estudio fue, de hecho, el notar un patrón repetitivo en las obras que revisé.

En el capítulo 1 de la obra de Bowersock, *Julian the Apostate*, “Approaching the reign” el autor hizo un recuento del estado de la cuestión sobre Juliano. Me pareció un apunte brillante sobre las cuestiones que aquí me interesa plantear, pero sobre todo quiero resaltar este punto: existe una vasta información sobre Juliano y por esta razón la imaginación histórica sobre su vida puede no ser tan llamativa como la de Alejandro Magno; sin embargo, por la manipulación de las fuentes, el tener una mirada imparcial puede llegar a ser uno de los retos más grandes para estudiar a este emperador.²⁹¹

En general se pueden dividir las fuentes antiguas sobre Juliano en dos grupos: las paganas y las cristianas. Las fuentes paganas incluyen a los autores de este apartado: Libanio, Amiano Marcelino y Zósimo; pero también incluyen el testimonio de la obra perdida de Eunapio de Sardes, las biografías de Aurelio Víctor y Eutropio o el discurso dedicado a Juliano por Claudio Mamertino.²⁹² Entre los autores cristianos se cuenta la obra de Gregorio Nacianceno, Sócrates Escolástico y Sozómo. La decisión de incluir solamente algunas de las fuentes, correspondió al propósito de problematizar el uso que se les ha dado, al ser un estudio historiográfico partí del hecho de que los estudiosos de Juliano han conocido y usado las obras que aquí se mencionan y mucho más, pues se complementan con inscripciones, monedas y otras expresiones artísticas (novelas, poemarios, pinturas, etc.).

1.1.1. Libanio

²⁹¹ La comparación con el conquistador macedonio no es una casualidad, el propio Juliano veía a Alejandro como uno de sus modelos a seguir tal como se ha visto. *Cf.* Capítulo III. 2.4. Los Césares.

²⁹² De la obra de Eunapio se considera que Zósimo fue un buen rescatista, ya que al parecer habría tomado la obra no sólo como inspiración sino como fuente principal. Sobre el *Breviario* de Eutropio y *Sobre los césares* de Aurelio Víctor ya he echado mano y he retomado algunas cuestiones sobre Juliano en capítulos anteriores. El discurso de Claudio Mamertino fue un panegírico con el propósito de agradecerle por su nombramiento como cónsul en el año 362 y fue pronunciado en Constantinopla.

Nacido en el año 314, en la ciudad de Antioquía, fue un célebre rétor y sofista, muy importante por su cercanía con Juliano. La obra de Libanio, representa un problema de carácter historiográfico por el trato que se le ha dado como fuente; si bien ha sido considerado un amigo íntimo de Juliano y un elemento clave en el proceso de su transición a la práctica abierta del paganismo, hay autores más reservados que se mantienen escépticos sobre la interpretación que se ha dado a la relación entre el rétor y el emperador.²⁹³ Al respecto, Ángel González Gálvez propone que Juliano y Libanio no tuvieron una relación estrecha, al menos no de manera inmediata. Al contrario, explica las razones de peso por las que debió pasar un tiempo considerable para que estos hombres entablaran una relación de verdadera amistad.²⁹⁴

Uno de sus argumentos es el mismo usado por quienes pretenden que fueron cercanos desde el inicio y es que el propio Libanio pareció dar esa impresión al contar cómo Juliano, recién llegado a Nicomedia y sin permiso de asistir a sus clases, solicitaba las notas mediante un intermediario.²⁹⁵ González no niega la admiración que un joven estudioso como Juliano debió sentir por el afamado rétor, pero pretende que su relación además de ser superficial tuvo su origen más bien en el interés que Juliano sentía por los seguidores del helenismo que aún enseñaban, y no en la persona de Libanio.²⁹⁶ En este sentido, el intento de acercamiento por parte de Juliano hacia el rétor habría sido intelectual y no personal. Este dato es importante porque en el trato que se le ha dado a Libanio

²⁹³ Todos los autores que revisé para la presente investigación tienen a Libanio como una fuente primaria. Al respecto es necesario mencionar que fue este autor el principal promotor de la versión de que Juliano murió a manos de un cristiano y que el fin del paganismo sería causado por la muerte del emperador.

²⁹⁴ Juliano, *Discursos I-V*, trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1979. “Introducción”, p. 10. Lo que quiero destacar es que al leer a Libanio la impresión en el lector es la del “príncipe ideal” en la figura de Juliano, imagen que exaltó comentando el lazo que existió entre ambos. En este mismo sentido y considerando los posibles significados de la palabra “amistad”, sobre todo para el momento histórico en cuestión, guardando las distancias y salvando el posible anacronismo, me quedaré con la definición de “amistad” que ofrece la RAE: Afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otra persona, que nace y se fortalece con el trato. <https://dle.rae.es/amistad> (acceso: 03/11/22)

²⁹⁵ *Idem*.

²⁹⁶ *Ibidem*, p. 11.

como fuente, se suele obviar el proceso natural de conformación de una relación de amistad entre dos personas.²⁹⁷ Y es que, al tratarse de un rétor, el uso de sus textos como fuente histórica debe ser entendida desde sus propias características discursivas.

En su definición más sencilla, la retórica responde al arte de escribir discursos correctos y persuasivos.²⁹⁸ En la retórica antigua uno de sus géneros principales fue el panegírico o discurso demostrativo, que en términos simples consistía en la realización de un elogio o alabanza a una persona de interés popular. Como se ha visto en el capítulo anterior Juliano fue un conocedor y practicante de la escritura de este género, pues él mismo dedicó dos panegíricos a Constancio y uno a Eusebia. Así como podía tener el objetivo de ensalzar las características del sujeto elogiado, también podía tener el objetivo de vituperar o mostrar los defectos de la persona en cuestión. El panegírico era generalmente pronunciado ante el público y recurría al uso de figuras comparativas y metafóricas que magnificaran las características del sujeto. En este sentido, considero que debemos siempre mantener en mente estos objetivos pues difícilmente buscaban consignar la verdad o historiar; más bien respondían a necesidades circunstanciales.

La propia vida y personalidad de Libanio da cuenta de cómo pudo ser su interacción con el emperador, pues si bien compartían ideales helenísticos y paganos, Libanio no era considerado un elemento subversivo para la corte.²⁹⁹ En todo caso, la prohibición de asistir a sus clases se debió a

²⁹⁷ G.W Bowersock, *Julian the apostate*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1978. pp. 28-29.

²⁹⁸ “Retórica”, en Helena Beristain, *Diccionario de retórica y poética*, México, Editorial Porrúa, 2000. pp. 426-443,

²⁹⁹ Libanio era respetado por su labor como rétor, pero en realidad no se le veía como un peligro por su paganismo. Se le encargaban panegíricos para la corte en algunas ocasiones y se le tenía en una estima media. Hay que mencionar que se le reconocía en términos contemporáneos como un hombre neurótico e hipocondríaco. Por último, y probablemente lo más significativo es que pese a su lealtad hacia Juliano, quizá sus mayores éxitos se dieron en el reinado de Teodosio. “En general el reinado de Teodosio fue más benéfico para Libanio. Aunque cristiano, al punto que en 391-392 prohibió absolutamente los cultos paganos, Teodosio supo, sin embargo, aceptar los consejos de políticos e intelectuales paganos, amigos muchos de ellos de Libanio, al que acabó distinguiendo, como hemos visto, en el año 383 con el título de prefecto pretoriano honorario.” Antonio Melero Bellido, “Introducción”, p. 12, en Libanio, *Discursos I, Autobiografía*, trad. intr. y notas de Antonio Melero Bellido, Madrid, Gredos, 2001.

un conflicto por egos intelectuales entre Libanio y Heccebolio.³⁰⁰ La popularidad de Libanio así como la valoración que se le tenía en la Corte, llegó al punto en que se le encomendó el puesto de sofista imperial,³⁰¹ lo cual también explica por qué estableció comunicación epistolar con Juliano y la composición del primer discurso que le dedicó como parte de una encomienda por la entrada del emperador a Antioquía.³⁰² Fue precisamente durante la estancia de Juliano en esa ciudad, ya como emperador único, que surgió la estrecha relación entre ambos. Ahí sí, resulta imposible desmentir la mutua admiración y el lazo de amistad que perduró incluso después de la muerte de Juliano, pues Libanio no negó su cercanía con el emperador ni siquiera cuando esto resultó un peligro para su vida.³⁰³

Sumado a lo anterior, resulta sustancial recordar que el lazo que los unió fue el amor por la cultura griega y su filo-helenismo en lo religioso. Como he mencionado anteriormente, Juliano fue –antes que otra cosa– un convencido de la superioridad cultural helénica, este elemento que compartió con Libanio es el fundamento no sólo de esta relación, sino también de la imagen que se construyó del emperador.³⁰⁴ Hay que decir que fue por la obra de Libanio, la del propio Juliano y los demás antiguos, que se ha visto al emperador como un “campeón del helenismo”. Esto significa que muchas de las visiones que se han construido en torno a Juliano como un restaurador

³⁰⁰ De acuerdo con los autores que revisé, pugnar por alumnos no era en realidad algo tan extraño en la época. Un estudio exhaustivo de esto y otras cuestiones, *Vid.* Henri-Irenne Marrou, *Historia de la Educación en la Antigüedad*, trad. Yago Barja de Quiroga, Madrid, Akal, 1985. Específicamente el capítulo VI de la tercera parte “Las escuelas romanas: III. La enseñanza superior”.

³⁰¹ Tras las regulaciones de Marco Aurelio, se provincializó la presencia de profesores de filosofía. Algunos de ellos recibiendo un pago directo del emperador, a estos sujetos se les llegó a dar el título de sofistas imperiales, pues eran parte del aparato burocrático oficial, pero con la misión de enseñar filosofía.

³⁰² Mismo que cumplió con formalidades, pero dista de los otros discursos en cuanto a cercanía y sentimiento.

³⁰³ “[...] durante los siete meses que ambos mantuvieron un estrecho contacto, surgió una fuerte amistad que perduró, incluso, después de la muerte de Juliano y en momentos, en los que era peligroso señalarse como amigo del Apóstata.” Libanio, *Discursos I*, p. 16.

³⁰⁴ “Este convencimiento de utilidad moral y práctica de la tradición cultural griega está también en la base de su elección religiosa. Desde su punto de vista, que no habría nunca compartido un cristiano culto, cultura griega y paganismo eran las dos caras de una misma moneda, sin que en ningún momento se sienta obligado a justificar esta relación que él sentía apasionadamente como necesaria”, *Ibidem*, pp. 24-25.

del paganismo, perseguidor de cristianos y detractor de Cristo, tienen sustento en la lectura hecha a Libanio.

Los discursos que Libanio dedicó a Juliano se dividen en dos grupos: los escritos durante su reinado en solitario (*Orat. XII, XIII, XIV, XV, XVI y LX*) y los escritos después de su muerte (*Orat. XVII, XVIII y XXIV*).³⁰⁵ De los primeros, cabe destacar la percepción de Libanio sobre sí mismo en cuanto a su labor mediadora entre el pueblo y el gobernante;³⁰⁶ de los segundos, resalta la admiración del sofista por el emperador y la lamentación por su prematura muerte. Así como la dedicación y el detalle del relato sobre su vida. Si bien todo el *corpus* documental es importante como fuente historiográfica para el estudio de Juliano, destaca la lectura que se ha hecho al *Discurso XVIII: Discurso fúnebre por Juliano*, ya que además de ser el más extenso, es en el que el autor mejor se abocó a la tarea de presentar una biografía sustentada en investigación.

En términos generales, el discurso cumple con los cánones del panegírico en su estructura, pero representa una verdadera fuente histórica por la labor documental que realizó Libanio. Así, es verosímil pensar a Libanio recolectando información de testigos y leyendo la documentación a la que tuvo acceso –incluyendo la propia obra de Juliano– para la conformación de este texto en un proceso que le llevó al menos dos años tras la muerte del emperador.³⁰⁷ Sobre todo, si se le compara con el *Discurso XVII*, compuesto a finales del 364 y con clara intención de homenajear al fallecido aún en el pesar por su pérdida, se distingue la mencionada labor de investigación.³⁰⁸

³⁰⁵ *Ibidem*, p. 17.

³⁰⁶ Algo que Libanio consideraba esencial como parte de su posición como sofista era su deber como mediador entre el pueblo y el gobernante, fungir como un doble agente que explicara al gobernante las necesidades del pueblo y escribiera para el pueblo los dictámenes del gobernante, así lo anuncia en los propios discursos.

³⁰⁷ Las posibles fechas de datación de este discurso están fijadas entre el año 365 y el 368.

³⁰⁸ “Que transcurrieran casi dos años entre la muerte de Juliano y la composición de este discurso se explica por dos hechos fundamentales. Primero, por la enorme extensión de éste y el enorme trabajo que debió de suponer su preparación, especialmente en lo que atañe a la fase de documentación.” Libanio, *Discursos III. Discursos Julianos*, intr., trad. y notas de Ángel González Gálvez, Madrid, Gredos, 2001. p. 38.

1.1.2. Amiano Marcelino

Si bien opté por iniciar hablando de Libanio por su relación directa con Juliano, es la *Historia* de Amiano Marcelino, la obra que indudablemente ha tenido más peso entre los académicos estudiosos del siglo IV. No sólo para entender a Juliano, sino por la trascendencia del propio Amiano quien ha sido llamado, no sin justicia el, “último gran representante de la historiografía latina”.³⁰⁹ Baste como ilustración el que Gibbon se haya expresado en los términos siguientes: “No es sin el más sincero pesar que debo despedirme ahora de un guía fiel y preciso, que compuso la historia de su tiempo sin caer en los prejuicios y pasiones que afectan usualmente a los contemporáneos”.³¹⁰

Amiano Marcelino retomó la antañá aspiración historiográfica de explicar mediante el relato histórico las transformaciones de las que fue testigo, por esta razón, su obra es una fuente fundamental para entender el proceso que fue llamado por algunos autores “la caída del Imperio romano.”³¹¹ Como vemos, no es casual la admiración de Gibbon hacia dicho autor. Al igual que Libanio, Amiano nació en la ciudad de Antioquía en torno al año 330. Sin embargo, fueron de personalidades muy distintas, mientras que Libanio desdeñaba el latín y todo lo que conformaba la estructura romana imperial, Amiano se dedicó a aprender la lengua y a viajar para comprender a cabalidad el mundo en que vivía. Una parte importante de su vida se dedicó a la carrera militar

³⁰⁹ María Luisa Harto Trujillo en su estudio introductorio a la obra de Amiano Marcelino presenta en el estado de la cuestión algunos de los autores que le han dado esa distinción, así como algunas de las razones que expusimos del por qué. Amiano Marcelino, *Historia*, edición de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002, p. 14.

³¹⁰ Edward Gibbon, trad. José Mor Fuentes, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano (Tomo II)*, Madrid, Turner publicaciones, 2006, p. 5112.

³¹¹ Me refiero claro al propio Gibbon quien tituló así su obra, pero además a una serie de autores que se han inscrito en la discusión en torno al fenómeno ocurrido con el Imperio como un tema de discusión: ya desde el propio Agustín de Hipona, pero también autores medievalistas como Henri Pirenne, Rostovtzeff y el propio Simon Baker que he utilizado en el presente trabajo.

y su acercamiento con Juliano devino precisamente de su participación bajo el mando de Urcisino, en las campañas occidentales.³¹²

Tras la muerte de Juliano, Amiano Marcelino se retiró a Antioquía donde se dedicó a leer los clásicos y empezó a escribir su propia *Historia*. Fue gracias a esto que se hizo de cierta fama y viajó a algunos centros de interés intelectual, pasando temporadas en Egipto y Roma. Amiano Marcelino concibió su obra como la continuación de la historia de Tácito –en tanto que narración explicativa de la historia romana– y buscó explicar el trasfondo de los cambios que veía, no sólo consignarlos, sino analizar las motivaciones de los actores históricos y sus consecuencias. Los 31 libros que conformaron su obra iban del año 96, en que Nerva fue nombrado emperador, al año 378 en que murió el emperador Valente; sin embargo, los primeros trece libros están perdidos.³¹³ Así, el libro catorce, el primero para nosotros, está situado en el periodo de Galo (hermano de Juliano) como César. Es precisamente por la cantidad de información que Amiano Marcelino consignó en torno a la figura de Juliano, que lo considero una fuente principal para este trabajo.

En comparación con los otros periodos y emperadores de los que escribió, el que haya dedicado alrededor de diez libros a un período menor a cinco años es una muestra de su interés por Juliano y la comprensión de su proceso. La estructura de la obra de Amiano se ha dividido en tres grupos para su análisis: en el primer grupo se encontrarían los libros perdidos, tomando en cuenta la hipótesis de que el estilo utilizado por Amiano siguió el modelo de Tácito y habría descrito de manera algo escueta los sucesos entre el año 96 y el 356; el segundo grupo serían los libros sobre los sucesos en los que Amiano no sólo fue testigo sino además actor, entre el año 353 y el 363; y,

³¹² Urcisino fue un importante general romano, desde la época de Galo como César y fue la fuente principal de Amiano Marcelino en la reconstrucción e información de primera mano de la acción bélica.

Si bien fue sustancial tanto en su vida como en su obra el tiempo que dedicó a la carrera militar, hablar de Amiano como un soldado sería hacerle una injusticia, en palabras de María Luisa Harto Trujillo "...es la vida de una persona culta dedicada también a la carrera militar". "Introducción", en Amiano Marcelino, *op. cit.*, p. 18.

³¹³ *Ibidem*, p. 19.

finalmente, el tercer grupo incluye los libros sobre la época en que Amiano fue testigo pero ya no un participante, y van del año 363 al 390.³¹⁴

Una de las razones que explican esto tiene que ver con la participación de Amiano Marcelino en las campañas militares de las Galias y su deseo por plasmar esa experiencia en su relato histórico. Sin embargo, también debo resaltar su inspiración en la historiografía tradicional en la que los acontecimientos militares no sólo fueron el sustento del relato, sino que además explican los procesos basados en la acción militar. Otra razón, es la admiración que Amiano sentía por Juliano, pues vio en él la última gran esperanza del helenismo.³¹⁵ De esto quiero destacar que nuevamente es por la lectura de Amiano que Gibbon dedicó un espacio considerable a Juliano y lo mismo pasó con Bidez; es decir, me parece imposible que al leer a Amiano, se pueda escapar de la narración que creó sobre Juliano.

Uno de los aspectos más interesantes de Amiano Marcelino como autor, fue su relación con la religiosidad. Si bien puedo considerarlo un pagano en el sentido más tradicional, su distinción de hombre griego resalta al notar la tolerancia por la que abogó en su obra. Para Amiano era imprescindible buscar razones que explicasen los procesos que veía; desde su perspectiva, los cambios que estaba viviendo el imperio no eran una casualidad, de tal suerte que con un gran sentido de nostalgia por la grandeza pasada vio, al igual que Juliano, cómo el distanciamiento con los dioses estaba generando cambios en el mundo romano. Amiano vio en el cristianismo el resultado natural de las transformaciones ocurridas desde el siglo I. Esto es importante porque a

³¹⁴ *Ibidem*, p. 20.

³¹⁵ En Amiano encontramos un ejemplo de la historia moralizante tradicional romana, pero sujeta a la intención explicativa; es decir, Amiano podía tener sus convicciones personales pero eso no comprometió su visión de historiar el proceso mediante el cual el cristianismo iba ganando poder en su época.

diferencia de Libanio, que no pudo evitar lamentarse por el triunfo de aquella religión, Amiano tuvo la visión de entender la trascendencia de lo que estaba viviendo.³¹⁶

Amiano tuvo una intención moralizante que permeó su *Historia*, pero su motivación fue sobre todo explicativa, a la usanza de los historiadores latinos más tradicionales; misma que es imposible negar al leer su obra, lo cual lleva a resaltar la pregunta de por qué dedicó un tercio de su obra a un periodo tan corto como la vida de Juliano, la respuesta la encuentro en su lectura: el propio Amiano Marcelino comprendió la vida de Juliano como una metáfora del siglo y de la transformación del Imperio; es decir, un gobernador más filósofo que emperador, favorecido por los dioses se presentó como opositor al cristianismo y último defensor de los valores culturales tradicionales. Juliano fue visto como la personificación del helenismo y fracasó por dos factores que eran de un peso intrínseco a la historia romana: murió en campaña persa y a manos de un cristiano.

La descripción progresiva que realizó Amiano Marcelino de la vida y el entorno de Juliano fue lo que a través de la mirada de Gibbon, nos dio la idea de que entender la vida de Juliano era en realidad comprender el siglo IV romano. Esta misma idea es la que se puede encontrar en la obra de Bidez –de quien hablaré más adelante– y por lo tanto la misma idea que se ha transmitido a los autores que han basado su obra, sí en Amiano, pero sobre todo en la forma de interpretar que ha sido transmitida de un autor a otro. De esto se puede extraer no sólo el porqué de la trascendencia de Amiano, sino cómo su lectura ha marcado la pauta de nuestra forma contemporánea de ver a Juliano y su relación con el siglo IV. Dando ya una respuesta prematura a

³¹⁶ “En Amiano volvemos a encontrar una visión fatalista, o pesimista si se quiere, pero unida siempre al progreso, a la moralidad y a la búsqueda del bien para Roma y los romanos.” *Ibidem*, p. 51.

la pregunta rectora de este trabajo: la comprensión de Juliano es la comprensión del siglo IV y a la manera *gibboniana* de la decadencia de Roma.³¹⁷

Finalmente, hay que destacar la importancia que Amiano dio a ser testigo de los hechos que relató en su obra. Si bien consignó información obtenida de testimonios de otros personajes y de documentos y obras consultadas, destacó el valor de su propia palabra. Esto permite sumar su información a la de Libanio y a la del propio Juliano, posibilitando que desde la perspectiva académica se conforme un *corpus* para la comparación y contrastación de fuentes de investigación.

1.1.3. Zósimo

Uno de los autores clásicos más controversiales que tengo como fuente sobre Juliano, es Zósimo. Se sabe que era cónsul y antiguo abogado del fisco, así como un comprometido pagano.³¹⁸ Precisamente por esto último es que su obra, *Nueva Historia*, ha sido considerada controversial, ya que debido a su paganismo abierto buscó explicar cómo el cambio en la actitud religiosa de los romanos provocó la “caída” del Imperio.³¹⁹ Como he mencionado, esta interpretación no fue exclusiva de Zósimo, Amiano la compartía en cierto grado, aunque sin la misma carga de prejuicio y aberración. Además, ya el propio Juliano había visto en los cambios en la práctica religiosa la clave para entender lo que ocurría en el Imperio.

³¹⁷ Apunto esto como una observación personal basada en la lectura minuciosa de las obras que revisé, pero me parece relevante mencionar algunos ejemplos que dejan esa impresión en su lectura: Averil Cameron en su estudio sobre el Imperio tardo romano, dedicó un capítulo a Juliano, como parte del proceso “decadente” o de transformación del siglo IV, *The Later Roman Empire*, Massachusetts, Harvard University Press, 1993. 238 p. En la obra de Bowersock que he seguido de cerca para este trabajo, plantea que no es ideal seguir una cronología específica en la biografía del emperador, dejando en nosotros la impresión de que la vida de Juliano personificó las transformaciones imperiales, *Julian the Apostate*. Incluí el estudio de Shaun Tougher, que es una obra muy sugerente y una invitación al estudio del emperador puesto que se centra en dar la oportunidad al lector de tener a mano una selección de documentos originales: *Julian the Apostate*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2007. Y la obra de Adrian Murdoch, el cual ya desde el título me parece representativo de esta visión historiográfica *The Last Pagan. Julian the apostate and the Death of the Ancient World*, Rochester, Vermont, Inner traditions, 2003.

³¹⁸ Zósimo, *Nueva Historia*, p. 8. Este puesto de cónsul, tuvo su origen en la antigua institución del *comes*, una suerte de séquito de acompañantes imperiales que al ser hombres de confianza cumplían con tareas o misiones especiales.

³¹⁹ *Ibidem*, p. 11.

La diferencia radica en que, para la época de Zósimo, los resultados no sólo de la muerte de Juliano, sino también del posicionamiento del cristianismo imperial evidenciaban el fin de la gloria pagana. No es extraño que por estas condiciones Zósimo hubiera visto en la figura de Juliano la última gran esperanza y, en su muerte, la caída del héroe heleno, dando a su obra el tono melancólico y derrotista de quien sabe el fatídico desenlace de su última oportunidad. Zósimo contribuyó así, a crear la imagen de Juliano-héroe-pagano que al morir terminó con las esperanzas de una restauración del orden religioso tradicional.

La razón de elegir a Libanio, Amiano Marcelino y Zósimo como las principales fuentes paganas se explica al observar los tres momentos y mirada desde la que escribió cada uno de ellos. Tal como mencioné con Libanio, este se asumió como actor principal del proceso, aludiendo a su influencia sobre Juliano y resaltando su decepción ante el fracaso de un proyecto del que se veía partícipe. Amiano, por su lado, presentó su obra como un observador partícipe de ciertas acciones, pero definitivamente sin la pasión pesimista de Libanio. Amiano no exaltó su papel como actor principal y mucho menos pensó que su influencia fuera trascendental en los acontecimientos, más bien valoró el testimonio silencioso de quien vivió los hechos para poder contarlos. Por último, Zósimo vio los resultados del proyecto fallido a la postre, en él la calidad de actor o testigo principal pasó a ser la decepción de quien conoce el resultado de un proceso y es opuesto a sus esperanzas. Para Zósimo, explicar qué había pasado ya no era una tarea esperanzadora o testimonial, era un relato de fracaso.

La *Nueva Historia* de Zósimo fue conservada en el *Codex Vaticanus Graecus 156*, y el recorrido histórico de su transcripción es en sí digna de estudiarse pues como en otros casos, la razón de que se haya rescatado esta obra fue el intento de censura y refutación que recibió.³²⁰

³²⁰ José María Candau, “Introducción” en Zósimo, *Nueva Historia*.

Mencioné anteriormente que Amiano es considerado el último gran historiador latino, Zósimo en comparación no es tan altamente estimado en cuanto a la calidad de su obra, pero además se trata de un autor ya bizantino. De manera general se ha considerado a Eunapio la base fundamental sobre la cuál Zósimo escribió su obra, aunque la de Eunapio está perdida. Es probable que haya tenido contacto con otras obras, así como con documentos, sin embargo se especula que siguió a Eunapio tan de cerca que incluso su estilo sufrió un grave quiebre al momento de dejarlo.³²¹

En términos historiográficos, Zósimo pretendió seguir el modelo de Polibio, explicando de manera hegemónica el proceso de la historia universal. Como ya establecí, fue precisamente su afán explicativo lo que le dio un cariz distinto y lo volvió controversial. Zósimo vivió en una época en la que los modelos tradicionales habían sido absorbidos y re-interpretados por otro tipo de autores, los cristianos, esto generó un conflicto que se tradujo en un intento fallido de estilo. Por un lado, Zósimo intentó seguir el modelo de Polibio pero a la manera de una historia eclesiástica, es decir con un discurso teleológico. Buscó así, desarrollar de manera progresiva los argumentos que de manera lógica siguieran los acontecimientos militares y políticos. Lo que no contempló, fue precisamente que el modelo de historia eclesiástica funciona porque se basa en el designio divino como hilo conductor.

Nuevamente sobresale el espacio que Zósimo dedicó a Juliano para la proporción de la obra que escribió. Por ejemplo, la figura de Constancio sólo aparece en relación con Juliano lo cual

³²¹ He enfatizado la importancia de Amiano Marcelino como la fuente más importante, considerando que fue la base principal para la obra de Gibbon y de ahí para los investigadores posteriores. Sin embargo, se ha discutido al analizar la obra de Zósimo en comparación con la de Amiano, la posibilidad de que ambos autores hayan utilizado una misma fuente, llegando a la conclusión de que esa fuente habría sido la obra del aclamado historiador Eunapio de Sardes. Bowersock, *op. cit.*, p. 8. En la actualidad se le reconoce por su labor como biógrafo de sofistas y por la irreparable pérdida de su *Historia Universal*. Se sabe de la existencia de dicha obra por los fragmentos conservados en el Lexicón de Suidas, compilador bizantino del siglo X; y por las referencias del propio Eunapio en su *Vida de sofistas*: “[...] Pero en mi historia del santo Juliano he relatado ya estas cosas más ampliamente.” p. 58. Así como por la obra de Zósimo que he comentado en el texto. Pero quizá lo más relevante sea el contacto que Eunapio tuvo con el testimonio de Orbasio, médico y amigo cercano de Juliano. Sabemos que Orbasio escribió su memoria del tiempo que pasó con el emperador, acompañándolo en las campañas de la Galia y hasta su muerte en Persia.

habla de los intereses ya mencionados del autor; es un dato revelador pues en términos latos, Juliano gobernó alrededor de veinte meses, mientras que Constancio lo hizo por 24 años. Pese a los vacíos de información, los silencios, los intereses tan evidentes de Zósimo y su “fracaso” estilístico, su obra es fuente indispensable para los siglos III y IV.

1.1.4. Gregorio Nacianceno

El único de los autores cristianos que he decidido incluir en este recuento de fuentes antiguas, es un santo y padre de la Iglesia, reconocido por su labor como “teólogo trinitario”.³²² San Gregorio de Nacianzo tuvo una relación directa, aunque antagónica con Juliano, ya que convivieron durante el periodo en el que el emperador estudió en Atenas, pero además dedicó dos obras (*Orationes*) o como las conocemos, *Invectivas*, en contra del emperador. La lectura de las *Invectivas* no es tan sencilla como en el caso de otras fuentes sobre Juliano; se trata de las *Orationes* IV y V. La edición más accesible y la que consulté fue la edición de 1888 de la Biblioteca Clásica Bohn. Al respecto del estilo de escritura de los discursos contra Juliano, coincido con lo que señaló Ramón Teja de que se trató de un ejercicio retórico y, por lo tanto, es necesario considerar que el relatar la verdad no era el objetivo del autor.³²³ La opinión de Gregorio Nacianceno sobre Juliano no fue ecuaníme sino todo lo contrario, se expresó con gran pasión sobre quien pensaba era el Anticristo.

La vida del obispo es particularmente interesante ya que ha sido ampliamente estudiada gracias a los datos autobiográficos que consignó, los conflictos que tuvo con sus pares y su labor

³²² Manuel Sotomayor, “Gregorio Nacianceno (ca. 390) fue compañero de estudios de basilio en Atenas. Antes había estudiado en Cesarea de Capadocia, Cesarea de Palestina y Alejandría. [...] gracias a sus sermones teológicos sobre la Trinidad, mereció el título de ‘Gregorio el teólogo’. Sus numerosas cartas ofrecen interesantes datos para la historia. También escribió poemas”, “Estructuración de las Iglesias cristianas” en *Historia del cristianismo. 1. El mundo antiguo*, p. 560.

³²³ Una vez más se trata de una fuente de la que podemos obtener datos o relatos verosímiles pero hay que cuidar la mirada del autor. Ramón Teja, “Constancio II, modelo de emperador Cristiano en las *Orationes* IV y V de Gregorio de Nacianzo”, en *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, v. XXIV, 2013, pp. 167-177.

intelectual que lo llevó a ser considerado uno de los padres jerarcas, junto con su amigo san Basilio y san Juan Crisóstomo. En muchos sentidos podemos observar paralelismos en las vidas de Juliano y Gregorio, que si bien opuestas por su fe, fueron similares en experiencias vitales, formas de comprender su contexto e ímpetu para defender sus creencias. En primer lugar, Nacianceno nació en el seno de una familia rica para su época y, sobre todo, muy bien posicionada en la Iglesia capadocia. Su padre, obispo también, conocido como Gregorio de Nacianzo el viejo, financió la construcción de la iglesia de Nacianzo y vivió muy de cerca el proceso hacia la ortodoxia del cristianismo en el siglo IV.³²⁴

En segundo lugar, la vida de Gregorio teólogo estuvo marcada por momentos de soledad e intenso trabajo intelectual, ya que es reconocido por sus panegíricos, textos sobre teología y discursos. Recibió una educación muy esmerada y como ya había mencionado por su periodo en Atenas, tuvo especial dedicación por el estudio de la retórica y la filosofía. Gregorio de Nacianzo fue sin lugar a duda un erudito que se distinguió por su formación intelectual y por considerar que la religión cristiana, así como sus adeptos, debían tener una sólida formación intelectual. Este es otro de los elementos que compartió con Juliano, pues para el emperador la formación intelectual también era fundamental. No es extraño que por esta situación, el padre Nacianceno haya sido uno de los principales y más vocales opositores al decreto de Juliano en contra de los maestros cristianos.

Gregorio Nacianceno es un ejemplo brillante del más grande temor de Juliano: la asimilación de la cultura helenística subyugada y aplicada a un pensamiento cristiano. Esto se puede notar ya en el estilo del capadocio pero, sobre todo, en su teología: precisamente por su

³²⁴ Manuel Sotomayor, *op. cit.*, p. 560; Silvia Acerbi, “Gregorio de Nacianzo y Paladio de Helenópolis contra los malos obispos”, en *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, v. XXIV, 2013, pp. 179-199. Seguí el artículo de Silvia Acerbi sobre todo para las cuestiones biográficas de Gregorio Nacianceno.

manejo y comprensión filosófica, pudo desarrollar sus ideas doctrinales, por lo cual tuvo una posición preponderante durante la segunda mitad del siglo IV en medio de los enfrentamientos al interior de la Iglesia. En el año 381 encabezó el Segundo Concilio Ecuménico, en el que tuvo como principal objetivo la reconciliación de Oriente con Occidente, sin embargo, los obispos reunidos no aceptaron su autoridad, además de cuestionar sus propuestas conciliatorias, por lo que Nacianceno optó por presentar su dimisión al emperador Teodosio.

De la obra del obispo se conservan 45 discursos, cartas, poemas y su testamento que consigna sobre todo su información biográfica. Como ya he mencionado, en este caso los discursos conocidos como *Invectivas* contra Juliano son los que me interesa mencionar. Se trata de los discursos IV y V compuestos hacia el 363 y los cuales se cree nunca fueron pronunciados en público. Al respecto de la información que se ha podido obtener de estos escritos lo más interesante resulta la narrativa de antihéroe que el obispo construyó de los mismos hechos mencionados por otros biógrafos o rétores del emperador. Por ejemplo, en el caso del episodio de Macellum, que como se ha visto –y retomaré en el apartado siguiente– el propio Juliano se esforzó por hacer ver como un exilio, en la lectura de Nacianceno se apunta como un entrenamiento para ser sucesores de Constancio.³²⁵

Una de las cuestiones que han hecho de Juliano un objeto de estudio tan llamativo es la multiplicidad de narrativas que se pueden crear en torno a sus acciones y a su vida. Esta es la importancia de la obra de Gregorio Nacianceno, pues aporta como fuente historiográfica una construcción muy temprana de Juliano como un antihéroe. Desde la perspectiva cristiana, el piadoso Constancio salvó a sus primos de ser asesinados y los resguardó fuera del peligro de la

³²⁵ “Whilst they were here [*Macellum*] enjoying complete leisure [...] they had masters in all branches of learning, their uncle [*sic*] and sovereign causing them to be instructed in the complete and regular course of education...” Gregorio Nacianceno, *Invectivas contra Juliano*, (IV, 23).

capital imperial; los educó y dedicó atención particular al desarrollo de sus espíritus en el conocimiento cristiano. Llegados a una edad óptima les permitió volver al ejercicio de una vida pública moderada e incluso hizo de su primo Galo su par en el gobierno, nombrándolo César y estrechando los lazos familiares permitiéndole casarse con su hermana. Aún después de su traición y su justificado asesinato, volvió a confiar en Juliano y lo nombró César encomendándole la tarea de pacificar el lado occidental del Imperio.

Juliano, sin embargo, al ser apóstata y obrar en contra de los preceptos aprendidos, se había hecho de una idea enfermiza de poder y justificándose en la idolatría se había llamado a sí mismo elegido y autoproclamándose Augusto. En cuanto a su personalidad descrita como neurótica, egoísta y, en términos contemporáneos, hasta narcisista, Juliano dudaba de la sapiencia de todos excepto de la suya y se creía poseedor de la verdad que justificaba en sus estudios filosóficos. De esta presunción se habría incluso atrevido a dictar cómo debía ser la educación, prohibiendo a los piadosos maestros cristianos la enseñanza. Ante esta situación, Dios que seguía con su plan divino había tenido que actuar con el fin que concluyera con el gobierno y la vida del apóstata. Eso sí, de acuerdo con Nacianceno el asesino habría sido un persa desertor que buscaba terminar la guerra de forma rápida, cuidando mucho de no alimentar la idea de que su muerte hubiera sido a manos de un cristiano o incluso de un soldado persa activo –probablemente con la intención de mantenerse al margen de provocaciones bélicas–.³²⁶

Lo interesante es que el relato de Nacianceno no sólo se presume posible sino que incluso se nutrió en muchos aspectos de las mismas fuentes, contribuyendo desde muy pronto con la creación

³²⁶ “Up to this point, such is the universal account; but thenceforward, one and the same story is not told by all, but different accounts are reported and made up by different people, both of those present at the battle, and those not present... At any rate, he receives a wound truly seasonable (or mortal) and salutary for the whole world..., but what surprises me, is how the vein man that fancied he learnt the future that means [sacrifice and reading of entrails], knew nothing of he wound about to be inflicted on his own entrails...” Gregorio Nacianceno, *Invectivas contra Juliano*, (V, 13).

de los dilemas interpretativos sobre los que versa este capítulo. Desde luego que las discrepancias hermenéuticas obedecen a los objetivos de los autores y en ese sentido la obra de Nacianceno debe ser leída en clave cristiana. Sin embargo, esto no la hace menos importante pues de igual forma, aunque en sentido opuesto, debe tomarse toda la obra de los autores mencionados en este apartado.

1.2. Primeros años y retiro en Macellum

Juliano no nació como un heredero natural al poder; si bien era parte de la familia imperial por ser sobrino de Constancio, sus posibilidades de ser emperador eran mínimas. Por esta razón no es de extrañar que la reconstrucción de los primeros años de Juliano dependa casi por entero de las memorias que él mismo dejó en su obra y de algunos registros obtenidos por la comparación de otras fuentes. El debate historiográfico en torno a la fecha de su nacimiento tiene como fundamento establecer con certeza los momentos más significativos de su vida: la muerte de su padre, su conversión y su tiempo como emperador.³²⁷ Como apunta Bowersock, esta discusión académica que se ha llevado a cabo en las últimas décadas ha dado como resultado un consenso más o menos general.³²⁸

La mayoría de los autores ha optado por aceptar el año 331 como la fecha de su nacimiento, pero consignando la posibilidad del 332. Podemos ubicar como posible origen del debate la noticia que dio Bidez, quien a su vez se basó en lo dicho por Juliano, Amiano y Zósimo: “Juliano vino al mundo a comienzos del invierno de 331-332;”³²⁹ como vemos no se inclinó por una fecha

³²⁷ *Vid. Cf.* Capítulo II: 1. Nacimiento e infancia.

³²⁸ “...the exact date of Julian’s birth has long been a matter of scholarly controversy. If we cannot be absolutely certain that the year was 331, nevertheless that is the most reasonable hypothesis on the basis of divergent indications of antiquity. The month and day cannot be determined: 6 November, sometimes affirmed is only a doublet for the day on which Julian became Caesar...” Bowersock, *op. cit.*, p. 22.

³²⁹ Bidez, *La vida del emperador Juliano*, *op. cit.*, p. 44; “[...] in the new imperial city of Constantinople a new member of the imperial family was born in the early 330s (either 331 or 332).” Tougher, *op. cit.*, p. 12; Wilmer C. Wright, Constance Head, y Rowland Smith dan la misma noticia.

específica.³³⁰ Así, sin certeza pero con un consenso más o menos generalizado, los estudiosos de Juliano han cedido en aceptar la hipótesis de que su nacimiento ocurrió en el año 331, dando como resultado que para el año 337, tras la muerte de Constantino y al ocurrir la matanza de los “pretendientes”, Juliano tendría la edad de 6 o 7 años.³³¹ Edad en la que quedó bajo el cuidado de su primo-emperador Constancio y momento en el que se ubicó otro punto de debate: los años que Juliano pasó en Macellum. Cabe señalar que la solución ante el dilema ha sido precisamente hablar de él; es decir, en las obras que he revisado para la elaboración del presente trabajo, los autores han optado por indicar la existencia de esta discusión historiográfica y por remitir a los autores que sostienen una u otra postura.

Al respecto de los años en Macellum y de su importancia en la biografía de Juliano es necesario partir de los estudios que Baynes publicó en la primera mitad del siglo XX. Aunque no se le compara con Bidez en autoridad sobre Juliano, sus escritos generaron un punto de quiebre en los estudios Julianos;³³² específicamente hablando del texto “The Early Life of the Emperor Julian”,³³³ en donde cuestionó la omisión del retiro en Macellum en los datos biográficos

³³⁰ Sobre esta declaración, Bidez cita como fuente al propio Juliano, a Amiano y a Zósimo, esto significaría la posibilidad de que la noticia sobre su nacimiento venga en realidad del propio Juliano y el debate se haya generado por falta de registro oficial o simplemente por seguir lo que el emperador quiso consignar al respecto.

³³¹ La relevancia de este dato como se ha visto con mayor detenimiento en el capítulo II al seguir la biografía del emperador y en el capítulo III con el análisis de su obra, tiene que ver con el hecho de que a Juliano se le perdonó la vida por su temprana edad. Al ser un infante, se piensa que los soldados consideraron que el niño no era ningún peligro o que simplemente moriría de causas naturales antes de llegar a la adultez. Tougher, *op. cit.*, p. 14. Sobre esto Murdoch también plantea la posible intervención de Eusebio de Nicomedia en defensa del niño. Murdoch, *op. cit.*, p. 14.

³³² Norman Hepburn Baynes (1877-1961) fue un historiador británico muy reconocido en el siglo XX por su labor como investigador y profesor de historia bizantina. Escribió varios artículos sobre momentos específicos en la vida de Juliano, mismos que se convirtieron en lectura obligada para los investigadores sobre Juliano por su labor documental. Norman H. Baynes, “The Early Life of Julian the Apostate”, *The Journal of Hellenic Studies*, vol. 45, part 2, 1925, pp. 251-254. “The Death of Julian the Apostate in a Christian Legend”, *The Journal of Roman Studies*, vol. 27, part 1: Papers Presented to Sir Henry Stuart Jones, 1937, pp. 22-29.

³³³ Norman H. Baynes, “The Early Life of Julian the Apostate”, *op. cit.* Sobre la omisión de los años en Macellum, el planteamiento principal remite al lector a cuestionar la imagen que Juliano construyó sobre sí mismo, considerando su obra como la fuente principal sobre su infancia y los intereses que otros autores contemporáneos podrían haber tenido.

contenidos en los autores clásicos. El principal problema para Baynes, se encontraba en obviar la importancia de esos años formativos en la vida de Juliano.

En primer lugar, se debe considerar que —si Juliano tenía seis años en el momento en que su padre fue asesinado— de haber sido inmediatamente enviado a Macellum, habría tenido 12 o 13 años al momento de regresar a Nicomedia con su ferviente deseo de estudiar filosofía. Esta hipótesis además de poco probable significaría poner a un muy joven Juliano de trece años a la altura en conocimientos de algunos de los más importantes rétores de la época. Así, Baynes rechaza lo que de Libanio se obtuvo como cronología de vida de Juliano y planteó que el tiempo en Macellum ocurrió cuando Juliano tuvo entre 11 y 17 años.

Su educación previa habría seguido en manos de Mardonio quien habría tenido esos años extra para despertar su interés más infantil y su conocimiento básico de la cultura helénica, dándole oportunidad al adolescente Juliano de dedicar los años de encierro a desarrollar su conocimiento autodidacta.³³⁴ Ahora bien, más allá de la cuestión de su educación, tanto guiada como autodidacta, el debate sobre los años en Macellum refiere sobre todo a la causa de ese retiro. Como se señaló antes, Macellum era una villa propiedad de la familia imperial en la provincia de Capadocia. Siguiendo la cronología que he establecido, Juliano tenía alrededor de once años cuando su primo emperador y tutor, Constancio, decidió enviarlos a él y a su hermano mayor, Galo, a vivir en dicha villa.

Sobre las causas, existía la evidente necesidad de proteger y cuidar de sus primos menores sobrevivientes de la matanza familiar; tenerlos fuera de la ciudad le daba la ventaja de ejercer una vigilancia más completa y ponerlos al cuidado del obispo Jorge de Capadocia, quien tuvo como principal encomienda continuar con la educación cristiana de los jóvenes. Una de las razones

³³⁴ “The passage in Libanius (p. 242) and that in Sozomen (v. 2,15) both reference to this period: as Libanius says of Julian, he is no longer a child, he is free to pursue his own education” *Ibidem*, pp. 252-253.

naturales para este traslado fue, a su vez, la muerte del obispo Eusebio de Nicomedia, quien hasta ese momento había desempeñado precisamente esa función de guía espiritual.

Sin embargo, también hay que considerar que para ese momento Galo tendría aproximadamente 16 años. Así, los jóvenes pertenecientes a la familia imperial podrían haber empezado a llamar la atención en Constantinopla, convirtiéndolos en un potencial peligro para la estabilidad del poder imperial. Recordemos que en esos años Constancio no había tenido un dominio particularmente sencillo, peleando varios frentes de guerra ante levantamientos y contra sus propios hermanos.³³⁵ Definitivamente, tener dos príncipes en el centro del Imperio era lo que menos necesitaba, por esta razón se ha sostenido la idea de que en realidad Macellum no fue un retiro sino un exilio para los jóvenes primos del emperador.

En este sentido, el papel del obispo Jorge no era únicamente el de ser un guía cristiano sino implementar un complejo sistema que impedía que los jóvenes tuvieran contacto con el exterior de la villa e incluso, se especula, entre ellos, principalmente con la finalidad de evitar que tuvieran ideas o apoyo externo para planear un levantamiento en contra de su primo. Podemos entender de esto que el “debate” sobre los años en Macellum tiene que ver en última instancia con el impacto que tuvo en Juliano pasar años formativos en condiciones de semi exilio y negligencia por parte de su tutor. Es a través de la lectura de la obra de Juliano y de las noticias que las fuentes nos dieron, que podemos dilucidar el significado de estos años en la formación del carácter y los intereses de Juliano.

Es necesario puntualizar que, para Juliano, los seis años que pasó en Macellum fueron amargos, solitarios y lo único positivo de su experiencia fue la posibilidad de enriquecerse con las lecturas de la biblioteca del obispo Jorge.³³⁶ Esto, claro, lo entendemos desde la perspectiva del

³³⁵ Sobre todas estas cuestiones he hablado ya. *Vid.* Cap. II, 1.3 Mardonio y 1.4 Macellum.

³³⁶ *Vid.* Cap. II, 1.1.4.

propio Juliano. Como es sabido, los personajes históricos que no nacen ante la expectativa de ser gobernantes o descollar en algún ámbito, difícilmente ven sus primeros años registrados en fuentes oficiales, de tal suerte que lo más significativo, para nosotros y para la cuestión del debate historiográfico en torno a Juliano, es que de sus primeros años y del retiro en Macellum contamos con su testimonio y con lo que sus primeros biógrafos o amigos consignaron en su obra, lo que consecuentemente ha generado que esta época de su vida siga siendo un tema de debate y de gran oscuridad, pues si en algo coinciden los estudiosos de Juliano, es en que se trató de un momento formativo crucial.

1.3. Conversión/apostasía y proyecto de restauración religiosa

La religiosidad de Juliano sigue siendo uno de los temas más llamativos, sino es que el más inquietante, para los estudiosos de su vida, de tal suerte que no es extraño que sea uno de los puntos sobre los que más discusiones historiográficas existen. Por un lado, se ha buscado encontrar razones que justifiquen su creencia, cuestionar la llamada conversión, así como fecharla, y lograr identificar las motivaciones y planes que Juliano tenía para la llamada “vuelta al paganismo”. Como he mencionado, a Juliano se le ha querido ver como un campeón del helenismo y un restaurador pagano, precisamente por el testimonio que en su obra y de sus contemporáneos tenemos de sus esfuerzos por hacer que la religión tradicional retomara un papel preponderante en el Imperio.

Al respecto, una de las hipótesis que se han defendido de manera más contundente, se sostiene en la personalidad e historia de Juliano en relación con la intelectualidad y su educación. Autores como Athanassiadi y Smith, presentaron en sus obras las razones por las que seguir una

biografía intelectual de Juliano explicaría su religiosidad.³³⁷ A saber, el argumento central es que una religión como el cristianismo, para el siglo IV no era lo suficientemente rica intelectualmente hablando, para satisfacer las necesidades de un creyente como Juliano. Sobre esto, es importante no olvidar que Juliano sí recibió una educación cristiana que además, siguió los preceptos de lo que Constantino promovió para la conformación de una homogeneidad, aunque no estuviera del todo consolidada esto no quiere decir que fuera intelectualmente desafiante.

Seguir de cerca las etapas de estudio de Juliano les permitió a los autores –Athanassiadi y Smith– analizar la construcción de su pensamiento helenístico, precisamente porque el acento que estos autores pusieron está en el proceso de construcción del pensamiento intelectual y religioso. Para otros autores, el análisis de Juliano desde una perspectiva psicoanalítica ha resultado atractivo, el problema con este acercamiento radica en que la fuente principal son los escritos del propio Juliano, por lo que están sesgados y dejan poco o nada a la interpretación, por el contrario, son muy claros si se buscan los posibles traumas causados por Galo –su hermano–, sus primos –emperadores– o el propio Constantino.³³⁸ En relación con esto, mi posicionamiento acepta la trascendencia que las experiencias traumáticas debieron tener en un niño/joven Juliano, y es una suposición personal que éstas contribuyeron a las decisiones tomadas por Juliano en su etapa como

³³⁷ Polymnia Athanassiadi, *Julian. An intellectual Biography*, Nueva York, Routledge, 1992. 249 p. La hipótesis principal de esta obra es que el estudio de la vida de Juliano debe hacerse siguiendo el testimonio de su propia obra, de tal suerte que la religiosidad del emperador estaría intrínsecamente ligada a su desarrollo intelectual; Rowland Smith, *Julian's Gods. Religion and Philosophy in the Thought and Action of Julian the Apostate*, Nueva York, Routledge, 1995. 300 p. En este estudio que sigue de cerca las influencias que tuvo Juliano de maestros, filósofos y dioses, propone que su sistema de creencias o su religión, se formó a partir del cúmulo de conceptos y desarrollo cultural de su conocimiento filosófico.

³³⁸ Por ejemplo los demás autores revisados quienes fueron muy cuidadosos al hablar de estas cuestiones, Tougher, Bowersock, etc.

agosto. Sin embargo, debido a la falta de fuentes, reitero que estas observaciones se ubican en el plano interpretativo.³³⁹

Desde el punto de vista de una biografía intelectual, las influencias de Juliano empezaron por Mardonio, el preceptor y educador que tuvo en su niñez, quien fue el promotor de que Juliano se asumiera como un hombre griego identificándose con los modelos helenísticos de Homero y Heródoto. Al respecto de Mardonio, queda abierto el cuestionamiento sobre su propia religiosidad: por un lado, se ha planteado la posibilidad de que Mardonio se considerara heleno y por eso tuviera tanto empeño en que Juliano lo fuera también,³⁴⁰ sin embargo, al ser un eunuco y presumiblemente un esclavo del abuelo de Juliano, se puede suponer con cierta seguridad que fue obligado a cristianizarse en algún momento.

La siguiente figura clave fue Máximo de Éfeso, Juliano señaló el momento de su conversión privada en un punto clave de su formación, coincidente con el tiempo en que convivió con Máximo. En este sentido, Athanassiadi optó por pensar que si bien la conversión sucedió, no debió ser una decisión intempestiva sino el resultado de un cúmulo de cambios de pensamiento progresivos. Por consiguiente, las influencias de personajes como Nicocles en un plano educativo, contribuyeron a la construcción de una religiosidad interna mucho más alineada con la filosofía que con la fe. A éste se sumaron Eunapio, Prisco y el ya mencionado Máximo, por quien Juliano sintió una especial devoción.

Lo que respalda la observación de Athanassiadi sobre la progresión de los cambios en Juliano, es principalmente su actitud respecto al cristianismo. Podría decir que a medida que crecía

³³⁹ Una de las grandes limitantes para el historiador en el uso del psicoanálisis tiene que ver con el objeto de estudio. Y es que el psicoanálisis requiere del sujeto para elaborar la interpretación correcta de los elementos con los que se enfrenta el subconsciente, mientras que la historia recurre a los hechos y las fuentes documentales que en su defecto fueron testimonio del sujeto. Por lo tanto, resulta limitantes la incapacidad del historiador de estudiar al propio sujeto.

³⁴⁰ Tougher, *Julian the Apostate*, p. 24.

y se adentraba en el neoplatonismo y en las prácticas místicas, pasó de distanciarse, a criticar y a tener una postura francamente anticristiana; sin embargo, nunca fue un perseguidor; su visión fue sobre todo la de insertarse en la discusión generalizada sobre el cristianismo y su oposición.³⁴¹

Juliano fechó su conversión en la época en que tenía alrededor de 20 años, aunque lo estableció de forma privada pues sus condiciones no le permitían ser abierto respecto a sus prácticas.³⁴² Para Tougher, sería más lógico pensar en una conversión en la época en que Juliano estuvo en las Galias, no sólo porque tuvo una mayor libertad en cuanto a sus lecturas, prácticas y contactos, sino porque en una de las ironías más grandes en la vida de Juliano, fue entre los galos que encontró un mayor número de paganos efectivos, que en los pensadores de Oriente.³⁴³ Más aún, no se puede evadir el cuestionamiento de si se trató de una conversión o en realidad Juliano nunca fue cristiano. Este elemento resulta clave, porque de él se desprende parte de la construcción del imaginario del “apóstata”.

La apostasía implica la renuncia a un credo que se profesaba previamente, en ese sentido la trascendencia de Juliano “el Apóstata”, ha tenido precisamente como base la renuncia y negación que de la fe cristiana hizo Juliano, después de haber sido cristiano gran parte de su vida, sin embargo, esto es primordialmente desde la perspectiva de quienes escribieron historia eclesiástica. Si se analiza el mismo fenómeno desde una óptica “pagana”, Juliano no habría apostatado sino

³⁴¹ Mucho se ha discutido en torno a este “conflicto” lo que puedo señalar con toda claridad es que en el ámbito ideológico fue primordialmente un debate en el que tomaron parte grandes pensadores en un periodo de tres siglos. Juliano se insertó en este proceso con su obra *Contra los galileos*, siguiendo el modelo establecido por pensadores previos, a saber dar respuesta a un autor “contrario”. Para un análisis de este periodo, *vid.* E.R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, Cristiandad, 1975.

³⁴² Tougher, *Julian the Apostate*, p. 54.

³⁴³ He calificado de irónica esta realidad que enfrentó Juliano porque si algo ha quedado claro de su visión religiosa, es la asimilación que tenía del helenismo como sinónimo de religiosidad tradicional. Sin embargo, esto no fue así. Por el contrario, la “conversión” o transición hacia un Imperio cristianizado avanzó de manera muy significativa en el Oriente. Los pueblos germanos y los pueblos establecidos en las Galias, particularmente donde abundaban los soldados tuvieron un proceso más ralentizado debido a la falta de elementos comunes entre la forma de vida y los principios cristianos. Sin olvidar que el propio cristianismo estaba en vías de conformación dogmática. Pablo C. Díaz, “El cristianismo y los pueblos germánicos”, en *Historia del cristianismo*, pp. 687-758.

“vuelto” a la fe verdadera. Si bien, parece una cuestión simple porque tenemos una respuesta desde los dos ámbitos de análisis: es decir, para unos fue apóstata, y para otros no, la realidad es que la problemática se complejiza cuando la dimensionamos en un ámbito transeccional.

El problema se plantea así: de una conversión religiosa personal y privada por un miembro de la primera familia imperial oficialmente cristiana, se siguió el planteamiento de una transformación política del ordenamiento religioso del Imperio, consistente en una “vuelta” a la religión tradicional con la suma transicional de tres siglos de disputas por la homogeneización de religiosidades romanas, de lo cual se siguió el fracaso de dicho proyecto y, por tanto, el planteamiento de las preguntas que quedaron sin resolver ante la ruptura de dos posibles continuos: por un lado, el seguimiento sin interrupciones hacia una cristianización política del Imperio; por el otro, el devenir de ese proyecto inconcluso.

Nuevamente se plantea una coyuntura en la que dos visiones se oponen, pero en esta ocasión se puede contemplar su trascendencia incluso en un nivel ontológico, pues por un lado se encuentra la confirmación cristiana de que el camino providencial cumple con su devenir de manera efectiva, impidiendo por los medios necesarios que se quiera interrumpir su avance. Es decir, en el camino natural planteado por Dios, existiría Juliano representando las dudas en contra del cristianismo y por el mismo avance inminente, sería así, eliminado. Y por el otro, la estocada final a las esperanzas restaurativas de los paganos quienes nostálgicos del pasado romano, vieron al cristianismo como una más de las varias religiones existentes –zoroastrismo, judaísmo, politeísmo, mazdeísmo, etc.– pero que no lograrían homogenizar el culto por más de unas cuantas décadas. En conclusión, tuvieron que enfrentarse a la verdad de estar ante el final de una era pre-cristiana y entrando a un nuevo orden político-religioso que sentaba ya las bases culturales del siguiente milenio.

Finalmente, queda el punto crucial del tipo de paganismo que practicó Juliano. Hasta este punto he dado la vuelta a la cuestión, asimilando lo pagano como lo heleno y estableciendo ciertos parámetros que han permitido navegar los inconvenientes de definición en un tema de tan amplio espectro. En este sentido, es fundamental comprender que el paganismo o helenismo de Juliano, fue visto desde una óptica cristiana de la experiencia de fe. ¿A qué me refiero con esto? En términos simples, la experiencia de Juliano como cristiano, ya por su educación o por su entorno, moldeó su forma de experimentar la religiosidad; experiencia que adecuó a su vivencia como heleno, por eso me permito asegurar que Juliano sentía un tipo de fe en el helenismo.

Estas cuestiones que podrían parecer peligrosas de especular, sobre todo por la limitación de acceso a fuentes y a la aproximación real que se puede tener a las subjetividades privadas, es totalmente relevante si pensamos que fue este detalle el que marcó la diferencia en el actuar y en el proyecto de Juliano. Su proyección para los siguientes años de gobierno se fundamentaba precisamente en la construcción de una “Iglesia” pagana con la aspiración totalizante de los cristianos. Juliano supo entender que la manera tradicional de experimentar la religiosidad colectiva había cambiado y de no promover un proyecto en concreto que presentara una oposición al cristianismo, éste terminaría por imponerse diluyendo las demás creencias.³⁴⁴

Ante estas consideraciones, es también sumamente necesario entender que Juliano sufrió un gran desencanto de los propios paganos pues, como se ha establecido, la experiencia religiosa de Juliano fue “única” en tanto que acompañada de una creencia verdadera y profunda. En otros

³⁴⁴ Es de igual importancia señalar que el paganismo que buscaba instaurar estaba lejos de ser el tradicional, era un paganismo que buscaba asemejarse al cristianismo. “The issue of the type of paganism Julian was attempting to enforce has been reopened by Smith (1995). It had become common to accept the view that the emperor was championing his own monotheistic Neoplatonistic beliefs and practices rather than the diverse traditions of paganism. Athanassiadi emphasized in addition the centrality of Mithraism in Julian’s religious goals, declaring ‘What his uncle had done Christianity, Julian dreamed of repeating with Mithraism’.” Tougher, *Julian the apostate*, p. 59.

casos, como los propios Amiano o Libanio, el helenismo que experimentaron tenía más que ver con la experiencia y el entorno cultural. Guardando las distancias y quizá de forma un tanto irónica podría equiparar esta experimentación de la religiosidad como en la actualidad la vive la “masa cristiana” que sigue tradiciones culturales y se identifica como cristiano al formar parte de un grupo denominado así, pero que no necesariamente parte de la experiencia del fenómeno religioso individual.

En la experiencia de Juliano se hizo también evidente un fenómeno más amplio: el cristianismo había impactado con mayor presencia la parte oriental del Imperio, incluso en el ejército. Este hecho fue notorio no sólo, aunque sí de manera ejemplar, en Antioquía; no es sorprendente que contrario a lo que el propio Juliano se pudo haber imaginado, el mejor periodo de su vida en cuestiones religiosas resultó ser el que pasó en las Galias, rodeado de personas que aunque ignorantes en temas filosóficos, eran practicantes apasionados de la ritualidad pagana de la que Juliano era tan asiduo y fanático.

Como he querido mostrar, la religiosidad de Juliano no es un tema fácil, pues cruza varios elementos no sólo de comprensión sino también de parámetros y metodología de análisis: tenemos la cuestión intelectual, pues el helenismo en su versión neoplatónica ofrecía la riqueza intelectual que Juliano buscaba; por otro lado, la experiencia traumática de vivir en un entorno marcado por la tragedia familiar, que —de nueva cuenta salvando las distancias— se podría explicar psicoanalíticamente como la repulsión de Juliano por lo cristiano; y, finalmente, la cuestión más personal y subjetiva de la experiencia de fe, en este caso pagana.

1.4. La leyenda de su muerte

Para comenzar con este dilema quiero retomar el relato de Bidez sobre la muerte de Juliano, ya que es la suma de la leyenda que existe en torno a este t pico:

Las últimas palabras de un moribundo testimonian a menudo una especial clarividencia. [...] En realidad, postrado en su lecho de muerte, el Apóstata debería haber hecho la confesión de su derrota al mismo Dios al que había odiosamente provocado, aquel ‘hijo del carpintero’ que, decían, había fabricado su ataúd. Es así, como se formó la leyenda más conocida en nuestros días: antes de entregar su alma a Sat n, Juliano había recogido en su mano un poco de sangre de su herida y la había arrojado al cielo exclamando su famoso grito: ‘ Has vencido, Galileo!’³⁴⁵

Para Bidez, la transmisión de las primeras versiones sobre la muerte de Juliano que llegaron a Antioquía y al resto del Imperio, cimentaron la creación de las leyendas en torno a su muerte que como se ve en la cita, siguen vigentes hasta “nuestros días”, es decir en la época de Bidez. Si bien en los estudios Julianos actuales esta versión está descartada y se asume como eso, una leyenda, no deja de ser sintomático de la visión cristiana sobre Juliano, que se haya rescatado la idea de que en un último momento Juliano hubiese asumido la derrota en conflicto directo con el dios cristiano.

Lo trascendental fue la euforia que según Bidez, siguiendo las primeras fuentes cercanas a la muerte de Juliano, experimentaron los cristianos. Una vez más se puede aseverar que la muerte del emperador no era vista solamente como un cambio dinástico, sino que era el fin de la esperanza pagana y la confirmación de que el proyecto iniciado por Constancio –hacer del cristianismo la religión unificadora del Imperio–, estaba marchando por buen camino; ya había empezado la era cristiana.

Significativamente, la muerte de Juliano no sólo fue tomada con buen ánimo por los cristianos, para los persas también cumplió la finalidad de ser un factor de relevancia para obtener el triunfo en la guerra. Así, el ejército romano sufrió una de sus peores derrotas ante el ejército de Sapor. Con la muerte de Juliano y al calor de la batalla, se eligió a Joviano como sucesor, ya que Juliano fue el último miembro de la Dinastía Flavio-Constantina y no tenía herederos. En realidad,

³⁴⁵ Bidez, *La vida del emperador...*, pp. 256-257.

las condiciones de batalla entre los romanos y los persas no eran tan inequitativas, la cuestión estuvo en que, al morir Juliano, los persas sintieron una renovada confianza, la situación de los soldados romanos se hizo cada vez más crítica y pasados cuatro días, en que la desesperación por el hambre y no tener una estrategia marcada, acogieron la llegada de una propuesta de paz por parte de Sapor.

Gibbon, siguiendo a Libanio, Amiano y Eutropio en su relato sobre los días posteriores a la muerte de Juliano, hizo notar la crítica que dichos autores hicieron a Joviano. Se le culpó de aceptar un tratado ventajoso para los persas y así, perder territorios y control que en otro momento o de haber tenido una estrategia como la de Juliano, no habría tenido ese desenlace.³⁴⁶ Sobre esto poco podría atreverme a especular; lo que vale la pena considerar es que nuevamente desde la perspectiva historiográfica que es la que aquí importa, se marcó el fin definitivo de la esperanza pagana por restaurar la religión antigua como culto oficial.

Desde luego que esto no implica que inmediatamente tras la muerte de Juliano, todos los habitantes del imperio se cristianizaron y dejaron de practicar los ritos antiguos, pero el cambio en el paradigma de la religiosidad sí se modificó con la muerte de quien pretendió institucionalizar el culto antiguo y convertirlo en mandato. Tal como había apuntado antes, los cristianos para ese momento ya habían aprendido a unirse y, en última instancia, a gobernar.

2. Gibbon y Bidez, los modelos interpretativos

Conviene ahora que he hablado sobre los dímelas historiográficos que ubiqué en la investigación, presentar y analizar las figuras de quiénes desde mi perspectiva representan los cimientos de los

³⁴⁶ Gibbon, *op. cit.*, p. 3129.

estudios contemporáneos sobre Juliano, los modelos paradigmáticos de interpretación: Gibbon y Bidez.

2.1. “La imaginación histórica de Gibbon”

Comenzaré hablando de Edward Gibbon, no sólo porque fue el primero cronológicamente, sino porque su obra ha pasado distintas fases de lectura, valoración, respuesta e incluso rechazo.³⁴⁷ El afamado historiador inglés del siglo XVIII ha trascendido como uno de los autores británicos más importantes. Esta consideración obtenida principalmente como reconocimiento por su obra más memorable, *La historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, lo ha posicionado como una lectura obligada sobre el tema.³⁴⁸ No obstante, pese a la consideración que se le tiene, *La historia de la decadencia...* ya no es una obra que se encuentre vigente en el debate historiográfico contemporáneo; al menos, y quiero enfatizar este punto, no en la discusión en torno a Juliano que es el tema que atañe a esta investigación.

Si bien su relevancia actual no se sustenta en la información que provee su obra, si es necesario rescatar otros elementos, por ejemplo, en el artículo de G.W. Bowersock, “La imaginación histórica de Edward Gibbon”, del que he tomado el título del apartado, su autor planteó que la principal aportación de Gibbon al estudio de la historia antigua fue precisamente su visión de conjunto al ser un pionero en los estudios de larga duración y más importante aún, su narración: eso que Bowersock llamó “imaginación histórica” y que reconoce la forma de construir

³⁴⁷ Edward Gibbon (1737-1797) fue un afamado historiador británico, conocido por su labor como escritor y por haber sido miembro del Parlamento británico. Hijo de un prominente miembro del partido *Tory*, Gibbon sobrellevó su infancia y juventud enfocándose en la lectura y el estudio de otras culturas, por lo que viajó y se dedicó a la historia antigua. Es ampliamente reconocido por su monumental obra *La historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, ya que se considera la primera obra comparativa de largo vuelo y con un afán explicativo. Andrew Roberts, “Edward Gibbon”, en *RSA Journal*, septiembre 2004, Vol. 151, no. 5513, pp. 42-44. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41379512> (último acceso 03/11/22)

³⁴⁸ G.W. Bowersock, “Gibbon’s Historical Imagination” en *The American Scholar*, 1988, Vol. 57, No. 1, The Phi Beta Kappa Society pp. 33-47. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/41211487> (último acceso 03/11/22)

el pasado a través de la narración, incluso si los datos no eran los más precisos. Este elemento es lo que hizo que el modelo de *La historia de la decadencia...* fuese leído con fervor por los especialistas en historia antigua de los siglos siguientes aun cuando no se haya leído por su rigurosidad académica o por los datos que se consignaron en la obra.

Bowersock fue tan lejos como para señalar que Mommsen no se atrevió a escribir su historia de los emperadores ya que temía no llegar a la maestría narrativa de Gibbon.³⁴⁹ No sólo eso, sino que la lectura de Gibbon se extendió tanto entre el público no especializado que como decía, se convirtió en un autor de gran fama. De este artículo rescato que la relevancia de Gibbon es que, aun cuando no se lean todos los tomos de su monumental obra, cualquier capítulo que se lea presenta una descripción brillante y apasionada sobre el episodio narrado. Es por esta razón, que pienso que se trata de un modelo o figura arquetípica en el estudio de la historia antigua y sobre todo de Juliano las razones que dan apuntan más a cuestiones de estilo que de contenido.

En ese caso particular, he podido rastrear la lectura hecha a Gibbon por los autores más recientes pero notando la mirada crítica, con lo cual quiero decir que a Gibbon se le sigue leyendo más no usando como referencia documental. El elemento esencial que llevó a la “superación” de la obra fue la explicación que desarrolló sobre el cristianismo y su triunfo en relación directa con la caída del Imperio. Es decir, en términos latos, la explicación pretendía que mientras más poder obtenía el cristianismo como doctrina imperial, la decadencia y caída del Imperio avanzaba en función del resquebrajamiento de sus bases, sin embargo, el desarrollo del proceso así entendido presenta un *lapsus*, Juliano. Es en el tomo II de la monumental obra, en el que se encuentran los capítulos dedicados a dicho personaje, en los que el autor relató con detalle el proceso mediante el

³⁴⁹ Theodore Mommsen, una de las máximas autoridades en el estudio de la Historia Antigua, reconocido no sólo por su labor como historiador, sino también como arqueólogo y ganador de un premio Nobel de literatura. El halago que Mommsen hizo de la capacidad narrativa siguiendo la acotación de Bowersock, no es asunto menor pues habla de la trascendencia que la lectura de Gibbon tuvo en los lectores de su obra, incluso entre los más especializados.

cual fue nombrado César, su conflicto con Constancio a raíz de la proclamación de París, y su nombramiento como Augusto, así como las cuestiones políticas y religiosas de su gobierno.

Para los propósitos de esta investigación, me enfoqué en la revisión del capítulo XXII “Las legiones de Galia declaran emperador a Juliano. Su marcha y éxito. Muerte de Constancio. Administración civil de Juliano”; el capítulo XXIII “Religión de Juliano. Tolerancia universal. Restablecimiento y reforma del culto pagano. Reedificación del templo de Jerusalén. Hábil persecución de cristianos. Fanatismo e injusticia”; y el XXIV “Residencia de Juliano en Antioquía. Su expedición venturosa contra los persas. Tránsito del Tigris. Retirada y muerte de Juliano. Elección de Joviano. Salvación del ejército romano con un tratado indecoroso.” Llama la atención el espacio que en una obra de las pretensiones de la de Gibbon, –explicar todo el periodo final del Imperio romano– se le dedicó a Juliano sin embargo esto tiene una respuesta en apariencia fácil: Gibbon siguió la obra de Amiano Marcelino con un fervor que, como se verá más adelante, poco hizo por ocultar.³⁵⁰

Es innegable que los estudiosos de Juliano conocen y comprenden a la perfección lo dicho por el escritor ilustrado, pero el uso que se hizo de su obra en el siglo pasado correspondió sobre todo a una crítica que buscó distanciarse de su metodología, aunque no de la impresión que deja en el lector. ¿A qué me refiero con esto? Gibbon se sintió impresionado por Juliano, de eso no hay duda, y eso se reflejó en su obra, no obstante sobresale el seguimiento de Amiano Marcelino como fuente principal: con esto es notorio que la percepción de Gibbon sobre Juliano fue la que obtuvo por la lectura de Amiano. Autores como Bowersock en su biografía sobre Juliano, Smith, Athanassiadi o el propio Bidez, entre otros, refirieron a Gibbon en sus fuentes consultadas, no así

³⁵⁰ Siguiendo la lectura de Gibbon nos encontramos con varios calificativos para el historiador latino tales como: “el imparcial Amiano...”, “el pincel tosco e indiferenciado de Amiano...”, “el testimonio indisputable de Amiano”, entre otras.

en el cuerpo del texto, salvo casos muy excepcionales. Esto resultó de la necesidad de hacer saber al lector que la información de Gibbon no es ni la más reciente ni la más precisa. Sin embargo, su lectura sigue siendo necesaria para ubicar la base narrativa hecha sobre Juliano con la lectura de Amiano a la luz de los estudios contemporáneos. Y es que, esto presenta un conflicto para los estudiosos más recientes de Juliano: por un lado, la intención de dejar atrás a Gibbon por haber superado lo expuesto en su obra, pero al mismo tiempo seguir a Amiano Marcelino como fuente principal con la misma vehemencia que lo hizo el historiador británico.

Pero esto no es todo, existe de igual manera un amplio debate sobre la postura de Gibbon respecto a Juliano. Como he señalado, la proporción de su obra dedicada al emperador es cuantiosamente significativa, pero los propósitos detrás de esto resaltan en varias dimensiones. Por ejemplo, y esta es una de las posturas que retomaré por su relevancia y conexión con los objetivos de este trabajo, la propia conciencia religiosa de Gibbon. Una de las temáticas que subyacen en esta investigación y que he pretendido desarrollar, es la afectación individual y la transformación que conllevan los cambios religiosos. En este sentido, las corrientes de pensamiento renovador en lo religioso y el influjo de la secularización debido a la Ilustración, generaron una conciencia nueva que causó en Gibbon un impulso particular en su escritura: mostrarse racional en sus creencias personales.

2.1.1. Cuestiones religiosas

Se trata de un lugar común y a veces superficial la expresión “un hombre de su tiempo”, sin embargo, en el caso de Gibbon me parece necesario recurrir a ella, porque me permite explicar algunas de las ideas que tuvo sobre la religiosidad y sobre el entorno en el que vivió; ya que como he comentado, Gibbon vivió y fue influenciado por la Ilustración. En el plano historiográfico esto

se tradujo en la comprensión de la historia como un proceso de cambio en la humanidad que debía alejarse de la explicación providencial, misma que había regido la comprensión del devenir histórico desde el siglo V. Es decir, el impulso de la Ilustración como confianza en la razón, se alejaba de forma casi automática de la explicación providencial en la que Dios sería el “arquitecto” del devenir histórico. Lo que tenía que buscarse era —en contraposición— no una progresión providencial, sino una explicación racional. Frente a este contexto y ante su propia educación “europeizada”, Gibbon pretendió explicar racionalmente la caída del Imperio romano, de tal suerte que la razón que encontró fue la religión.

Gibbon tuvo una vida marcada por los conflictos religiosos de su entorno y en mi lectura a su obra *Memorias de mi vida*, corroboré cómo el peso de sus procesos espirituales se correspondieron con el desarrollo de su pensamiento y la escritura de su obra. En su infancia, a decir del propio Gibbon, se caracterizó por su constitución débil y el peligro constante en el que estaba su vida, ejemplificando el temor por su muerte con la noticia de que su padre utilizó el mismo nombre para bautizar a sus cinco hermanos.³⁵¹ Lo interesante fue que todos sus hermanos fallecieron y de acuerdo con el historiador, gracias a los cuidados de su tía, él logró sobrevivir la niñez. Sin embargo, pasó sus primeros años en casa debido a sus enfermedades, lo que incluso provocó su salida del colegio, haciendo que su educación fuera diferente a la acostumbrada para su época y tipo de familia.

Con dieciséis años, su padre lo envió a Oxford, época que Gibbon recordaba como una pérdida de tiempo, pues criticaba la manera en que los estudiantes eran encomendados a los profesores y la poca guía académica que recibió.³⁵² En este sentido, pese a ser un requisito ser protestante anglicano para ser admitido en la institución, Gibbon usó su tiempo ociosamente,

³⁵¹ Edward Gibbon, *Memorias de mi vida*, trads. Néstor Fraile, *et al.*, Barcelona, Alba, 2003, pp. 47-48.

³⁵² *Ibidem*, p. 82.

viajando, bebiendo, jugando y gastando su dinero, ante la falta de estudio que encontró en la universidad. Ante estas acciones resulta interesante que fue entonces cuando tuvo un acercamiento a la lectura de textos sagrados y de textos católicos; debido a su gusto y capacidad lectora, así como la admiración que sintió por los padres católicos, Gibbon decidió convertirse al catolicismo.³⁵³ La fe que sintió, tal como él la describió, lo llevó a involucrarse con grupúsculos católicos secretos en Inglaterra, pues no era una religión bien vista y para quien evangelizara resultaba incluso peligrosa.³⁵⁴

Su padre, molesto y temeroso ante el fracaso de su hijo en la universidad y su anunciada conversión a la religión católica decidió enviarlo a Lausana, Suiza a estudiar con un ministro calvinista encomendado con la tarea de borrar sus ideas católicas. Su estancia en Europa continental aunque contrastante con su vida universitaria resultó en conjunto positiva para las intenciones de su padre, pero sobre todo para Gibbon, quien volvió al protestantismo de manera oficial pero principalmente encontró lo que no había obtenido en ningún otro lugar, disciplina para el estudio, aprender historia y tener contacto con ideas filosóficas del momento; así desarrolló un pensamiento racional-ilustrado.

De los episodios comentados en la vida de Gibbon quiero rescatar dos cuestiones que me parecen fundamentales: en primer lugar, la influencia que la lectura podía tener en él. No quiero decir con esto que considero que Gibbon fuera un hombre carente de crítica y se dejara convencer por lo que leía, más bien creo relevante señalar que leía con tal dedicación que la palabra tenía un

³⁵³ Duncan S. Ferguson, "Historical Understanding and the Enlightenment: Edward Gibbon on Christianity" en *Historical Magazine of the Protestant Episcopal Church*, diciembre 1983, vol. 52, no. 4, pp. 391-403. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/42973981> (último acceso 03/11/22)

³⁵⁴ "Tan pronto como me decanté por mi nueva religión, decidí declararme católico. La juventud es sincera e impetuosa, y un brillo momentáneo de entusiasmo me había elevado por encima de toda consideración temporal. Los protestantes celosos, que responderían de buen grado con persecución, claman contra el aumento del papismo, y siempre les quedan fuerzas para clamar en contra de que se tolere a los sacerdotes y jesuitas que pervierten a tantos súbditos de Su Majestad y los alejan de su religión y lealtad." Gibbon, *op. cit.*, p. 99.

fuerte efecto en él. En segundo lugar, la convicción religiosa de Gibbon dio un vuelco, se acercó y alejó del catolicismo, pero a consecuencia de esto se asió a la idea antirreligiosa de tal forma que cayó en el extremo de ver en las religiones la causa de todo mal, lo cual a su entender hacía que todo el actuar desde la religiosidad fuera inferior.

Irónicamente, o al menos tal como lo planteó Barlow en su valoración sobre Juliano a los ojos de Gibbon, este último se habría esforzado tanto por mostrarse imparcial con el primero, que en realidad habría terminado por ser injusto.³⁵⁵ Al respecto de esto quiero retomar dos aspectos que se corresponden con lo que mencioné anteriormente: Gibbon se guió por Amiano Marcelino, incluso abrevando de su admiración por el joven emperador, sin embargo, el impulso de su propia circunstancia y objetivos de su obra lo llevó a tratar de ser crítico con el actuar de Juliano, llegando en algunas ocasiones al punto de ser demasiado duro con sus juicios. En segundo lugar, y este es el punto al que pretendo llegar al final del acercamiento historiográfico, los conflictos internos y externos en las creencias religiosas, son inherentes a los estudios sobre Juliano. Es decir, tal pareciera que la valoración sobre Juliano y su análisis, están intrínsecamente ligados al estudio de la religiosidad que le envolvió a él y a quien lo estudie. Por esto –y quiero enfatizar este punto– pienso que no es casual el interés que Juliano despertó en el siglo XX, un siglo de crisis religiosa.

No es objetivo de este trabajo ahondar en esa cuestión, pero sí resulta necesario puntualizar a qué me refiero calificando al siglo XX como un siglo de crisis religiosa. Por las condiciones socio-políticas y geográficas del siglo pasado, así como las reconfiguraciones que se generaron a raíz de los grandes conflictos bélicos, sumado a las transformaciones culturales y la aceleración de los medios de comunicación, considero que la religiosidad entró en crisis en al menos tres dimensiones. La primera, y es imposible obviar este hecho, el cariz religioso de la

³⁵⁵ J.W. Barlow, “Gibbon and Julian”, en *Hermathena*, vol. 3, no. 5, Dublin, Trinity College Dublin, 1877, pp. 142-159. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/23036418> (último acceso 03/11/22)

Segunda Guerra Mundial. El punto de quiebre que representó el Holocausto trastocó la forma de comprender la religiosidad desde la política, la economía y la cultura, con consecuencias que aún siguen en desarrollo.³⁵⁶

En segundo lugar, la influencia que las corporaciones religiosas tenían y los procesos mediante los cuales operaban han ido perdiendo presencia y fuerza. Me parece imposible negar que la Iglesia católica ha perdido adeptos a consecuencia de los movimientos de liberación femenina y sexual, así como por la culminación del proceso de separación de la Iglesia y el Estado iniciado con la Ilustración. Es importante señalar que el debilitamiento de las Iglesias –en tanto que corporaciones religiosas– no necesariamente implica la pérdida de espiritualidad y religiosidad, sin embargo, lo contemplo como una dimensión de crisis, puesto que el cambio en la comprensión de las formas de la práctica religiosa sí lleva a una revaloración y cuestionamiento que el papel de las Iglesias en los siglos previos.

Por último, y en el centro de la cuestión, la dimensión individual de la espiritualidad. Una de las motivaciones principales para la realización de esta investigación fue el estudio del fenómeno religioso y de forma particular la experiencia de fe que pueden tener los sujetos. Con base en eso y tomando como propuesta una idea de Franz Cumont, he identificado un paralelismo entre el siglo IV y el siglo XX.³⁵⁷ A consecuencia de varios procesos (revolución industrial, corrientes marxistas, optimismo por el futuro, Primera Guerra Mundial, Revolución rusa, etc.) las primeras décadas del siglo XX, conllevaron un profundo desencanto que llevó al cuestionamiento

³⁵⁶ Puntualmente la formación del Estado de Israel y el desplazamiento palestino que, si bien responde a una serie de intereses que no son tema de esta investigación, sí resuenan como ejemplo de la profundidad en el impacto de los conflictos religiosos.

³⁵⁷ Franz Cumont, “Una gran conquista religiosa, [...] no se explica más que por causas morales [*la razón es, que*] siempre se acabará en una serie de conversiones individuales, la misteriosa adhesión de los espíritus es debida tanto a la reflexión como a la acción prolongada inconsciente de las confusas aspiraciones que provocan la fe. La oscura gestación de un nuevo ideal se lleva a cabo en las angustias, y las luchas internas [...]”, *Las religiones orientales y el paganismo romano*, trad. José Carlos Bermejo Barrera, Madrid, Akal, 1987, pp. 35-36.

de las bases del mundo conocido. Entre estos pilares se encontraba la base cristiana de los países occidentales.

Con estas valoraciones no pretendo sugerir que la religiosidad haya perdido importancia para la humanidad, baste observar la cantidad de grupos religiosos, sectas, parareligiones y movimientos *new age* que se han venido desarrollando desde el siglo pasado;³⁵⁸ así como los movimientos democratizadores dentro del cristianismo, los despertares religiosos e incluso el renovado fanatismo entre algunos practicantes. Es decir, me parece que el fenómeno de fe de los sujetos no ha perdido relevancia, pero sí ha sufrido transformaciones que en tanto que búsqueda de respuesta espiritual ante las transformaciones contextuales, me parecen equiparables a las vividos en el siglo IV. Tampoco pretendo de ninguna manera decir que sólo los siglos IV y XX hayan sido momentos de crisis religiosa, por el contrario mi postura es que la espiritualidad personal es un proceso de crisis atemporal, repetitivo y universal, que cada uno atraviesa de distintos modos. Desafortunadamente, es imposible estudiar los cambios a nivel personal que vive un sujeto en cuanto a su religiosidad, lo que sí se puede analizar, son los vestigios que dejan estos procesos.

Esos vestigios, en el caso de Gibbon, resaltaron en los giros de su obra –crítica exacerbada a lo religioso, admiración por Juliano, crítica injusta al emperador–. Por lo tanto, lo que quiero señalar, y volveré sobre esta cuestión más adelante, es que es notorio que, en momentos de crisis religiosa, Juliano ha cobrado cierta relevancia como objeto de estudio. Por lo pronto, con todo lo expuesto en este apartado no parece extraño el lugar que ocupa Gibbon en los estudios julianos,

³⁵⁸ De acuerdo con Christopher Partridge, los Nuevos Movimientos Religiosos son: religiones privadas, que no claman una verdad absoluta, se adaptan a las condiciones sociales y culturales, no requieren devoción a un líder, ni insisten en la autoridad de alguna escritura. “Alternative spiritualities, new religions and the reenchantment of the west”, en *The Oxford Handbook of New Religious Movements*, ed. James R. Lewis, Oxford, Oxford University Press, 2004.

pero tal como he mencionado, este es sólo uno de los autores fundamentales para los historiadores contemporáneos, del otro, Joseph Bidez, hablaré a continuación.

2.2. Joseph Bidez, el cambio hermenéutico en la vida del “apóstata”

Joseph Bidez fue un reconocido filólogo e historiador belga que se dedicó principalmente al estudio de la Antigüedad tardía. Debido a su trabajo como traductor de la obra de Juliano y la investigación que llevó a cabo, en 1930 publicó el que a la fecha se sigue considerando el máximo trabajo biográfico del emperador. Esta distinción tiene que ver con su rigurosidad académica y el uso de fuentes que hizo; la obra original, *La vie de l'empereur Julien*, se publicó en 1930 por la *Société d'édition Les Belles Lettres* en París. Bidez elaboró su obra con base en las fuentes antiguas que se han retomado para este estudio, pero también conoció las investigaciones de Franz Cumont y Norman Baynes, entre otros investigadores sobre Juliano. La característica fundamental que distingue aún en nuestros días la biografía del estudioso belga es la erudición de su obra. Como ejemplo, me parece relevante y sintomático de su valoración el que se haya reeditado la obra en 2012 por la misma editorial francesa, y aún más significativo que se haya publicado en español por primera vez en el año 2018,³⁵⁹ hecho que además incide con la hipótesis del presente trabajo: la cuestión de Juliano como tema en boga en ciertos ámbitos académicos.

Desde luego que Bidez conoció la obra de Gibbon, pero ya desde ese momento replanteó su lectura al manejarla como parte del estado de la cuestión y no como un pilar fundamental en el estudio del emperador. Tal como se puede ver en su lectura, no es que Gibbon y Bidez estuviesen enfrentados, o tuvieran un manejo de fuentes distinto; incluso, ambos usaron las mismas fuentes que de hecho son a las que se acercan los estudiosos contemporáneos y yo misma para la

³⁵⁹ Joseph Bidez, trad. Roberto Sixto Blanco, *La vida del emperador Juliano*, Madrid, Editorial Sinderésis, 2018, 300 p. (Colección Biblioteca de Humanidades Salamanticensis)

elaboración del presente trabajo. Pero el punto de separación y que ha marcado la diferencia en los estudios sobre Juliano, ha tenido que ver con la línea interpretativa que cada autor siguió y los objetivos que tuvo para hacerlo.

Joseph Marie Auguste Bidez nació en 1867 y murió en 1945, como en el caso de Gibbon su vida estuvo marcada por procesos de transformación social y cultural, incluidas las escuelas de pensamiento; realizó la mayor parte de su carrera profesional en la Universidad de Gante, en donde obtuvo su doctorado, para después dedicarse a la docencia y la investigación. Sus trabajos conjuntos con grandes estudiosos de la historia antigua y medieval como Pierre Cumont y Henri Pirenne, lo posicionaron como uno de los historiadores más importantes de ese país. Su periodo más productivo en publicaciones fueron las décadas de entreguerras,³⁶⁰ de lo cual quiero rescatar el elemento que ya mencionaba en el apartado anterior: no me parece casual que la obra que a la fecha sigue siendo considerada la más relevante sobre Juliano se inserte en un periodo en el que se jugaron procesos de crisis/desarrollo intelectual, social, económico y espiritual.

Aunque en el caso de Bidez no he podido encontrar noticia sobre sus creencias religiosas o si sufrió alguna crisis personal de fe, me parece evidente que el ambiente general invitaba a la crisis y al desasosiego. Sin embargo, y esto me pareció necesario mencionarlo también, entre los testimonios parte del homenaje póstumo que le dedicó la Academia Belga de la Historia, se le describió como un hombre de gran optimismo, incluso durante la ocupación alemana de Bélgica en la Segunda Guerra Mundial, periodo coincidente con su enfermedad y muerte. Este optimismo por el futuro y su compromiso con la obtención de la verdad por medio del saber sugiere, a su vez, puntos de encuentro con la personalidad del propio Juliano.

³⁶⁰ Con motivo de la muerte de Bidez, la Academia de la historia belga realizó una obra biográfica conmemorativa y dedicada uno de sus miembros fundadores. *Notice sur Joseph Bidez*, www.academieroyale.be.

En palabras de Dodds sobre las investigaciones de Bidez: “De este período decía Joseph Bidez que ‘los hombres dejaron de observar el mundo exterior y de intentar comprenderlo, utilizarlo o mejorarlo. Se sentían impulsados a replegarse sobre sí mismos. [...] La idea de la belleza de los cielos y del mundo pasó de moda y fue reemplazada por la del infinito’”.³⁶¹ Me parece en este sentido, y retomo lo planteado por el propio Dodds, que no es casual la elección de ciertos periodos de estudio o la relación con ciertos personajes, parece necesario que Bidez tuviera una comprensión empática con los sujetos de ese periodo y desde luego con Juliano, para la comprensión de sus procesos y la reconstrucción de los hechos que vivieron.

Las investigaciones de Bidez lo llevaron en principio al estudio de la historia de la ciencia, una de sus principales preocupaciones, a decir de su amigo y colega Cumont, siempre fue la búsqueda del saber en todas sus formas. De ahí, se interesó en el estudio del helenismo bajo la concepción de que de los griegos se había obtenido la más grande muestra del conocimiento en la antigüedad en todas sus áreas. Por medio de la traducción, comentario y reconstrucción histórica de este periodo, se decantó por los estudios más especializados en personajes de los que se hizo autoridad como Sozómeno y Jámblico, pero fue gracias a su interés por el neoplatonismo, que se interesó por el estudio de Juliano.

La cuestión fundamental con los estudios que Bidez hizo sobre Juliano tiene que ver con la erudición que dedicó a la traducción de sus escritos, la contrastación de fuentes, pero sobre todo una valoración de conjunto de la vida del emperador. Por su experiencia estudiando a otros sujetos, Bidez tenía una visión muy particular sobre la vida desde el punto de vista histórico-biográfico. La interpretación de los hechos, así como de las fuentes, permitió que reconstruyera de manera narrativa la biografía del emperador de tal forma que trascendiera sus hazañas y fracasos y se

³⁶¹ Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, p. 24.

pudiera percibir al hombre. Esto es lo que he llamado un cambio hermenéutico, pues las obras más actuales contemplan la base de Bidez a partir de la cual profundizan en sus propias líneas de investigación, por lo cual lejos de cerrar el tema al haber creado una biografía tan lúcida, precisamente abrió la posibilidad de dar seguimiento a dilemas interpretativos, algunos de los cuales he hablado ya.

Como he buscado señalar, hay varios elementos que hacen de Juliano una figura atractiva para sus estudiosos. En primer lugar, su fugacidad como emperador. Esto incluye su vida y la improbabilidad que tenía de llegar a ser gobernante, pero también sus características ya en el mando imperial: el tiempo que dedicaba a reformar, la atención que ponía a los problemas regionales del Imperio, su proyecto religioso y su rechazo por la Corte y aparato de gobierno construido por su familia. En segundo lugar, su obra. El tiempo y energía que dedicó a escribir, así como el hecho de que tengamos acceso a su lectura. En tercer lugar, ser un sujeto en crisis religiosa. Hecho con el cual, muchos de sus estudiosos se han podido identificar. Y finalmente, su muerte, la pregunta sobre su proyecto y promesa, en una palabra, la incompletud.

A manera de conclusión

En los capítulos anteriores y hasta este punto en el análisis, he expuesto las construcciones narrativas en torno a la vida de Juliano, sus creencias, sus prácticas, sus proyectos y sus fracasos; resulta interesante resaltar que llegados al momento de su muerte, es en realidad dónde podemos ubicar el comienzo de la propagación de noticias, historias y leyendas que lo han hecho el foco central de esta investigación; es decir, dadas las condiciones de la muerte de Juliano es que se convirtió en un personaje histórico ya para sus contemporáneos y hasta nuestros días.

Como se pudo notar, la cuestión religiosa fue la constante que atravesó el camino recorrido, desde la reconstrucción histórica del contexto en el que Juliano nació; siguiendo su vida en el recuento biográfico, con el análisis de sus obras y sobre todo, ya entrados en los dilemas historiográficos que busqué enunciar hacia el final del presente trabajo. En este sentido, la expectativa sería que la pregunta sobre ¿cómo la construcción discursiva de la representación histórico-historiográfica de Juliano “el apóstata” ha resultado de la preocupación religiosa-espiritual de los estudiosos según la época y corrientes historiográficas?, haya sido respondida. Sin embargo, conviene ahondar en la construcción de dichas respuestas.

Una primer indicio, que resulta obvio pero merece ser nombrado, responde al objeto de la Historia misma como disciplina, en tanto que la mirada del historiador siga teniendo objetivos nuevos y plantee preguntas desde distintos ángulos, un mismo objeto debe seguir siendo estudiado. Esta obviedad se subsana y se torna relevante ya que tal como quise mostrar en el caso específico de Juliano, las motivaciones para seguir preguntando sobre él están intrínsecamente ligadas al contexto y experiencias religiosas de los estudiosos del tema. En este sentido, Juliano como objeto de estudio resulta idóneo porque en las transformaciones complejas que se han vivido en estos quince siglos su valoración ha cambiado, de héroe a villano, a hombre incomprendido y sujeto

trágico, así como ha sido visto desde todas las fuentes disponibles. De este elemento se sigue una segunda respuesta, debido a la cantidad de fuentes disponibles que tenemos, Juliano es un objeto de estudio atractivo pues admite interpretaciones diversas. Como quise mostrar en el capítulo III, la propia obra de Juliano es un objeto de estudio invaluable para seguir su pensamiento y motivaciones como autor. El análisis hecho en esta investigación correspondió a la visión de Juliano al aportar datos autobiográficos, defenderse y hacer política, así como explorar sus capacidades filosóficas y retóricas. Pero el tratamiento a su obra desde una perspectiva no historiográfica sino histórica, en tanto que fuente de datos, contexto, nombres, etc. es en sí misma una razón para considerarlo un autor de la Antigüedad tardía merecedor de ser estudiado.

Retomando entonces la cuestión historiográfica es pertinente señalar que la noción de tomar las obras con base en su intención testimonial permitió un acercamiento historiográfico que en conjunto permitiera que esa comparación se diera en el sentido de la valoración de las obras. Mi objetivo no fue como el de algunos autores revisados –Athanassiadi y Smith, por ejemplo– concentrarme sólo en un elemento, y con base en ello realizar mi estudio, por el contrario, más que sólo centrarme en la cuestión intelectual, o en mi caso religiosa, la base comparativa devino de los lugares comunes y los desencuentros que se han generado sobre el personaje a la luz de la atención que ha llamado en épocas recientes. Con todo esto quiero decir que si bien el interés por Juliano deviene de una experiencia religiosa en tanto que preocupación histórica, también constituye un objeto de debate por las inconsistencias existentes en la construcción discursiva de su representación como sujeto histórico y como tema de desarrollo historiográfico.

Sobre las fuentes, como este trabajo priorizó un análisis de la construcción discursiva a partir de la historiografía, no entré al estudio desde las representaciones pictóricas o numismático, que podrían arrojar otras perspectivas; deuda que queda a esta investigación y que seguramente

convendría al pensar en la visión que sobre Juliano tuvo la sociedad en la que vivió. Cuestión que no fue tratada aquí pero representa toda una oportunidad de exploración investigativa, pues tomando en cuenta la importancia de Juliano en el ámbito académico convendría preguntarse qué tan significativo fue el Juliano histórico, incidiendo en su contexto y ante los conflictos que presentó con sus gobernados, para ejemplo, baste mencionar el caso de Antioquía tratado en los capítulos II y III.

Volviendo a la pregunta rectora y en un segundo plano de respuesta, podría apuntar la naturaleza del comportamiento académico, es decir, de algún modo es innegable que si una investigación resalta, algunas más le siguen y se genera una deseable discusión al respecto. Pero sobre esto, mi propuesta tiene que ver con las motivaciones internas de quién estudia a Juliano como sujeto. Si bien considero que a todas luces se ve el foco de atención que Juliano ha sido en las décadas recientes, –sobre todo para los historiadores ingleses–, anterior a ello me parece evidente que en algunos autores mencionados: desde luego Juliano, Gibbon, Bidez –y yo misma– el conflicto religioso interno es una motivación. A este respecto me atrevo a plantear que tal como Dodds lo postuló, todo aquel que estudia un tema religioso, debe en primera instancia partir de una curiosidad espiritual interna. Y Juliano como sujeto religioso, es un verdadero caso ejemplar.

Tal como quise puntualizar en varios momentos, conocer fehacientemente cuáles eran sus creencias o cómo vivió su espiritualidad, es absolutamente imposible. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que Juliano fue un hombre convencido de la existencia de los dioses y más importante que todo, un fanático de la cultura helenística que él visualizaba como una simbiosis de religiosidad y filosofía, tal como quise demostrar con el recorrido explicativo de su obra. En ese mismo sentido, me parece pertinente señalar que desde mi visión, por esos conflictos internos en el emperador, y con el atrevimiento de aseverar más allá de la comprobación, Juliano fue un sujeto angustiado, por

su religiosidad, por su filosofía, por su contexto y por su Imperio. Lo cual me parece que ha sido elemental en la construcción histórica del siglo IV, y en consecuencia desde una visión pagana de la historia –Amiano Marcelino y Zósimo–, la vida del emperador puede ser una metáfora del siglo, lleno de transformaciones y culminando con el fin del paganismo institucional.

Pero aunado a esto, la historia de Juliano, su persona, sus creencias, pensamiento y proyectos, generan una serie de preguntas que se plantean en el origen mismo de la construcción de nuestra contemporaneidad. Es decir, Juliano representa el último aliento o impulso que buscó revertir el proceso de cristianización, proceso que ha constituido y sustentado a nuestro mundo occidental por más de un milenio. Ante esta magnitud, plantear la pregunta qué hubiera pasado si..., resulta irresistible incluso para el comprometido estudioso de los hechos. Este placer culposo de jugar con los posibles escenarios en los que el héroe caído hubiese resultado victorioso, responden también a nuestra fascinación humana por los proyectos inconclusos. Por las vidas interrumpidas y por las causas pérdidas.

Sin embargo, Juliano fracasó. No hay forma de rebatir esta conclusión, sus cálculos fallaron, el proceso de cristianización estaba mucho más establecido de lo que él alcanzó a comprender. Su proyecto no podía funcionar, los paganos o practicantes de la religión antigua, carecían de una dimensión emocional que los conectara como sujetos con las deidades. La filosofía y el neoplatonismo como doctrina eran inaccesibles para la mayoría y el Imperio mismo estaba viviendo un proceso de provincialización muy lejana de una construcción nacionalista. Y en un sentido más interno, el sistema organizacional de la Iglesia cristiana dotaba de sensibilidad, sentido, apoyo y comunidad a los sujetos que vivían la decadencia material de su entorno. En última instancia, Juliano fue el último aliento de la religiosidad antigua porque fue uno de los últimos hombres convencidos de un sistema en su fase final.

Cabe entonces recuperar las otras preguntas planteadas, mismas que correspondieron a la justificación de la investigación: ¿por qué pasados quince siglos de la vida de Juliano se sigue escribiendo sobre él? Y finalmente, ¿qué se puede decir que no haya sido dicho ya? Tal como quise mostrar en el capítulo IV, los paradigmas explicativos por más que sustenten la base de análisis no terminan por resolver las interrogantes de una figura que ha sido construida con distintos fines. Así, los dilemas en torno a su vida, el uso de las fuentes antiguas, las opacidades del razonamiento detrás de las decisiones que tomó y de su relación con su familia, en especial su primo, su carácter atípico para un emperador y una serie de circunstancias inconclusas como su proyecto religioso, la guerra persa y sus reformas imperiales, generan una serie de cuestiones que para los estudiosos de ese proceso de “caída” del Imperio siguen poniendo un punto de partida para nuevas investigaciones.

Pero además, el paralelismo con el siglo XX, si bien es imposible pensar que sólo el siglo IV y el siglo XX hayan sido de crisis; sí quiero resaltar una vez más la cuestión de la espiritualidad en transformación, con el énfasis de que devino de un enfoque institucional. De ninguna manera, me atrevería a decir que la historia de la Iglesia cristiana ha sido sencilla, coherente, lineal, progresiva, o cualquier otro adjetivo que pudiera contraponerse al concepto de crisis. En este sentido, lo que quiero señalar en este recuento conclusivo es que el paralelismo lo ubico en la sensación de un cambio de sistema de creencias en el entorno. Lo cual me lleva nuevamente a plantear la idea de que los sujetos envueltos en cuestionamientos religiosos tornan su mirada a personajes del pasado con una experiencia similar.

En un plano personal así fue y mis curiosidades investigativas en torno a la religiosidad se han visto satisfechas por ahora, no así la problemática de la construcción narrativa de los personajes y épocas aquí enfrentadas. Será labor futura plantear cuestionamientos que busquen dar

respuesta a cómo las sociedades buscan recrear y explicar su presente en función de la reconstrucción histórica del pasado, en el sentido de que narran el pasado en clave correlacional con el presente. Quizá desde esa perspectiva se entienda aún más que la angustia de los siglos XX-XXI haya permeado la narración histórica del siglo IV. O incluso, podría significar que la historiografía actual no ha logrado romper del todo con la tradición latina que entendió la historia en tanto que acontecimientos contemporáneos.

Aunque nuevamente podría resaltarse como obvia la naturalidad de estudiar procesos de crisis por resultar interesantes, me parece que la cuestión es mucho más profunda que eso. No es solamente acercarnos al análisis de crisis por su atracción, es la búsqueda profunda de comprensión correlacional entre las crisis actuales con las pasadas. De ninguna manera me suscribo a la idea de la historia como *magistra vitae*, pues me parece que pensarla así, reduciría a la propia historia a nuestra limitada capacidad de comprensión y experimentación del mundo que nos conforma. Más bien, entiendo la búsqueda de procesos pasados paralelos a los contemporáneos como una forma de ampliar esas limitantes y ahondar en las complejidades de dichas crisis.

Sobre la cuestión última de qué queda decir acerca de Juliano, mi respuesta provisional sería que los historiadores interesados podremos seguir intentando comprender y explicar la convicción de un hombre que desde cualquier perspectiva desentonó: ya como emperador, ya como filósofo, como pagano, como cristiano, e incluso como romano; pero cuya convicción y fuerza espiritual sigue resonando en la vida interior de los sujetos que estudian a otros sujetos, es decir, el historiador al tener como objeto de estudio al hombre mismo y su actuar en el pasado no puede evitar evocar la espiritualidad subyacente en dicho actuar. Y al seguir la historiografía, como escritos sobre el pasado y objeto mismo de tales estudios, no podría ser otra cosa que el resultado

final de un cuestionamiento personal sobre estos conflictos y experiencias. Para muestra, esta investigación.

Apéndice I. Cronología

23/02/303	Inicio de la persecución de cristianos por Diocleciano
25/07/306	Muerte de Constancio I y proclamación como <i>augusto</i> en York de su hijo Constantino
Verano de 310	Constantino toma de nuevo el título de <i>augusto</i>
30/04/311	Publicación del edicto de tolerancia de que pone fin a la persecución de los cristianos
Enero/febrero 313	Acuerdos de Milán entre los augustos Licinio y Constantino (llamado Edicto de Milán) sobre libertad religiosa y restitución de bienes a la Iglesia
20/05-19/06/325	I Concilio Ecuménico de Nicea
11/05/330	Consagración de Constantinopla como segunda capital del Imperio
mayo/junio 331	Nacimiento de Juliano
25/05/337	Muerte del emperador Constantino
09/09/337	Proclamación de los tres hijos del emperador Constantino, Constantino II, Constante I y Constancio II, como augustos
Finales de 337	Asesinato de los miembros de la familia de Juliano, incluido su padre
338-342	Juliano es puesto bajo la tutela del obispo Eusebio. Estudios en casa y asistencia a clases en Constantinopla
341	El emperador Constancio prohíbe los sacrificios paganos
342-348	Estancia forzosa de Juliano en los dominios imperiales de Macellum, Capadocia (junto con su hermano Galo)
348/49-354	Juliano estudia en Constantinopla, Pérgamo y Éfeso, sobre todo con filósofos neoplatónicos
18/01/350	Usurpación de Magnencio en las Galias
15/03/350 Baynes lo situó el 351*	Elevación de Galo a la dignidad de <i>caesar</i> de Oriente
350-353	El emperador Constancio combate al usurpador Magnencio
351	Juliano abraza secretamente el paganismo
18/08/353	Muerte de Magnencio

23/11/353	Prohibición de los sacrificios nocturnos
Finales de 354	Destitución y ejecución del César Galo
01/12/354	Cierre de los templos paganos
enero-agosto 355	Juliano en la corte imperial de Milán
11/08-07/09/355	Usurpación de Silvano en las Galias
agosto-octubre 355	Juliano estudia en Atenas
06/11/355	Nombramiento de Juliano como César en las Galias
19/02/356	Constancio prohíbe bajo pena de muerte, en su nombre y en el de Juliano, los sacrificios paganos
356-360	Juliano combate contra los alamanes y los francos en el Rin
Verano de 357	Victoria sobre los alamanes en la batalla de Estrasburgo
359	Reanudación de la ofensiva persa en el norte de Mesopotamia. Caída de Amida y Singara
febrero-marzo 360	Las tropas galas destinadas al frente oriental proclaman a Augusto a Juliano
06/11/360	Juliano celebra en Vienne el quinto aniversario de su mandato
Verano de 361	Juliano ocupa las provincias balcánicas
03/11/361	Muerte de Constancio, en su marcha hacia Occidente, en Tarso de Cilicia. El ejército oriental reconoce a Juliano como sucesor
noviembre-diciembre 361	Juliano reanuda oficialmente el culto a los dioses y promulga un edicto de tolerancia y restitución a favor del culto pagano y de las comunidades cristianas perseguidas por Constancio como heréticas
13/03/362	Leyes municipales de Juliano
mayo-julio 362	Viaje de Juliano a través de Asia Menor
17/06/362	Edicto sobre los profesores de retórica que excluye a los cristianos de la docencia en los centros de estudios superiores
362/363	Juliano crea una organización eclesiástica pagana y redacta escritos teológicos
18/07/362-04/03/363	Juliano en Antioquía

05/03-26/06/363	Campaña persa en Mesopotamia
26/06/363	Juliano es herido y muere en Maranga (Mesopotamia)

Fuentes consultadas

I. Obras antiguas

Amiano Marcelino, *Historia*, Edición de María Luisa Harto Trujillo, Madrid, Ediciones Akal, 2002, 971 p.

Anón., Vales., *Origo Constantini Imperatoris*, Comentario, traducción y notas I. Lasala Navarro y M. P. López Hernando, Aragón, Universidad de Sevilla, 2007, pp. 271-285.

Dión Casio, *Historia romana*, Intr., traducción y notas Pedro Oliver Segura, Madrid, Gredos, 2011, 256 p. (Biblioteca Clásica, núm. 395).

Eunapio, *Vida de filósofos y sofistas*, Traducción, prólogo y notas por Francisco de P. Samaranch, Buenos Aires, Aguilar, 1975, 166 p.

Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, Intr., traducción. y notas Martín Gurruchaga, Madrid, Gredos, 1994, 423 p. (Biblioteca Clásica).

Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica. La formación de la Iglesia desde el siglo I hasta el siglo III*, Traducción George Grayling, Barcelona, Editorial Clie, 2008, 369 p.

Eutropio, *Breviario*, y Aurelio Víctor, *Libro de los cesares*, Trad, edición y notas Emma Falque, Madrid, Gredos, 2008, 262 p. (Biblioteca Clásica, núm. 261).

Flavio Josefo, *Autobiografía/Contra Apión*, Trad. y notas Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Madrid, Gredos, 2001, 198 p. (Biblioteca Clásica, núm. 189).

Julian, *Orations 1-5, (Vol. 1)*, Trad. Wilmer Cave Wright, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1913, 507 p. (Loeb Classical Library 13).

-----, *Orations 6-8, Letters to Themistius, To the Senate and People of Athens, To a Priest. The Caesars. Misopogon (Vol. 2)*, Trad. Wilmer Cave Wright, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press 1913, 528 p. (Loeb Classical Library 29).

- , *Letters. Epigrams. Against the Galilaeans. Fragments (Vol. 3)*, Trad. Wilmer Cave Wright, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1923, 528 p. (Loeb Classical Library 157).
- Juliano, Flavio Claudio, *Discursos I*, Trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1979, 350 p. (Biblioteca Clásica, núm. 17).
- , *Discursos II*, Trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1987, 286 p. (Biblioteca Clásica, núm. 45).
- , *Contra los galileos, fragmentos y cartas*, Trad. y notas, José García Blanco, Madrid, Gredos, 1987, 228 p. (Biblioteca Clásica, núm. 47).
- Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, Trad. y notas Ramón Teja, Madrid, Gredos, 1982, 221 p. (Biblioteca Clásica, núm. 46).
- Libanio, *Discursos I, Autobiografía*, Trad. Intr. y notas de Antonio Melero Bellido, Madrid, Gredos, 2001, 229 p. (Biblioteca Clásica, núm. 290).
- , *Discursos III (discursos Julianos)*, Introducción, trad. y notas, Ángel González Gálvez, Madrid, Gredos, 2001, 410 p. (Biblioteca Clásica, núm. 293).
- Símaco, *Informes y discursos*, Introducción, trad. y notas José Antonio Valdés, Madrid, Gredos, 2003, 250 p. (Biblioteca Clásica, núm. 315).
- Suetonio, *Vidas de los doce césares*, I, 45, 1-2. Trad. Rosa Ma. Agudo Cobas, Madrid, Gredos, 1992, 365 p. (Biblioteca Clásica, núm. 167).
- Trebelio Polión, *Historia Augusta*, Edición de Vicente Picón y Antonio Cascón, Madrid, Akal, 1989, 784 p.
- Platón, *Diálogos VI, Filebo, Timeo, Critias*, Intr. traducción y notas Ma. Ángeles Durán y Francisco Lisi, Madrid, Gredos, 1992; 297 p. (Biblioteca Clásica, núm. 160)

Zósimo, *Nueva Historia*, Intr. traducción y notas de José María Candau, Madrid, Gredos, 1992, 242 p. (Biblioteca Clásica, núm. 174)

II. Bibliografía

Álvarez, Dulce Estefanía, “El panegírico poético latino a partir de Augusto: algunas calas”, en *Myrtia*, no. 13, 1998, pp. 151-175.

Athanassiadi, Polymnia, *Julian. An Intellectual Biography*, Nueva York, Routledge, 1992, 249 p.

Barrow, Reginald Haynes, *Los romanos*, Trad. Margarita Villegas, México, FCE, 1992, 226 p. (Breviarios, núm. 38)

Baker, Simon, *Roma: auge y caída de un imperio*, Prólogo Mary Beard, Trad. María Luz García de la Hoz, Barcelona, Ariel, 2007, 325 p.

Beristain, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Editorial Porrúa, 2000, 510 p.

Bidez, Joseph, *La vida del Emperador Juliano*, Trad. Roberto Sixto Blanco, Madrid, Editorial Sinderésis, 2018, 300 p.

Bravo, Castañeda, Gonzalo, “¿Otro mito historiográfico? La crisis del siglo III y sus términos en el nuevo debate?”, en *Studia Historica: Historia Antigua*, núm. 30, 2012.

Bowersock, G. W., *Julian the Apostate*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1978, 135 p.

Bringmann, Klaus, *Juliano*, Trad. Marciano Villanueva, Barcelona, Herder, 2006, 282 p.

Brown, Peter, *El primer milenio de la cristiandad Occidental*, Trad. Teófilo Lozoya, Barcelona, Crítica, 1997, 328 p.

- , *El mundo de la antigüedad tardía*, Trad. Antonio Piñero, Barcelona, Taurus, 1971, 267 p.
- Brox, Norbert, *Historia de la Iglesia primitiva*, Trad. Claudio Gancho, Barcelona, Herder, 1986, 264 p.
- Cameron, Averil, *The later roman empire*, Massachusetts, Harvard University Press, 1993, 238 p.
- Castellanos, Santiago, *Constantino. Crear un emperador*, Madrid, Sílex ediciones, 2010, 304 p.
- Churruga, Juan de, et al. *Cristianismo y mundo romano: nuevos estudios*, Madrid, Marcial Pons, 2009, 208 p.
- Cumont, Franz, *Las religiones orientales y el paganismo romano*, Trad. José Carlos Bermejo Barrera, Madrid, Akal, 1987, 184 p.
- Dodds, E.R., *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde la época de Marco Aurelio a Constantino*, Trad. J. Valiente Malla, Madrid, Cristiandad, 1975, 190 p. (El Libro de Bolsillo de la Cristiandad 25)
- Eco, Umberto, “Introducción” en *Decir casi lo mismo. La traducción como experiencia*, México, Lumen, 2008, 544 p.
- Eliade, Mircea, *Tratado de historia de las religiones*, Madrid, Cristiandad, 1974, 139 p.
- Feito, Fernando Romo. “El Banquete, ¿género menor de la risa?”, en *Risa y géneros menores*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2017, p. 77-92.
- Finley, F.I., *Aspectos de la antigüedad*, Trad. Antonio Pérez Ramos, Barcelona, Ariel, 1975, 283 p.

- Fontana, Josep, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, 335 p.
- Gardner, Alice, *Julian. Philosopher and emperor and the last struggle of paganism against Christianity*, Nueva York-Londres, G. P. Putnam's sons, 1895, 364 p.
- Gibbon, Edward, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano (Tomo II)*, trad. José Mor Fuentes, Madrid, Turner publicaciones, 2006, 335 p.
- , *History Of the Decline And Fall Of The Roman Empire, vol. 2*, Londres, Strahan & Cadell, 1781. 583 p.
- , *Memorias de mi vida*, trads. Néstor Fraile, et al., Barcelona, Alba, 2003, 336 p.
- Grimal, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana*, Trad. Francisco Payarols, Barcelona, Paidós, 1989, 634 p.
- Hadot, Pierre *¿Qué es la filosofía antigua?*, Traducción de Eliane Cazenave Tapie, México, FCE, 1998, 170 p.
- Kraus, C.S. & A. J. Woodman, "Introducción" en *Latin Historians*, Edinburgh, Cambridge University Press, 1997, 132 p.
- Jaeger, Werner Wilhelm, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, Trad. Elsa Cecilia Frost, México, FCE, 1965, 76 p. (Breviarios núm. 182)
- Marrou, Henri, "El Estado Romano y la Educación", en *Historia de la educación en la antigüedad*, trad. yago baraja Quiroga, Madrid, Akal, 1985, 275 p.
- Molina Ayala, José, "Teúrgia: camino de Jámblico a lo inefable", *Dianoia*, Centro de Estudios Clásicos, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, vol. 55 núm. 65, Noviembre 2010, pp. 125-149.

Morano, Ciriaca, "Historiografía latina" en *Estudios clásicos*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1979, pp. 71-96.

Momigliano, Arnaldo, "Historiografía pagana e historiografía cristiana en el siglo IV d.C." en *Ensayos de historiografía antigua y moderna*, Trad. Stella Mastrangelo, México, FCE, 1993, pp. 95-110.

Murdoch, Adrian, *The Last pagan. Julian the Apostate and the Death of the Ancient World*, Stroud, Sutton Publishing Limited, 2003, 280 p.

Otto, Rudolf, *Lo santo. Lo racional e irracional en la idea de Dios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, 143 p.

Partridge, Christopher, "Alternative spiritualities, new religions and the reenchantment of the west", en *The Oxford Handbook of New Religious Movements*, ed. James R. Lewis, Oxford, Oxford University Press, 2004, 561 p.

Puech, Henri-Charles, et al. *Las religiones en el mundo mediterráneo y el oriente próximo. I*, Trad. Lorea Barruti, Historia de las Religiones S. XXI, vol. 5, México, Siglo Veintiuno Editores, 1979, 503 p.

Quintanilla, Susana, "El arte de la biografía histórica" en *Biografía. Modelos, métodos y enfoques*, Mílada Bazant, coord., México, El Colegio Mexiquense, p. 262.

Ramírez, Miguel Ángel, "*Christianos eimi*: La conformación identitaria del cristianismo primitivo" en *Ensayos de historiografía medieval*, Coord. Manuel Ordóñez Aguilar, México, UNAM/DGAPA/FES-Acatlán, 2013, pp. 17-53.

-----, "La mirada en el otro: helenismo y romanidad en Juliano" en *Ensayos de historiografía antigua*, Coord. Manuel Ordoñez Aguilar, México, UNAM/DGAPA/FES-Acatlán, 2011.

- Remondon, Roger, *La crisis del imperio romano: de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, Editorial Labor, 1967, 336 p.
- Rico Moreno, Javier, “Análisis y crítica en la historiografía”, en *La experiencia historiográfica, VIII coloquio de análisis historiográfico*, Rosa Camelo y Miguel Pastrana ed., México, UNAM, 2009, pp. 199-211.
- Rostovtzeff, Michael, *Roma de los orígenes a la última crisis*, Trad. Tula Núñez, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977, 170 p.
- Smith, Rowland, *Julian's Gods*, Nueva York, Routledge, 1995, 300 p.
- Sordi, Marta, *Los cristianos y el Imperio romano*, Trad. Armanda Rodríguez Fierro, Madrid, Encuentro, 1988, 189 p.
- Sotomayor, Manuel y José Fernández Ubiña, (Coords.), *Historia del cristianismo, I. El mundo antiguo*, Trotta-Universidad de Granada, Granada, 2006, 968 p.
- Tougher, Shaun, *Julian the Apostate*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2007, 201 p.
- Trejo, Evelia, “Historiografía, hermenéutica e historia. Consideraciones varias” en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, núm. 87, México, UNAM, enero-abril, 2010, pp. 2-11.
- Vidal, Gore, *Julian*, Boston, Little, Brown, 1964, 528 p.
- Viciano, Alberto, *Cristianismo primitivo y su inculturación en el Imperio romano*. Cátedra de Ciencias Sociales, Morales y Políticas, Universidad Católica de San Antonio, Murcia, 2007, 290 p.

III. Artículos y recursos electrónicos

- Alarcón, Carmen, “El culto imperial: una reflexión historiográfica”, en *Arys* v.12-2014, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid, pp. 181-212.
- Alesso, Marta, “El género simposíaco: desde Platón al cristianismo”, en *Praesentia*, Núm. 10, Caracas, 2009.
- Acerbi, Silvia, “Gregorio de Nacianzo y Paladio de Helenópolis contra los malos obispos”, en *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, v. XXIV, 2013, pp. 179-199.
- Barlow, J.W., “Gibbon and Julian”, en *Hermathena*, vol. 3, no. 5, Trinity College Dublin, Irlanda, 1877, pp. 142- 159. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/23036418> (último acceso 03/11/22)
- Baynes, Norman H., “The Early Life of Julian the Apostate”, *The Journal of Hellenic Studies*, vol. 45, part 2, 1925, pp. 251-254. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/625049> (último acceso 03/11/22)
- , “The Death of Julian the Apostate in a Christian Legend”, *The Journal of Roman Studies*, vol. 27, part 1: Papers Presented to Sir Henry Stuart Jones, 1937, pp. 22-29. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/297183> (último acceso 03/11/22)
- Bowersock, G. W., “Gibbon's Historical Imagination” en *The American Scholar*, 1988, Vol. 57, No. 1, The Phi Beta Kappa Society pp. 33-47. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/41211487> (último acceso 03/11/22)
- Duncan S. Ferguson, “Historical Understanding and the Enlightenment: Edward Gibbon on Christianity” en *Historical Magazine of the Protestant Episcopal Church*, diciembre 1983, vol. 52, no. 4, pp. 391-403. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/42973981> 8 (último acceso 03/11/22)

- Académie royale des science, des lettres et des beaux-arts de Belgique, *Notice sur Joseph Bidez*, Recuperado de <https://www.academieroyale.be/fr/publications-academie-toutes-publications-detail/oeuvres-2/notice-sur-joseph-bidez/> (último acceso 03/11/22)
- Fernández Castro, Roberto, “¿Cómo enseñamos historiografía clásica?” en *De historiografía y otras pasiones. Homenaje a Rosa Camelo*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/UNAM, 2017, pp. 35-56.
- Roberts, Andrew, “Edward Gibbon”, en *RSA Journal*, septiembre 2004, Vol. 151, No. 5513, pp. 42-44. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41379512> (último acceso 03/11/22)
- Teja, Ramón, “Constancio II, modelo de emperador Cristiano en las *Orationes* IV y V de Gregorio de Nacianzo”, en *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, XXIV, 2013, pp. 167-177.
- Gregorio Nacianceno, *Orationes*, Recuperado de https://www.tertullian.org/fathers/gregory_nazianzen_3_oration5.htm (último acceso 03/11/22)